

AÑORANZA DEL HÉROE

JOSÉ OVEJERO

JOSÉ OVEJERO

Añoranza del héroe

Galaxia Gutenberg

Publicado por:

Galaxia Gutenberg, S.L.

Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª

08037-Barcelona

info@galaxiagutenberg.com

www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: septiembre de 2018

© José Ovejero, 2018

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Imagen de portada: © Susan Meiselas/Magnum Photos/Contacto

Conversión a formato digital: Maria Garcia

ISBN: 978-84-17355-88-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

El parecido con la realidad es inevitable a la vez que deseado. Lo mismo sucede con las diferencias.

PRIMERA PARTE

I

Acaso Neftalí Larraga no fuera un hombre valiente. Que en algunos momentos de su vida se comportase de manera heroica, incluso podría atribuirse a una cierta debilidad de carácter. De hecho, muchos años más tarde, cuando Neftalí era un anciano cargado de hijos, recuerdos, añoranzas y pesares, su hermano Miguel lo describió como un hombre pusilánime, lo que a sus ojos explicaba sobradamente que Neftalí no hubiese abandonado Cuba tras la revolución, para buscar ese Eldorado que buena parte de su familia halló en las empresas de confección de Miami.

Probablemente la historia de Neftalí se habría ido perdiendo en el tiempo si Ramón, uno de sus nietos, no se hubiese empeñado en descubrir el rastro de ese individuo del que jamás se hablaba en casa. Al principio fue sólo curiosidad lo que le llevó a indagar por su abuelo, tema tabú en la familia, de quien sólo sabía que había sido un revolucionario cubano, que también había luchado en la guerra civil española. Ramón se enorgullecía del abuelo revolucionario, no inmune a esa frecuente desfachatez que permite a las familias considerar patrimonio propio las medallas y laureles obtenidos por sus antecesores, sin haber movido un dedo para ganarlos. Además, le atraía el aura de misterio que rodeaba al mítico antepasado: ¿por qué callaban todos sobre él? ¿De dónde venían, de qué dolor, de qué recuerdos, los suspiros de su abuela cuando se mencionaba el nombre de Neftalí? ¿Y por qué Lidia, la madre de Ramón, guardaba a Neftalí ese silencioso rencor?

Es media tarde de un sábado allá por mayo de 1980. Ramón y Amparo están sentados en la terraza del chalet, construido por los padres de Ramón, obreros venidos a más, durante los sábados y domingos de varios años en una de las parameras que rodean Madrid. La terraza encalada está orientada para aprovechar el sol de la tarde en los días aún no demasiado calurosos. Amparo, que no vive allí, pero suele pasar con su hija los fines de semana, ha salido cargando una fuente de judías verdes a las que va a quitar las hebras, y algo indefinible, quizás un peso injusto, que porta siempre sobre los hombros y hace sentirse culpable a quien la trata, como si en el fondo uno pudiese aligerarla de ese peso con sólo intentarlo. Pero Ramón sabe que la carga pertenece exclusivamente a Amparo, e incluso intuye que el gesto de cansancio podría ser un truco, una manera de atravesar la vida sin que nadie se atreva a exigir demasiado de ella, pues bastante tiene con tal carga.

—Abuela...

—Sí, prenda.

—Oye...

—Dime, corazón. —Amparo comienza a quitar las hebras y los extremos de las judías con movimientos rutinarios pero precisos.

—Nunca me has hablado de mi abuelo.

Amparo se sobresalta y gira la cabeza, temerosa de los oídos fiscalizadores de su hija. Pero enseguida finge indiferencia y vuelve a los sólitos suspiros de reproche que no llegan a concretarse en uno.

—Ay, hijo, qué te voy a contar.

—¿Por qué se fue?

Él esperaba un gesto de dolor, un suspiro, ese sí, de auténtico pesar, un disimulado morderse un labio, una mirada por un segundo borrosa. Pero es rabia, no contra Neftalí, sino contra la historia de España, la que rezuma su respuesta.

—¿Cómo no se iba a ir, pobrecito mío, si el enano cabezón estaba entrando en Madrid? Anda que se andaba con chiquitas el jodío esperpento, Dios, qué malo, Padre Santo, cuánto daño y cuánta sangre, anda que si me quedo unos días más en Castellón me pilla a mí también.

Aunque al nieto no le interesa que el argumento se ramifique y, sobre todo, que se aleje de los avatares de Neftalí, la curiosidad es más fuerte que la voluntad e indaga más detalles.

—Pues que lo veía venir —responde Amparo, y ahora sí deja las judías de lado para concentrarse en la historia—. Vivíamos la niña y yo en casa de unos amigos, porque Neftalí estaba en Madrid, y para mí que la cosa andaba muy mal, porque me decían que no, que no, pero yo como que ya veía a los moros en Castellón, que buenos pedazos de bestias estaban hechos los moros, y decía a Tomás, Tomás el de la tuerta —aclara como si fuese un conocido del nieto—, «que van a entrar y nos van a hacer escabechina, mira, yo me cojo a la niña y me voy a Valencia». —Y mientras lo cuenta se encoge un poco, recordando acaso escalofríos antiguos, y hace un gesto truncado como si fuese a abrazar a su niña en el regazo no se sabe si para protegerla o para confortarse, pero luego una sonrisa se abre paso y después una risa y un sacudir la cabeza con regocijo antes de ponerse a imitar al tal Tomás, el de la tuerta—: «Amparo, calla, quieres mu fascista y mu mala, andequenvantrar, Amparo, quieres mu fascista». —Entonces sí es pesar, no una ligera tristeza, sino un dolor ya enraizado en la existencia de Amparo el que se posa sobre esa sonrisa, incluso sobre la de Ramón (que aún ignora la causa, pero intuye un desgarró, una herida ausente de la vida blanda de hijo de *selfmade man* que no sabe de otros dolores que los miedos

infantiles y las traiciones adolescentes) y Amparo asiente, cierra los ojos, los reabre a pesar de todo sin lágrimas, para afirmar como quien ya se ha resignado y sabe no sólo que fue así, sino también que será así muchas veces más, pues la vida está hecha de derrotas que uno se esfuerza en ignorar—: Vaya si entraron, Dios Santo, los muy maricones, que los ponían en fila y no dejaban uno, pobrecitos, que no habían hecho na de na, pero al jodío espantajo eso le daba igual, no dejaba uno vivo, qué lástima, hijo mío, qué lástima.

—¿Y al abuelo, cómo le conociste?

—Hijo, ya ni me acuerdo, no sé, él era soldado ahí en Campamento.

Ramón aguza los oídos porque en esa historia importa más lo que se calla que lo que se dice, y sabe que el encogimiento de hombros de Amparo es una mentira: ella está poniendo esa cara de no haber roto un plato que saca de no se sabe dónde cuando desea ocultar algo y que durante años le ha permitido estar libre de toda sospecha de las numerosas sisas y los frecuentes hurtos cometidos en las casas donde servía. Lidia odia los regalos con que su madre se descuelga de vez en cuando.

—Mira lo que te he traído, mi amor.

—Mamá, por Dios. Vas a acabar en la cárcel.

—Anda ya. Si ella ni sabe lo que tiene.

—Pero ¿qué necesidad tienes de robar?

Amparo devuelve a su hija una mirada ofendida.

—Eso no es robar.

Ramón se queda con el oído aguzado a ver si se traiciona, esperando por fin desentrañar uno de los mayores secretos de la historia, dónde y en qué circunstancias Amparo Pinzón conoció a Neftalí Larraga, circunstancias sin duda nada habituales porque si no, a qué viene tanto silencio, tanto fingir.

Pero Amparo jamás se traiciona. Durante su vida ha resistido con éxito los interrogatorios de la Guardia Civil y las no menos implacables inquisiciones de su madre, mujer piadosa preocupada por el alma, y aún más por la fama, de su hija.

—¿Por dónde has andado hoy, Amparo?

—Por ahí, madre.

—Por ahí andan los perros.

—Pues yo también, madre.

—Dime dónde has estado.

—Ya se lo he dicho. Por ahí.

No hay forma. Sus hermanas la llamaban «la sota», por su descaro, y todavía cuentan riendo que era Amparo la que siendo muy chica ayudaba a la familia a sobrevivir con pequeñas sustracciones de las casas en que servía. Y que no le preguntasen adónde iba cuando los amos la veían echar calle adelante con un cántaro al costado, porque su indefectible respuesta era «Donde me dé la gana», y seguía caminando con el cántaro lleno de aceite, o un trozo de chorizo en el regazo, o un pan, o lo que fuese, que no eran tiempos de hacer remilgos. Y más gracia les hace aún recordar que una vez la dueña de la tienda en que trabajaba, todavía niña, la sorprendió escapándose con más de una vara de paño, y Amparo, sin achantarse ni un momento, justificó el hurto afirmando que la Virgen le había pedido que le cosiese un manto.

—¿Y te dijo la Virgen que se lo hicieras con mi paño?

—Tanta explicación no me dio. Pero como yo no lo tengo, lo cojo de donde lo hay. A ver.

Así que prosigue, retoma el hilo que había perdido previamente sin inmutarse.

—Cómo lloraba el pobrecito cuando tuvo que irse. —Vuelve a controlar que Lidia no anda en las cercanías—; tu madre no le ha perdonado, anda que es más dura, ella no entiende lo que pasábamos entonces, era una niña.

—Pero en Cuba tuvo otra mujer, ¿no?

—Hijo, y qué iba a hacer si el encanijao no le dejaba regresar, Dios, qué bicho más vengativo. Bien guapo que era Neftalí —afirma Amparo como si quisiese explicar que allá donde fuese habría una hembra para derretirse por los huesos de varón tan apuesto.

—¿Os escribíaís?

Amparo asiente.

—¿Y guardas sus cartas?

—No, se perdieron en alguna mudanza. Con lo que hemos recorrido, a ver —dice, pero otra vez esos ojos como de ir a comulgar ponen al nieto sobre aviso: una mentira más.

—Él estaba en los suministros.

—¿Qué es eso?

—Con el camión, trayendo cosas a Madrid.

—Ah, no estaba en el frente. —O sea, que Neftalí no se encontraba en las trincheras ni atacando el Cuartel de la Montaña, sino sentado detrás de un volante. Vaya héroe. Pero enseguida se lo imagina lanzándose a toda velocidad hacia un control de los nacionales, balas haciendo añicos los cristales, Neftalí decidido a pasar, porque el hambre ha comenzado a roer ya las esperanzas en Madrid, y la fruta, la leche, el pan, la carne de cordero son más necesarios que las balas; sin balas pero con esperanza la lucha es posible, a palos con los moros y los legionarios, a pedradas con requetés y falangistas; sin embargo, la combinación contraria es la antesala de la derrota.

El timbre del teléfono interrumpe la conversación. Amparo se incorpora.

—Ya voy yo, hijo —dice, y Ramón la deja ir, sumido en su ensueño, preparando nuevas preguntas que le confirmen la heroicidad sin tacha de Neftalí Larraga. ¿Cuántas medallas obtuvo Neftalí? ¿Qué grado alcanzó durante la guerra? ¿Le hirieron alguna vez? ¿Cómo huyó de España cuando cayó Madrid? ¿Por qué no te fuiste con él, abuelita, cómo es que te separaste de Neftalí si acababais de tener una hija, si os queríais con ese amor que la derrota compartida hacía crecer?

Amparo vuelve, pero no para responder. Desde el umbral mira hacia fuera, a lo lejos, como si se hubiese olvidado de Ramón, que no se atreve a formular pregunta alguna, cohibido por esa mirada, ese quedarse ahí entremedias, como en suspenso, indecisa, sin pensar siquiera en decidirse, lejos, lejos de Ramón y de ese chalet de nuevo rico en el que vive su hija, en algún lugar que sólo ella conoce.

—¿Abuela?

Y ella mira, ahora sí, al nieto, con las manos en el regazo y una cabeza ladeada de pájaro moribundo, y la resignación que otra vez cubre a Amparo como un moho...

—¿Abuela?

... alarmado Ramón, verdaderamente inquieto, pues nunca la ha visto así e intuye la catástrofe, el dolor que llega abriéndose paso a través de ese callar terco de Amparo, y que cuando encuentra una vía de escape ya no es el grito ni el llanto: Amparo lo ha aguantado dentro de sí, como ha hecho con todas las desgracias que fielmente la han acompañado durante su vida, perros cochambrosos y devotos, hasta poder dominarlo, empujarlo mansamente hacia el exterior con dos palabras suaves, casi indiferentes:

—Ha muerto.

No comprende Ramón, se queda mirándola pensando que se va a desmayar pero sin hacer caso de sus palabras. Amparo hace un esfuerzo e insiste.

—Tu abuelo ha muerto.

A Ramón le recorre un breve escalofrío y se olvida de Amparo para considerar que han pasado tantos años sin hablar de Neftalí Larraga, y el día en que por fin se deciden, Neftalí, a varios miles de kilómetros de distancia, resuelve morirse, como si hubiera necesitado que Ramón y Amparo pronunciasen su nombre para poder largarse tranquilo de este mundo. Tan sorprendido está que casi dice «lo que son las cosas», pero se calla la banalidad, vuelve su atención a la abuela, allí parada, con una expresión impenetrable de pescadito.

—Ha llamado una de sus hijas. Murió del corazón. Estaba muy enfermo.

Y entonces sí. La coraza se desmorona con una sacudida que atraviesa a Amparo, y a sus ojos asoma un brillo enrojecido.

—Había dicho hace unos días que iba a llamarnos por teléfono. Pobrecito. Pobrecito mío.

Ramón, tímido, torpe, inseguro, no se decide a levantarse para abrazar a Amparo, a sujetarla contra el pecho para que rompa a llorar de una maldita vez, sino que confuso, casi avergonzado de estar allí, se queda sentado sin atreverse a rozar ese cuerpo que ahora parece mucho más blando que unos minutos antes, más inerte, más vulnerable. Por fin Amparo suspira, se da la vuelta, dice «voy a contárselo a tu madre», y se aleja, otra vez con ese peso invisible que arrastra por la vida como si fuese lo único que realmente le pertenece.

¿Qué quedará de esos años, de esas vidas, de todos esos recuerdos? Al ver a Amparo entrar en la casa con paso cansino, derrotado, Ramón piensa que no quedará nada, que cuando Amparo muera nadie sabrá de sus amores, de sus esperanzas, de sus pequeños secretos; y Neftalí, el héroe, también se borrará de las memorias, el olvido se encargará de ir royendo su imagen ya difusa. A Ramón le duele ese olvido como si fuese un anticipo del que le cubrirá a él, y decide no permitirlo.

Sin ese momento, sin esa casualidad que impulsó a Ramón a indagar el pasado de su abuelo, a dejar constancia de él, la historia de Neftalí no sería historia, sino, a lo sumo, un par de fotos en un álbum de familia. Como la mayoría de nuestras vidas.

Neftalí Larraga llegó a Barcelona en un barco de pasajeros procedente de las islas Bermudas el 26 de mayo de 1932. Llevaba consigo tres mudas de ropa, unos pocos pesos y el susto que le metieron en el cuerpo los disparos de la guardia rural y las subsiguientes carreras a través de una noche huracanada mientras huía del odio alquilado de los guardias.

Había comenzado la lucha contra Machado a los dieciséis años sin ser demasiado consciente de ello. Más que una elección ideológica fue un lento resbalar, el juntarse con unos amigos del Central Preston algo mayores que él y que resultaron estar conspirando con más rabia que planificación contra la dictadura. Cuando le revelaron sus actividades y le preguntaron si estaba con ellos o si iba a seguir soportando como un cobarde la opresión del dictador y la servidumbre a los americanos imperialistas, malditos sean, Neftalí no iba a quedar allí como un huevón, y dijo, abajo el imperialismo, muerte al dictador, consignas que fueron seguidas por una noche de ron, y de infame gualfarina cuando este faltó, salpicada de promesas de amistad eterna; ebrios de alcohol y entusiasmo revolucionario, los conspiradores se llevaron al nuevo conjurado a Mayarí, a un prostíbulo que quedaba al final de una ancha calle, embarrada por la reciente crecida del río, donde Neftalí Larraga hizo por primera vez el amor, si así se puede llamar a la eyaculación que consiguió retener justo hasta haber entrado en el cuerpo blando, sudoroso, pero no por ello desagradable, todo lo contrario, familiar, inocuo, de una mulata pequeña aunque de proporciones armoniosas que no hizo comentario alguno sobre el gatillazo, sino que se levantó a lavarse con el agua de color y turbiedad más bien sospechosos que había en una palangana desportillada, y le dijo «vuelve cuando quieras, mi amor», antes de irse escaleras abajo entonando con voz algo nasal, pero con mucho sentimiento y acaso con un deje de ironía, ese son que dice «suavecito, suavecito, suavecito es como se goza más».

Neftalí se quedó un rato en la cama, temeroso de que su reaparición demasiado rápida diese lugar a comentarios jocosos de los camaradas. Cuando le pareció conveniente, bajó al salón y continuó bebiendo hasta que la euforia y el cansancio lo llevaron a reñir con un parroquiano que osó afirmar que los cubanos debían estar eternamente agradecidos a los yanquis, pues con los españoles la isla había sido un lugar de mierda, lleno de plantaciones y de iglesias podriditas de curas, pero gracias a los americanos ahora la gente ya no tenía que pasar el domingo en misa; los americanos, sí señor, los jodidos yanquis, Dios los premie, estaban convirtiendo la isla en un gran burdel, rebosante de putas, pronto habría más putas que mineros en la isla a pesar de la abundancia de cobre y hierro, y, gracias a la ley de la oferta y la demanda, a precios asequibles incluso para un muerto de hambre como él mismo, ya le dirían si no era eso luchar por la igualdad de oportunidades y la justicia social, o sea, que conminaba a todos los presentes a brindar por tan augustos benefactores, después de lo cual subiría a echar el tercer palo de la noche a la primera que se lo pidiese.

Neftalí, que tenía dieciséis años y la primera auténtica borrachera de su vida, se fue a él sin mediar palabra y le asestó una puñada en medio de

la boca, lo que, en lugar de conseguir el silencio y la paz, levantó un quirigay de risas, blasfemias, insultos, alabanzas, todo mezclado, todo dando vueltas por su cabeza sin ancla. Nada más recordaba Neftalí de la noche de su bautismo revolucionario. No averiguó, hasta años más tarde, que las pocas trompadas allí repartidas serían decisivas para el resto de su vida. Apenas el agredido, mayoral del central azucarero y conocido como soplón de la «porra», se recuperó de los golpes y el alcohol, comenzó a hacer averiguaciones sobre la identidad de ese niño que le había puesto en ridículo donde él acostumbraba a presumir de bravo. Tardó más de un año en descubrir sus señas, pero la ira no se calmó en ese tiempo, sino que lo utilizó para ir falseando los hechos en la memoria y buscar excusa al crimen.

Poco antes de entrar en el cada vez más nutrido círculo de conspiradores —no sólo los obreros y campesinos buscaban la caída de Machado, sino también las clases medias empobrecidas, los estudiantes escandalizados, los militares relegados, y hasta los hombres de negocios, que veían perderse sus privilegios y beneficios en manos de un pequeño círculo de allegados al dictador y en las de propietarios americanos—, Neftalí había conseguido un trabajo de estibador en el Central Preston, propiedad de la poderosa United Fruit Company.

Aunque el trabajo era duro y mal remunerado, Neftalí no lo soportaba con gesto de resignación bovina, como tantos de sus compañeros, quienes parecían haberse conformado con que detrás de cada costal se oculta otro idéntico y la vida es una repetición de los mismos gestos y afanes. Para Neftalí el estibado no era más que un paso necesario y breve hacia tareas más dignas, más emocionantes. Así, se iba a cada saco, a cada ható, con la alegría y urgencia de quien tiene prisa por terminar la labor; a Neftalí, con sus dieciséis años, ni siquiera se le pasaba por la cabeza la posibilidad de que su futuro pudiese limitarse a la carga y descarga de mercancías. Jugaba a imaginar que iba a La Habana, ciudad mítica para su juventud en la que algún día, se juraba, pasearía orgulloso: no soñaba para sí un futuro de ternos refulgentes al sol bajo la sombra clemente de un panamá, ni con verse acosar por las prostitutas atraídas como moscas por la miel de sus bolsillos repletos, ni con leer el periódico bajo el portal de un café mientras le embetunan el calzado; no se veía al volante de un abigarrado Ford, tampoco jugando dominó en el Centro Asturiano, ni codeándose con los poderosos o besando la enjoyada mano a sus esposas. Él se conformaba con un modesto y glorioso futuro de libertador; no serían prostitutas las que quisieran acostarse con él, sino campesinas las que buscarían su abrazo.

Tampoco tenía claro —pero le daba igual— qué podía hacer en el futuro, sabiendo apenas escribir y leer, dotado de un cuerpo robusto como única herramienta para transformar el mundo. Dieciséis años eran, que aún le permitían una conmovedora ignorancia de la tenacidad del dinero, de la sociedad, de la historia. Y el hecho de que muy pronto le ascendieran a conductor de camión, para lo que tuvo que ocultar la edad, parecía confirmarle que su vida estaba bien encaminada.

Durante los meses siguientes la lucha contra Machado adoptó la forma más bien inofensiva de reuniones en casa de Gabriel, un colega de mirada aviesa que había pasado una temporada en la cárcel por patear a un capataz. En dichas reuniones abundaban el fervor y los juramentos, las críticas aplastantes al régimen aderezadas con amenazas a un enemigo invisible: las palabras sustituían modestamente las obras que nadie sabía cómo realizar.

También se leían en voz alta, muertos de envidia, las noticias que traían los periódicos sobre las actividades revolucionarias en otras ciudades, como Sagua la Grande, donde no había semana en que no se descubriera un alijo de armas o estallase, si bien con más ruido que efecto material, algún artefacto casero que, por desgracia, la prensa no describía en detalle; al no haber en el grupo artificiero, militar ni pirotécnico, jamás fueron capaces de emular tales hazañas subversivas. El día que llegó la noticia de que un puñado de insurrectos había tomado las armas en Pinar del Río y otro acababa de desembarcar en el no muy lejano puerto de Gibara llevando una carga de cientos de fusiles, ametralladoras y numerosa munición, Neftalí y sus cómplices planearon diferentes formas de conseguir armamento para unirse a los insurgentes sin resultar un estorbo.

No les dio tiempo a realizar sus planes. A lo más que llegaron fue a robar unos cartuchos de dinamita en las minas de hierro, que irían desmoronándose en un sótano húmedo hasta volverse completamente inutilizables. Pronto llegaron noticias más precisas de los levantamientos. El de Pinar del Río fue organizado por algunos destacados miembros del Habana Yacht Club, que fueron detenidos sin que se disparase un solo tiro después de que vagaran casi una semana, al parecer extraviados, por los cenagales de Río Verde. Bastaron un comandante y cuatro soldados para detener a los insurgentes. Tampoco el intento en Gibara fue más eficaz, aunque sí más sangriento.

En el grupo de Neftalí reinaba el desconsuelo. Leyeron una y otra vez las noticias, lamentándose por cada uno de los errores cometidos.

—Valientes rebeldes los del Yacht Club. Ni un tiro dieron los muy pendejos.

—Revoluciones de ricos —sentenció otro.

—Aficionados —se atrevió a intervenir Neftalí.

—Imagina, esos barrigones vadeando la marisma.

—Si no los saca el ejército se ahogan ellos solitos.

—Lo que hace falta son líderes del pueblo.

—Por eso los matan en cuanto despunta uno. Mira lo que le hicieron a Mella.

Los siguientes meses fueron de tensa expectación. Se hablaba de la huelga general, de los efectos de la Ley de Emergencia Económica que aumentaba los impuestos al consumo, de los bajos salarios, del hambre. Pero aún pocos soñaban con la revolución. Lo más que se atrevían a esperar la mayoría de los cubanos era que Machado, saciado en su rapiña, decidiese abandonar el país para disfrutar su riqueza en latitudes más tranquilas. En las ciudades sí parecía el descontento llevar a la acción, aunque desordenada. Allá alborotaban los estudiantes, estallaban petardos, se firmaban manifiestos y denuncias, cundía el grupo rabioso de los conspiradores, al tiempo que la «porra» hacía desaparecer sospechosos, torturaba indefensos, distribuía favores y jurisdicciones. Mayarí, pueblo de Oriente de dos calles alineadas a lo largo de un río, que vivía tan sólo de la caña y la madera, separado de Santiago por monte y manigua y de La Habana por varios cientos de kilómetros, distancia que parecía insalvable entonces, cuando aún no estaba construida la Carretera Central y los puentes que comunicaban el pueblo con polvorientas sendas quedaban sumergidos en época de crecida, se preocupaba más por la inminente subida de las aguas que por la política nacional, aunque huelgas puntuales, de motivación económica, agitasen irregularmente el azúcar y la minería. El grupo de Neftalí fue disolviéndose por inercia sin que ninguno se detuviese a analizar el fracaso ni las alternativas.

Por eso sorprendió tanto a Neftalí, quien había participado en todo aquello como en un juego del que ya se iba olvidando, que una noche le despertase un perentorio aporrear a su puerta; sintió miedo: era de madrugada y tanta prisa no presagiaba nada bueno, pero abrió de todas formas.

—Ha habido un atentado. Te buscan, Neftalí —le dijo un negro jadeante al que no había visto en su vida, y que llevaba al cinto una rotunda guámpara de cortador de caña. Neftalí observó con aprensión el oxidado machete que colgaba, vagamente amenazante a tal hora de la madrugada, al costado del negro. Buscó en los ojos del interlocutor reflejo de alguna intención aviesa, pero sólo descubrió impaciencia y temor.

—Pero si no he hecho nada —repuso Neftalí, pensando aún que el negro se equivocaba de persona—. Soy Neftalí Larraga.

—Justamente. Hay uno que va por ti, te quiere oler la sangre. —El negro miró a sus espaldas, y, como si hubiese descubierto la cercanía de sus perseguidores, salió corriendo calle abajo, dejando a Neftalí en calzoncillos ante la puerta abierta, quien sudaba y tiritaba a un tiempo, y se decía estará borracho ese negro, o loco, probablemente loco, pobre, la zafra los deja a todos tocaos, no me extraña, debe de ser un trabajo de mierda. Pero mientras así razonaba se iba vistiendo, luego echando sus pocas pertenencias en un mantel con el que hizo un ható, y

apenas se había alejado de la casa doscientos metros cuando oyó disparos a sus espaldas, que no silbaron o sea que aún no le habían visto, y esa noche comenzó la huida por Oriente de Neftalí Larraga, cuyo único delito hasta entonces era haber denostado en privado al dictador y sus valedores extranjeros.

Desconectado de sus amigos, temeroso de ir a buscarlos, pues no tenía idea de qué les había acontecido ni de quién le había denunciado —y jamás se le ocurrió buscar al responsable en aquel capataz al que agrediese en un burdel, que por fin había dado con él y con la posibilidad de vengarse, tras reconocerlo al volante del camión—, desconocedor de estrategias de resistencia, desarmado, muerto de miedo después de que una noche oyese nuevos disparos que esa vez sí silbaron, Neftalí tomó la única decisión razonable que podía tomar en ese momento: poner mar de por medio. Le pareció que España era un destino relativamente seguro. Además, sus padres procedían de un pueblo español, del que salieron, con la madre ya embarazada del primogénito, buscando un lugar de más fortuna para sus hijos; en caso de necesidad, sabría adónde acudir para buscar ayuda.

Echó a andar, entonces, de regreso hacia Preston, se llegó a casa de los padres, a quienes explicó la gravedad de la situación, haciéndoles creer que lo perseguía un marido celoso, para silenciar sus actividades subversivas, y tomó, avergonzado pero también agradecido, las monedas que le dio el padre con mirada severa y desconfiada, el hato de ropa y comida que la madre le entregó entre gimoteos que a Neftalí parecieron si no fingidos, algo forzados, y las advertencias y reproches velados con que lo despidieron ambos.

Caminando por la noche y durmiendo por el día en hondonadas ocultas a la vista desde los caminos, o entre las cañas de azúcar con la callada complicidad de algún guarda jurado, como haría varios años más tarde en parecidas circunstancias, Neftalí llegó a Santiago, donde, después de despedirse de la Virgen del Cobre, no porque fuese particularmente religioso, sino porque había nacido casi al pie de la basílica, y regresar allí antes de partir para España era como despedirse de un golpe de todos los recuerdos infantiles, se enroló en el primer buque que partía para las Bermudas; no hizo más que bajar a tierra, buscar otro navío y volverse a embarcar, porque las Bermudas no eran ni una cosa ni otra, ni la libertad ni la prisión, sino un anodino destierro sin pena ni gloria. A Neftalí, que había cumplido dieciocho años, quedarse en esas islas insulsas le habría parecido una renuncia, incluso una humillación.

Llegó al puerto de Barcelona una tarde de mayo de brisa aún fresca, donde se quedó, desorientado y temeroso, sin saber adónde dirigirse. Al fin echó a andar con su exiguo petate al hombro, cuesta arriba, pues pensó que el centro de la ciudad estaría allá hacia el monte, recordando oscuras historias de piratas y asedios, de las que había aprendido que no hay ciudad que pueda defenderse desde una playa o un bajío.

Si años después se le preguntaba a Neftalí qué había hecho durante sus primeros meses en Barcelona, su respuesta era un encogimiento de hombros y «chico, andar por ahí»; de aquellos días no le quedaba más memoria que retazos de imágenes sin orden ni concierto y una vaga sensación de temor, que no sabía a qué atribuir. Además, recelaba que ese período iba en desdoro de la imagen de héroe que se había ido ganando, y prefería no entrar en detalles, reduciendo aquellos meses a un par de frases de sabor épico:

«Con tres mudas de ropa y sin un centavo, arribé a Barcelona, el 26 de mayo de 1932. Cobré un cheque por cuarenta pesos, girado por mi padre, único capital con que contaba para enfrentarme a la vida. Después de haber transcurrido seis meses de mi llegada —sin trabajo, sin hogar y sorteando infinitas dificultades— no me quedó otra alternativa que aprovechar el ofrecimiento de un militar español...».

Así afirma Neftalí en uno de los pocos escritos que sobrevivieron a la hoguera que ordenara realizar con casi todas sus cartas el día que supo la cercanía de la muerte.

A juzgar por diversos indicios, Neftalí pasó seis meses durmiendo en hoteles de mala muerte, levantándose tarde, para retrasar al máximo el momento de enfrentarse a esas calles ruidosas en las que, inopinadamente, la gente se dirigía a él en un idioma espeso como melaza que no acertaba a entender más que a medias, lo que le llevaba a sonreír, porque él siempre sonreía para defenderse, pero eso no le ayudaba gran cosa, porque la gente allí parecía tener prisa a todas horas, incluso al caer la tarde, y Neftalí andaba a la deriva por sus ramblas empujado de un lado a otro por los urgentes movimientos de sus semejantes. A Neftalí le hubiese gustado dejar la cabeza bajo la almohada, a pesar del calor pegajoso, lo único familiar, y no sacarla hasta mucho más tarde, para descubrir que huele a magnolia y jazmín, que cerca de la ventana se ha parado un sinsonte a entonar su canción esclava, que una pareja de papagayos surcan el cielo desgarrándose en gritos sin causa, porque resulta que todo ha sido un sueño, y mamá llama desde el portal, Neftalí, sal de una vez, ¿tú no sabes qué horas son?

Pero al final se levantaba, qué remedio, se adentraba por aquellas calles como torrentes, y caminaba y caminaba sin atreverse a preguntar por un trabajo, viviendo de café y de dulces que compraba por la calle a mujeres que no le miraban a los ojos como las de allá, sino que parecían siempre pensar en otra cosa, recordar a otro hombre para no ver al que tienen enfrente. Y seguía caminando hasta caer la tarde, cuando se debatía entre volver al hotel —lo que habría significado asumir la derrota, confesar que ese día tampoco había sido capaz de mejorar su situación— o meterse en alguna taberna, a ver si podía trabar conversación con alguien y, de una cosa en otra, le podría salir una oportunidad, esto es, un trabajo. A veces Neftalí regresaba al hotel, lleno de rabia y de lágrimas contenidas; pero en ocasiones, tras titubear siempre un par de minutos en las cercanías de la puerta, se metía en

algún bar, pedía una botella de vino —al principio pedía ron, pero a menudo no tenían, así que acabó haciéndose a esa bebida áspera que tomaban los demás—, y se sentaba expectante a una mesa, con una mirada amistosa e interesada que pretendía ser una invitación a colocarse a su lado y romper a charlar.

Habría podido terminar mal. Desgarrado por una navaja ebria, vapuleado y con los bolsillos aún más vacíos en una calleja de la que jamás sabría el nombre, o con una sífilis que nunca tendría dinero para curarse. A fuerza de esperar, Neftalí tendía a emborracharse, con una ebriedad beatífica, afectuosa, que, entonces sí, le daba fuerzas para acercarse a quien fuese, invitarlo a beber, contarle con todos los detalles que le permitía la lengua abotagada la historia de su vida. A menudo acababa la noche en locales en los que no se hubiese atrevido a entrar cuando sobrio, en calles que habría evitado incluso durante el día, disuadido por los olores y su miseria; confiándose a gente, sobre todo a mujeres, de las que habría huido si el cerebro aún hubiese estado en condiciones de emitir señales de alarma. Hasta tal punto, que una vez que Neftalí se despertó en una cama ajena, en cuarto ajeno, en un mundo que no era el suyo, contempló el cuerpo orondo y que se le antojó verdoso tendido a su lado, aunque quizás era culpa de la luz como pútrida que inundaba el cuarto, y se dijo, Neftalí, chico, te estás yendo derecho a la mierda.

Al día siguiente juntó sus últimas pesetas y se dirigió a la estación de tren. Era un viaje de regreso hacia el lugar de procedencia de su familia, Angüés. Neftalí llegó al minúsculo pueblo en un autobús destartado que había cogido en Monzón siguiendo las indicaciones del jefe de estación. A pesar de sus preocupaciones, Neftalí disfrutó el viaje como si fuese el inicio de una gran aventura: los extraños paisajes que fue atravesando primero en tren y luego en autobús evocaban en él fantasías de descubridor de nuevos mundos. Hasta ese momento sólo había conocido una pequeña parte de Cuba, el mar y Barcelona. Ahora se abrían para él anchísimos ríos, fértiles vegas y, a lo lejos, picos de montañas mucho más elevadas que las sierras que rodeaban su pueblo.

No le fue difícil encontrar la dirección de sus parientes, a los que todo el mundo parecía conocer. Seguido de una bandada de muchachos alborotados por la aparición del extranjero, llegó finalmente a su destino. Una mujer de luto, somnolienta, distante, le abrió la puerta.

—¿Es esta la casa de los Larraga?

La mujer, en lugar de responder, ahuyentó a la chiquillería con grandes aspavientos y chistando repetidamente, como si estuviese espantando gallinas. Miró a Neftalí con más desconfianza que interés.

—¿Quién lo pregunta?

—Neftalí —respondió él como si bastase, acaso esperando que el parentesco acabara de revelarse a través de la voz, de un gesto, de sus

rasgos—. Neftalí Larraga —añadió por fin, al ver que ella no reaccionaba.

—Éramos pocos y parió la abuela —le dijo a él para añadir gritando hacia el interior—: ¡Madre! ¡Madre, salga un momento!

Con esfuerzo algo histriónico subió una vieja los escalones que separaban la calle del umbrío interior de la casa. Guiñando los ojos como un prisionero que lleva meses sin ver el sol, la anciana, de luto riguroso en las ropas y el gesto, escrutó la azorada expresión de Neftalí.

—Ay, Señor, si se parece a tío Nicolás —exclamó, juntando las manos como para orar—. Si tiene sus ojos, dime, niña, ¿a que mira como él?

Lo sentaron a una mesa coja sobre la que le sirvieron un plato de sopas de pan, y le hicieron compañía a la espera de que llegaran los hombres. La aparición de un primo lejano de Neftalí, que no debía de rebasar los catorce, sirvió para aliviar la atmósfera; el chico pidió a Neftalí noticias de pumas y cocodrilos que él sabía abundantes en América, indagó la descripción del barco —cuántos mástiles, forma de las velas, calado y número de bodegas—, y le extrajo relatos de horrorosos naufragios y de tiburones con eslora de buque que destrozaban las quillas con sus tremendas dentelladas, historias que Neftalí fue hilvanando para satisfacer a la audiencia, viendo que, aunque por él no parecían interesarse demasiado, sí escuchaban con suma atención las descripciones de esos mundos que ellos suponían llenos de aventuras y promesas, sin que la llegada de Neftalí pareciese desmentir sus expectativas. A cambio, a él le contaron historias de lobos que bajaban a los poblados en las noches de invierno y de águilas que eran capaces de transportar por el aire ovejas adultas e incluso algún niño chico si se descuidaba la madre.

Al anochecer llegaron los hombres.

—Viene de América —les anunció la anciana nada más entrar. Ellos le saludaron sin recelo ni entusiasmo. Cenaron juntos mientras proseguían los relatos exagerados de ambos mundos, hasta que el más viejo decidió abordar el tema de mayor urgencia.

—¿Con qué intenciones has vuelto?

—A buscar fortuna —resumió Neftalí, que no quería aún informar de su carácter de fugitivo.

—Pues poca vas a encontrar aquí —repuso el anciano. Y Neftalí oyó a la mujer joven, o que debía serlo, a pesar de sus arrugas y mirada apagada, pues tenía aún un cuerpo derecho sostenido por carnes firmes y con olor joven— que susurraba a sus espaldas.

—Lo veía venir. Este lo que quiere es la herencia.

No volvieron a sacar el tema. Nadie le ofreció quedarse ni ayudarlo en sus afanes. Lo trataron con la cortesía y el desapego que les habría merecido un viajero cualquiera. Pusieron en la cocina un jergón y una palangana con agua. A la mañana siguiente, Neftalí dio las gracias sin especificar por qué, prometió escribir y dar muchos saludos a la familia en Cuba. Esa misma noche estaba de regreso en Barcelona.

Durmió en el puerto dos noches asustado por los recuerdos de la huida y el presagio de un futuro de mendigo o delincuente. Eludió por el día la cercanía de los guardias y las miradas de las mujeres, como si se avergonzase ya de su historia. Cuando excepcionalmente alguien entabló conversación con él a la puerta de un café de la calle de la Llibreteria, junto a la catedral, donde Neftalí consideraba la posibilidad de iniciarse en la mendicidad, y cuando ese alguien, que resultó ser un capitán de permiso, le ofreció ingresar como voluntario en el Grupo Escuela de Información y Topografía de Artillería, Neftalí: aceptó las monedas del desconocido, que debían servirle para pagar el tren hasta Madrid y dormir una noche en una pensión barata, y se alistó en el ejército.

II

Amparo tenía unos ojos algo tristes, vulnerables, que contrastaban con los pómulos angulosos; la boca era carnosa pero firme; los cabellos, suavemente ondulados, concedían cierta blandura a ese rostro que, en conjunto, resultaba casi demasiado duro para sus años —rondaba los veinticinco—; el cuerpo enjuto, derecho. Se movía sin gracia y sin desmaña, con una clara resolución que no sabía de urgencias innecesarias. Parecía, sólo parecía, saber siempre hacia dónde iba, no haber olvidado nunca para qué se había levantado, qué iba a decir.

Paula era muy diferente. Poseía una cabeza grande y pueblerina, y una nariz con chaflán por el que los hombres, qué cosas tienen, se empeñaban en dejar escurrir los besos. Más baja en estatura, más rolliza, parecía carecer de esqueleto. Se movía como si rebotase, hablaba siempre en voz muy alta, al menos cuando había hombres cerca. Era en ella en la que se fijaban primero los hombres, porque parecía la más dispuesta, la que más les iba a hacer gozar —acaso tenían razón—, la más esclava: en eso se equivocaban. En el pueblo del que procedía, Valderríos, de donde salieron las dos hermanas aún niñas para ir a servir a la capital, poblacho extremeño de campos y habitantes reseco —salvo acaso el cura, el médico y un par de terratenientes y sus esposas— algunos comentaban que la Paula estaba hecha una buena puta; mezquindades de campesinos y de sus mujeres insatisfechas, que prefieren escupir hacia abajo en lugar de hacia arriba no sea que les caiga algo encima. Lo que pasaba era que Paula había decidido —a una edad en la que otras no toman decisiones y se dejan casar con el primero que llega, y luego vienen los zurriagazos, los malos vinos y las novenas a san Antonio— que la vida es dura, vale, pero que no tiene una que ser siempre la víctima, porque ella había visto cada día a Juliana, su madre, que había tenido trece hijos y vivía limpiando los culos de sus niños y los vómitos de alta graduación de su marido; que únicamente salía de la cocina para ir a la iglesia, víctima resignada en la casa porque más sufrió Cristo Nuestro Señor, y arrepentida en misa por los pecados de los demás, pues Jesús murió en la Santa Cruz para redimirnos de los nuestros: y no es que Paula tuviese muy claro dónde se encontraba la trampa, pero sabía que hay una, y que nadie está obligado a vivir sin intentar al menos extraer algún jugo a las pocas frutas que encuentre por el camino.

Paula no era una puta, por lo menos no en ese sentido que daban a la palabra las bocas maledicentes y oblicuas. A ella también le habría gustado encontrar un hombre con el que ser feliz. Pero, como era una mujer realista, se había dado cuenta de cuáles eran sus posibilidades. Y reía, entre soldados y albañiles que le tocaban el culo cuando pasaba a su lado, sin ofrecerse a ellos, pero también sin negarse, a cambio de que le dejaran algún pan, unos cigarrillos, unos reales, a sabiendas de que al llegar la noche echaría la tranca a la puerta, todos a la puta calle, y se

acabó la fiesta, Paula y Amparo solas, hermanas pobres en la gran ciudad, como en los folletines pero sin moralejas tontas, no estaban obligadas a aguantar a un marido que les siguiese tocando el culo por la fuerza y a cambio de nada.

Pero como Paula era más sociable que su hermana, ya que no tenía remordimiento que se interpusiese en sus historias, los hombres preferían a esa mujer cálida en sus simpatías y sus iras, mientras que con Amparo no sabían a qué carta quedarse, si conseguirían una caricia a cambio de unas sardinas, si podrían saciarse de lo que ellos carecían. Sin embargo, las dos hermanas eran un dúo perfecto. Porque en lo más intenso de la fiesta Paula se perdía, se dejaba llevar por los chistes soeces y desgastados de sus huéspedes, daba pellizcos en mejillas ásperas como aleta de tiburón, se sentaba en algún regazo el tiempo que tardaba en robar un pitillo y encenderlo, reía, abrazaba, manoseaba, rezongaba, trampeaba, adulaba, se achispaba, se encabritaba, se apaciguaba, lamentaba, azuzaba, reconciliaba, calentaba, rehuía y se amodorraba, por fin, en una silla, mientras Amparo, un poco desde la retaguardia, como si sólo fuese una amiga de visita que se unía a la diversión por no hacer un feo, mantenía un control de cerbero insomne sobre las idas y venidas de los asistentes a la fiesta, acompañaba a la puerta para que no se olvidaran de dejar un óbolo en esa mano que Amparo tendía tan dignamente que parecía sólo estar saludando, ponía en su sitio al que no se percataba de cuál era, y apenas si tenía tiempo para llevarse ella también alguna caricia, alguna mirada de deseo, algún amante.

—A Paula —dijo Julián parándose para encender el chisquero y con él un cigarrillo— la llamamos la Paloma. —Y rompió a reír con una risa convulsa que no le dejaba llevar la yesca encendida al extremo del cigarrillo, bamboleándose con la torpeza de un borracho que intentaba andar en línea recta—. ¿A que no sabes por qué la llamamos la Paloma? —le insistió a Neftalí, que por lo general no se interesaba demasiado por los chistes de Julián, todos de tetas, chochos y orines, como los chistes de un adolescente tardo.

—A ver, ¿por qué? —Jimeno tampoco tragaba a Julián, pero hoy se les había pegado y no habían sabido darle esquinazo.

Julián les miró triunfante.

—Porque cuando te la estás tirando, en lugar de dar quejidos, zurea. Como una palomica. Hace así —Julián dobló el pescuezo hacia delante, inclinó la cabeza, levantó las cejas, ahusó los labios, y emitió cortos sonidos con voz pasada por un huevo crudo.

Jimeno y Neftalí rieron con cierta desgana.

Iban los tres andando, aún en perfecto estado de revista, con las gorras de barco gallardamente ladeadas, los uniformes holgados o demasiado cortos, pero limpios, discutiendo si se llegaban adonde quería llevarles

Julián, ahí, apenas a tres manzanas del cuartel, donde había unas chicas que recibían...

—¿Putas? —preguntó Jimeno, a quien le gustaban las cosas claras.

—No, no, unas marmotillas que hacen muchas fiestas, y va gente y eso, a hacer risas, vaya, y si te quieres echar un casquete, pues a veces también, depende, y van dos maricas muy divertidos, a ver si nos entendemos, si me ponen la mano encima les rompo la crisma, pero no son mala gente.

Y bajaron en esa dirección, aunque aún no habían dicho que sí, pero lo mismo daba hacia allá que a otro sitio, sólo tenían tres horas de asueto, o sea, que tampoco iban a dar la vuelta al mundo. Entraron a una bodega a por un litro de moscatel y otro de tinto, cogieron algo de embutido y unas mollejas en la carnicería, y llegaron a una puerta verde de una casa que alguien enjalbegó hacía muchos años. Julián tocó a la vez que dio unas voces, ¡Paula, chica! ¿Estáis ahí?

—Chacho, que me despiertas a la niña, cabrón.

—Coño —exclamó Julián—. Hace una semana no se te notaba nada.

Paula se rio echando la cabeza hacia atrás, golpeó el hombro de Julián celebrando su gracia.

—Es de una visita.

Les franqueó el paso a un corredor oscuro y angosto, de cuyas paredes los tres uniformes se llevaron un refregón. El suelo era de cemento y grava de río, muy limpio. Al girar en un recodo del pasillo, se los tragó un cuartito lleno de gente, de humo, de ansia mal contenida y, sobre todo, de ganas de olvidar tantas cosas.

Neftalí diría después que le dio como un pinchazo aquí —y se señalaba no sé qué espacio intercostal— cuando la vio en el cuartucho, una más, en principio, ni más joven ni acaso más guapa que las otras, hay cosas que no se pueden explicar, esa manera de mirar, que no es como miran las de allá, no con esa complicidad y esa sorna, y sin embargo se quedó clavado por los ojos de Amparo, con el pinchazo y la sonrisa que ya duraban demasiado.

Lo que ella vio fue a un soldado como de guardia, inmóvil en medio del trajín de los demás, que le sonrió antes de turbarse y disimular, hacer como que buscaba dónde sentarse. Más alto que los otros con que había entrado —a uno le conocía, mal bicho—, de piernas cuya longitud era subrayada por un pantalón que flotaba varios centímetros por encima de los zapatos, dándole un cierto aspecto de desvalimiento; delgado y fuerte, con sonrisa algo infantil, y con una barbilla hendida que le hacía

parecer aún más joven. Tenía la gorra en la mano y jugueteaba con ella para sentirse más seguro en ese va y viene de desconocidos.

A Amparo le llamó la atención la piel tan oscura del soldado, que no llegaba a agitanada, pero destacaba de la de los demás, quizá por su fuerte contraste con los ojos claros. ¿De dónde saldrá esa criatura?, se preguntó Amparo que no era ni tres años mayor que él.

Alguien se puso a templar quedito una guitarra. Se fueron formando grupos de tres o cuatro personas. Amparo y Neftalí comenzaron a evolucionar por el cuarto, separados pero con una tensión entre ambos que les unía como a dos bailaoras de sevillanas. No se dijeron una palabra, cada uno haciendo como que andaba a lo suyo, pero ambos con las orejas tendidas, la piel expectante, las manos inquietas y la voz más sonora de lo habitual. Se dejaban enredar en conversaciones en las que avanzaban penosamente, demasiado ocupados en seguir, sin que se notase, los pasos del otro.

—¿Así que vienes de Cuba? —lo abordó un parroquiano.

—¿Eh?

—Que vienes de Cuba, digo.

—Sí, vengo de allá.

—Y ¿hay allí tantos cabrones como aquí?

—Peor, porque allí los tenemos en el Gobierno. Aquí al menos los tienen un poco más controlados.

—No te creas. Andan rabiando. En cuanto nos descuidemos nos dan un agujonazo. Pues anda que no tienen veneno. Y ¿hay allí tantos ricos como aquí?

—¿Eh?

—Que si todos los cubanos sois sordos.

Neftalí sonrió —ella lo vio, se fijó en esos dientes rotundos, desmentidos por la sonrisa infantil, por los ojos reconciliadores, y se sobresaltó cuando su hermana le dio un pellizco.

—Coño, Amparín, bien enceladita te tiene el cubano.

—A mí qué me va a tener.

—Que sí, que le miras más sometida que una res mansa.

—Anda, pelleja.

Amparo abandonó el campo con la cabeza más alta que un torero, pero riendo para sí —jodía, qué pronto me caló—, y al pasar junto a Neftalí, sin pensárselo dos veces, le hizo un gesto blandamente imperativo.

—Cubano, ayúdame a traer una mesa.

En los corrillos se hablaba de la huelga general decretada por UGT y CNT contra el Gobierno de Lerroux.

—Mal andan las cosas —decía uno de los dos maricas anunciados por Julián—. Primero todas esas manifestaciones de los señoritos de Acción Popular, y ahora el calzonazos de Lerroux deja entrar a tres de la CEDA en su Gobierno. Andan envalentonados.

Alguien opinó que era engordar para morir, que los días del fascismo internacional estaban contados. Sólo faltaba que alguien tuviese los cojones de dar armas a las masas trabajadoras y entonces se iban a cagar esos gandules.

—El pueblo aún no está maduro —afirmó Jimeno, quien, aun a fuerza de ir deletreando cada palabra para desentrañar su sentido, a menudo teniendo que leer en voz alta para poder comprender, devoraba todo panfleto revolucionario que cayese en sus manos—. Primero hay que conseguir la unidad de las izquierdas. Cuando los anarquistas y socialistas dejen de pelearse entre sí, entonces llegará el día de la revolución proletaria.

Hubo un largo asentir y emitir monosílabos de aprobación, un lento rumiar de esperanzas apenas concebidas, un alborozo aún soterrado que despuntaba en más de un pecho, aunque escaso de convicción. Hubo también en el cuarto una secreta oleada de furia y ansias de venganza, porque, en palabras de Amparo, cuántas penitas tenían que pasar, Dios, y qué poca compasión tienen los ricos, que no te dan ni una gota de aceite aunque te estés muriendo. Amparo se había prometido, sin conocer la parábola del rico Epulón, que como un día cambiasen las tornas, ya podían pedirle ya, que ni una migaja, ni mirarlos siquiera a esos cabrones.

—Oye, y si os mandan a disolver las manifestaciones, ¿qué vais a hacer?

La pregunta iba dirigida a los tres soldados. Julián se encogió de hombros, Jimeno se quedó pensativo, y sólo Neftalí respondió sin dudar, mirando a Amparo como brindándole un toro.

—Yo no disparo contra el pueblo ni aunque me maten.

—Olé tus huevos —alabó una voz carrasposa desde detrás de un pitillo, la guitarra volvió a su discreto rasgueo, las miradas de Paula y Amparo se cruzaron, Paula asintió con gesto de hermana mayor y Amparo se estremeció de orgullo, como si Neftalí Larraga ya le perteneciese.

Y cuando, tres semanas más tarde, una rubiaja llena de mataduras y mocos la abordó a la puerta de la casa, «que me manda Jimeno, que le diga que Neftalí está en el calabozo, que lo metieron cuando lo de las güelgas y que si le pueden llevar algo de comer», Amparo se quitó el delantal, se puso el abrigo, sacó una morcilla de la fresquera, vino y pan de la despensa, y echó a andar resueltamente.

—¡Paula! —gritó hacia el pasillo antes de cerrar la puerta—. Que han metido al cubano en el calabozo.

—Ve con Dios.

A paso vivo, tiesa y decidida, Amparo fue a uno de los cuarteles de Cuatro Vientos, donde un soldado la guio hasta el puesto de guardia en que Neftalí estaba encerrado.

—Buenas tardes, ¿da usted su permiso?

El sargento la miró como si le hubiese insultado.

—¿Usted qué quiere? —gruñó.

—Ver a Neftalí Larraga, que lo tienen aquí preso.

—¿Y para qué quiere verlo?

Amparo contuvo la sangre que comenzaba a encabritársele en las venas, ladeó la cabeza con sumisión y esbozó un gesto contrito.

—Pues mire, le traía algo de comer.

El sargento echó un vistazo desconfiado a las viandas que Amparo le mostró.

—Ese no necesita comida. Lo que le hace falta son unas buenas hostias.

—¿Y qué es lo que ha hecho, si puede saberse, para que lo maten de hambre?

—Aquí no se muere nadie de hambre. Pan y agua hay de sobra. Si le interesa, ese rojo de mierda le ha dado su pistola a un huelguista. Eso es traición, señora.

El sargento volvió a bajar la vista a unos papelotes que andaba firmando e ignoró la presencia tensa de Amparo.

—¿Me deja o no me deja entrar a verle?

—Que le he dicho que al negro ese no se le visita.

—Negra tu alma, cabrón.

Al chusquero le cogió de improviso la respuesta.

—Oiga, señora... —Amparo se acercó al escritorio, puso la comida sobre él para tener las manos libres.

—Es usted un sinvergüenza que está abusando de sus galones.

—Que la meto a usted en el calabozo...

—Tú sí que vas al calabozo, porque yo no me muevo de aquí y cuando llegue el capitán le vas a explicar tú eso de que no están permitidas las visitas.

El sargento se levantó, se fue hacia Amparo con ira de labrador contrariado con un mulo.

—Que se vaya ahora mismo. —Pero, aunque hizo ademán de tomarla por el brazo, no se atrevió a tocarla.

—No me voy sin verle. —Y su mirada era como un arañazo y sus puños se crispaban de ira, y su voz era una ronca amenaza y su cuerpo como de piedra, y el sargento, para no perder la cara consigo mismo, se dijo que no quería alborotos justo cuando se le acababa la guardia, y gritó dándose la vuelta.

—¡Cabo!

—A la orden, mi sargento.

—Acompaña a esta mujer a ver a Larraga. Diez minutos. Luego la echas a patadas.

—A la orden, mi sargento.

Amparo no dio las gracias: no le habían hecho un favor. Mera justicia.

—Vaya ocurrencias que tienes, hijo —recriminó Amparo a Neftalí nada más verlo—. Toma, te he traído algo de comer. Anda que el cernícalo ese que tenéis a la puerta casi no me deja entrar.

—Es un fascista.

—¿Cómo estás?

—Yo bien.

—¿Y Jimeno?

—Se accidentó la mañana de la huelga. —Neftalí guiñó un ojo cómplice—. Pero ya se ha puesto bueno.

—¿Qué te van a hacer?

—El capitán dice que darme garrote, pero lo dice no más que para asustarme. —A Amparo le dio una temblera que no supo ni quiso ocultar.

—Ay Dios, ay Dios. —Y se quedó mirando a Neftalí como pidiéndole que no le hiciese tanto daño.

—No te preocupes, mi niña, que yo voy a salir de aquí, y cuando salga tú y yo no nos vamos a separar ya para nada.

Frase que se grabó de tal manera en ambos que, cuando tres meses después Neftalí salió del cuartel, expulsado del ejército por sospechas fundadas pero no demostradas de cooperación con los sediciosos, más flaco que un galgo, con ojeras de tísico y con el cuerpo amoratado a causa de las patadas que le había propinado un cabo medio borracho para hacerle confesar, no se fue hacia el cuartucho que tenía alquilado en Carabanchel a medias con Jimeno, sino que se plantó ante la puerta verde, respiró hondo varias veces para recuperar la fuerza de sonreír, entró sin llamar, recorrió el pasillo que olía a sombra, buscó en el cuarto en que viese por primera vez a Amparo, subió una escalera carcomida y húmeda, corrió una pesada cortina de lona estampada, frenó con una sonrisa —desvanecida, casi doliente, pero bastó— la mirada de susto de Amparo, y sencillamente dijo:

—Niña, ya estoy aquí.

Amparo se acercó a él, lo abrazó despacito, intuyendo las magulladuras, lo besó también blandamente, como si supusiese igualmente tumefactos los labios de Neftalí, y le ayudó a tumbarse en la cama, lamentando no haber vareado el colchón de lana, cuyos nudos quizá se clavasen en el cuerpo herido.

—Bueno, ya estás en casa. —Y se sentó a su lado a verlo sollozar, apaciguarse, quedarse dormido.

—Ay, el criminal, el bandido, que me la va a matar.

Claudia, con un pañuelo a la cabeza y vestida con hábito de la Virgen del Carmen —nadie la recuerda sin él—, se apresuraba de una esquina a otra de la cocina, atizó las mortecinas ascuas, barrió con rabia unas pelusas, cambió de lugar el cántaro, levantó la vista y venteó esos ruidos que le llegaban del otro lado del patio. Su hermana había vuelto

de Madrid con un cubano pegado a las faldas, y tenía la desvergüenza de encerrarse en un cuarto con él, en la mismita casa de los padres.

—Anda que como padre estuviese aquí, a buenas horas se iba a atrever el extranjero a ponerle la mano encima.

Padre estaba en realidad en casa. Pero ya todos hacían como si siempre se encontrase lejos, como si no se pudiese contar con él. Y no se podía. Llegaba en la noche tambaleante, incierto; con mirada picara buscaba, y a menudo encontraba, motivo para un chiste; escuchaba las novedades, buenas o malas, sin que pareciesen afectarle: Tobías, el mayor, aún no ha vuelto del aprisco; se ha terminado el aceite, habrá que ir a pedir; pasó tío Bisiesto para tomar prestada la burra... Asentía Emilio, plácidamente refugiado en una nube de la que prefería no apearse, impotente quizá para enfrentarse a las demandas crecientes de esa vida de miseria, y también, por su ánimo bondadoso, incapaz de la determinación que da la rabia. Bueno está, comentaba, anda, novia mía, ponme un culín de anís; y luego se iba a acostar, tras hacer una carantoña a Juliana. A la mañana siguiente salía bien temprano a la puerta, liaba y ofrecía a quien pasara su poquito de picadura, se aclaraba la garganta con un sorbo de anís y se iba a la era, y después a la taberna. A Emilio todo el mundo lo quería y lo admiraba como hombre honrado y servicial; pero desde que dio en beber su familia tuvo que resignarse a no contar con él, a dejar las decisiones en manos de Juliana.

—Qué prontito lo dijo madre. Ese extranjero sólo va a traer disgustos.

Claudia extrajo de un cajón un rosario de cuentas descascarilladas y cruz herrumbrosa. Claudia, como Juliana, su madre, rezaba cuando otros, en la misma situación, renegaban. Y daba gracias a Dios con frecuencia, a pesar de que tenía un padre alcohólico, un hijo subnormal —al que ella llamaba «mi cruz», y lo quería más de lo que habría querido a un hijo sano—, siete hermanos vivos de trece que nacieron, había vivido en la miseria, que se le había quedado grabada sobre la piel, en la mirada, en cada gesto, hasta que se casó, tras obtener la pertinente dispensa, con un tío suyo veinte años mayor que ella, pero que poseía tierras y empleaba jornaleros, jugaba al tute con el médico y el cura, despotricaba contra el ateísmo y los socialistas. Más tarde le criticarían que, habiéndose casado con un hombre rico, no hubiese ayudado a la familia en los años del hambre. Pero qué habría podido hacer ella, mujer al fin y al cabo, que no disponía de dinero ni bienes, si era su marido quien administraba la hacienda con mano rígida. Además Galo nunca quiso ayudar a la familia de su mujer: nadie lo había acogido allí como se merecía. Sólo sorna y desprecio había recibido de Emilio, que se sabía respetado en el pueblo a pesar de ser pobre y borracho, y le echaba en cara al otro el dinero que tenía y que no le servía para hacerse con el aprecio de los vecinos. Cada palo que aguante su vela, pensaba Galo, y se reía para sí.

Claudia se afanaba de un lado a otro. Tendría que estar en los corrales, a ver si las gallinas habían puesto, sólo había pasado a saludar a madre, pero no se podía alejar de la casa. Porque el extranjero estaba pegando a Amparo. Ese extranjero de hablar meloso que no engañó a Juliana ni un momento. A los chicos sí, andaban por ahí encandilados con las chulerías del cubano, que hablaba de la revolución, levantaba un arado con la mano izquierda, les metía en la cabeza no sé qué historias que los tenían soliviantaditos. Ese extranjero se había encerrado en el dormitorio con Amparo y le estaba pegando una paliza, que bien se la merecía, por lagarta, pero al fin y al cabo era de la familia, y si padre hubiese estado en casa bien pronto habría puesto remedio.

Escuchaba Claudia sospechosos ruidos detrás de esa puerta a la que había arriado el oído, los gemidos de su hermana, qué le estará haciendo, Padre Celestial, y madre aún no ha vuelto de la huerta. Claudia debía irse, pero cómo dejar a Amparo sola con el cubano, ¿no ha sido eso un grito?, sí, la va a matar, y ahora se queja, san Antonio bendito, llamó a la puerta fingiendo naturalidad.

—¡Amparo, que ya me marchó!

—Pues ya te podías haber marchado hace rato. Cotilla.

Si será desagradecida. Anda y que la mate. Y luego la olvidará por ahí, como un pellejo desechao. Claudia, temblándole de justa indignación sus manos hechas para la oración y el trabajo, no para la caricia, desató la burra, montó a sentadillas, tiró hacia abajo de la falda, vareó con rabia la grupa.

—¿Nos habrá oído tu hermana?

Amparo alisó sus ropas arrugadas, fijó de nuevo las horquillas, pasó, con igual solicitud, la mano por el pelo de Neftalí.

—Pues como nos haya oído se lo contará al cura en la confesión —dijo Amparo.

—Así te absuelve a ti también.

—Que se absuelva él la panza. Yo no pecho. Ellos sí.

—¿Claudia y el cura?

—No, el cura, el alcalde, el médico, los amos de las tierras. Los pobres no pecamos. Vivimos como las bestias y encima quieren que pidamos perdón. Que se vayan a hacer puñetas. Anda, vámonos a las huertas.

—¿Para qué?

—Para no estar en casa cuando llegue madre. No hace más que mirarme como un buey a medio degollar.

—Porque no me quiere.

—Con que te quiera yo hay bastante.

A mitad de camino cambiaron de opinión y se fueron hacia el río. Neftalí, a veces, se paraba maravillado a estrujar entre sus dedos las hojas pegajosas de una jara, o a acariciar su envés velludo como el cuerpo de un insecto.

—Estas no las hay en mi tierra. ¿Echan flor?

—Unas flores blancas y grandonas.

Ella prefería arrancar ramilletes de cantueso.

—Toma, huele.

Y él acercó la nariz a esas manos fuertes, de ternura firme y honesta, mmm, dijo, olió los dedos impregnados de lavanda, mmm, repitió mientras sus labios se extraviaban antebrazo arriba.

—Quita, ganso.

—Mmm —respondió Neftalí, sujetándola por la cintura, con los dientes ya suavemente afincados sobre el cuello de Amparo.

—Qué bien huele esta flor. De estas tampoco hay en mi tierra.

Y Amparo andaba ya también perdida en otros olores, a cabello limpio, a sudor macho.

—Quita —mintió al tiempo que lo atraía hacia sí. Apenas un soto les ocultó a miradas y desdenes pueblerinos, se tendieron bajo un álamo. Neftalí le subió las faldas, con pasión pero sin violencia, con orgullo de dueño, con sumisión de siervo.

Cuando él ya reposaba en silencio sobre ella —parecía mentira que tal hombrón pesase tan poco, como si flotase para no dañarla— y cuando el campo otra vez olía a jara, cantueso y a inconstantes vaharadas de higuera, Amparo preguntó, no con la intención de atarlo con palabras, sino realmente para saber:

—Si me quedo preñada, ¿qué harás?

Neftalí buscó la respuesta adecuada.

—Casarme contigo.

Amparo sacudió la cabeza.

—Yo no quiero que te cases conmigo.

Desconcierto, titubeos, la mirada inerme de Neftalí.

—¿Y qué quieres?

Amparo le echó de su cuerpo. Se sentó. Necesitaba acaso una postura digna para la afirmación.

—Ser tu mujer, pero de verdad —dijo, y que no le preguntasen qué quería decir con eso, porque no estaba segura. Pero era lo que deseaba. Los detalles ya los descubriría en su momento.

Neftalí, conmovido sin saber tampoco muy bien por qué, tuvo que mirar en otra dirección. Y luego, sintiéndose fuerte, a la altura de Amparo, se volvió hacia ella.

—Ya lo eres. Y nunca tendré otra.

Neftalí Larraga, en ese instante, no sabía que estaba a la vez diciendo la verdad y jurando en falso. Sólo se daría cuenta muchos años más tarde, cuando ya no tenía a quién contárselo.

A mitad de la cuesta, la que lleva del arroyo al pueblo pasando junto a las huertas escuálidas por escasez de agua, se encontraron con Juliana, que bajaba a buscarlos para, le había dicho a Emilio, quien respondió con un ronquido indescifrable, poner los puntos sobre las íes.

—Mi madre —anunció Amparo en voz baja al ver acercarse la figura negra y más encorvada de lo frecuente a su edad.

—Malo —respondió Neftalí, e inconscientemente miró a los lados, como buscando un camino por donde huir. Se agarró bien a Amparo, levantó la cabeza y enarboló la sonrisa que habitualmente empleaba como escudo.

—Buenos días, madre —dijo Neftalí, y Juliana lo miró como si acabase de escupirle.

—Os andaba buscando. ¿Vais para la casa?

—A ver, ¿dónde vamos a ir si no?

—Eso vosotros lo sabréis —repuso malhumorada, buscando en la lejanía, por encima de los hombros de Neftalí, el lugar del que

regresaban, intentando evaluar lo que había pasado antes de que ella llegara.

Caminaron juntos y en silencio hasta la casa. La puerta, dividida horizontalmente, de forma que pudiese abrirse la parte superior para airear sin que las bestias o las gallinas entrasen en la casa, estaba cerrada. Juliana descorrió los dos pesados cerrojos, empujó con el pie al gato que intentaba en ese momento escapar por la gatera, y se fue derecha a la cocina, dejando tras de sí una estela de mal humor. Amparo y Neftalí la siguieron atemorizados.

—¿Qué le pasa a tu madre?

Amparo se encogió de hombros.

—Ahora nos lo dirá.

La cocina era un oscuro y amplio cuarto sin ventanas. Por el día sólo le llegaba la luz del sol a través del holgado tiro de la chimenea y de la puerta que daba a las cuadras, iluminadas a su vez por un solo ventanuco. No había cuadros adornando la cal fría de las paredes, ni siquiera hojas de calendario. Sólo una medalla diminuta de la Virgen de Guadalupe estaba pinchada con un alfiler en una pared. Por lo demás, dos cantareras en un rincón, el poyo con un canalón sobre el que se fregaban los cacharros, los utensilios de cocina y dos candiles colgando de la viga de la chimenea. En el centro del cuarto una mesa rodeada de cuatro sillas con asiento de anea y un banco de encina. Una puerta daba a la cuadra; la otra a un largo zaguán que, por su forma de ele, se iba oscureciendo al llegar a la cocina. A Neftalí entrar en aquel reino de sombras húmedas que invitaban al susurro y la tristeza le cohibía tanto como penetrar en una iglesia. Al llegar a la cocina siempre se quitaba el sombrero. Los tres se quedaron en pie, a ambos lados del fogón, incómodos, tensos.

—Bueno, ya me diréis qué pensáis hacer.

Neftalí buscó ayuda en el rostro de Amparo, pero no encontró nada que le informase de qué decir.

—No sé... —comenzó.

—Pues eres tú quien debería saberlo.

—Madre...

—Tú te callas. Estoy hablando con Neftalí. ¿No piensas casarte con ella?

Neftalí buscó un respiro.

—Precisamente hoy estábamos hablando de eso.

—¿Y? —apremió Juliana, dispuesta a no conceder tregua alguna.

Amparo se adelantó a Neftalí.

—Que no pensamos casarnos.

A Juliana las manos se le crisparon sobre las tenazas de la lumbre, los nudillos se le pusieron blancos, sus ojos enrojecieron, los dientes amarillearon por todo el cuarto, cuando le escupió, a Neftalí, no a su hija:

—Tienes el hígado de decirme que vas a tener a mi hija como a una puta. Antes te mato, escúchame bien, te mato. —Y un movimiento brusco de las tenazas subrayó la amenaza.

Neftalí sintió que le temblaban las rodillas. Otra vez buscó a su alrededor una salida, una forma de escapar, pero tropezó con los ojos de Amparo, que aguardaban confiados su respuesta.

—Yo quiero a su hija más que a nada en el mundo.

—Eso no basta.

—Sí que basta, coño —repuso Neftalí con más ímpetu del que había querido poner, pero no se arrepintió de ello, pues Amparo parecía contar con que él dominase la situación.

Juliana dio un respingo. Fue a decir algo, pero prefirió callar. Dejó las tenazas sobre las trébedes y sacó el rosario de entre los pliegues de la falda, resignada a tener que rezar por el alma de su hija. La del cubano ojalá ardiese en el fuego del infierno. Amén.

—Mañana o pasado nos volvemos a Madrid.

—¿Es que no hay trabajo en las eras de aquí para un hombre?

—El trabajo que yo tengo que hacer no puedo hacerlo más que en Madrid.

Andar revolviendo los espíritus, como el Maligno, masculló Juliana acurrucada junto al hogar apagado y gris como su ceniza. Despacio, como si tuviese que empujarla con esfuerzo, llevó hasta el cubano una mirada herrumbrosa. Pero Neftalí ya se había vuelto hacia Amparo.

—Vámonos, niña.

A Juliana le habría gustado ser bruja: la saliva se le volvería lejía al ladrón, al impío; costras de sal cegarían sus ojos, el vientre se le abriría

en llagas, cagaría alacranes, víboras le saldrían por el rabo para comérselo vivo. Pero Juliana nunca supo buscar reparación ni desquite; encorvada por la impotencia, acudió al único lugar en que se sentía escuchada. Al anochecer subió jadeando el camino pedregoso a la iglesia. Ya antes de penetrar en el templo inició su sentido bisbiseo.

Juliana creía con un fervor primitivo e íntimo. No iba a misa más que obligada, para bodas, bautizos y funerales. Su religión era cosa de Dios y ella, en la que no tenían que meter la nariz los hombres. Cuando paseaban al Santo por las calles o sacaban a Cristo o la Virgen sobre las andas, abría la puerta una rendija, se arrodillaba hasta que se alejaban las sagradas figuras, se santiguaba y volvía a sus quehaceres. Tenía su capilla privada en un cuarto: en una de las paredes había una hornacina compartida por san Antonio, Jesús de Medinaceli y varias estampas de vírgenes. La lamparilla que ardía ante ellos no se apagaba jamás: ni en los momentos de mayor miseria le faltó el aceite.

Pero la iglesia sí estaba casi a oscuras por la escasez de medios y de piedad: sólo dos candiles colgados de sendas columnas a la entrada y tres lamparillas que flotaban inquietas sobre delgadas capas de aceite luchaban sin esperanza contra la oscuridad, que descendía, densa como resina, por la mampostería. Tampoco el altar estaba iluminado: el Santísimo no se hallaba en el sagrario.

Sin embargo, Dios sí estaba presente. Su hálito traspasaba los muros, las frías lajas, la tiniebla cobijada bajo el artesonado, y llegaba hasta Juliana para calentar un tanto sus miembros ateridos por la frialdad de su perra vida.

Si había algo que la mujer temía era la oscuridad. Por eso había ido a la iglesia, sin decírselo siquiera a Claudia. Tenía que ir sola. Otras veces en que la desgracia la había acechado intentó rehuirla mediante dolorosos sacrificios: en más de una ocasión fue caminando descalza hasta el monasterio de Guadalupe, a más de seis leguas por caminos de cabras, a donde llegaba derrengada, con las plantas sangrantes y con la convicción de que aquel no era dolor suficiente para conmover a Cristo, quien fue flagelado, coronado de espinas y sacrificado en la cruz. Juliana incluso se avergonzaba de rogar compasión a cambio de tan exiguo sufrimiento. Por ello, si lo que deseaba le parecía una petición casi desmesurada, aguardaba a que llegase la noche y sola, siempre sola, iba a sentarse a las puertas del cementerio, pues el horror a demonios y aparecidos era un sufrimiento más profundo que el dolor físico: los sufrimientos del cuerpo pueden olvidarse, los del alma lo destrozan a uno sin remedio. Cuando el pánico amenazaba arrastrarla a la locura, echaba a correr rezando a la Virgen, única fuerza que podía defenderla del Maligno en persona. Pero en esa ocasión Juliana pensó que no debía permitirse la huida. Estaba en juego la salvación de su hija.

Ignoró las estatuas de los santos. No fue a postrarse frente a san Antonio de Padua, ya que nada se le había perdido, salvo la alegría, que

pudiese hallar por su intercesión; ni encendió un cirio a la Virgen de Guadalupe, como era su costumbre, ni siquiera se paró a rezar a santa Rita, abogada de los imposibles. También hizo caso omiso del glorioso combate que san Miguel, patrón del pueblo, libraba en el altar mayor. Se quedó de pie junto a una columna, anunciando una vez y otra al Salvador sus intenciones y rogándole su protección. Hasta que el último fiel abandonó la iglesia. Entonces, protegida por la oscuridad, camuflada bajo el color terroso de sus vestidos y la apariencia mineral de su carne, se metió en un confesionario y echó la cortina.

Desde allí escuchó el moroso andar del párroco, el estruendo del cerrojo y el trabajoso girar de la llave en la cerradura, el eco del metal luchando por escapar de los sólidos sillares, el monólogo absorto del párroco —al que parecían preocupar los nidos de las cigüeñas y las tejas caídas—, la puerta de la sacristía que hizo temblar el aire al cerrarse, los primeros chasquidos sin explicación concreta. Cuando salió de su escondite, las lamparillas habían acabado de consumir el aceite; los dos candiles se defendían aún tiritando, soltando un humarranco negro que tiznaba las columnas, contra la victoria inminente de la sombra. Juliana fue a postrarse ante Cristo en la cruz.

—Ay, Padre mío —fue el exordio, al que siguieron varios suspiros y un gimoteo de perro chico—. No dejes que se la lleve. Ay Padre Celestial, ay, Santísimo Cristo, que no se lleve a Amparito, que no vuelvan a Madrid. Tanto disgusto me mata, que sí que me mata. Ay, Señor, ay, Señor. Toda la noche, Dios mío, para que veas que yo también estoy dispuesta a sufrir, como Tú en la cruz para redimirnos de nuestros pecados, hasta que cante el gallo, Dios Misericordioso, qué miedo —se estremeció Juliana ante la perspectiva—, pero me quedo a tus pies, pobre pecadora, a cambio de que mi Amparito no se vaya con ese hombre.

Juliana se santiguó para cerrar el trato. Entretanto ya sólo quedaba un candil encendido. Juliana se sentó bajo su débil luz, temblorosa, sabiendo lo que le aguardaba. Sacó el rosario. Cerró los ojos para ignorar la oscuridad exterior. Comenzó el primer misterio.

Un chirrido le obligó a abrirlos. A su alrededor las sombras. Negrura amenazante, como si el aliento del Maligno hubiese asfixiado la luz de la creación. Acababa de iniciar el segundo misterio y ya apenas si podía pronunciar. El maxilar parecía engatillado y los labios le temblaban como cuando enfermó de tercianas. Escuchaba el múltiple susurro que producían las ratas correteando por la losa desnuda. Se oían también los duros crujidos del roble de los bancos, el viento jalando de las tejas, la conversación nocturna de la piedra, la llamada del alcornoque contra la ventana, como si quisiese acogerse al sagrado de la iglesia en esa noche que se anunciaba desapacible, el puntual goteo de un canalón.

E imaginaba espantosos demonios venteando en su busca como lebreles, y veía ráidos obispos levantándose de sus tumbas y extendiendo hacia ella manos que hacía siglos dejaron de bendecir, huesarrancos

putrefactos y amenazantes. También vio la estantigua discurrir por los pasillos arrastrando cuerpos de condenados al infierno, y la propia muerte la miró con ojos aún ebrios desde la hornacina en que se había tumbado a reponerse de su embriaguez de sangre. Los rezos eran ya meras jaculatorias, gritos amortiguados, llanto silencioso. Juliana, con la espalda contra el portón, pugnaba por no huir a la vez que por defenderse de todas esas visiones que se le echaban encima, temerosas acaso de que el amanecer les arrebatase su presa. Le impedían respirar con sus alientos de ciénaga, la apresaban con sus miradas dementes, metían por debajo de sus faldas dedos blandos como culebras. El canto del gallo quedó casi ahogado por el chillido que emitió Juliana al desmayarse.

Cuando volvió en sí, agotada, febril, Juliana se dirigió a casa. No pensaba en Amparo ni en Neftalí. Sólo quería meterse en la cama, junto a Emilio, que aún dormiría. Con lágrimas en los ojos, pensó con agrado en yacer pegada a su marido, bien arrebujaada contra su cuerpo insensible pero cálido. Entró por la cuadra, que estaba más alejada de los dormitorios que la puerta de la calle. Así no despertaría a Emilio al descorrer el cerrojo. Ignoró el saludo de la burra y el ajeteo inquieto del lechón. Ya salía de la cuadra cuando se encogió de pronto como si la hubiesen golpeado. Miró con incredulidad las huellas de la motocicleta sobre la paja, y las manchas de aceite que había dejado donde antes estaba aparcada. Juliana, por primera vez en su existencia, estuvo a punto de blasfemar.

—Me cago en su puta vida —dijo—. Padre Santo —dijo también. Con voz tan ronca que sonó como un insulto.

III

Llega en avión a La Habana. Es la primera vez. Hubiese preferido arribar en barco, ver el *skyline* desde la borda, intentar rememorar los anhelos de aventureros, exiliados, repatriados, para los que el perfil de la ciudad era una línea cargada de promesas. Llega, sin embargo, por el aire, y ni siquiera a vista de pájaro descubre la ciudad: desde su asiento de estribor sólo se ven mar y cielo, que a veces se confunden en inquietantes espejismos.

Llega con la cabeza llena de advertencias: que las cosas están muy mal, que la pobreza te asedia por la calle en las voces de los infinitos pedigüños, en sus miradas falsamente sumisas y zalameras, que la prostitución ha vuelto a aflorar en Cuba, símbolo perfecto de la derrota en este país, que fue el burdel de América, y donde el efecto más palpable del triunfo revolucionario fue que ninguna mujer necesitase venderse para sobrevivir. Llega agobiado por vagos temores, difusas añoranzas.

Pero también sabe que la democracia, en ciertas latitudes, es mero pretexto. Sólo cuando las clases privilegiadas están seguras de conseguir el poder triunfa la democracia en el tercer mundo. Y Cuba es aún un símbolo, el único país de la región que ha sido capaz de inventarse un futuro, negándose a aceptar el que les venía impuesto por sus vecinos. No habrán conseguido construir el paraíso, pero sí un hogar digno para casi todos, piensa.

Al salir del Hotel Inglaterra lo acoge la tarde tibia. El Parque Central lo atrae como un imán. Aún no sabe que su abuelo acostumbraba a dormir en los bancos de ese parque. No lo descubrirá hasta mucho más tarde, y entonces lamentará no haber prestado más atención a su vida nocturna. En el parque hay un perezoso movimiento de parejas, grupos ociosos, inevitables policías de uniforme azul, jineteras al acecho de los turistas que salen del Inglaterra o el Plaza, niños también al acecho.

—*My friend, one dollar.*

—*A pen, my friend.*

—Un chicle, *lady.*

Los niños, semidesnudos y bulliciosos, fingen una inocencia que perdieron hace tiempo. Cuando ven salir del hotel a algún turista, envían a la más pequeña del grupo a que lo aborde; ella tira de la falda de una extranjera, frena su mirada de irritación con dos ojos avellanados de cervatillo, sonrío tímidamente, mendiga cualquier migaja. Apostados tras las columnas de los soportales, la banda de pedigüños aguarda

impaciente la reacción. Si el corazón se ablanda y la niña recibe cualquier regalo, caerán sobre los turistas como una plaga de langosta, *my friend, one dollar, lady, a pen*, los acosarán con experto griterío, con miradas de tremendo sufrimiento si se revela necesario, seguirán dando tirones de sus ropas, impedirán que la mano cierre el monedero, huirán alborozados con el fruto de su incursión. La niña, la de los ojos de cervatillo, descubrirá decepcionada que le arrebatan incluso lo poco que ella ha conseguido. Cuando crezca ya se resarcirá del expolio.

Un grupo de hombres discute acaloradamente alrededor de un banco. Tan acaloradamente que no es fácil entender lo que dicen. Los verá también al día siguiente, y al otro; ellos no prestan atención a los turistas, sino que pasan el día embebidos en su debate. Cuando Ramón se asoma a la ventana al levantarse, ya están allí, quizá son otros, pero siempre en el mismo lugar, siempre con la misma ocupación. Seguramente, se dice, hablan de política. Debe de ser una especie de *Speaker's Corner tropical*. Una tarde, después de haber escuchado perplejo el confuso galimatías, Ramón da media vuelta para marcharse. Un joven negro, que se ha dado cuenta de su interés por el grupo, se acerca, le da un amistoso golpe en el hombro y dice: pelota. Pone una sonrisa como la del gato de Cheshire. La pelota los vuelve locos. ¿Quieres unos tabacos? Ron, lo tengo bueno de verdad.

Las calles, hoy miserables, que salen de detrás del Hotel Inglaterra están flanqueadas por edificios ruinosos, con patios desconchados que huelen a moho y restos de comida; negros a pesar de todo atléticos y relucientes, como si el hambre y la falta de perspectivas no pudiesen hacer mella ni en su cuerpo ni en su ánimo, patrullan indolentes el territorio. De oscuros pasillos emergen bellísimas mujeres, lentas, casi majestuosas, apesadas sus formas de mineral bruñido en ajustados shorts, y dejan caer sus sonrisas con hábil desgana. No es verdad, no todos son tan hermosos en esas calles arruinadas por la complicidad del tiempo, la pobreza y la desidia; también se ven algunos hombres esqueléticos, con un algo de perro apaleado y hambriento, y viejas desdentadas y obesas. Pero son los otros quienes, por contraste, llaman la atención.

En una de esas calles, varios chiquillos juegan a la pelota con un guante como un despojo de animal y con un bate arrancado del fondo de algún cajón. Otros, al baloncesto contra un aro dibujado con tiza en la pared. Allí está la casa donde vive María Luisa, que conoció a Neftalí Larraga en España, incluso antes del inicio de la guerra civil.

Las escaleras que ascienden desde la entrada del portal parecen el decorado de una escena bélica. Se pensaría que nadie puede habitar esa ruina a punto de derrumbarse. La puerta del apartamento, a juego con el resto, muestra una confusión de diferentes estratos de color, que reflejan el gusto o las posibilidades de sucesivos habitantes de la casa. Por aquí y por allá, en ronchas irregulares, asoma la madera reseca. Abre una anciana que no medirá metro y medio; lleva unas gafas de pesadísimo vidrio, una bata deshilachada, melena lacia y blanca, pasos

inseguros. Deja el paso franco tambaleándose un poco, y señala una gran mesa de madera cuya superficie muestra un brillo pegajoso, como si estuviese untada de sebo. En la penumbra se ve un gran cuarto tapizado de telarañas y del paso del tiempo; inmóviles cortinas de polvo se extienden por los haces de luz que atraviesan las contraventanas mal cerradas; de las paredes cuelgan fotos sepia de hombres y mujeres que probablemente están muertos, y diplomas por servicios prestados en la lucha revolucionaria; los libros se amontonan como ropa vieja por todos los rincones; a través de una puerta entreabierta se vislumbra el único dormitorio, por cuyas paredes también trepan pilas de libros, altas torres rodeando la cama derrengada; sobre una mesa que podría hacer las funciones de tocador, cuelga un espejo que perdió casi completamente el azogue.

María Luisa escucha las explicaciones del visitante, aunque parece ensimismada. Al oír el nombre de Neftalí Larraga se despabila y asiente con la cabeza. Hace visibles esfuerzos por recordar.

—Hace ya tanto tiempo —se disculpa—. Sí, el nombre me dice algo. — Podría estarlo diciendo como mero consuelo, tan escasa es su convicción. Acaso, con esa amabilidad típica de tantos cubanos, lo único que desea es ahorrar la decepción a su invitado, evitar que se vaya con las manos del todo vacías. Toma, entre dedos relativamente firmes, la foto que muestra a Neftalí a la edad en que se encontraba en Madrid. Se lleva la fotografía hasta la misma superficie de la lente izquierda, como un joyero aquilatando un diamante; la pasa una y otra vez ante la lente ya un poco empañada, musita:

—Sí, sí, claro que me acuerdo.

Pero enseguida matiza:

—Hace tanto tiempo. Tanto tiempo —repite—. Larraga estaba con nosotros en el Comité. Yo lo veía a veces en la calle Montera, teníamos un local que nos dejaba un cubano. Para nuestras reuniones, para nuestras cosas. Era muy amigo de ese poeta portorriqueño, ¿cómo se llamaba? Ay, se me ha olvidado. Sí, recuerdo esa cara, pero ya no sé decirte gran cosa. Le gustaba mucho reír, y tenía una voz muy bonita, tan varonil. Tu papá empuñó las armas desde el primer día.

—Mi abuelo.

—Con nosotros también estaba Wifredo Lam, ya tú sabes, ¿verdad? Qué hombre. Lo único que le gustaba era tirar granadas. A él la pistola no, pero la granada lo volvía loco. Qué gracia tenía. Los que nos visitaban mucho eran Federico y Alberti. Y Socorro Rojo, y los Amigos de América Latina. Éramos muy activos. Pues tu papá tuvo que estar en el asalto al Cuartel de la Montaña, porque fuimos todos los del Comité.

Entonces María Luisa comienza a extraviarse en sus recuerdos, cita nombres, lugares, hazañas, desgracias. Está convencida de que

actuaron de manera justa. Las muertes, los sufrimientos, han quedado en su memoria como gestas épicas. Cuenta que ella atendió a la Pasionaria en un hospital madrileño durante el asedio fascista, y que veló su enfermedad pistola en mano. Luego relata una confusa historia de una enfermera que trabajaba en su hospital: una infiltrada que se dedicaba a envenenar a los enfermos. Qué mujer más valiente, cuando la llevaban a fusilar, alguien le preguntó si se arrepentía, pero ella sólo tuvo para la pregunta palabras desdeñosas. ¿Arrepentirse? Ella hacía la guerra con las armas que podía; cuantos más rojos matase menos nacionales morirían. Y ni un ruego se le escapó ante el pelotón.

Incluso el enemigo, hoy, recibe las alabanzas de María Luisa. Se equivocaban, pero participaron en aquel momento histórico.

Después saca fotos, hojea libros, indaga con las yemas de los dedos páginas que ya no puede leer. De pronto toma conciencia de la divagación y vuelve su interés hacia la historia del visitante. Ramón le muestra un libro en que Neftalí Larraga relata en un breve artículo las vicisitudes que atravesó durante la guerra.

—Por favor, léemelo en voz alta.

La voz, en ese cuarto en penumbra, al que llegan el griterío de la calle, la música del radio vecino, ruido de cacharros en el fregadero, suena como una voz de otro tiempo, como si alguien, siglos más tarde, relatase una historia de muertes y olvidos. María Luisa, con la cabeza gacha, escucha, suspira, sufre con los dolores, siente, como si fuesen propios, los zarandeos que desarbolaron el corazón de Neftalí.

—Pobrecito, ¿te fijas?, qué tristeza.

Un gato tísico se frota contra la pierna del visitante, huye aterrorizado cuando lo espanta con un movimiento brusco. Probablemente sólo está acostumbrado a los lentos desplazamientos de su dueña.

—Y me dices que estás escribiendo un libro sobre tu papá. Tienes razón, esas historias hay que escribirlas. Porque si no la gente luego se olvida. Y es una pena, tanta lucha, para que luego nadie lo sepa.

María Luisa se levanta, va al dormitorio, regresa con varios libros en la mano. Se disculpa por no poder ofrecerlos, pues ya no se reeditan. No hay papel ni dinero para reimprimirlos. («Período especial, ya tú sabes.») Cuenta, con orgullo pero sin presunción, que ha publicado siete libros y ganado cinco premios. ¿Cómo es posible que una mujer tan activa en la revolución —fue enlace del Che en Cuba— y de tal prestigio histórico viva en esa cueva? María Luisa acaso adivina la pregunta no formulada. Con titubeos de ciego en terreno desconocido extiende la mano hacia delante, la posa en el antebrazo de su interlocutor, lo mira con sus ojos mudos.

—¿Sabes?, yo he dado todo el dinero que gané con los libros a la revolución. Fíjate, yo escribo sobre todos esos pobrecitos que murieron en la guerra. ¿Cómo me iba a enriquecer con el recuerdo de su dolor?

No le preguntó nada. Ya le contaría él. Si quería. Abrazada a su espalda, los dedos extraviándose por el suave matorral de su pecho, la cabeza apoyada sobre los hombros de Neftalí, que vibraban al unísono con la motocicleta. Apenas si hablaron durante todo el viaje. Para qué. Intermitentes mensajes de las yemas de los dedos, besos apenas esbozados sobre el cuello del hombre, sonrisas que ninguno veía pero que allí estaban, breves miradas hacia atrás durante las rectas. Incluso respiraban de manera acompasada, como la madre y el hijo tumbado sobre su pecho. Ella quiso pensar en algo chusco o banal, para liberarse un poco de tanta intensidad, para no dejarse engullir por los sentimientos. No se le ocurrió nada. La pasión tenía sobre ella un efecto narcótico.

Sí pensó que ya nunca podría regresar al pueblo sin que su paso fuese flanqueado por las murmuraciones de quienes únicamente pecaron a escondidas. ¿No es esa la Amparo, la que se fue a Madrid? Pobre Juliana, qué disgusto se llevó. Cría cuervos y te sacarán los ojos. El americano ya se habrá cansado de ella. Dios me perdone, pero me dijeron que se había operado de un hijo. Salió pendón, como su hermana. Cuando se rasca una ya no deja de picar. Y ahora vuelve a por la sopa boba. Anda que entre el marido y los hijos bien que le están ganando el cielo a la pobrecita Juliana. Y se atreve a venir pintarrajeada.

Besó el cogote de Neftalí, un cogote cubierto de pelusa rubia, como la cabeza de un bebé. Nunca querría a nadie tanto como a ese hombre. Le querré siempre, siempre, siempre, se arrullaba con el sonido de su esperanza. Inesperadamente, hacía mucho que no le ocurría, comenzó a llorar de felicidad. Las primeras lágrimas empañaron el horizonte, ocultando la mancha pardusca que le señalaba Neftalí.

—Mira, Amparo. Madrid.

Ah, Madrid en la primavera de 1936. Cuando aún parecía que al final no iba a ocurrir nada. Aves de mal agüero, gentuza desocupada que no tiene mejor cosa que hacer, derrotistas de mierda, susurran con cara de saberlo de buena fuente que las derechas se van a levantar, que los militares están descontentos con el Gobierno de Azaña, empeñado en triturar el ejército, que esa gente es incapaz de echar el freno al terror anarquista, que ya está bien de perseguir la religión porque eso no puede traer nada bueno. Cobardes, que no se han dado cuenta aún, pensó Neftalí, de que la revolución está cerca, pues el pueblo no va a seguir soportando durante mucho tiempo el cúmulo de injusticias, de traiciones en que incurre la clase dominante.

Neftalí, desde que salió de la cárcel, se afanaba, organizaba mítines, pintaba pancartas, recorría Madrid como una abeja un prado, montado en una moto con sidecar, a su lado el silencioso Jimeno; ambos habían entrado en el Comité Antiimperialista de Revolucionarios Cubanos en Madrid.

—Pero ¿qué tú piensas? —le dijeron a Jimeno cuando quiso hacerse del Comité—. Tú no eres cubano.

Jimeno miró con desprecio al aprendiz de burócrata.

—Mi madre fue una guajira de Oriente a la que preñó un gallego allá por Camagüey. Se la trajo poco después a España, donde murió de reuma y de tristeza. Pero antes me parió a mí. ¿Te valen mis antecedentes?

El escriba se encogió de hombros. Si la madre era cubana, pues adentro. Tampoco eran tantos los miembros como para hacer remilgos a los aspirantes.

En la azotea de la casa de Campamento, donde Neftalí se había instalado con Amparo y Paula, pintaron una enorme pancarta con letras rojas: LIBERTAD PARA THAELMAN. Amparo les ayudaba a sujetar la tela para que no la levantase el viento. Luego pegaron cartones rectangulares a astas de madera que provenían del fondo de unas banastas de fruta. Eran las pancartas individuales. Sobre cada una, el mismo lema, LIBERTAD PARA THAELMAN.

—Neftalí.

—Dime, mi amor.

—¿Quién es ese Thaelman?

—Un alemán.

—Ya.

Continuaron en silencio la actividad pictórica, hasta que Amparo volvió a la carga.

—Y ¿qué ha hecho?

—Nada.

—Y está en la cárcel aunque no ha hecho nada —constató Amparo sobriamente.

Neftalí puso uno de los letreros contra la pared y se retiró unos pasos para comprobar el efecto o, más probablemente, para ganar tiempo.

—Eso es.

—Sabe Dios en qué andarás metido.

Neftalí se acercó a ella y acarició su vientre, ya muy abultado por el embarazo.

—Tú no te metas en estas cosas, que con uno basta. Y el niño te necesita más que Thaelman.

—A ti también.

—Pues aquí estaré cuando llegue. Pero mientras hay que trabajar por la libertad y contra el imperialismo.

—Bueno, tú trabaja, pero no vayas a poner bombas. Que las ponga otro.

—Anda, cállate. Que tú no entiendes.

—Neftalí, no me hagas miedo.

—Que te calles, Amparo.

Amparo asintió. Él sabría lo que hacía. Además, si no hubiese sido como era tampoco lo habría querido tanto.

—Bueno.

Se reunían muchas tardes en la Pensión La Cubana, en la calle Montera, 30, para discutir de posibles acciones y campañas. Otras se iban a un descampado del oeste de Madrid a hacer ejercicios de tiro y de despliegue. Hicieron también alguna práctica de desfile, para que el día en que llegase la victoria de las masas proletarias pudiesen entrar en las poblaciones no como pordioseros tiznosos, sino como ejército disciplinado y optimista. Sin embargo, eludían la música de marcha para no llamar en exceso la atención del enemigo, y los soldados se cansaban enseguida del undós; pronto comenzaban las bromas en voz baja, que sacudían las filas en círculos concéntricos, haciendo a los soldados perder el paso y a los cuerpos su gallardía, de manera que la formación acababa pareciendo más farra de compadres que demostración de disciplina. Luego, inexorable como una plaga de langosta y para desesperación de los mandos, se oía la voz de Expósito.

Expósito era un gran imitador de instrumentos, habilidad que solía explotar para encandilar muchachas en el Retiro. En cuanto adivinaba que el humor de la tropa era propicio, iniciaba unos compases de marcha a la trompeta y el tambor, instrumentos que, por algún prodigio de la naturaleza que deformó sus cuerdas vocales o los conductos

respiratorios, hacía sonar no sucesiva, sino simultáneamente. Nada habría ocurrido, salvo las risas iniciales, si Expósito se hubiese ceñido al repertorio militar pero, una vez lanzado el exordio cuartelero, iba variando el ritmo y la longitud de las frases, haciendo que el sencillo taratachunda se mutase en danzón o en son, que irremediablemente devenía rumba. Los soldados eran incapaces de sustraerse al ritmo de la música, sus pies se perdían en arabescos sinuosos y los cuerpos comenzaban a contonearse con sensualidad propia de garito santiaguero, pero no de establecimiento militar. Así, con pragmatismo tan cubano como el sentido del ritmo, los mandos comenzaron a acortar la duración del desfile e incluso a olvidarlo por completo algunos días, de manera que la práctica con el armamento pasó a convertirse en actividad preponderante de los revolucionarios cubanos. Cuando, preocupado por el efecto que harían las tropas victoriosas entrando en un pueblo al ritmo absurdo de la rumba, alguien propuso que se desfilase con banda de música, porque los fascistas ya sabían perfectamente dónde hacían sus ejercicios los cubanos —los disparos eran bastante más ruidosos de lo que sería el redoble de tamboril—, la respuesta, de lógica aplastante, fue, que si los fascistas llegaban cuando estaban todos en fila y sin poder desplegarse no iba a quedar un antiimperialista vivo, pero que se atreviesen a venir cuando tenían las armas en la mano y entonces iban a regresar a sus casas de señoritos con un nuevo agujero en el culo por si el original no les bastaba para cagarse de miedo.

Neftalí vivía aquella época en un estado de continua excitación. Tanto en Montera como en otras oficinas que visitaban en el Radio Oeste, escuchaba conversaciones cuyo significado a veces se le escapaba, pero no su trascendencia. Era un continuo desfilar de rostros cambiantes, algunos regresaban, otros no; un interminable trajín de paquetes, mensajes, consignas. En el piso se pronunciaban discursos y alegatos, debates continuos sobre la táctica, que Neftalí escuchaba esforzándose por comprender cada palabra, y luego discutía con Jimeno sobre lo que habían oído. Tampoco se perdía una manifestación, por la libertad de Thaelman, del que sólo sabía que era un comunista alemán al que los nazis mantenían en prisión; por la de Carlos Prestes, camarada brasileño que se había rebelado contra la dictadura y a cuya madre habían arrastrado a la cola de un caballo; manifestaciones en las que a veces participaban españoles, como ese Lorca, tan escandaloso, por ejemplo el día que bajaban unas decenas de cubanos por la calle Alcalá hacia la Puerta del Sol, con las pancartas en ristre, defendiendo ni recordaba qué causa antiimperialista, cuando de lejos oyeron unos gritos.

—¡Cubanos! ¿Dónde vais con este calor?

El grupo buscó a quien se dirigía a ellos, pensando más de uno que sin duda se trataba de algún fascista que les iba a insultar, pero en la terraza de un café descubrieron a Lorca haciendo aspavientos y a su lado a Alberti y un desconocido, muertos de risa.

—¡Cubanitos, que no es hora de alborotar!

Pero los tres acabaron yéndose con los cubanos calle Alcalá abajo, hasta parar en Cibeles, donde se agruparon un momento ante la diosa impasible: allí, a sus pies, depositaron como ofrendas los panfletos que no se habían repartido, hubo algunos breves discursos, y luego los manifestantes se fueron diseminando, la pancarta bajo el brazo, por los bares de la zona.

Mientras tanto, Amparo ganaba el sustento de ambos como sirvienta en casa de un diplomático italiano. Amparo no cocinaba particularmente bien —le faltaban la concentración y el interés— ni era una sirvienta hacendosa: al contrario que su hermana Paula, que trabajaba de la mañana a la noche sin perder siquiera el buen humor, Amparo se agostaba a ojos vistas con el paso de las horas y su cara iba adquiriendo una expresión sufriente. Sin embargo, Amparo conseguía siempre una rara inteligencia con sus patronas, que acostumbraban a elegirla como confidente y consuelo, mientras Paula, malhablada en todo momento, dada a las risas escandalosas y a la conversación a gritos, rara vez obtenía aprecio alguno para su trabajo.

—Hija, yo no sé qué les das para que se encariñen así contigo —le decía a su hermana, con más admiración que envidia. Aunque a ella misma le pasaba igual y, a pesar de que era sólo dos años mayor que su hermana, acostumbraba a descargarla de faenas demasiado pesadas, como cuando años atrás iban juntas a varear aceitunas: en cuanto veía a Amparo echarse aliento sobre la punta de los dedos, le hacía una hoguera para que se calentase a su lumbre mientras ella continuaba el trabajo.

Además Amparo, más silenciosa de lo habitual entre el servicio, más discreta, menos propensa a la imprecación y la blasfemia, despertaba en sus patronas el instinto protector y caritativo propio de las clases altas, que gustan de elegir un pobre con el que mostrarse generosos para aplacar cualquier remordimiento de conciencia.

Rara era la vez que Amparo llegaba a casa sin algún regalo de la señora italiana. A menudo Neftalí estaba ya aguardándola, tumbado en la cama, soñando vagamente con una vida de acción y pasiones y con el regreso a Cuba, o bien se entretenía leyendo los pasquines que debía repartir o algún opúsculo que nunca terminaba, pues sus sueños se interponían siempre a la teoría. Neftalí, que ya de joven era hombre de convicciones y prejuicios sólidos, no necesitaba justificación ni doctrina. Lo que es justo, es justo, y quien no quiera verlo es un cabrón. Su candidez, de la que no se libraría ni siquiera tras numerosos años de actividad política, le condenaba a ser un hombre de acción propenso a extraviarse en los laberintos del poder.

—Neftalí, ¿ya llegaste?

Amparo acostumbraba a llamar nada más abrir la puerta. Él se levantaba de un salto y acudía a la carrera con una devoción de perrillo que lleva todo el día encerrado.

—Aquí estoy. ¿Trabajaste mucho?

—Baldada vengo. Mira, la señora me ha regalado unas conservas. Valiente pendón está hecha.

—Desagradecida —le recriminó él, al tiempo que la achuchaba contra una pared para robarle unos besos aprovechando que llegaba con las manos ocupadas.

Amparo comprobó que nadie los miraba —Paula aún no había regresado— y le dejó hacer.

—Qué chiquillo eres. Si me pagase más no tendría que hacerme regalos. Pero como nos pagan una mierda...

—Eres más roja que yo. Dame un beso.

—Anda ya, besucón, déjate de besos. Muchacho, mira que te gusta manosear.

—Porque te quiero.

—Mírale, y yo, ¿no te quiero?

—No sé. A ver, dímelo tú.

—Vaya ganso que estás hecho. Vente a la cocina, que me muero de hambre.

Neftalí la siguió a la cocina, donde Amparo vació sobre la mesa las bolsas que traía. Sacó de ellas unas latas de sardinas y un hato de ropa que se había llevado para lavar. De dentro de una sábana que fue desenrollando sobre la mesa sacó una gran pastilla de jabón de sosa y una bolsa con judías blancas.

—Y eso, ¿te lo ha regalado también la señora?

Amparo se rio por lo bajo.

—Eso me lo he regalado yo. Nos habíamos quedado sin jabón. Mañana tengo que traerme aceite.

—Usted va a parar a la cárcel antes que yo, óigame lo que le digo.

Cuando la cena ya estaba preparada llegó Paula acompañada, como era habitual, de una caterva de amigos, conocidos y desconocidos. Unos

traían vino, otros tabaco, otros pan, aceitunas, algún queso, y, los más, las manos vacías. Pero nadie se quedaba a la puerta. Nada más entrar comenzaba a impartir órdenes y poner a todo el mundo en movimiento.

—Miguel, anda, vida, corta el queso —le decía a un albañil que acababa de conocer y se lo había traído de la obra con la cara espolvoreada de cemento, las manos comidas de llagas, la mirada entre imbécil y mezquina. Una de las virtudes que Paula heredó de sus padres fue la caridad. Hasta su muerte viviría rodeada de infelices, lisiados y subnormales.

—Miren los dos tórtolos, que se querían comer las judías sin avisar. Anda, cubano, no seas glotón y comparte.

Paula sentía debilidad por Neftalí. Aún muchos años más tarde, si se le preguntaba por él, hacía una pausa en lo que se trajese entre manos, asentía admirativa y afirmaba: «Ese sí que era un hombre con cojones. Y qué bueno era, además».

—Manuel, coño, ¿para qué trajiste el vino, para que envejezca?

Amparo y Neftalí solían quedarse a la fiesta, participando en el jolgorio general, hasta que Amparo se acercaba a su hombre, le confiaba algo al oído, y ambos, tras despedirse de la concurrencia, subían al cuarto. Haciendo caso omiso de las voces y risas que llegaban desde abajo, las canciones desentonadas, las riñas que se dirimían en el pasillo, las reconciliaciones, los llantos, los juramentos, Neftalí y Amparo se entregaban a un amor denso y ritual. Se desnudaban bajo las sábanas que olían a paja húmeda, buscaban el calor en largos abrazos, en caricias algo apresuradas, en frases simples, directas, tímidas.

—¿Te hago daño?

Amparo negaba con la cabeza y acariciaba sus cabellos; él enterraba el rostro contra el cuello de Amparo, mientras la amaba mansamente.

—¿No estarás llorando?

—Anda, y ¿por qué iba a llorar? —Y Amparo, cada vez, sujetaba la cabeza del amante anidada en su cuello, le acariciaba ya como si fuese un niño y no un hombre, se mordía los labios, inventaba alguna distracción.

—Mira —le decía si escuchaba los gemidos de su hermana, cuyo cuarto sólo estaba separado del suyo por un tabique y una puerta astillada—, la Paula encontró un hombre.

—A ver si esta vez es de verdad.

Pero nunca lo era. Una noche, tras escuchar no gemidos sino gritos de auxilio, Neftalí se levantó de un salto, echó la puerta abajo de una

patada, llevó al borracho o pervertido a bofetones hasta la calle. Luego hicieron un hueco a la hermana en el propio jergón.

—Vaya amigos que te buscas. Lo peorcito —le recriminó Amparo.

—Si yo tuviese tu suerte te creerás tú que iba a andar con esos espantajos.

Esa noche durmieron los tres en la misma cama, Amparo en medio, orgullosa, feliz, segura de que nunca conocería mejores tiempos.

La niña, a la que llamaron Lidia por insistencia de Neftalí, en recuerdo de una hermana que se le murió muy chica a la que él había querido más que a nadie en su familia, nació en esa misma habitación, con la ayuda de Paula, que había asistido a más de un parto y de un aborto, el 20 de abril de 1936, en medio de un Madrid que se esforzaba por no perder la normalidad, a pesar de las amenazas, los atentados, las manifestaciones y la sombra que proyectaba ya sobre las vidas de todos, aunque pocos pudiesen darse cuenta, la inminencia del desastre.

IV

—Abuela.

—Príncipe.

—¿Por qué estuviste en la cárcel después de la guerra?

—Por nada, hijo, porque hacían lo que les daba la santísima gana.

—Yo he oído que porque llevabas panfletos subversivos.

—Si no sabía ni leer, que ni a eso nos enseñaban. Nos tenían igual que a las bestias. Igualito.

—Alguna explicación te darían para meterte en la cárcel.

—Arreció. Esmirriao. Embustero.

Los improperios no van dirigidos al nieto, sino al líder de la derecha que está explicando su programa electoral desde la pantalla.

Amparo vive en un piso de Móstoles. Vive sola, porque no acaba de entenderse con su yerno y no tiene ganas, a sus años, de mendigar cariño. Que se vaya al cuerno. Vive sola, cada vez más inmóvil, no porque un daño físico le impida caminar. La doctora, cada vez que Amparo va al hospital porque el dolor en la espalda no la deja vivir, le sonrío con esa estúpida condescendencia de los jóvenes hacia los ancianos.

—Su madre nos va a enterrar a todos. Está como una rosa.

Se lo dice a Lidia, que la acompaña pacientemente en sus itinerarios terapéuticos. Se lo dice a ella como si Amparo fuese un animalito que no entiende razones.

«Como una rosa tendrás tú la breva», piensa Amparo. Pero lo que dice en voz alta es:

—Pues la espalda no me deja vivir.

—Haga ejercicio.

—¿Cómo voy a hacer ejercicio si la espalda me está matando?

Ah, esos viejos que no hacen caso a nadie.

—Se va a quedar usted en una silla de ruedas. ¿Es eso lo que quiere, eh, que haya que llevarla de aquí para allá como un trasto?

—Un trasto lo soy ya.

—Ande, ande. Ya quisiera estar yo como usted cuando tenga sus años.

«Ojalá estés igual que yo, hija de puta. Bien jodida de la espalda. Vas a ver cómo entonces no sonrías», triunfa Amparo en silencio.

Por eso no sale de casa. Para demostrar que no está en condiciones de recorrer el corto trayecto hasta el ascensor ni de hacer los movimientos necesarios para montar en el coche. La televisión es su interlocutor más fiel. Ni siquiera ahora que su nieto ha pasado a visitarla —lo que sucede pocas veces, porque el nieto se ha ido a vivir al extranjero— piensa en apagar el televisor. Consiente en conversar por cortesía, aunque está claro que lo que verdaderamente le importa no se desarrolla en esta vida, no donde los sufrimientos son reales, los suyos, sino en ese mundo ajeno en que son otros los obligados a sufrir. Que se fastidien. Ella ya ha sufrido bastante.

El candidato de la oposición promete generosamente y adereza sus ofertas con risas que le hacen arrugar la nariz tirando del labio superior hacia arriba, lo que descubre sus dientes y encías más de lo que exigiría la telegenia.

Amparo increpa a ese individuo que destila confianza en la victoria y parece creer sinceramente que el pueblo está esperando ilusionado su llegada al poder.

—Sí nos vais a dar, hocicudo —refunfuña Amparo tras escuchar una nueva promesa—. Como que nos disteis mucho cuando nos estábamos muriendo de hambre. Mamarracho. Anda que dabais. Mierda es lo que dabais. Pues ahora lo mismo.

Para Amparo no hay diferencias entre la derecha de los años treinta y la de hoy. Como si se tratase de los mismos políticos, hace responsables a los retoños de lo que hicieron sus antecesores ideológicos. No se deja engañar por la nueva retórica, por los mejores modos, por su apariencia democrática. La derecha será siempre la derecha: el partido de los que poseen y desean conservar y multiplicar sus posesiones, de los que no quieren justicia, sino orden, de esos a los que se les llena la boca hablando de moral, pero no conocen la compasión.

—Los mismos perros con distintos collares —resume Amparo acremente—. Qué rabia me va a entrar como gane el rancio ese.

—Abuela, ¿por qué no apagas el televisor?

—Para lo que hay que ver —dice, como si el aparato hubiese estado encendido únicamente por deferencia hacia la visita.

—¿Sabes que he estado en Cuba?

Amparo asiente con gesto de desaprobación.

—A buenas horas, mangas verdes. Tú me dirás qué esperabas encontrar ahora allí. No habéis querido ir antes...

Ramón no se atreve aún a explicar el motivo de su viaje. Prefiere cambiar bruscamente de tema.

—Oye, ¿por qué no me hablas un poco de la guerra?

—Hijo, qué manía te ha entrado con la guerra. Anda que es un tema bonito de conversación.

—¿Te molesta hablar de ello?

—A mí qué me va a molestar. A ver, ¿qué quieres saber?

—¿Se pasó mucha hambre en Valderríos después de la guerra?

Amparo hace una pausa, parece olvidarse de su nieto; sin duda desfilan ante sus ojos escenas de aquellos años, recupera sensaciones que creía olvidadas. Ramón no insiste, sintiéndose algo culpable de obligarla a recordar escenas desagradables. La ve poner gesto triste, resignado.

—¿No quieres tomar algo? En el frigorífico hay cervezas frías. Pero no tengo ni una almendra que ofrecerte. Como ya no bajo a hacer la compra...

—Ahora no. Luego cogeré algo.

—Así estás tú de flaco.

Vuelve a haber un largo silencio, hasta que Amparo se decide.

—Vaya si pasamos hambre. Tenías que haber visto a tu madre, pobre. Escuchimizadita estaba, que cogió unas fiebres, tercianas las llamábamos, y yo creía que se me iba. Más buena era que el pan candeal. No quería comer ni a tiros hasta que no me ponía yo también a comer. Mamá, come tú. Yo ya he comido, hija. Pero era más lista que el hambre, la jodía. Pues no como. Me decía, más pequeña que una raspa. Pues no como, mamá. —Amparo se entenece con el recuerdo, se le aneblan los ojos, sacude la cabeza como sorprendida de haber resistido tantos embates.

—¿Y qué comíais?

—Todo lo que crecía en el campo, igualito que los burros. —Y comienza una retahíla como el escolar que intenta acordarse de la lista de los reyes godos.

—Chicoria, abrepuños, lechuguillas, cardillos, arromanzas, clicas, berros, almidones, fieras (son esas menudas que crecen a la orilla del agua) —explica, acaso creyendo que las demás sí las ha identificado—. Mariquitas, amapolas...

—¿Las flores?

—No, hijo, cómo nos vamos a comer las flores, la planta, cuando aún está tierna. Bellotas, que menuda alegría cuando las pillábamos. Las íbamos a robar tu tío Justo y yo.

—¿No os dejaban recoger bellotas? ¿Teníais que robarlas?

—Bien de noche salíamos yo y tu tío. El Justo trepaba como un gato. Yo le abría el saco y él las iba echando abajo. Si sentíamos al guarda nos quedábamos quietos hasta que pasaba. Te metían un tiro sin pensárselo.

—¿Querían las bellotas para los cerdos?

—Sí, hijo. Para los cerdos.

—¿Pasaste también hambre en Madrid, durante la guerra?

Mira al nieto con orgullo.

—Ni una pizca. Tu abuelo se encargaba de que tuviésemos de todo.

Los primeros días fueron de heroísmo ingenuo. Desde el primer momento de la guerra civil, los cubanos participaron en la contienda. Se cosieron en el uniforme la bandera de su país para dejar constancia del empeño del pueblo cubano en la defensa de la libertad, y para que los cadáveres de los caídos no terminaran en una fosa común y sin comunicarse la baja a la embajada. Entraron en la lucha con ánimo festivo, convencidos de que los rebeldes se rendirían en pocos días. Aún no estaban ante una guerra, sino ante una breve escaramuza que les permitiría demostrar su arrojo y sus convicciones. Sólo se dieron cuenta de la realidad cuando las ametralladoras apostadas en el Cuartel de la Montaña comenzaron a abatir hombres y mujeres, cuando la calle quedó sembrada de cuerpos desangrándose. Neftalí y Jimeno participaron en la toma del Cuartel, la primera acción bélica de su vida, y luego en la de los cuarteles de Carabanchel.

Años después leería Neftalí cómo fue todo: en Cuba se publicaron numerosos artículos sobre el glorioso asalto al Cuartel de la Montaña y sobre la artera traición del nacionalfascismo, sobre la heroica sangre del pueblo derramada en el ataque. Así que fue años después cuando consiguió entender qué había sucedido aquella calurosa tarde en que Jimeno llegó en la moto y se puso a tocar el claxon como un loco ante la puerta.

—¿Dónde es el fuego, compadre? —gritó Neftalí saliendo a la calle en calzoncillos y camiseta, la cabeza de Amparo asomada sobre su hombro como sobre una tapia.

—Vístete, que nos necesitan. Pero ya. ¿O es que no has oído los disparos? Hay que joderse con los enamorados.

Amparo le ayudó a buscar los zapatos que había tirado en cualquier sitio, luego a anudar los cordones, mientras él se abotonaba la camisa, más bien intentaba abotonarla, porque los dedos parecían de otro y empeñados en no encontrar la abertura del ojal.

—Déjame a mí. —Amparo le apartó las manos, le abrochó, repasó la pechera con un par de suaves manotazos, le dobló bien el cuello, y contempló su estampa para asegurarse de que todo estaba en su sitio.

—Amparo, que no voy a una boda.

—Sí, pero para que los fascistas no se crean que somos unos muertos de hambre —dijo riendo—. Anda, márchate ya. Aquí te esperamos yo y la niña. —Y como Neftalí no se iba, sino que se acercaba a ella buscando su abrazo, Amparo le dio un beso rápido.

—Vete, vete ya, porque si no, no te dejo salir de aquí.

De lo que Jimeno le explicó de camino, la mitad no la oyó por el tremendo petardeo del motor, más ruidoso que la hélice de un avión. Sólo supo que los fascistas se habían apoderado de los cerrojos de no sabía cuántos fusiles para que no se armase al pueblo. Ni siquiera llegó a apearse en Montera; en cuanto pararon a la puerta de La Cubana, le pusieron una pistola en la mano y le dieron seis balas.

—No hay más, pero si apuntas bien, son seis fascistas menos.

Y Jimeno se lo llevó otra vez, con más ruido que velocidad hacia la plaza de España, atravesando las calles llenas de gente, que se movían en grupos, de un lado a otro, agitados, pero sin rumbo claro, como las abejas de una colmena derribada de una pedrada.

A Jimeno lo perdió de vista a los pocos minutos de estar en la plaza de España. Extraviado entre aquella multitud vociferante, intentando entender las arengas lanzadas aquí y allá, sobresaltado cada vez que se

escuchaba un disparo, Neftalí acabó ante el cuartel rebelde con la pistola en la mano y repitiendo los gritos que oía a su alrededor. ¡Que salen, que salen! ¡Fascistas! Ay, ay, se hacía Neftalí eco de los heridos cuando desde el cuartel comenzaron a salir ráfagas de ametralladora que hacían clarear la multitud, y descargó inútilmente su pistola contra el portón del edificio.

Neftalí no sabría decir días más tarde cuándo se marchó de allá, ni qué consignas o gritos, o sencillamente qué flujo le llevó a pasar la noche, con la pistola descargada en la mano, como para darse autoridad, recorriendo las calles, afónico ya de dar voces, fascinado por las gigantescas hogueras en que se consumían los muebles de las iglesias, y por esa rara fraternidad que encontraba en medio de tanta ira. Esto es la revolución, se decía, y se alegraba con cada abrazo que le daban mujeres sudorosas, con la familiaridad con que alguno le pedía ayuda para derribar una puerta o para levantar una barricada, con las conversaciones escuetas en que participaba cuando tenía que detenerse un momento para no caer de agotamiento y excitación. Esto es la revolución, esta rabia, esta alegría. Y le contaría a Amparo, muerto de risa, cómo al entrar con unos compañeros en una iglesia que ya había comenzado a arder, en medio del humo, igual que el diablo de algunas estampas, vio en una hornacina a Jimeno, que se había puesto una casulla tiznada, con fusil al hombro, un pitillo en la boca, y sujetando una gran cruz de madera a la que aún estaban clavadas las manos, pero sólo las manos, de Cristo, y cómo desde allí se puso a lanzarle alegres bendiciones en latinajos inventados.

No regresaría al cuartel hasta el día siguiente, cuando ya se habían rendido los rebeldes, justo a tiempo de entrar al patio y ver cómo un oficial sedicioso caía, dando un entrecortado alarido, desde el piso superior.

Los días siguientes, al parecer, Neftalí participó en la «eliminación de focos sediciosos», recorriendo la ciudad con unidades mal organizadas y peor coordinadas a la busca de francotiradores, falangistas escondidos, quintacolumnistas, curas y sospechosos en general de desear el triunfo de los facciosos.

—Eso no es verdad —responde Paula a la pregunta de Ramón—. Qué va a dar él paseos a nadie, no sé quién te habrá contado eso.

Paula mira con ojos de batracio catarroso, y su voz está llena de dolor y gargajos; los cabellos canos, no muy limpios, recogidos con horquillas; los dientes amarillentos y escasos; lleva una rebeca gris transparente por los codos y un mandil lleno de lámparas invictas ante la lejía y el detergente; son ya muchos años los que tiene Paula; lo dicen las pecas de sus manos, el cabeceo incontrolado, la voz desganada y sucia, la casa que, a su alrededor, va dejándose comer por mohos y telarañas. En esa casa ha vivido con Pedro, al que faltaban las dos piernas, pero de

joven en Valderríos —porque él también era de allá— nadaba en una poza hondísima sólo con los brazos; se arrastraba hasta la orilla y se dejaba caer al agua como un cocodrilo; cojo malaleche le llamaban los niños, y él los perseguía con una inquina que le afeaba aún más el rostro mientras ellos gritaban olé, olé, y si atrapaba a uno, le retorció el brazo minuciosamente y luego le tiraba del pelo de las patillas hacia arriba; en Madrid vendía cigarrillos de estraperlo, barajas con chicas desnudas y condones. Paula vivió con él como si fuese su marido, aunque era una mera tapadera para sus devaneos y comercios. Sin embargo, lo lloró como auténtica viuda el día de su muerte.

Paula, aún, habla de Neftalí con una rara dulzura, lo llena de elogios, aleja de él cualquier sospecha. Cuenta, tosiendo de tanta risa, la vez que, cuando Amparo ya se había ido a Valencia, Paula lo encontró con un pendón, no sabe ya cómo se llamaba, en un restaurante, y se pegó a ellos, que a Neftalí se le iban y se le venían los colores, pero la otra se quedó rabiando y en celo; y se ríe echando la cabeza hacia atrás.

—Ni con agua hirviendo me habría echado de allí, la rancia aquella; lo que pasaba es que Neftalí era muy hombre y hay que entenderlo, pero en cuanto Amparo estaba cerca, él se volvía como un perrito que le comía de la mano. No daba mi hermana un paso sin que Neftalí le fuese detrás. Qué amor le tenía.

Paula parece revivir, recupera sus gestos enérgicos, da voces hacia una de sus hijas, que está en la cocina:

—Sácale un vino, chica, y chorizo o algo.

—No, no os molestéis.

—Anda ya, tanto cumplido ni tanta leche. Coño, que llevabas años sin venir a verme, yo no sé qué os habré hecho, y a tu madre si la veo por la calle ya no la conozco. No sé qué mierda tiene esta casa que la huís como el diablo el agua bendita. Chica, saca algo de comer, mira qué flaco está tu sobrino. Tiene más huesos que el Justo, que en paz descanse, pobrecico. ¿Y la Amparo?

—Bien, se queja un poco, pero está bien.

—Quejica lo fue siempre. Chacho, era como madre, no daba un paso sin suspirar.

Se está muriendo Paula, se la come un cáncer por las tripas, pero aún da estruendosas carcajadas, blasfema como quien respira, finge una energía que hace tiempo la abandonó.

—O sea, tía, que Neftalí no era de los que daban el paseo.

—Dale con la vaina de los paseos. Si dio alguno, fue a la jodía fuerza, porque si desobedecía lo fusilaban. Neftalí no era hombre para dar

paseos. —Insiste, mientras va quedándose dormida—. A la puta fuerza, pero él no era malo. —Sonríe, estira las mangas de la rebeca para quitarse ese frío que no se le va ya ni en medio del verano, blasfema otro poquito, por costumbre, y se pone a roncar apaciblemente.

Pero Ramón, por otras fuentes, sabe que Neftalí, al menos una vez, salió al amparo de la noche y contra las órdenes de Gobernación, que prohibían circular a personas no autorizadas de las once de la noche a las seis de la mañana, a buscar a un falangista del que se decía que había participado en varios asesinatos antes de la rebelión militar.

—Me consta que fue uno de los que mataron al teniente Castillo —dijo Lujan, un miembro de la FAI que Jimeno le había presentado a Neftalí; de estatura imponente, broncos modales, opiniones claras y pasado prestigioso de revolucionario, se decía de él que había sido uno de los inspiradores del motín en Casas Viejas, Luján tenía para Neftalí la autoridad que él hubiese deseado para sí.

Estaban reunidos Neftalí, Luján, Jimeno y un aragonés amigo de Luján que no participaba en la conversación más que para lanzar maldiciones o amenazas, en un bar de Carabanchel, tomando un vino y comentando los sucesos del día. Pero Luján, desde que llegó, había estado diciendo que él sabía de un falangista oculto en su propia casa, al que habría que destazar como a un cerdo, y que vivía tan sólo a unos pasos de allí; finalmente, les propuso hacer ellos mismos ese servicio a la República.

—Matarile —sentenció el aragonés—. Matarile-rile.

—Si nos cogen, acabamos en la cárcel —opuso Jimeno.

—Sólo hasta el triunfo de la revolución. Además, no nos van a coger. Vamos a pie, porque en camión nos puede parar un control. Llegamos a su casa, abrimos la puerta de una patada, pum, pum, y cada mochuelo a su olivo.

A las diez cerró el bar. Los cuatro se quedaron en la puerta discutiendo la operación. Cuando llegaron a un acuerdo, echaron a andar hacia el domicilio del condenado. Había poca gente en la calle; sólo a la puerta de algunas casas pequeños grupos de personas tomaban el fresco, hablaban en voz más baja de lo habitual, como si el toque de queda impusiese una especie de luto sobre los habitantes de Madrid. En la casa del falangista las luces estaban apagadas. Subieron los cuatro al segundo piso; delante de la puerta, Luján extrajo del bolsillo un papel cuidadosamente plegado, donde había anotado la dirección, y comprobó que no se equivocaban de número. Asintió con la cabeza y los cuatro extrajeron el revólver. Dentro de la casa parecía reinar el silencio; pero si se pegaba el oído a la puerta, se escuchaba a veces algún crujido, susurros, un leve y recurrente carraspeo.

Los dientes del aragonés blanquearon en la oscuridad, y se le oyó canturrear en voz muy baja:

—Matarile-rile-rile.

Luján les indicó con gestos que se echasen hacia atrás. Él mismo dio unos pasos hacia el fondo del pasillo, antes de lanzarse contra la puerta.

La puerta no cedió. El susto por el estruendo paralizó tanto a los atacantes como a los encerrados en la casa. Fueron estos los primeros en reaccionar. Se oyeron pasos apresurados, un entrechocar de objetos, y muy despacito, aún contenido, como si todavía temiese delatar su presencia, el llanto de una mujer. Luján volvió a abalanzarse contra la puerta, que seguía sin ceder, y al poco estaban los cuatro dándole patadas. Allá adentro arreciaron el llanto y las carreras.

—Más van a llorar luego, me cago en Dios —dijo Luján, mientras seguía pateando la puerta—. Neftalí, corre a la trasera, que este cabrón se escapa por una ventana.

Neftalí corrió escaleras abajo; por un pasillo llegó al patio. Aunque la casa estaba a oscuras, enseguida descubrió al falangista detrás de una ventana, intentando abrirla, pero estorbado por las cortinas y porque no se decidía a soltar la pistola un momento. Neftalí apuntó a esa figura que se debatía a unos metros de él, sin ruido, agitándose como una marioneta tras el vidrio, y que no parecía aún haberlo descubierto.

Mantuvo el revólver encañonando la sombra torpe, pero sin decidirse a disparar; aún no había abierto el vidrio; aún no había comenzado a huir; cómo disparar contra ese muñeco indefenso, aterrado, inofensivo. Él se había imaginado un combate frente a frente, no ajusticiarlo allí, como a una res. De pronto la sombra estalló hacia delante, su frente golpeó contra el cristal, reventó la ventana, dejando salir un estrépito de gritos, disparos y un fuerte ronquido que emitió la sombra antes de escurrirse hacia el interior, blandamente.

Cuando la voluminosa figura de Luján sustituyó a la del falangista, Neftalí estaba aún apuntando hacia allí.

—Coño, Neftalí, los he visto más rápidos.

De regreso en casa, Neftalí entró sigilosamente en su cuarto; se quedó un rato en la oscuridad escuchando la respiración de Amparo. Se acercó a la cuna, pero no acarició a la niña. Entró en la cama muy despacio, alegrándose de que Amparo no se hubiera despertado.

A finales de octubre, cuando el enemigo se acercaba a la capital en lo que pretendía ser una acción relámpago de conquista, Neftalí fue

enviado a la zona de Getafe para cerrar el paso a las columnas fascistas y evitar que se apoderasen del aeropuerto. Apenas llegó a combatir: uno de los primeros disparos que llegaron de las filas enemigas le hizo astillas una muñeca. Fin de la etapa heroica.

La herida de Neftalí tuvo consecuencias inesperadas. La euforia de la guerra, esa agobiante intensidad de sensaciones dispares como el miedo, el orgullo, la alegría, la rabia, podrían haber ido asfixiando su amor por Amparo. Porque apenas se vieron en los primeros meses de la insurrección. No era momento para hacer vida de familia. Sólo tengo un corazón, carajo, se decía cuando le remordía la conciencia por dejar solas a su mujer y a su hija. Y el corazón le hacía falta para luchar. No hay que echarle huevos a la batalla, sino corazón. Los fascistas también tienen huevos. Les falta lo otro, se convencía.

Tras la primera cura de urgencia, Neftalí fue llevado en un camión rotulado con las letras UHP a la casa de Campamento donde vivían aún juntas Amparo, Paula y Lidia. La calle se había convertido en un barrizal maloliente en el que flotaban desperdicios, harapos, astillas renegridas, y un olor denso a fango y humo; al menos las viviendas aún estaban intactas a pesar de que los bombardeos dirigidos contra los aviones republicanos estacionados en Cuatro Vientos habían dañado más los barrios vecinos que el aeródromo.

A lo lejos se escuchaba el martilleo de los obuses al que hacían impotente burla agudas ráfagas de fusilería; el fragor de los disparos retumbando por encima de los edificios daba a todo apariencia de fragilidad, acentuaba el carácter efímero de cada objeto, pues la destrucción podría alcanzarlo en cualquier momento. Neftalí también tenía, al llegar de regreso a casa, una intensa sensación de fugacidad. Miraba a su alrededor como si las imágenes que se le ofrecían no correspondiesen a objetos materiales, dotados de estructura, peso y volumen, sino a recuerdos, que en cualquier momento podrían desvanecerse. Empujó la puerta verde que chirrió quejumbrosa como lamentándose de tan larga ausencia. Aunque ansiaba ver a Amparo y a la niña, Neftalí no subió directamente la escalera que conducía al dormitorio, un antiguo desván amueblado con un camastro y una palangana para dar a la familia algo de independencia e intimidad frente a los muchos parientes, amigos y conocidos que en los últimos días se refugiaban allí para buscar en la compañía de Amparo y Paula el consuelo que ofrecía su vivir aparentemente despreocupado.

Neftalí recorría la casa con la intención de memorizar todos sus detalles, porque acababa de comprender que tenía que llevarse de allí a su familia. Los cuarteles militares cercanos y la línea de ferrocarril, que pasaba casi por el lado de la casa, seguirían recibiendo los ataques de la aviación enemiga, lo que ponía en peligro la vida de quienes vivían en los alrededores.

Por fin se decidió a subir al dormitorio. Amparo estaba en la cama con la niña. Cuando su compañera abrió los ojos, Neftalí se había sentado

ya en un borde del jergón. Ella movió los labios como para pronunciar su nombre, pero prefirió limitarse a sonreír. Al ver el vendaje de la mano, le reconvino en voz baja.

—Anda, si te van a acabar matando. ¿Te vas a quedar un poco?

Neftalí asintió y acarició con la mano ilesa la cabeza de Lidia. Estaba húmeda de sudor, con los escasos cabellos castaños pegados en mechones.

—Está malita —se anticipó Amparo—. Una calentura. ¿De verdad que te vas a quedar unos días?

—Hasta que se me cure la muñeca. La tengo astillada.

Neftalí se desnudó con cierto esfuerzo al no poder emplear más que una mano. Luego, completamente desnudo, se pegó al cuerpo de Amparo.

—Anda, niña, quítate eso.

Amparo obedeció y se abrazó a él. Pero estaba pensando en otras cosas.

—Tenemos que irnos de aquí.

—Ya.

—Esos cernícalos van a reventar todo el barrio. Paula ya ha buscado otro sitio. ¿Te parece que nos vayamos con ella?

—Cuanto antes mejor.

Neftalí echó una mirada preocupada a la niña.

—Se pondrá bien —le tranquilizó Amparo—. Es que tiene los nervios de punta con tanto cañonazo. Se pasa todo el santo día llorando.

—Podría llevarlas al pueblo, con tus padres. Aún podríamos llegar.

Amparo se incorporó, herida.

—Ni se te ocurra.

—Vuelve a acostarte, Amparo, no te pongas brava.

—Nos vamos mañana todos con la Paula.

—Que sí.

Amparo volvió a abrazarse a Neftalí. Él, secretamente, se alegró de no quedarse solo en esa ciudad sitiada. En esa ciudad de calles grises como

recuerdos tristes, barrida por vientos fríos o abrasadores, siempre inhóspitos, y por relentes de pólvora y humo.

«Ah, no es para tanto —se dijo para animarse—. Mañana iremos al cine, ponen el Gordo y el Flaco, y luego saldremos a bailar, y nos abrazaremos por la calle, y daremos vivas a la República, porque Madrid no tiene el color de Holguín ni Santiago, eso no, y tampoco el olor de mar y flores, pero Madrid es una ciudad libre, sin tiranos ni sus esbirros, sin extranjeros montados en lujosos autos en los que pasean a las mujeres que compran como ganado.»

La herida, que restó a Neftalí movilidad de los dedos de la mano derecha, fue la causa de que no regresase al frente. Tras una breve convalecencia, sus mandos le ordenaron trasladarse al Parque Móvil como conductor de un camión de abastecimiento. Neftalí escuchó la orden con una mezcla de vergüenza y rabia, como si acabasen de comunicarle su degradación. Aunque nunca perdió oportunidad de explicar por qué no se encontraba luchando en el frente, pronto agradeció la libertad que le ofrecía su nuevo destino. Los primeros meses durmió casi todas las noches en casa, ya que su trabajo consistía en ir a recoger víveres a la estación de ferrocarril de Aranjuez. Otra ventaja adicional del nuevo cometido era que, al menos durante esos primeros meses, nunca faltaron alimentos a su familia; Neftalí solía aparecer con una banasta de fruta, pan, legumbres, e incluso leche condensada para la niña en latas sin abrir. Aunque estas sustracciones le habrían costado un consejo de guerra de haber sido descubiertas, hay que conceder que nunca vendió sus hurtos ni acaparó para beneficiarse: se limitaba a suplir las deficiencias del racionamiento, sin buscar el negocio ni el hartazgo. Posteriormente, cuando el asedio se hizo más agobiante y la escasez impedía incluso la entrega de lo previsto en las cartillas, los hurtos de Neftalí fueron esenciales para el mantenimiento de la familia, sobre todo de la niña, que era de constitución débil, algo ojerosa y pálida, de forma que los adultos vigilaban automáticamente su temperatura y apetito como si contasen con que en cualquier momento caería enferma.

Cuando comenzó la batalla del Jarama, las incursiones de los nacionales hicieron la ruta a Aranjuez aún más peligrosa que antes. Neftalí tuvo que transportar víveres desde la misma Valencia, conduciendo de noche con las luces apagadas por carreteras secundarias.

Uno de los viajes lo aprovechó para obedecer las órdenes de Gobernación, que llevaba meses insistiendo, casi en vano, en que todos los no combatientes debían abandonar la capital para resolver el problema del abastecimiento. Neftalí decidió llevarse a Amparo y Lidia a Valencia, donde los recogerían unos amigos de Castellón, lugar más seguro y menos acosado por el hambre.

Durante ese viaje, como de costumbre con las luces apagadas, por las carreteruchas de Loeches y Carabaña para ir a salir a la carretera de Valencia, se operó en Neftalí un cambio importante. Esperaron para

partir a que fuese noche cerrada, contentos de la protección brindada por el cielo nublado, que amenazaba con descargar un aguacero otoñal. Lidia, que aún no había cumplido dos años, viajaba en brazos de su madre, quien insistió en acompañar a Neftalí en la cabina del conductor, en lugar de refugiarse en el espacio de carga. La oscuridad obligaba a Neftalí a conducir despacio. Iban callados, casi sobrecogidos por la importancia del momento, al que la oscuridad algo amenazante, sólo rota por algún resplandor provocado por impactos lejanos de artillería, prestaba un carácter solemne, casi dramático.

Hasta entonces, Neftalí había querido a Amparo como a una compañera, de igual a igual. Y su hija había sido para él un ser digno de cariño pero inalcanzable en su remota solidaridad, en su delicada pero firme simbiosis con la madre. Cuando la acariciaba, le parecía que aquel ser no le pertenecía en absoluto. Que sólo Amparo tenía permitidos el acceso al misterio de su respiración, la complicidad con sus latidos, la intuición de sus deseos o necesidades. Él era un mero observador interesado, y cuando hacía a la niña una carantoña era más como una expresión de afecto por Amparo que de amor hacia su hija. Pero Neftalí se sintió súbitamente depositario de un frágil tesoro del que debía responder al final del viaje. Amparo, con la mirada al frente, no escudriñaba el camino, como si no sintiese temor alguno. Acunaba en sus brazos a Lidia con gesto sereno, no con la espiritualidad estéril de una Virgen de retablo, sino con la rotunda carnalidad de una madre satisfecha. La niña tenía los ojos abiertos y jugaba con un collar de perlas falsas que colgaba a su alcance. Neftalí pensó que acaso ellas ignoraban los peligros que corrían: una bomba perdida podía alcanzar el camión o este salirse de la mal señalizada carretera y despeñarlos por algún terraplén. Incluso los controles organizados por los diferentes grupos que luchaban a favor de la República podían suponer un riesgo. Anarquistas, socialistas y comunistas tenían sus propios salvoconductos y, a veces, sus propios intereses y criterios a la hora de permitir el paso de un vehículo.

Neftalí, sin embargo, conducía sin miedo, sintiéndose de pronto fuerte y hábil, como si la confianza de sus acompañantes extrajese de él sus mejores cualidades. Amparo y Lidia estaban en sus manos; acaso por primera vez se sentía el hombre que Amparo veía en él. Acarició brevemente la mejilla de la mujer: ella sonrió y siguió mirando al frente, como entregada a pensamientos agradables. Parecían estar iniciando un viaje hacia una nueva vida, emigrantes que huyen de una región asolada en busca de la tierra prometida. Y Neftalí sintió que Lidia no era ya un ser ajeno de comportamiento incomprensible, sino una parte de sí mismo, una semilla depositada por él, y sus risas el anuncio de tiempos que sólo podían ser mejores.

Ninguna bomba cayó en sus cercanías. Tampoco se les acercó patrulla amiga ni enemiga durante todo el trayecto, quizá disuadidas de hacer rondas nocturnas por el temporal que se desató esa noche. Y Neftalí condujo por las carreteras encharcadas, en tensión pero con firmeza, como si conociese cada bache y cada curva. Llegaron a Valencia al

amanecer. Neftalí, al ver las primeras casas, dudaba entre la risa entusiasta y el llanto emocionado.

—Amparo, hemos llegado. Estamos a salvo.

Y Amparo le respondió con una de sus sonrisas de tiernísima esfinge.

—Estamos a salvo, Neftalí.

Sólo una vez volvió Neftalí al frente. No como combatiente, sino como conductor. Acababa de descargar el camión en la Unidad de Abastecimientos, y se disponía a hacer el viaje de regreso cuando un automóvil se paró ante él cerrándole el paso. Un militar bajó del vehículo y se dirigió a Neftalí con acento extranjero.

—¿Eres el conductor?

—Claro.

Era probablemente un ruso. Aunque Neftalí simpatizaba con las ideas comunistas no le entusiasmaba el aire suficiente y autoritario que se daban los miembros del partido. Se comportaban como si fuesen el legítimo Gobierno del país.

—Tu coche queda requisado.

Neftalí sacudió la cabeza.

—No sin las órdenes de mi superior.

El ruso hizo un gesto de impaciencia. Eso era lo otro que no le gustaba a Neftalí. Aunque idolatraban la disciplina en sus filas, exigían de los demás que no la respetaran en las propias, como si sólo ellos pudiesen impartir órdenes razonables.

—¿Quién es tu jefe?

—El teniente coronel Rebosa.

—Aguarda aquí sin moverte. —E hizo un gesto al conductor de su vehículo como indicándole que no le permitiese escapar.

—Coño de rusos —se dijo Neftalí, y se fue a fumar un cigarrillo al peldaño de la cabina. Unos minutos después apareció el ruso con paso marcial, seguido casi a la carrera por Rebosa.

—Neftalí, acompaña al camarada donde te diga.

—¿Cuándo tengo que estar de regreso?

—Cuando te lo ordene el camarada.

El ruso se subió con él al camión e hizo señas al conductor del otro vehículo para que les siguiese.

—¿Adónde vamos?

—Arranca. Yo te indico.

—¿Vamos por munición?

—Muertos —respondió el ruso.

—¿Cómo?

—Cadáveres —aclaró sin inmutarse, pronunciando una sonora y prolongada erre.

Hicieron el trayecto sin conversar. El comisario ruso de vez en cuando se asomaba al retrovisor lateral para asegurarse de que les seguía el escolta. Al llegar a Arganda le hizo seña de coger por una vereda que llevaba hacia las afueras del pueblo. Poco más tarde ordenó volver a desviarse por otro camino de tierra hasta una hondonada poblada de encinas.

—Ahí es —indicó el ruso. Neftalí paró y apagó el motor. Aguardó nuevas órdenes.

»Baja.

Neftalí no quería presenciar cómo subían los cadáveres al camión. Aunque había visto más muertos en su vida, por ejemplo en el asalto al Cuartel de la Montaña, había sido una visión fugaz, en medio de la confusión; había visto cuerpos desplomarse, pero podrían haber estado heridos o ni siquiera eso, un tropezón, una caída. Sabía que algunos murieron, sobre todo cuando los rebeldes sacaron la bandera blanca y el pueblo se acercó confiado. Las primeras ráfagas de ametralladora de los traidores hicieron numerosas bajas entre el pueblo desprevenido. Pero en la confusión Neftalí no había visto más que carreras y caídas, desconcierto y gritos, temor y rabia. Todo atributos y acciones de seres vivos.

—Me avisa cuando tengamos que salir.

—Ven —repuso el comisario sin volverse hacia él.

—Camarada...

El ruso no se llevó la mano a la pistola porque no hizo falta. Le faltó un segundo.

—A la orden.

—Descompuesto llegó el pobrecito mío —recuerda Amparo mordiéndose los labios—. Ay, qué malito estaba, la criatura, que era aún una criatura. Verde como... —Y busca con la mirada algún objeto del color adecuado para la comparación, pero no lo encuentra. En su piso de Móstoles, en medio de un secarral inhóspito surcado por carreteras atragantadas, predominan el marrón, el beige y el rojo oscuro. A Amparo le gusta porque está cerca de su hija, diez minutos en coche por una pista llena de baches, y porque desde el balcón se ve el patio de un colegio, y Amparo pasa el rato contemplando a los chiquillos jugando. Les sigue en sus carreras y travesuras—. Qué malos son los jodíos —comenta para sí misma—. De la piel del diablo; son peores que José. —(José era un sobrino suyo que daba de fumar a los murciélagos y cosía el culo de los búhos con alambre hasta que reventaban)—. Verde como un muerto, llegó —continúa—. Ay, Amparo, me decía. Ay, Amparo, qué cosa más horrible.

—Pero si Neftalí había estado en el frente, ya habría visto más muertos.

—Qué va a estar. Un rato. Luego él andaba con el camión. Si era más blando, el pobrecito. Anda que no devolvió. Menudas arcadas. Que yo creía que se me iba a morir él también. Como si hubiese visto al mismísimo diablo llevándose su alma. Qué bestias se hacen, Dios. Y total para na.

Neftalí siguió al comisario hasta el borde de la hondonada. Al fondo, en el lecho seco de un riachuelo, se apiñaban los cadáveres de soldados de la República y milicianos.

—Qué carnicería, Dios. Me cago en todos los fascistas.

El comisario llamó a su escolta y le indicó que ayudase a Neftalí a cargar. Tardaron casi una hora en subirlos todos al camión. Neftalí procuraba que a él le tocasen los pies del muerto. Le parecía una profanación acercarse a esos rostros sin hálito para cogerles por las axilas y levantarlos del suelo. Le aterraba aproximarse tanto a lo único que quedaba desnudo de sus cuerpos y cerciorarse así de que eran seres humanos, no un bulto envuelto en tela, lo que acarreaban. Cuando veía de cerca las caras notaba sus mejillas sin afeitar, los lunares o rasguños, el color de sus ojos opacos, el gesto con que se habían encontrado con la muerte. Y entonces a Neftalí le dolía esa muerte casi como la propia. Qué desperdicio, se decía, pues él sabía, claro está, que en la guerra moría gente, pero en una especie de destino colectivo y

abstracto que no permitía detenerse en el dolor de cada uno, en sus planes truncados, en la carta que no habían terminado de escribir, en el recuerdo que les arrancaron brutalmente, en toda esa ilusión desangrada sin esperanza, sin futuro, casi sin historia.

Neftalí veía en esos rostros el propio, se veía a sí mismo muerto, acarreado por manos que desconocían su amor por Amparo, por hombres que no llevaban en sí el recuerdo del Caribe ni serían capaces de contar cómo huele la clavellina ni describir la flor del flamboyán. Lo transportarían sin mirarlo, sin querer mirarlo para no romper a llorar, para hacerse la ilusión de que la vida continúa, cuando, en realidad, es la muerte lo que continúa. Lo demás son artificios, sueños que nadie recuerda.

Vomitó varias veces por la ventanilla, prefiriendo la náusea a la aflicción. Ayudó también a descargar los cadáveres y a echarlos a un foso, después de despojarles de las botas. Sólo entonces, al irlos depositando allí, con más cuidado del necesario, se dio cuenta de que todos habían recibido impactos de bala en el pecho. Algunos, además, en la sien. Entonces sí, Neftalí no sólo vomitó sino que rompió a llorar con gritos tan atroces que hicieron asomarse a otros soldados que estaban en unas barracas cercanas. Buscó Neftalí con la mirada al comisario ruso. Corrió, blasfemando, casi asfixiándose por el llanto hacia la cabina del conductor, sacó de la guantera su pistola reglamentaria. Buscó nuevamente a su alrededor, pero no había allí nadie cuya muerte hubiese podido aliviar el horror de Neftalí. Disparó, hasta la última bala, contra el tronco de un árbol cercano. Ya no ofreció resistencia cuando varios soldados lo sujetaron casi afectuosamente, no tanto para evitar un crimen, como para protegerlo de sí mismo.

Neftalí pasó en Madrid los últimos días de la guerra: días tristes en los que asistió desesperado a enfrentamientos armados entre los distintos grupos que supuestamente defendían la República. Como su camión se había averiado —y no le daban otro con el que regresar a Valencia, en la suposición de que las piezas de recambio estaban a punto de llegar—, se dedicaba a pasear por la ciudad sitiada, solo, pues los compañeros que apreciaba estaban en el frente, heridos, o muertos. Sabía que no había salvación posible. Francia e Inglaterra habían reconocido ya el Gobierno de Franco. Azaña se negó a asumir la presidencia de una República que había dejado de existir. El hambre provocaba decenas de muertos todos los días en Madrid. No había munición, ni piezas de recambio, ni esperanza en Madrid. Lo único que quedaba era asumir la derrota de una manera digna. Las mujeres y los niños abandonaban la capital por millares. La radio traía noticias de los restos del ejército republicano dirigiéndose a la frontera francesa bajo el persistente bombardeo de los aviones franquistas. Eso lo decía todo de Franco y de la España que deseaba construir: ni siquiera a los que querían salir del país estaba dispuesto a perdonarles la vida. Las promesas de Franco de no tomar represalias eran mentira. Se acercaban días de venganza.

El 27 de marzo se dio por terminada la guerra. Ya sólo restaba la entrada física de los vencedores. De las banderas desapareció, como por obra de hilanderas prodigiosas, la banda lila, sustituida por el rojo arrancado de otras. Los balcones se arroparon pudorosos con la nueva enseña, los uniformes ardían en piras apesuradas, las insignias arrancadas dejaban en la ropa señales de color más claro, las consignas que antes ilustraban cada muro desaparecían de la noche a la mañana; algunas paredes fueron encaladas para evitar la sospecha que podía despertar la huella de los antiguos letreros. Por las calles aparecieron hombres sin afeitar, pálidos como apariciones, con los ojos entrecerrados, al parecer incapaces de soportar la luz del sol, algunos empuñando pistolas que jamás enfundaban, sino que iban de un lado para otro con el dedo en el gatillo. Eran aquellos que habían permanecido ocultos durante la guerra; habían temido durante tres años por su vida, y ahora buscaban en quién vengarse de las angustias pasadas. Recorrían las calles, primero solos, luego en grupos, como procesiones de ánimas que iban a buscar a los vivos para robarles el alma, lo que hacían tras escupitajos, patadas y un tiro en la sien. De pronto la palabra «camaradas» desapareció de las calles, y las siglas UHP fueron borradas de los vehículos, como si el ángel hubiese pasado por Madrid, no para marcar las puertas de los inocentes, sino para borrar la huella de la culpa. Los puños se abrieron y, avergonzados al principio, entusiastas cuando llegaron los primeros vencedores, se izaron miles de brazos con las palmas extendidas. Vivir en Madrid era como despertar y descubrir que la realidad tan sólida que hacía un instante era la única, se desvanecía dejando paso a otra diferente, duradera y excluyente, a la que no resultaría fácil acostumbrarse.

Neftalí descosió las banderas cubana y republicana de su chaqueta, pero también allí quedaba una huella en el tejido, oscurecido con la intemperie, que delataba la mala conciencia, en esos momentos delito capital. Quemó entonces la chaqueta, lo que le obligó a aguantar en mangas de camisa los últimos fríos. Abandonó la ciudad en uno de los trenes que salieron hacia Valencia aún sin control sistemático de los vencedores. En la estación se encontró con rostros familiares, pero todos hicieron como si no se conociesen. Nadie se atrevía a levantar la vista.

Neftalí encontró a Amparo y Lidia en una casa cercana al puerto, tan atemorizadas como todos aquellos que no podían o no querían integrarse en las filas de los vencedores, por lo que Neftalí tuvo que hacer gala de toda su capacidad de fingimiento para hacer creer a Amparo que no corrían peligro.

—Yo para estos cazurros soy un extranjero. Aquí no sabe nadie de mis ideas. Verás cómo nos dejan marcharnos.

Nada más llegar, Neftalí comenzó a hacer gestiones para conseguir los visados de salida. En el Consulado de Cuba le respondieron primero con largas, luego acabaron por confesar su falta de influencia. Cuba aún no había reconocido al Gobierno franquista, y este no parecía dispuesto a

reconocer los documentos cubanos. También le hicieron desistir de refugiarse en el consulado: las tropas de Franco habían entrado poco tiempo atrás en una embajada y fusilado a todos los refugiados republicanos.

Los días siguientes Neftalí salía a la calle para dar la impresión a Amparo de que continuaba sus gestiones. Al regresar le contaba lo largos que eran los papeleos del consulado, pero le prometía que saldrían de allí en breve. Amparo le creía o fingía creerle.

Cuando le llegó una nota con orden de presentarse en comisaría, Neftalí pensó que su vida se iba a acabar ahí. Aunque volvió a meditar una posible huida, se daba cuenta de que Amparo, últimamente, no era la de siempre. Le faltaban su resolución y empuje. Tenía un continuo aire de fatiga; su mirada se asemejaba extrañamente a la de Juliana, como si la resignación le devolviese un aire de familia del que ella se había despojado a fuerza de intentar vivir su propia vida. No iba a ser posible arrastrar a Amparo en esas condiciones. Y menos aún con la niña. Lo que no esperaba era la escena de llanto que organizó Amparo cuando le dijo que le habían llamado de comisaría. Se le echó al cuello con tal desesperación que parecía estar llorando a un difunto.

—Neftalí, por Dios, no vayas —dijo, cuando recuperó por fin la calma. Pero lo dijo como quien sabe ya que cualquier esfuerzo es inútil: tampoco se atrevía a ofrecer a Neftalí la alternativa, que las abandonase, que fuese a esconderse a otra ciudad.

—Volveré bien prontito. No te vayas, que luego vamos a salir a pasear con la niña.

—¿Y dónde voy a ir yo sin ti? —repuso Amparo ausente. Casi no oyó marcharse a Neftalí.

Lo recibió un sargento del ejército nacional sentado tras un escritorio en el que sólo había una carpeta cerrada y un banderín rojo y gualdo. Por lo demás, en el cuarto no había otros muebles ni adornos; olía a lejía y humo de cigarrillos. El eco que hacían las voces y los pasos en la estancia vacía hacían pensar en un hospital. En la pared había cercos más claros que mostraban dónde habían colgado fotografías, espacios que aguardaban a ser llenados con las imágenes y los emblemas de los vencedores.

—¿Usted por qué se ha ido de Madrid? ¿No sabe que hay órdenes de que todos vuelvan a su lugar de residencia? Usted tiene piso alquilado en Madrid. Calle de la Paloma, 20, 2º —La dirección la leyó en un papel que sacó de la carpeta.

—Porque mi mujer está en Valencia, con mi hija.

—¿Qué hacía en Madrid antes de la liberación? —El sargento se echó atrás en el asiento y encendió un pitillo, dispuesto a escuchar una larga e interesante historia. Pero Neftalí le decepcionó.

—Nada. En cuanto pude me fui de Madrid. Allí se pasaba mucha hambre con el racionamiento. La niña se me estaba enfermando.

—Pero usted luchó con los rojos.

—No, señor. Yo fingí estar de su lado al principio, pero me marché en cuanto vi la ocasión.

—Si os creyésemos a todos, habría que pensar que los fusiles de los rojos se disparaban solos. ¿Y quién tripulaba los aviones, y los camiones?

Neftalí no consiguió leer en la cara del sargento si había escogido el ejemplo a propósito.

—Yo no tengo nada que ver con todo eso. Yo soy extranjero.

—Pues los extranjeros tenían que haber abandonado el país hace ya meses.

Neftalí se hizo el ofendido.

—¿Y qué quiere, que deje a mi mujer y mi hija aquí solas? Yo no me meto en nada, pero no puedo irme. Además...

El sargento se echó para adelante, como si fuese a escuchar una confidencia. Neftalí bajó la vista, añadió, fingiendo apuro:

—Mi mujer está embarazada otra vez.

Neftalí lo dijo ignorando que era verdad. Sólo quería afirmar algo que reforzase la necesidad de su permanencia junto a la familia.

El sargento volvió a meter la nota en la carpeta, que cerró ruidosamente dando por terminada la entrevista. Únicamente añadió:

—Tienen dos días para irse a Madrid. Se van los tres a su antigua dirección. Allí se ocuparán de ustedes.

Neftalí no sabía si lo estaba amenazando o si se trataba de una mera constatación. Se fue después de dar las gracias.

El tren para Madrid estaba ya completamente lleno cuando Neftalí, Amparo y Lidia llegaron al andén. De cada ventanilla salían varias cabezas que departían con quienes les habían acompañado a la estación. Los vagones de carga llevaban los portones abiertos, y de

todos ellos asomaban caras por lo general más temerosas que felices. Neftalí, no sin antes dar y llevarse más de un empujón, consiguió hacer un hueco sobre la plataforma entre dos vagones para que Amparo se sentase con la niña sobre las piernas. Él iría de pie junto a ellas.

Cuando el tren ya había dado los primeros pitidos y sobre el andén hubo un movimiento de retroceso, como una ola alejándose de la orilla, un soldado echó contra Amparo un voluminoso petate que llevaba bordados los símbolos de Falange e intentó subir a la plataforma.

—Óigame, compañero, aquí ya no cabe nadie —le dijo Neftalí e intentó devolverle el petate.

—Tú no te preocupes, chaval. Ya verás cómo encuentro sitio.

—No me oyó. Aquí está mi mujer con mi hija y ya no cabe nadie más.

El soldado decidió no hacer caso. Dio unos empujones al petate para hacerse hueco, puso el pie sobre el enganche entre los vagones y quiso darse impulso, pero se encontró con que Neftalí le cerraba el camino.

—Va a aplastar a la niña, pedazo de cabrón.

El soldado iba a empezar a decir algo, cuando un tremendo bofetón le hizo tambalearse y separarse de la plataforma. No dijo nada más. Acariciándose la mejilla, recogió sus pertenencias, que Neftalí había echado abajo, se alejó del tren y Neftalí creyó haber resuelto el problema. Unos jóvenes que ocupaban la otra mitad de la plataforma se rieron con él del incidente.

—Mírale, al final cambió de idea.

Iban ya a compartir picadura y papel, cuando Neftalí distinguió al soldado, que regresaba abriéndose paso entre la muchedumbre acompañado de dos policías.

—Ya fumaremos luego. —Se apeó por el lado opuesto al andén y corrió a esconderse en un volquete aparcado en una vía muerta. Desde allí vio a los policías increpar a Amparo, mientras uno de ellos anotaba en un papel, probablemente sus señas. Uno de los policías se puso a tirarle del brazo para obligarla a bajar.

Ay, canallas, si tuviese aquí una pistola ibais a ver, se decía Neftalí, y se avergonzaba por no salir de su escondite, por no poder defender a su mujer y a su hija de aquella gentuza. Tenemos que irnos de este país de comemierdas. Aquí ya no hay quien viva.

El soldado se subió a la plataforma, y, buscando en derredor con gesto desafiante, como a sabiendas de que lo vigilaba la mirada rabiosa de

Neftalí, tiró el petate contra Amparo y prendió un pitillo. Pero al menos permitieron a Amparo quedarse donde estaba.

Sonó el silbato del jefe de estación. Neftalí aguardó a que el tren echase a andar. Cuando el soldado ya no podía verlo, saltó del volquete y corrió paralelo al tren. Alguien le tendió una mano desde una plataforma.

—Sube aquí, muchacho, que te vas a matar.

Le hicieron hueco unos hombres que Neftalí supuso vencidos también de regreso a su lugar de origen. Pero no les preguntó nada y ellos tampoco a él. No era momento para confidencias. A saber si no habría allí algún chivato.

Neftalí se acurrucó en un rincón y cerró los ojos para pensar en Amparo, pobrecita, allí sentada con esa bestia, sola, era como para ponerse a llorar o a rabiar como un perro.

Paula los recibió disimulando la emoción bajo enormes risotadas. Pero ni siquiera ella parecía verdaderamente alegre. Había adelgazado desde que la marcha de Neftalí le impidiese contribuir a su misérrima ración. Pero no era sólo la delgadez: a Amparo le parecía que su hermana había envejecido más que ella, quizá porque no había tenido a nadie con quien compartir los temores. Su cara había adquirido un color macilento, la carne se despegaba de los huesos en bolsas flácidas, como de anciana o de alcohólica. Incluso su voz sonaba prematuramente envejecida.

Pocos motivos de risa tuvieron los días siguientes. Después de que entrase el ejército vencedor repartiendo panecillos y tabaco, se aposentó en Madrid la dura realidad de la posguerra. Además, Neftalí casi no se atrevía a salir a la calle, por miedo a que alguien lo reconociese y denunciase. Sólo se rieron, entonces sí, cuando pocos días después de llegar a Madrid, Neftalí recibió una carta con remite de una comisaría en Valencia. Paula se la entregó con gesto preocupado.

—Ábrela. Es para ti.

Enseguida las dos hermanas se pusieron a su lado como si quisiesen leer la carta al mismo tiempo que él.

—¿Qué dice? ¿Que vayas? Pues esta vez no vas a ningún sitio —le advirtió Amparo.

—Es una multa. De dos reales.

—¿Por qué?

—Espera.

Neftalí, aunque era el único de los tres que sabía leer, necesitaba tiempo para ello. Por fin se puso a reír.

—Concho, qué gracia le hacen a este las multas —comentó Paula, frotándose las manos de inquietud.

—Es del soldado, Amparo. Por el bofetón que le di. Anda, que si llego a saber que es tan barato me doy el gusto de pegarle otro allí mismo.

Y desde entonces, cuando Neftalí se apenaba viendo el gesto gastado y ausente en que Amparo se encerraba a menudo, le recordaba lo barato que era dar una torta a un imbécil para intentar forzar una sonrisa, un solo destello de alegría en sus ojos. Amparo, por satisfacerle, le seguía el chiste un momento, pero enseguida regresaba a sus preocupaciones.

«Qué rara está Amparo», se decía Neftalí, pero no era persona acostumbrada a indagar confidencias. Él mismo, cuando tenía una preocupación, prefería guardarla para sí. De haberle preguntado, tampoco Amparo le habría dicho la verdad. Pensaba que era mejor mantener su embarazo en secreto para decidir ella sola, según las circunstancias, lo más conveniente.

Pasaba los días Neftalí subido a la azotea, lanzando dolidas miradas sobre esa ciudad perdida para la historia. ¿Qué quedaba del orgullo con que los milicianos gritaban «no pasarán»? Una ciudad sometida, esclava, mezquina. Madrid ya no era Madrid. Aquellas piedras, aquellas gentes, se le habían vuelto tan extranjeras como Barcelona la vez que desembarcó allí. Neftalí sufría de insoportables nostalgias. Ya no podía luchar contra la injusticia ni justificar su presencia en España con tarea alguna; era un huido incluso en Madrid, una víctima, un vencido; y deseaba regresar a Cuba. Los cortantes fríos de Madrid, sus calores secos como de hoguera, sus desgajadas arboledas sin flores, sus aves diminutas tan monótonas en su color como en su canto, sus grises fachadas, los estentóreos acentos de sus habitantes, únicamente parecían haber sido soportables mientras Neftalí se entregaba a la desmesurada causa de la revolución. Nada le retenía ya en esa ciudad humillada y estéril.

V

Entraron en Valderríos de noche. La primera parte del trayecto la hicieron en un camión. Amparo y Lidia delante, con el conductor, como si fuesen su esposa e hija. Neftalí oculto tras la carga. Llegaron sin incidente alguno hasta un punto que habían convenido previamente, un cruce a pocos kilómetros de Valderríos, donde el camión se detuvo sin apagar el motor; allí se apearon todos en silencio y pasaron al carro que los aguardaba. Arre, ordenó una voz ronca de hombre; las bestias echaron a andar sin necesidad de latigazo. El carro se detuvo en Valderríos, ante el callejón por el que se entraba a una cuadra. Dos sombras —Lidia iba ya en brazos de Neftalí— se escurrieron hacia el fondo sin iluminar; sus pasos quedaron ahogados bajo el sonido de pezuñas contra los adoquines y el estrepitoso crujir de las ruedas. Amparo empujó el pesado portón, echó el cerrojo a sus espaldas y, tras atravesar la cuadra, los tres entraron en la cocina.

Juliana, acurrucada junto al hogar, los recibió con una mirada mortecina.

—Ya llegasteis —dijo. Abrazó a su hija sin entusiasmo, se dejó dar un beso por Neftalí, y enseguida se puso a hacer arrumacos a la niña, aunque dormía.

—Dame, dame la niña que la lleve a acostar. Estará muerta de cansancio, la criatura. —Intentó disimular su alegría. No quería aliviar en nada los remordimientos de Amparo y Neftalí. Que no se creyesen que los iba a perdonar tan pronto. Sobre todo a él.

Los planes de Amparo y Neftalí eran huir a Cuba en cuanto Sixto Cordero, un cubano empleado en la embajada, que había vivido casi toda su vida en España y fue sargento de la Guardia de Asalto republicana, les consiguiera la documentación necesaria para cruzar la frontera y tomar un barco hacia América, tal como había prometido. Pero, como la cosa se demoraba, decidieron aguardar en Valderríos, donde era menos probable que fuesen a buscarlos. Amparo haría allí vida normal, fingiendo haber regresado sin su compañero, y Neftalí viviría algunas semanas como un topo.

—Mientras tu madre no me denuncie...

—Quita, hombre.

—Pues no me extrañaría.

—No digas barbaridades.

—¿Y tu padre?

—¿Qué pasa con padre?

—Nada. Que como es tomador...

Pero no había alternativa. ¿Cómo iban a quedarse en Madrid, en esa ciudad que vivía un perpetuo ajuste de cuentas? Y los amigos que tenían en Castellón y les habrían podido cobijar huyeron o habían sido fusilados. El único lugar que les quedaba era Valderríos.

—Ya encontraré cómo pagárselo —le dijo Neftalí a Emilio, en un momento que se quedaron solos al amor de la lumbre.

Emilio, por toda respuesta, tendió un vaso de vino a su yerno. En los últimos meses, a medida que la guerra iba avanzando hacia su fin, había experimentado un cambio de humor. Si antes hablaba poco, salvo en la taberna o para hacer un chiste, ahora apenas abría la boca. Ya no sancionaba cada noticia con su beatífico «está bien», sino que sacudía la cabeza pesaroso y se encerraba en un desolado mutismo. Pasaba las horas ensimismado, ausente, insensible a lo que sucedía en derredor suyo. Como ya no salía tan frecuentemente a la taberna, se sentaba a menudo con Neftalí en la cocina. Casi no hablaban, porque Neftalí era poco charlatán y Emilio parecía envuelto en niebla. Por eso sorprendió a Neftalí que Emilio se le quedase mirando una vez, como si por fin lo estuviese viendo, y, tras tenderle el vaso de vino, corriese su banqueta hasta junto al poyete en que estaba sentado Neftalí, le diese una tímida palmada en el antebrazo, e indagase, con una voz que, sorprendentemente, parecía desgastada por el uso:

—¿Tú quieres a mi hija?

—Sí señor. Más que a mi vida.

Emilio asintió con la cabeza. Se levantó a atizar las ascuas. Se echó un poco hacia atrás, cegado por el chisporroteo que acababa de provocar, y contempló el ascenso de las chispas por el tiro de la chimenea. Al llegar a una cierta altura se enfriaban y ya no era posible distinguirlas del humo. Emilio se volvió hacia Neftalí con el atizador en la mano.

—Entonces marcha tú solo. Déjala aquí.

Neftalí también había pensado, aunque no se lo había dicho a Amparo, que lo mejor sería irse él solo y luego mandar a buscarla desde Cuba. El viaje de Extremadura a Valencia, a recoger los papeles, y desde allí a Francia, le parecía una aventura imposible para los tres. Además, si la cogían huyendo con él lo mismo la fusilaban también a ella. Y si no la fusilaban la humillarían y torturarían para castigarla por amancebarse con un rojo. Únicamente le propuso que lo acompañase a Cuba con la niña por miedo a la reacción de Amparo; aunque al oírse a sí mismo

Neftalí se quedó sobrecogido por la responsabilidad, le dijo: mira, pequeña, juntamos toda la comida que podamos, tus padres nos ayudarán, y en cuanto Sixto, el cubano que te dije, me consiga la documentación, nos vamos a Irún, pasamos a Burdeos, y desde allí embarcamos para Cuba. Luego que nos echen un galgo, como tú dices.

Y todo eso se lo dijo mientras pensaba que era un riesgo enorme salir los tres juntos, con la niña aún tan chica y enclenque, que era una pena verla, y que él solo sabría bandeárselas, pero ¿cómo caminar de noche y de incógnito con esa criatura?

—Sí, tremendo viaje para una mujer y una niña. Yo las mandaré a buscar más tarde.

Emilio se acercó a la botella de vino. La empuñó, pero no se la llevó a los labios.

—Marcha tú —insistió, y a Neftalí le quedó claro que no estaban hablando de lo mismo. Emilio hizo un gesto amplio y cansino con la mano que empuñaba la botella como si mostrase a Neftalí un vasto paisaje—. No podemos —afirmó—. Es demasiado, en estos tiempos de mierda.

Estaba al borde de las lágrimas. Parecía un general ante un campo de batalla en el que yacen desparramados los cadáveres de sus soldados.

—Si la quieres, déjala aquí. Os quedará siempre un buen recuerdo. Lo demás...

Emilio miró a Neftalí como si con esa mirada terminase la frase. Hizo ademán de llevarse la botella a los labios, pero se arrepintió de camino. Esbozó un vago movimiento de despedida con la mano libre y dejó a Neftalí solo en la cocina. Tras la conversación con su suegro, Neftalí no volvió a barajar la posibilidad de huir solo. De pronto le había entrado miedo de no volver a verlas nunca más.

Pasaba el tiempo encerrado en la casa; se levantaba tarde para que el día se le hiciese más corto, y se acostaba temprano, recién oscurecido, siempre con la urgencia de retirarse con Amparo al dormitorio y eludir la agobiante presencia de Juliana, quien, en silencio, mediante suspiros bien dosificados y algún que otro gesto de disgusto, reprochaba a Neftalí su vida ociosa, de persona sin sustancia, como si Neftalí no trabajara por pura desidia. Aunque dos hijos de Juliana habían luchado en el bando republicano, en parte por convicción, en parte porque el frente quedó trazado de tal manera que la calle de Juliana quedó en zona fiel al Gobierno, mientras que unas calles más allá comenzaba el territorio rebelde, lo que puso frente a frente a varias ramas de las mismas familias —y provocó un constante flujo de desertores de un lado a otro de la línea de fuego—, ella consideraba que así había sucedido por voluntad de Dios, quien gusta de poner a prueba a los hombres para permitirles ganarse la salvación; pero la lucha de Neftalí no tenía nada

que ver con Dios y sus designios, sino que era resultado de un alma negra que gozaba con el fuego, la metralla y la discordia. Y los cuentos que el cura del pueblo divulgaba desde el pulpito, protagonizados por rojos que asesinaban y violaban a monjas indefensas después de mancillar la Sagrada Hostia, y que le eran referidos fielmente por su hija Claudia, los veía encamarse en la figura algo desgachada de Neftalí, y en su sonrisa no veía bondad ni mansedumbre, sino doblez.

Neftalí, por el día, procuraba quitarse del camino de las mujeres, cuya alegría no podía compartir, mientras fregaban el suelo con enérgicos bayetazos, hacían jabón de sosa y sebo, blandían escobones, removían en grandes ollas llenas de agua con la sustancia prestada de algún hierbajo y, si había suerte, el producto de los hurtos de Amparo y Justo. Él se iba a la cuadra con Lidia, la montaba sobre el único animal que había sobrevivido a la guerra, una burra esquelética, llena de cicatrices y calvas, con gran aversión a cualquier movimiento innecesario, de forma que, a menudo, bajo la luz pajiza que llegaba a la cuadra por un exiguo ventanuco, cobraba un aire de animal disecado por un novato. Lidia jugaba sobre la burra como sobre un inmóvil caballito de madera, mientras escuchaba las historias inventadas por su padre para ella, aventuras de niñas huyendo, al galope sobre veloces alazanes, de malvados enemigos que jamás conseguían darles alcance. Para Lidia, quien durante muchos años odiaría a su padre con la pertinacia de que sólo es capaz quien secretamente no renuncia al amor de la persona odiada, fueron semanas felices.

Cuando se entristecía por su condición de huésped indeseado o si los obstáculos que le separaban de la libertad se le hacían insuperables, Neftalí buscaba consuelo en las risas de Lidia, en sus manos curiosas, en sus miradas de admiración incondicional, en sus ojos como selvas, que aún no habían sido enturbiados por el desconsuelo que con el paso del tiempo los iría inundando. Al oscurecer, tras comidas en los que los silencios eran siempre más elocuentes que las conversaciones, Neftalí se iba a acostar, seguido pocos minutos más tarde por Amparo. Tras echar los cerrojos de la puerta que daba al pasillo y de la que comunicaba con otro dormitorio —ocupado por todos los hermanos varones solteros de Amparo—, por miedo a que Juliana irrumpiese ante ellos sin previo aviso, Amparo y Neftalí se desnudaban y se metían en la cama sin camisón, costumbre que, de haberse conocido, habría escandalizado a más de uno en el pueblo, pero que había importado Neftalí de Cuba, y Amparo la aceptó con naturalidad, como un anticipo de la vida despreocupada y placentera que les aguardaba en la isla tropical de la que tanto hablaba su compañero.

A pesar de las protestas de Amparo, que no quería gastar sin necesidad el escaso aceite de sus padres, dejaban el candil encendido mientras Neftalí fantaseaba un futuro paradisíaco, porque una buena parte del placer para él era contemplar mientras tanto las sonrisas incrédulas pero esperanzadas de Amparo.

—En Cuba no pasaremos tanta necesidad como aquí. En cuanto lleguemos pido un crédito, con el aval de mi hermano Miguel, y arrendamos un potrero. ¿Qué te parece?

—A mí bien, si me dices qué es un potrero.

—Una finca, mujer, qué gallega eres. Una tierra para ganado. Hay que producir carne, porque el tabaco lo controlan los ricos cubanos, además, que yo no conozco la labor. Y el azúcar está en manos de Mamita Yunai. ¿A que no sabes quién es Mamita Yunai?

—Yo cómo voy a saber.

—Los americanos. La United Fruit, que nos ha robado el azúcar. Si no produces para ellos te mueres de hambre. Y son ellos los que te ponen el precio. En esas condiciones yo no trabajo.

—Di que no.

—Bueno. Arrendamos un potrero. Porque la gente lo que quiere comer hoy es carne de res, no verduras. Tremendo precio se paga por un filete. Y tú mantienes un huerto. Y la niña puede jugar a la puerta del bohío...

—Pero tú me hablas del campo. La última vez me dijiste que viviríamos en La Habana o en Santiago.

—Lo he pensado mejor. Ganarse la vida en la ciudad es más difícil. En la construcción te explotan. Podría arrendar un carro y repartir carbón, pero no es trabajo bueno. Te derrengas sin salir de pobre. Además, no nos veríamos casi nunca. En el campo estaríamos juntos más tiempo. El ganado no da tanto trabajo. Y allí no hacen estos fríos. Pasaríamos ratos sentados bajo un jazmín o una madreSelva, bien bonito que huelen.

—Háblame otra vez de La Habana.

—Pero si ya no vamos a vivir allí.

—Da igual. ¿Es verdad que las casas están pintadas cada una de un color, o es un cuento tuyo?

—Bien verdad que es. Pero te cuento de Mayarí, que es donde vamos a vivir.

—Pero luego también me hablas de La Habana —insistía Amparo, aunque después se quedaba dormida, soñando con ese paraíso sin serpientes que le prometía Neftalí.

Fue Justo, uno de los hermanos pequeños de Amparo, que andaba siempre de aquí para allá, entraba en las casas con mil excusas, desplegando una simpatía y una frescura que ni el hambre conseguían

enturbiar, ayudaba a dar de comer a los cerdos de algún vecino, a correr de sitio un mueble, a reparar una cancela, y rara vez regresaba sin algo para el fogón, quien llegó con la noticia. Las mujeres estaban sentadas junto a la chimenea, como si la lumbre estuviese encendida, aunque hacía tiempo que se les había agotado la leña y nadie se atrevía a ir a las dehesas a robar más desde que un guarda matara días atrás a dos muchachos a los que sorprendió comiéndose un cordero, sin duda robado, bajo una encina de su jurisdicción. Juliana y Claudia rezaban el rosario; Paula, que había llegado de Madrid unos días antes, acariciaba sobre el propio regazo la cabeza de la hermana más joven, Martina; Amparo se hacía la dormida para poder pensar en sus cosas; los hombres, sentados a la mesa, fumaban una mezcla de cáscara de patata y hojas de tomatera y pimentera que Germán, otro hermano de Amparo, había secado en el granero el verano anterior y administrado con tal celo su tesoro que, a pesar de ruegos y amenazas de su padre y hermanos, aún conservaba algunos restos para los momentos de mayor desesperación.

En casa de tía Asunción, la de los gatos, explicó Justo, habían descubierto a un rojo escondido; la Guardia Civil dijo que era uno que había cometido varios asesinatos en Castilblanco, entre ellos los de dos seminaristas. Lo sacaron a rastras, coceándole los costados, mientras tía Asunción juraba que ella no sabía que ese desgraciado estaba allí, que se habría escondido en el corral sin su conocimiento, pero de nada le sirvieron los gritos. Entre varios guardias la sujetaron —daba unos chillidos como de lechón asustado y pateaba como una oveja antes de degollarla—, la pelaron al cero, mal pelada, porque como se movía tanto, no acertaron a quitarle algún mechón, pero sí a hacerle unos cortes en el cuero cabelludo que la pobre parecía un eccehomo; luego entre risas y tragos de anís, entre insultos y bofetadas, la obligaron a beber una botella bien cumplida de aceite de ricino, que no aguantó demasiado en sus tripas, porque unos segundos más tarde tía Asunción, la de los gatos, estaba ya sentada en medio de un charco de vómitos, heces y lágrimas, rodeada por el aliento anisado y los ojos vidriosos de los guardias. Se los llevaron, a Asunción y al escondido, ya con la anocheada, atados al lomo de una burra, camino de la capital. Dijeron que para juzgarlos. Pero luego sonaron dos truenos a los que no precedió relámpago. Y nadie había bajado aún a ver si los habían dejado allí tirados o se los habían llevado de verdad, pero de que los mataron ya nadie dudaba. Como a bestias, a la orilla de cualquier vereda.

Ninguno de los hombres miró a Neftalí durante la narración. Sólo Juliana, desde su banqueta, mientras continuaba moviendo los labios, lanzaba a Neftalí miradas como rescoldos.

—Ay Dios —suspiró Juliana cuando Justo terminó el relato—. Ten piedad de nosotros.

Emilio, que llevaba dos días sobrio, pasó la lengua por la banda gomada del papel de liar, intentó escupir una hebra, y negó con la cabeza.

—A nosotros no nos pasaría eso. El cura hablaría en nuestro favor, porque nunca hemos dado ningún problema, y la Juliana, aunque no vaya mucho a misa, es muy devota. De tía Asunción se decía que había dado dinero a la República.

Lo dijo sin dirigirse a Neftalí, pero todos se volvieron hacia él como si fuese el interlocutor de Emilio.

Como Neftalí no respondió, fue Juliana la que intervino, en tono lastimero.

—Sí va a hablar. Con dos hijos que lucharon con los rojos y dos hijas que..., Dios me perdone, no puedo ni decirlo.

—¡Madre! —saltó Amparo.

—Ni madre ni nada. Con dos hijas perdidas.

—Madre, por Dios —intercedió Germán.

Neftalí se levantó de la mesa y se fue hacia Amparo, para sentir su cercanía reconfortante.

—Por nosotros tienen que preocuparse ya bien poco. Pasado mañana nos vamos. Los papeles seguro que están listos.

—¡El tío canalla! —gritó Juliana, y saltó hacia Neftalí con una energía que nadie sospechaba en ese cuerpo enmohecido por la resignación. Neftalí perdió el equilibrio ante el ímpetu inesperado con que Juliana cayó sobre él, Martina rodó por el suelo cuando alguien dio una patada a su banqueta, Amparo y los otros hermanos se levantaron a sujetar a su madre entre jaculatorias y ruegos, mientras Emilio, que se había puesto en pie, protestaba con desgana, ¡Juliana, coño!, pero como nadie parecía curarse de su presencia, acostumbrados a tenerlo entre ellos como un can viejo, al que se da de comer pero del que no se espera nada, más que su muerte, Emilio juntó fuerzas, se aclaró la garganta y con una tremenda y arrastrada voz de arriero, exclamó:

—¡Me cago en la madre de Dios!

Emilio, mediante la blasfemia, recuperó la autoridad que había ido perdiendo desde que comenzó a beber. Juliana se quedó inmóvil y con la cabeza casi enterrada entre los hombros, como si aguardase la caída de un rayo. Todos los demás, incluido Neftalí, quien había apoyado la espalda contra una pared para poder defenderse del ataque, se volvieron hacia él, restituyendo a Emilio y sus opiniones al lugar central que les correspondía en la familia.

—¡A sentarse todos, copón! —ordenó Emilio, y a él mismo le sorprendió la dócil diligencia con que le obedecieron, como si durante los últimos años no hubiesen aguardado otra cosa que sus instrucciones.

Volvieron a recomponer la escena previa igual que modelos de pintor que retoman la pose tras un descanso. Martina enderezó la banquetta y depositó la cabeza en el regazo de Paula y esta comenzó a rascarla mecánicamente. Los muchachos regresaron junto al padre, al que contemplaban con nuevo respeto; Amparo cerró los ojos, como para olvidar la escena, y Juliana volvió a pasar cuentas entre sus dedos y a susurrar oraciones, a las que daba réplica Claudia con voz monótona y quejumbrosa que más parecía de plañidera que de orante. Tan sólo Neftalí prefirió quedarse junto a Amparo en lugar de recuperar el sitio que le correspondía a la mesa de los hombres. La tomó por los hombros y aguardó, acariciando nerviosamente el nacimiento del cuello, a que Emilio interviniese, ahora que parecía haber recuperado la dirección de la familia. No se percató de que Juliana seguía, con miradas como esquirlas, el movimiento de sus dedos sobre la piel de Amparo.

—Vosotros veréis —concedió Emilio sin disimular su escepticismo—. Si decidís marchar, bueno está. Os ayudaremos con lo que tengamos. Pero me parece a mí que más adelanta un hombre solo que acompañado de mujer y niña. Y, una vez a salvo, tiempo habrá de regresar o de mandar a buscar a las dos. Además, Neftalí, que si las cogen contigo..., malo. —Emilio sacudió la cabeza y frunció los labios; se quedó un momento en silencio, a juzgar por sus gestos acabando de convencerse de que la segunda opción no le gustaba nada, pero nadie se atrevió a interrumpir su más larga intervención desde hacía casi una década—. Franco es un mastuerzo —sentenció—. Pero si quiere que España salga adelante, no le quedará más remedio que perdonar. No se puede esperar que los hombres trabajen si los padres están enemistados con los hijos y el hermano encarcela al hermano. Cuando llegue el perdón, Neftalí, si es que de verdad la quieres, vuelves a por ella.

—Si es que de verdad la quieres —le hizo eco Juliana con voz de hechicera pronunciando un conjuro.

A Neftalí se le puso la carne de gallina y estrechó un poco más entre sus dedos los hombros de Amparo. Ella sólo musitó:

—Ay, Dios, madre.

Y Lidia, como si comprendiese lo que allí se solventaba, apareció por la puerta corriendo, acaso de alguna pesadilla, se abalanzó sobre su madre y rompió a llorar desconsoladamente.

—Amparo, niña. Van a tener razón —se rindió por fin Neftalí—. Mejor me voy primero yo solo.

Si Lidia no hubiese nacido, Amparo, en contra de la opinión de su familia, de Neftalí o del lucero del alba, habría impuesto su voluntad y

huido con su hombre. Pero ya entonces, con las manos de Neftalí sobre el cuello y la cabeza de Lidia contra las faldas, se dio cuenta de que iba a tener que renunciar a uno de ellos. Si renunció a Neftalí no fue porque lo quisiese menos, sino porque le pareció que, como era un hombre, él sería más capaz de resistir la pérdida. Puso a Lidia sobre sus rodillas y procuró consolarla. Mucho iba a tener que querer a esa niña para no reprocharle nunca la decisión.

—Sí, Neftalí. Vete tú solo —le dijo con voz cansina—. En cuanto puedas nos escribes.

Dos noches más tarde un carro se paró delante de la entrada a las cuadras. Neftalí besó a Amparo y a Lidia, dio una afectuosa palmada a la burra, tendió la mano a Emilio, sonrió para quitar importancia a lo que estaba sucediendo, negó, lo que no le fue fácil, un abrazo a Juliana, que ahora revoloteaba entre ellos como una polilla alrededor de una vela, acaso asaltada por remordimientos de conciencia, como si esperase la absolución de Neftalí. Y, sin decir ninguna palabra digna de recordarse, sino un par de fórmulas torpes, de esas que se lamentan años más tarde, subió al carro de un salto y se ocultó entre unos haces de paja.

Neftalí, tumbado bajo la paja, iba entregado a temores difusos, no tanto a morir, como a una vida sobre la que empezaba a perder el control. Separado de Amparo, otra vez fugitivo, le parecía que sus esfuerzos y luchas de los últimos años en lugar de fortalecerlo lo habían envejecido: el mundo y sus avatares no eran ahora más comprensibles, sino más dolorosos. Sólo alguna ligera sacudida del carro, alguna voz que resonaba en la madrugada como amenazas proferidas en un sueño, lo sacaban de sus sombrías reflexiones.

En el primer alto que hicieron en el trayecto, aún de madrugada, el carretero sacudió a Neftalí por la pernera para hacerle salir de su escondite y le instruyó con tono impaciente, como si hablase por enésima vez para alguien particularmente cerrado de mollera.

—Si nos paran y te descubren, yo no te conozco. Dices que te subiste al carro sin mi conocimiento.

—Prometido, compañero.

—Ni compañero, ni hostias. Hago esto porque se lo debo a Emilio. Si por mí fuera, te fusilaba yo mismo.

No volvieron a intercambiar palabra hasta la madrugada siguiente en el momento de la despedida, que fue particularmente breve. Neftalí escuchó la voz del carretero ordenando pararse a las bestias, el chirriar de las ruedas, los crujidos de la madera. Luego los pasos entremezclados con resoplidos animales.

—Fin del viaje. No puedo ir más allá.

Neftalí se apeó, dio unos pasos para desentumecer sus miembros. Estaba amaneciendo.

—Gracias —y tuvo que contenerse para no añadir un nuevo «compañero».

—Se las das a Emilio.

Como era evidente que el otro sólo aguardaba a librarse de él, Neftalí buscó el resplandor del sol aún oculto, y comenzó a andar en esa dirección, aunque de lado y consultando con la mirada al hombre.

El carretero asintió con la cabeza e hizo un gesto con la mano que le conminaba a seguir siempre derecho.

—En cuanto llegues al Júcar, lo atraviesas, ahora es fácil, y ya sigues siempre hacia donde amanece.

—Y ¿cómo sé que es el Júcar?

El carretero se encogió de hombros. Le dedicó una sonrisa rebotante de sarro y mala leche.

—Pregunta a un guardia civil.

Pareció, sin embargo, arrepentirse de su maldad.

—Que tengas suerte, cabrón —fueron las últimas palabras que le dirigió el carretero. Las siguientes, menos ambiguas, eran para los mulos.

Apenas se quedó solo, Neftalí comenzó a reflexionar sobre su situación; la recuperación de la movilidad le permitía volver a sentir sus propias fuerzas y, con ello, barruntar soluciones que antes le parecían inalcanzables. Olfateó el suave relente que se extendía por la llanura. Las estrellas se iban hundiendo en la fría claridad del alba. Neftalí se frotó las manos, se arrebujó en la ajustada y basta chamarra que le había prestado Emilio para el viaje y echó a andar. Desprovisto de papeles como estaba, no podía permitirse caer en un control. Habría de caminar por la noche y esconderse durante el día. Sin embargo, las posibilidades de ocultarse que le ofrecía el paisaje manchego eran desoladoras. Una llanura inmensa sólo salpicada por algún que otro árbol aislado. Ni montes, ni bosques ni quebradas. Así que, aunque ya hacía más que clarear, resolvió continuar caminando hasta encontrar un buen abrigo. Lo que más temía era el momento de preguntar por el camino a Valencia, pues no creía poder imitar ningún acento español. Se repitió en voz baja algunas frases a las que intentó dar la entonación de Amparo. Aunque el experimento fracasó, a Neftalí, al escuchar en su memoria ese acento familiar, que parecía un eco de otras palabras, de otra voz, las entrañas se le encogieron, y el malestar aventó toda su resolución de un solo golpe.

—Amparito —musitó y, recorriendo con la mirada la amplia llanura que lo rodeaba como un océano, se sintió solo. Con ganas de dar marcha atrás, de volver a la casa de sus suegros; viviría como un animal, si era necesario, en un rincón de la cuadra; comería sobras si las había, y, si no, se moriría de hambre, pero al menos podría reposar la cabeza en el regazo de Amparo. No sería una muerte tan triste como esa muerte de náufrago sujeto a una tabla al que van abandonando las fuerzas. A su alrededor se abría la vastedad de un mundo desierto y hostil. Pensó que la muerte podría alcanzarlo allí, donde nadie escucharía su voz ni se detendría a cerrarle los ojos. Apretó el paso. Durante decenas de minutos fue incapaz de pensar en otra cosa. Mientras caminaba a toda prisa, la superficie de la tierra —algo borrosa, difuminada por lo que casi eran lágrimas— parecía ondularse, estremecerse por blandos vaivenes. Neftalí corría como si nadara, convencido de que la línea del horizonte seguiría alejándose de él por mucho que bracease. Los últimos años, intensos aunque no siempre alegres, había vivido creyendo que merecían la pena, no en sí, sino porque eran la transición hacia un futuro mejor. Cada vez que abrazaba a Amparo pensaba que aún sería más hermoso unos años después, que cada beso no era más que un anticipo. Y ahora, como un náufrago, recorría el pasado y no encontraba más que promesas sin cumplir, y se ahogaba con esa sensación de verse privado de todo lo que pudo ser pero venía a acabar miserablemente. Porque de pronto, mientras atravesaba con imprudente carrera los campos, sobre los que los cultivos empujados por el viento imitaban el oleaje, pensó que esa huida no era un principio, sino un fin. Le aterró la idea de no volver a ver a Amparo y Lidia, porque era como aceptar la futilidad de la propia juventud.

Llegó a un exiguo pinar. Los árboles, jóvenes y enclenques, no lo podían ocultar a la vista de quien pasara por las cercanías. Sin embargo, Neftalí se arrojó al suelo, y se quedó tumbado boca abajo, con las piernas y los brazos abiertos, como el cadáver de un ahogado. Cuando recuperó la calma se dijo una vez más que volvería. Que desde ese momento su vida estaría dedicada a recuperar a Amparo y Lidia; sin ellas el resto de los años no serían más que la constatación de un fracaso. Con la barbilla apoyada en la hierba comenzó a conversar con Amparo como si estuviese a su lado. Le contó una vez más sus planes de arrendar un potrero allá por Oriente. Al ver desfilar ante sus ojos una comitiva de procesionarias avanzando entre las agujas reseca, arrancó la del centro: hubo un inmediato desasosiego en la columna; la parte delantera continuó la marcha, mientras la trasera se detuvo. Varias orugas comenzaron a tantear a su alrededor. También la que Neftalí tenía entre los dedos se debatía. Sintió una ligera comezón al contacto con el animal. La apretó un poco para cerciorarse de su blanda consistencia y tuvo el extraño impulso de llevarse la oruga a la boca, pero una náusea le hizo renunciar. La devolvió entonces a la hilera y con un palo intentó sin éxito reagrupar la expedición, descompuesta en varios grupos que parecían haber perdido la orientación. Neftalí rompió a llorar como si aquel desorden afectase a su propia vida.

Tumbado entre los pinos, aguardó a que anocheciese para reanudar la marcha. Llegó a Valencia hambriento y exhausto, tras varios días de caminar casi sin descanso, salvo para ocultarse cada vez que divisaba una persona, con el continuo temor de haber perdido el rumbo. El agua que bebió en el río le produjo diarreas y vómitos, que se le pasaron con una semana de reposo en casa de Sixto Cordero, quien lo acogió como si fuese un miembro de la familia. A los pocos días Sixto le entregó los papeles necesarios para el viaje y le procuró un pasaje en un barco que iba a Irún.

Nada más subir a bordo, Neftalí casi se dio de bruces con Jimeno en la primera cubierta. Se abrazaron en medio de risotadas.

—Mala hierba nunca muere.

—Lo mismo digo, cubano.

Llegaron a Irún dos días más tarde. A Neftalí la región le recordaba vagamente los bosques de Mayarí Arriba. Los montes suaves y densamente arbolados parecían una fotografía grisácea de las lomas cubiertas de pinares a las que él había ascendido alguna vez. El propio río, aunque más brumoso y lento, le recordaba también la vega del Mayarí. Mirando a su alrededor, Neftalí sentía la nostalgia de quien contempla una foto borrosa de años felices, sabiendo que los retratados murieron hace ya tiempo.

Al día siguiente se dirigieron, con otro grupo de extranjeros, a la frontera francoespañola. Antes de atravesarla, Neftalí se volvió para ver una vez más ese país del que salía vencido. Antes de irse, necesitaba un gesto, un signo, que aliviase la sensación de derrota irremisible.

—Jimeno. ¿Cómo se llama ese río?

—El Bidasoa.

—La próxima hija que tenga con Amparo se llamará así.

—¿Bidasoa?

—Eso es. Bidasoa me separa de lo que más quiero, y Bidasoa nos volverá a unir.

—Pues yo también llamaré Bidasoa a mi primera hija.

Hubo otros en el grupo que se unieron a la promesa, necesitados de un símbolo para recuperar la esperanza. Así no salían como vencidos, sino casi como conjurados.

Al otro lado de la frontera tomaron el tren a Burdeos, donde el cónsul cubano le consiguió un pasaje en el buque *Órbita*, de pabellón británico, que había llevado ya a numerosos repatriados a Cuba. Neftalí Larraga salió del puerto de La Pallice, en la Rochelle, el 15 de julio de 1939. La primera parte de su huida había discurrido con muchos menos contratiempos de los previstos.

VI

Desde que comenzó su huida, Neftalí soñaba, no con frecuencia, pero sí con regularidad, de forma que ya no se trataba de un mero sueño, sino también de un vívido y recurrente recuerdo, que se ahogaba en una laguna. Sabía que no era el mar, pues las ansiosas bocanadas sabían sólo a metal y arcilla húmeda, y que tampoco era un río, ya que el agua no se movía más que empujada por sus aspavientos. Era un sueño largo, que duraba mucho más de lo que una persona tarda en ahogarse, y durante el cual su mayor afán era sacar una mano a la superficie, seguro de que alguien estaba allí fuera, cerca pero ajeno por culpa de la turbiedad del agua, y como el grito era imposible, la boca una hinchazón dolorida, la lengua hundida sin remedio en la garganta, sólo ese gesto podía salvarlo de la muerte. Pero era siempre el despertar el que le salvaba la vida, y un tiritón que aún se llevaba de las aguas gélidas. A veces se le ocurría que si un día llegara a sacar la mano del agua la vida sería diferente a partir de entonces, como si hubiese una relación entre su incapacidad para vencer esa tendencia a sumergirse por su propio peso y las dificultades que encontraba para imponerse en el mundo.

Neftalí contó a Jimeno en pocas palabras el sueño, aunque no esa interpretación —tonterías—, apoyados ambos sobre la borda húmeda, sin demasiadas ganas de hablar ninguno de ellos, pero necesitados de compañía.

—Podría ser una premonición —dijo Neftalí, y, aunque nunca era el mar, sino siempre agua dulce, miró con aprensión la espuma que se arremolinaba a los costados del barco levantada por rachas de viento.

—¡Carajo!

—¿Qué pasa? —preguntó Jimeno sin volverse hacia él.

—El viento. Que me he quedado sin picadura.

—Toma, inútil.

Neftalí aceptó el cigarrillo que le tendía Jimeno y siguió con la mirada los precisos movimientos de esas manos, más hábiles que las suyas, preparando el siguiente pitillo.

—Digo yo, ¿no?, que, a lo mejor, lo que estoy viendo es mi propia muerte. En un pantano de Cuba, chico. Mejor no volver.

Jimeno sacudió la cabeza, pero tardó un rato en hablar, ocupado él también con recuerdos, temores, con las cosas que no le había dicho a

una compañera antes de partir. No lo que se dice; lo que se calla le jode a uno la vida.

—¿Cuántos años tienes en el sueño?

—No sé. Como ahora, más o menos.

Jimeno volvió a negar con la cabeza. Encendió el pitillo con facilidad que admiró Neftalí —jamás se le apagaba a Jimeno un fósforo, ni con ese ventarrón— y se lo dio a su amigo a cambio del apagado.

—Entonces no. Es un recuerdo.

—No jodas. —Y le entró un hormigueo en las plantas de los pies—. Ya me dirás de cuándo.

—De otra vida. Tú te has muerto ahogado en una vida anterior, y te acuerdas de ello cuando no piensas en nada.

—No jodas —se defendió aún Neftalí, pero Jimeno se encogió de hombros con autoridad irrefutable.

—¿A que antes no soñabas con morir ahogado? ¿Eh? Porque te estás acercando a la edad con que te ahogaste, y por eso te acuerdas. El susto se le queda a uno en el cuerpo, y te entra miedo a que se repita.

Fumaron un rato sin hablar. Del salón llegaba una música mal acompañada y exclamaciones en falsete de hombres que intentaban parecer alegres y optimistas.

—¿Y todo el mundo vuelve a nacer?

—No todos. Cuando muere uno joven, nace de nuevo para completar lo que no ha hecho. Cada hombre tiene una tarea y no hay más huevos que terminarla. Sólo entonces se descansa. Influidos por las historias que le había escuchado a su madre cuando niño y por su experiencia y lecturas políticas, Jimeno tenía una idea muy personal de la vida de este mundo y del otro, en la que se mezclaban superstición y determinismo histórico, un vago barniz de las creencias africanas al que se fueron sumando sus consideraciones, igualmente vagas, sobre la ética socialista.

A Jimeno le dio uno de sus habituales ataques de tos, una tos que no presagiaba nada bueno.

—Me voy a dormir —anunció con voz aún rasposa—. Nos vemos mañana.

Neftalí entró también poco después, pero no se fue al camarote. Se sentó en un corredor, sacó un papel del bolsillo; en el margen superior se encontraba un escudo circular, rematado con una corona, y en esta una inscripción que Neftalí leyó en voz alta, sin comprenderla. *Honi soit*

qui mal y pense. The pacific —luego algo que no se entendía—
navigation —otra vez tres letras incomprensibles— *incorporated by
royal charter 1840* . Al lado, en letras más grandes: R.M.S. «ÓRBITA». Le hubiese gustado saber entender esos signos misteriosos. Igual que le hubiese gustado saber para qué había vuelto a nacer después de morir ahogado, qué tarea le quedaba por realizar. La revolución, probablemente. En la otra vida murió sin haber llegado a ver triunfar la revolución. Y por eso tenía que seguir luchando. Lo malo es que en la nueva vida llevaba el mismo camino. Machado lo echaba de Cuba, Franco de España. Y ahora regresaba sin saber si lo iban a meter en la cárcel nada más llegar. Si no, se dirigiría a Mayarí cuanto antes, se pondría en contacto con elementos progresistas, volvería a empezar.

Se preguntó si Amparo era también una mujer reencarnada, si había vuelto a nacer para cumplir alguna tarea incompleta. Amparo seguro que la cumpliría. Recordó sus gestos enérgicos, su decisión, que a él le hacía sentirse pequeño e inútil a su lado, de manera que tenía que fingir arrojo o conocimiento por miedo a que Amparo lo despreciase. Incluso en momentos en que no sabía qué hacer, adónde dirigirse, optaba por un camino, el que fuera, para que no le creyese pusilánime. Neftalí, para oponerse a la añoranza que comenzaba a invadirlo, decidió escribirle una carta.

La carta, la primera que Neftalí escribió a Amparo, es una de las pocas que hoy se conservan. Aunque Amparo afirmara en algún momento que había perdido todas las cartas de Neftalí en un traslado, un día se incorporó trabajosamente —la espalda le dolía, como siempre—, se perdió arrastrando los pies y la nostalgia por un pasillo, volvió a aparecer un momento después; echó unos papeles sobre la mesa del comedor.

—Toma —dice a su nieto—. Esas son las únicas que conservo. Las demás las quemé todas.

—¿Por qué las quemaste, abuela?

Amparo se encoge de hombros. Mira al nieto, dudando entre contárselo o inventar una mentira. Se decide por la verdad.

—Una vez que estuve muy enferma las quemé todas menos esas dos. Creía que me iba a morir. A nadie le importaba lo que me había escrito.

Acaso Amparo había querido proteger las palabras, los sueños, los embustes hilvanados por Neftalí, de la implacable mirada de Lidia.

—Las fotocopia y te las devuelvo, no te preocupes.

Amparo sacude la cabeza.

—No, hijo, no. ¿Yo para qué quiero eso?

Al decirlo, Amparo pone esa cara de completa naturalidad que gasta cuando finge. Su nieto no sabe qué hacer con la declaración de renuncia de Amparo ni cómo continuar la conversación.

—He empezado a escribir un libro sobre Neftalí.

Ramón aguarda la reacción con cierto temor. Amparo mira las cartas, acaso arrepintiéndose de habérselas dado, pero no expresa irritación ni alegría. Procura mantener su rostro impasible. Parece haber decidido no sufrir más en esta vida. Asiente con la cabeza.

—Bueno, rey, escribe lo que quieras.

Amparo se vuelve hacia lo que ocurre más allá de su balcón. Al cuarto, envuelto en una blanda penumbra de tarde otoñal, llegan un vocerío de chiquillos y la luz, que parece húmeda, filtrada por el cielo gris. Amparo se pierde, como es su costumbre, en recuerdos que guarda para sí, habituada a defenderlos de la ira ajena. Décadas lleva protegiendo la memoria de Neftalí.

—Venga, llévate esas cartas —dice sin mirar a su nieto.

Nada más montarse en el coche, Ramón lee la primera, escrita sobre un papel amarillento que lleva el sello del buque.

En Alta mar

22 de julio de 1939

Querida he inolvidable pequeña: Recive el cariño de este que no te holvida nunca, muchos besos a mi querida hija.

Pequeña: escribo esta carta en la travesía, estamos llegando a las Islas «Bermudas» donde la echare en el correo. Desde Francia te escribi varias cartas no se si fueron tres o cuatro, me supongo que las habras recibido. cuando me contestes me dices si las recibistes.

He de decirte que tome el Barco en un Puerto Frances que se llama la «Roselle» el día 15 y salimos a las doce de la noche, para llegar a la Habana el día 29 por el medio día, así que me faltan siete días para llegar.

El viaje los hemos tenido muy bueno (hasta ahora) a esepción de el Domingo que fue bastante malo, pues se mareo mucha gente y del mareo hay muchos que estuvieron sin poder levantarse cuatro días. Yo ya sabes que no me mareo, pues he tenido que ayudar a mucha gente,

sobre todo llevar la comida a los camarotes a los amigos. En el Barco nos divertimos mucho pues hay Piano Radio y muchos pasajeros llevan instrumentos de musica y formamos muchas juergas y Baile. Y así pasamos el rato yo me acuesto a las doce o la una de la noche pues tu recuerdo y el de mi querida hija me desvelan.

Tu no te preocupes por nada pues pronto te reunirás conmigo y yo creo que te ire a buscar al puerto donde embarques.

Tu cuidate mucho y cuida mucho a mi hija ponte buena y no tengas pena pues ya sabes que yo vuelvo Roma con Santiago cuando quiero conseguir sobre todo el verlas a vosotras. Besos muchos besos a mi Hijita. Recuerdos a tu familia.

Adios querida. Te envío el Corazón.

NEFTALÍ

Escribe a menudo, pues quiero tener pronto y seguido carta tuya.

Adiós

No le contó que en el buque trataban a los cubanos como a presos comunes. Los primeros días de la travesía los pasaron encerrados en sus camarotes de seis. Allí les llevaban la comida tres veces al día. Incluso para salir al baño tenían que pedir permiso. Como los mareos hicieron estragos al principio del viaje, la urgencia del vómito les sorprendía aún encerrados en su celda provisional. Al cabo de poco tiempo, los camarotes olían a osera. Y el abatimiento, que ya era grande al salir de España, crecía como un hongo en el alma de los exiliados. Fue el temor a infecciones y epidemias causadas por la falta de higiene, no la compasión ni el respeto, lo que movió al contraamaestre a dar la orden de que se les permitiese abandonar los camarotes.

SEGUNDA PARTE

I

Aaaaaaaaaaaaah. Su alma era una llaga.

Aaaaaaaaaaaaah. Sus ojos vastos revueltos por marejadas de temor. Sus pupilas dilatadas para abarcar el pasado y el futuro, todas las derrotas. La piel erizada en perpetuo espanto.

La luna se ha asomado violentamente por debajo de una nube y lo ha descubierto de improviso cuando pretendía salir de la sombra protectora de una ceiba. La luna con su tez de cadáver, con sus ojos de ceniza. La luna, esa espía, que vigila sus movimientos persiguiéndolo noche tras noche, voraz y paciente igual que las auras tiñosas, siempre fuera de su alcance, cobarde, acércate si te atreves, te arrancaré la piel con mis dientes, te enterraré a puñadas en el lodo, deja de planear sobre mi cabeza, buitres, fantasmas. Pero ella no más observa, inalcanzable, con sus ojos muertos, sus ojos de fría eternidad. Y el terror lo derriba nuevamente.

Se revuelca como dos perros luchando, de un brinco se endereza, desciende ladera abajo en una carrera alucinada; da quiebros que lo arrojan contra troncos invisibles, se lanza a cuatro patas por entre un espeso laberinto de marabúes, que le despedazan la piel, rueda, cuando no puede más, hacia el río, pero el blando contacto del agua no alivia su dolor, sino al contrario, parece aguzarlo.

Aaaaaaaaaaaaah. Regresa, ladera arriba, babeando, ya más despacio, la cabeza bamboleándose por delante de los hombros, sus pasos trabajosos, retenidos por la arcilla húmeda, olvidado de sí mismo, de quién es. Va, desfallecido, a arrimarse a la erizada corteza de una ayúa, se restriega contra ella queriendo que el dolor le devuelva a nadie sabe qué conciencia, ve, azorado, la sangre aflorar a la camisa, y huele el aroma a resina, arcilla y sudor, que parece brotar con la propia sangre. Se aleja rezumando dolor.

Apartando con las manos ya insensibles los espinos que le cierran el camino, Neftalí Larraga se abre paso en la manigua. A veces vuelve la cabeza para asegurarse de que no lo siguen. Cuando alcanza los matorrales más espesos se tumba, ahora que la luna no puede verlo, con la cara hacia el cielo. La noche es allí más profunda, más protectora. Nadie ve a Neftalí Larraga. Sólo algún majá podría serpear hasta su guarida para observarlo con ojillos mezuquinos. Habiendo conocido en España la víbora y el alicante, Neftalí acaso ya ha olvidado que los ofidios de Cuba no son venenosos; o quizá recuerda, aún en medio del espanto, las exigencias del estómago: su mano se cierra sobre la empuñadura del machete, y se queda escuchando, porque su oído acostumbrado a buscar los enemigos al acecho sería capaz de discernir

el roce áspero del vientre del majá contra la tierra. Pero sólo lo envuelven la voz sin vida de los vegetales, el distraído suspiro de la brisa, el ronco monólogo del torrente. Neftalí se relaja, sus facciones pierden crispación, aaaaaaaaaah, gime, muy quedo, para sí mismo, como arrullo, como si lo consolase escuchar la única voz de un ser vivo que suena en aquellos andurriales, aaaaaaaaaah, repite, aliviado, antes de perderse en una vigilia oscura de mansas alucinaciones.

Las noches caían sobre él de repente, casi a traición. Lo sorprendían acurrucado bajo cualquier matorral, insomne, ebrio de recuerdos y temores, donde aguardaba rumiando caña a poder salir de su escondrijo.

Por los poblados orientales de Sierra Cristal comenzaban a contarse historias sobre un ser con ojos blanquecinos de ciego y labios lívidos de cadáver que conversaba con los perros en largos conciliábulos, y se decía que corrían juntos noche arriba mientras los canes le informaban de sus secretos con aullidos leves y sumisos. El señor de los perros era, afirmaban, una sombra ajena al dolor. Las madres amenazaban a sus hijos, cuando se negaban a comer la papilla de malanga, con que llegaría el señor de los perros y, mira, m'hijo, se lleva a los niños desobedientes a la tierra de la que él viene, y, chico, es un país donde no existe el sueño —adivinaba ella con intuición materna—, y la única planta que crece allí es la del miedo, así que tú verás lo que haces.

Era verdad que había conseguido una cierta complicidad con los perros de los caseríos, que reconocían su olor y ni ladraban cuando Neftalí, desesperado por el hambre, se aventuraba en las cercanías de lugares habitados. Tampoco las conversaciones que se le atribuían con los canes eran descabelladas: Neftalí, agradecido por ese cálido aliento con que lo recibían, se ponía a cuatro patas, los besaba, se dejaba olisquear, y se había acostumbrado a emitir leves gemidos, a los que los perros, excitados y satisfechos, respondían en un lenguaje de ladridos amortiguados, de quejas de esa perra vida, de arrullos cómplices.

Además los perros eran vigías inestimables para Neftalí, a quien ayudaban a conocer desde lejos la llegada de extraños a conucos y caseríos —cuando los extraños llegaban ya a la espesura del monte era el pájaro judío quien le avisaba de su cercanía—. Creía distinguir cuándo un ladrido iba dirigido a otro perro y cuándo a un ser humano, y si los ladridos se prolongaban más allá de lo usual, Neftalí lo interpretaba como la llegada de una tropa, abandonaba su escondrijo de circunstancias y regresaba a la profundidad de los marabusales o, si apremiaba el tiempo, se encaramaba al primer árbol bien crecido de curujey y bejuco para ocultarse en su denso abrigo. Pero su auténtica patria era la manigua. Allí, para guarecerse de los chaparrones de verano, en ese mundo flanqueado por las sólidas y múltiples columnas con que el jagüey se afianza sobre la tierra, en una intrincada espesura de guaco, jaboncillo y zarza, se había construido un refugio que constaba de un leño medio podrido clavado en el suelo a modo de horcón, de endeble paredes levantadas con ramajes entretejidos, y de

un tejado de yagua que él mismo cortó de una palma real y más tarde perfeccionó añadiendo una capa de tela embreada que robó en una cabaña abandonada.

Allá se refugiaba por el día hasta que un amanecer, al regresar a su guarida, encontró el cadáver de un gato. Neftalí ni siquiera lo tocó. Tras vigilarlo largamente para cerciorarse de la muerte, se retiró asqueado de aquel sitio que había dejado de pertenecerle y volvió a levantar su vivienda en otro lugar de la manigua. Sin embargo, esa misma noche regresó a observar el cadáver, atraído hasta allá por una tensa fascinación, que le sobrevino acompañada de ruidoso entrechocar de dientes. No parecía un gato salvaje, sino uno doméstico, un gato gris y vulgar, que había ido allí a morir por voluntad propia; Neftalí no vio señales de sangre ni huellas. El primer día el gato parecía dormido. El segundo comenzó a hincharse, como si en su vientre se estuviese formando una enorme bola de gusanos. Luego lo olvidó una noche; cuando regresó a verlo, el gato se había deshinchado totalmente. Salvo la cabeza, que aún conservaba su forma, el resto era mero pellejo humedecido y aplastado contra el suelo. En ese estado se quedó durante varios días. Entonces le pareció a Neftalí que la muerte era irremediable y dejó de visitar el lugar. Sólo a veces se acercaba lo suficiente como para ver las luces que bailaban por encima del cadáver en noches sin viento. Los sueños del gato disipándose.

Neftalí había crecido en el Central Preston, rodeado de mar y de cañaverales, entre obreros del batey, y desconocía la vida en el monte: por ello pasaba al lado del ñame o la malanga silvestres sin reconocerlos; nunca fue capaz de cazar una jutía ni de rama ni conga a pesar de haberlas perseguido alguna vez machete en mano bien por entre los matojos, bien encaramado a la copa de un árbol del que la jutía alcanzaba a brincar siempre antes que él; ignoraba el valor nutritivo del corajo, no reconocía la senda ni el olor del puerco jíbaro; sólo mediante dolorosas experiencias con el tósigo de algunas plantas aprendió a discernir lo comestible de lo ponzoñoso; tardó semanas en descubrir que los silbidos que lo aterraban no procedían de la boca de un perseguidor sino del pico del gavilán; y a punto estuvo de morir de una violenta alergia causada por la impericia de montar su primera guarida arrimada a un guao: pasaron varios días hasta que cayó en que los picores, el cuerpo hinchado, las sangrantes ronchas eran provocados por la venenosa sombra del árbol. Pero enfermo, hambriento, desesperado, logró sobrevivir en aquel mundo que no era el suyo.

Aunque perdido en soliloquios y pánicos, bajaba a los bohíos al tenderse la noche evitando acercarse a los animales que habrían podido delatarlo. Su atención la prodigaba en los huertos: robaba boniatos y ñames, que desenterraba con la mano; luego tapaba el agujero, borraba meticulosamente sus huellas con un ramajo o arrastraba tras de sí una pesada sogá con un nudo en la punta para hacer creer que cualquier posible destrozo era obra de una res suelta, y desaparecía en el monte. Los huevos, los pollos, los puercos prefería ignorarlos, ya que su

desaparición hubiese dado la voz de alerta y más temía una batida de guajiros celosos de sus exiguas propiedades, que la persecución mercenaria de soldados que nada ganarían con su captura. Antes de la zafra, se hizo asiduo visitante de los cañales, y también después bajaba a los plantíos a arrancar los últimos brotes o rebuscar caña extraviada: roía la planta hasta extraerle un guarapo ensalivado que bebía para recobrar energías. A fuerza de trepar a los árboles para esconderse, descubrió las reservas de agua contenidas en las hojas del curujey. Cuando los temblores lo invadían, cosa que ocurría con cierta frecuencia, consideraba que necesitaba sales y comida de más sustancia, y emprendía una larga caminata a la costa, donde se dedicaba a pescar con un sedal robado. Si la marea estaba alta y el tiempo revuelto, Neftalí pescaba pargos y roncós rayados; cuando bajaba la marea cogía sardinas, que no comía, sino que guardaba como cebo para los otros peces, más sabrosos y de carne abundante. Una vez saciado de proteínas, regresaba a zonas seguras, cubiertas de vegetación, monte arriba, y a su paso iba recolectando guayabas, zapotes, papayas, mangos, aguacates, nísperos, guanábanas, según la época.

También hubiera podido proveerse de pescado en los ríos y arroyos de la sierra; más de una lisa y de un ronco blanco pescó en el lecho pedregoso del Cabonico; pero allí, aunque sí su hambre, no podía saciar su único vicio, la sola actividad por la que era capaz de correr riesgos innecesarios: los cangrejos transparentes que iban adueñándose de las playas al anochecer ejercían sobre Neftalí una fascinación difícil de explicar.

A pesar de que no sabían más que a agua salada, Neftalí recorría grandes distancias, bordeando conucos y poblaciones, ocultándose de grupos de obreros de camino a los centrales azucareros o a las minas, eludiendo el oído despierto de los guajiros, para llegar a las playas cercanas a Cayo Mambí; tumbado sobre la arena blanqueada por la luz de esa luna que sólo entonces soportaba, acechaba durante horas los agujeros que descubría en la arena, inmóvil para no traicionar su presencia, pues la presa era capaz de detectar el más leve temblor de los granos de sílice. Olvidándose de su seguridad, de sus necesidades, de cualquier urgencia, aguardaba a que el animal asomara cautelosamente las patas al borde de su escondrijo: con un rápido movimiento, lo sacaba de un tirón y se lo echaba a la boca, mientras la víctima se debatía aún para zafarse del monstruo traicionero. Mascaba la delicada cáscara, estrujaba esa vida múltipoda e inquieta, saboreaba la esencia de océano que destilaba la muerte del animal, escupía los restos de caparazón con risillas dementes. En esos momentos la locura parecía a punto de arrebatarlo para siempre.

Vivía con la obsesión constante de que el ejército lo perseguía, aunque ya ni sabía a causa de qué delito o disidencia, y soñaba con poseer un arma de fuego; su breve machete le hacía sentirse desvalido ante los muchos peligros que se le venían encima. Sin embargo, la vez que tuvo oportunidad de hacerse con una no supo aprovecharla. Fue una noche

—sólo por la noche vivía Neftalí, el resto era mero tiritar y fantasear rebujado en la espesura— en que durante sus correrías descubrió una hoguera encendida en un claro. Pegado al terreno como una culebra, Neftalí quedó al acecho, no tanto con la intención de atacar, sino temeroso de hacer un movimiento que delatase su presencia. Quizá, se dijo, quieran pegar candela a las malezas para abrasarme, y durante unos segundos se entregó a un convulso terror de animal acorralado por las llamas.

Aparte del chisporrotear del fuego no se escuchaba otra señal de presencia humana. Tardó bastante tiempo en descubrir una figura acurrucada contra un árbol, envuelta en una manta de color pardo que le hacía confundirse con la corteza del tronco. Una vez descubierto el bulto, Neftalí comenzó a percibir más detalles. Era sin duda un soldado; solo y lejos de cualquier guarnición, probablemente se trataba de un desertor. Desde lejos parecía que estaba intentando apoyar la cabeza sobre una rama, entregado a un juego abstruso, acaso para olvidar el miedo. Neftalí extrajo el machete y comenzó a reptar hacia él, buscando llegar desde su espalda. En ningún momento vio en él a un posible aliado o compañero. Salvo los perros, cualquier ser vivo era un enemigo. Apenas lo separaban de él tres metros. El soldado se había curvado hacia delante, doblándose sobre la rama, que Neftalí no veía. De pronto hubo una detonación, el cuerpo del soldado se echó violentamente hacia atrás, describiendo un arco, como si buscase sorprendido a sus espaldas el origen del estruendo. Quedó tumbado boca arriba, con el fusil caído a su lado, los ojos abiertos dirigidos a Neftalí, el resto de la cara un grumo de sangre y carne quemada.

No pudo llevarse el arma. Neftalí huyó dando gritos de terror, convencido de que los ojos del soldado lo habían visto antes de que la muerte los cegase, y esa mirada justo en el borde del más allá lo perseguiría el resto de sus días, una mirada que le decía con complicidad insufrible: Neftalí, estamos muertos. Estamos muertos.

Acuciado por una fiebre que ya se negaba a abandonarlo un solo momento, Neftalí se adentró en una noche abisal, surcada por negros sargazos, cada vez más extraviado en un soliloquio que lo iba arrastrando hacia un laberinto ineludible de palabras sin sentido. Sentía la lengua acorchada, y acorchadas las órbitas de los ojos, que giraban de un lado al otro en la cabeza impertérrita de Neftalí, siempre dirigida al frente, habiendo dejado el cuidado de descubrir soldados, espectros, precipicios sin fondo, a sus ojos de camaleón. Metía las manos bajo las axilas para frenar el temblor y no darse cuenta de su estado. Cruzó varios cerros, semidesnudo, con los pies convertidos en un amasijo de sangre y pus. Caminó la noche entera y, por primera vez, anduvo más allá de los límites imprecisos del amanecer, hasta que sobre sus miembros pálidos cayeron los primeros rayos de sol. Atravesó, sin pararse a tomar alimento alguno, las estribaciones de Sierra Cristal; cayó otra vez la noche y volvió a despuntar el día. Su marcha no tenía destino ni horario. Avanzaba por puro miedo a detenerse, los pies impelidos a caminar para no entregarse ya a la muerte, pues el

movimiento era casi lo único que le recordaba estar vivo. Se quedó, sin embargo, en medio de un trillo a la vista del mar agitado por un ruidoso vendaval, haciendo aspavientos al sol, que se iba levantando a medida que se abría paso entre cenicientos nubarrones; imprecó al astro para que se quitase de en medio de una vez y no lo descubriera a las miradas de todos sus enemigos. Emitiendo gruñidos, ya ni siquiera palabras, rompió a correr contra él, para reventarlo de un cabezazo. Se hincó de rodillas agotado por su inútil persecución. Comenzó, entre sollozos, a arañar el suelo, queriendo abrir una fosa donde ocultarse del mundo. La memoria del gato muerto le dejó un momento con la boca abierta. Él también iba a morir, a hincharse poco a poco, a desinflarse hasta no ser más que un pellejo irreconocible, a desvaírse en meras luces sin cuerpo. Le dolió saber que nadie lo lloraría. Se arañó el pecho, como para saberse vivo y, de pronto, le invadió una desolada sensación de pérdida. Había alguien, a quien estaba buscando, que quizá le buscaba a él. No quería morir aún, pues había algo que faltaba. Ese dolor, esa angustia, eran pura añoranza. Pero dónde. Y quién. Y creyó saber que iba a morir sin haberlo encontrado. Gritó, hasta perder el sentido. Un grito tremendo que cruzó el amanecer como un relámpago y lanzó a una bandada de pericos a rasgar el cielo con su vuelo esmeralda y sus ruidosas protestas. Un grito que barrió caneyes y bohíos como un eco de huracán, haciendo postrarse a las ancianas y santiguarse a las jóvenes, y a los hombres echar una mirada de desconfianza hacia el horizonte, como si tal grito fuese un presagio de las malas nuevas que pronto los alcanzarían. Sólo Fermina recibió el alarido con un sobresalto jubiloso.

—Ah, otro desgraciado. Por fin un amigo.

Fermina salió en busca del doliente, aunque, en previsión de que estuviese rabiando, se armó con un pesado garrote de jiquí, del que se servía los días de tormenta eléctrica, sabedora de que el rayo no cae nunca sobre dicho árbol. Subió una senda que se adentraba por las lomas alejándose de las regiones habitadas, semicubierta de abrojos y grama, oculta casi a la mirada, que de pronto se ensanchaba hasta formar pequeños calveros, y luego continuaba del otro lado, atravesando un bosque de robles, jagüeyes y palmas para llegar a un altozano desde el que se divisaban la apacible costa, los planos cañaverales, las columnas de humo elevándose hacia el cielo desde bohíos invisibles camuflados bajo la vegetación, las breñas áridas en las mayores alturas, las altísimas palmeras sobresaliendo por encima de la pelambre de la selva, cuyo techo habían atravesado con su lanza para poder presentar al sol su también desgredada cabellera. Fermina conocía bien ese alejado promontorio que le permitía abarcar con la mirada el territorio que ella, hasta entonces, confundía con el mundo. Nada sabía de lo que hubiese más lejos, de otras tierras o mares, ni tampoco le importaba, pues bastante tenía con desentrañar los misterios y defenderse de los peligros de la limitada región en que se había desarrollado su existencia. Desde su atalaya, Fermina vigilaba,

sobre todo, los caminos, las veredas, las guardarrayas, que asomaban aquí y allá por entre la vegetación y los campos, con la esperanza de ver aparecer por uno de ellos a aquel que estaba tan necesitado de su ayuda que la reclamaba con su terrible quejido.

No le pareció maravilloso ni sorprendente, sin embargo, encontrárselo un poco más adelante, apenas a unos metros de su puesto de vigía, tumbado tras un recodo, bajo una nube de mariposas negras que revoloteaban por encima de él, pavesas de una llama que Fermina intuyó en el corazón del herido. Se acercó hacia él con la tranquilidad de quien llega puntual a una cita mucho antes acordada y lo miró con familiaridad, como miraría un perro dormido.

Fermina no buscó socorro, temerosa de que alguien le arrebatase al enfermo. Ella sola arrastró al caído hasta su destartada cabaña, en un trabajo de numerosas horas y que no habría podido realizar si Neftalí no hubiese sido capaz de ponerse en pie algunos momentos y caminar, sonámbulo, ausente, inalcanzable en su pasmo aterrado, apoyándose en los hombros de Fermina. Cuando llegaron por fin, le acondicionó un lecho cubriendo con una manta vieja un montón de guano y, con la espesa resignación de un cebú que inicia el primer surco, se puso a aplicar sus conocimientos a la salvación del enfermo. No poseía una ciencia concreta para guiar sus desvelos terapéuticos, sino una disparatada mezcolanza de consejas, invocaciones y suposiciones sobre las propiedades curativas de las plantas. Pocos se habían tomado la molestia jamás de dirigirse a ella salvo para darle órdenes o injuriarla.

Su padre, un guajiro que en tiempos poseyó un pequeño cañaveral, nunca dio muestras de haberse enterado del nacimiento de Fermina, ya que andaba sumergido en una ebria letargia desde que Mamita Yunai le obligase a venderle sus tierras: cuando United Fruit & Co. se negó, por segundo año consecutivo, a comprarle la cosecha de azúcar alegando una zafra demasiado abundante, buscó créditos para construir él mismo un pequeño cachimbo que le permitiese independizarse de la multinacional. Llamó a las puertas de todos los bancos de Santiago, que ignoraron cortésmente su pretensión. Luego acudió a los usureros, que también se negaron a fiarle incluso con intereses abusivos, temerosos de entrar en conflicto con la empresa americana. Después, a cada bar que encontró a su paso, donde no halló crédito, pero sí consuelo. Acabó vendiendo sus tierras y enseres, mudándose a esa aldea de la sierra y alquilando a su mujer. Cuando quedó embarazada, él había perdido ya cualquier interés por su descendencia, a la que nada podía legar: ni dinero, ni tierras, ni siquiera el orgullo por el propio nombre.

La madre, cuando Fermina aún no había cumplido los seis años, fue la única víctima de un huracán tardío, o más bien un mero ventarrón, que no se atrevió a entrar en la isla; apenas rozó las playas cercanas a Moa, lo justo para empujar a la mujer hacia el violento pero breve oleaje con que se hizo acompañar en su visita de cumplido. Otros dicen que la mujer, consciente de las deudas contraídas por el marido, y harta de remediar los desaguisados que él causaba en sus borracheras, incapaz

de seguir alquilando por los caminos un cuerpo cada vez más hidropésico, decidió dejarlo solo con la responsabilidad de pagarlas.

Fermina sobrevivió gracias a la caridad arisca de los vecinos, quienes le lanzaban mendrugos como a un perro, y, como a un perro, la cubrían de improperios si intentaba acercarse demasiado a ellos. Los más se hacían cruces hasta que desaparecía esa sucia que había dejado morir a su padre, comido por garrapatas y piojos reales, a la vez que devorado por toda suerte de alimañas imaginadas, sin compartir con él el agua y el pan que obtenía mediante la mendicidad. Se llegó a contar, aunque quizá fuese una exageración, que encontraron a Fermina royendo unos corruscos, sentada en la misma colchoneta en que yacía el cadáver del padre, esquelético, hediondo y, Ave María, retorcido y cubierto de tizne como si lo hubiesen comenzado a torturar aún en vida las huestes de Lucifer.

Fermina sabía de la vida justo lo necesario para realizar las funciones corporales y conseguir alimento. Desconoció las ventajas de la higiene hasta que los insultos y las pedradas de los muchachos le inculcaron la necesidad de bañarse. Ya adolescente, se dejó recoger por una vieja giróvaga que recorría los pueblos pidiendo limosna para construir un cementerio de perros y gatos. Aunque recibió con piedras a la anciana, igual que los chicos del pueblo, sintiéndose por primera vez miembro de la sociedad, se dio cuenta a tiempo de que una vez que la vieja se fuese sólo quedaba ella nuevamente para servir de blanco al aburrimento y la mezquindad de sus vecinos. La vieja, que dijo llamarse Hija de Yemayá, le enseñó las propiedades terapéuticas de algunas plantas de la zona, la inició con desgana en el culto de los dioses de Guinea, hizo un intento de introducirla también a los placeres del lesbianismo, y, ante la ceñuda desconfianza con que Fermina recibía todas esas perlas de sabiduría, acabó por ignorar la presencia de la joven, quien, una vez que oyó a un guardia rural decir que se ponía en marcha con su caballo hacia Moa, le convenció para que la llevara con él y se despidió de la anciana, sorprendiéndola con aparatoso derramar de lágrimas. Aunque chiflada, ladrona y, a ojos de Fermina, puta, Hija de Yemayá era la única persona que había accedido a compartir con ella bienes o afectos. La anciana, sorprendida y acaso también conmovida por la efusión, rebuscó en sus bolsillos algo con que premiar el único llanto que recordaba hubiese sido vertido por ella desde hacía decenios, encontró unas monedas, dudó en dárselas sabiendo que se iba a arrepentir del arranque de generosidad, pero al final venció lo solemne del momento, las depositó en la mano de Fermina, que se cerró sobre ellas con la vehemencia de una ostra protegiendo la perla, y despidió a la joven con un enfático san Cristóbal te guíe. Fermina guardaría de ella un recuerdo idealizado en que la locura se vestía de generosidad o misticismo, y en que las insistentes caricias se volvían muestra de afecto y no expresión de deseo.

Fermina se quedó de aquella época con conocimientos someros de curanderismo y con el reparador consuelo que encontraba en la santería, pues la idea de poseer secretos poderes hacía más llevadera su

vida de paria. Es verdad que a veces confundía unas plantas con otras, llegando a mezclar peligrosamente hojas de laurel y de adelfa, ignoraba la básica premisa de que la posología hace de una planta remedio o veneno, olvidó propiedades e inventó nuevas, mezcló deidades y sustituyó sus nombres en las oraciones por fonemas inventados, pero tan sonoros como los que había oído en boca de Hija de Yemayá. Fermina no era consciente de ello y suplía con intuición, fe y buena voluntad las lagunas de su memoria o de su sabiduría. Con el paso del tiempo sus conocimientos e invenciones fueron entremezclándose en una ciencia aleatoria que le permitía enfrentarse a todos los males con la convicción de poder imponerse a ellos. El destino premiaba ahora su entrega y ponía a prueba sus dotes y su complicidad con el mundo de los espíritus, los güijes y el alma tenue de las plantas.

Lo primero que dio a Neftalí fue un cocimiento para provocar el sudor preparado con la azulada hoja de la borraja, que debía llevarse consigo el calor excesivo del cuerpo. Luego intentó cortar sus diarreas con una tisana a base de hojas de ciruelo, marilope y salvia, pero tan amarga que no era posible que el enfermo diese más de dos tragos.

Al reparar en las muchas llagas que le habían abierto zarzas, ayúas y marabúes, le dio a beber la resina diluida del manajú, recordando que Hija de Yemayá se la autoprescribía para prevenir el tétano. Cuando se le acabó el ingrediente principal de la pócima, reemplazó esta por un jarabe de resina de cuajaní condensada con brea y enriquecido con bálsamo de tolú, al que atribuía vagas propiedades terapéuticas, que a punto estuvo de matar a Neftalí: como tampoco tenía suficiente resina, había optado por incrementar el volumen de la mezcla con pasta obtenida macerando las venenosas semillas del cuajaní. Afortunadamente, Neftalí, nada más recibir el medicamento, lo expulsaba con violentos vómitos que acabaron por persuadir a Fermina de la necesidad de enmendar la terapia. Como las heridas no acababan de curar, sino que persistían en infectarse y supurar, Fermina subió al monte a buscar dagailla, recordando una más de las muchas enseñanzas que le transmitiera Hija de Yemayá: no había mejor remedio para llagas y ñañaras, juraba la curandera, que un vendaje hecho con las fibras extraídas de la médula de la dagailla; la hemorragia se cortaba, y las heridas se cerraban y cicatrizaban en instantes; pero por más que buscó, Fermina no encontró ninguna planta con tejidos similares a las redecillas que su maestra llevaba en la jaba. Como remedio improvisado, lamió solícitamente las llagas del enfermo, ya que había aprendido que así se desinfectan los perros sus heridas. Esa tarea terapéutica procuraba a Fermina una mezcla de placer y repulsión difícilmente resistible. Para dar salida a su excitación y aunque no le había oído toser ni le vio expulsar flemas, frotó su pecho con la leche del jagüey; mal no podía hacerle; Fermina descubrió que dicha labor le agradaba más que ninguna otra, por lo que la repitió con insistente regularidad. Después, para favorecer el sueño del enfermo, y si lo permitía la caridad de los vecinos, le daba a beber el caldo de unas hojas de lechuga hervidas.

Sin embargo, Neftalí se moría. Tampoco sirvieron los rezos a Cocuyún, ni el sacrificio de una tórtola a Eleguano. Fermina, desesperada de que se muriese la única persona a la que podría arrancar algún agradecimiento, buscó en la memoria retales de ritos y encantamientos. Cuando se le agotaron los recursos, inventó nuevos bilongos, considerando que, por casualidad o ayuda de los ángeles, acaso daría con aquel que podía salvar la vida del enfermo. Cortó un mechón de cabellos de Neftalí y lo enterró en el patio junto con saliva y una moneda. Con una rama de ceiba trazó una cruz sobre las cuatro paredes del bohío, y luego quemó la rama a los pies del enfermo, soplando el humo hacia él. Fue a dibujar un ocho en la puerta con un tizón, símbolo de la Virgen de la Caridad, pero enseguida se arrepintió: Hija de Yemayá afirmaba que el ocho es el número de la muerte. Se dijo que si dos auras levantaban el vuelo al mismo tiempo sería una señal del favor de los santos, con lo que escudriñaba el cielo intermitente y tozudamente. Pero las auras parecían volar y volar sin necesidad de posarse. Así que decidió ayudar a la suerte: a escondidas mató un pichón de un corral vecino, lo abrió en canal y lo tendió a la puerta de su casa: desde allí aguardó la llegada del signo fausto, armada de paciencia y de unos guijarros con que espantar las gallinas que querían participar en el festín. Cuando vio asomar la negra cabeza de una caraira en lugar de la roja del aura, Fermina lo interpretó como un mensaje sobrenatural y rompió a llorar.

Por fin, ya resignada a su muerte, convencida de que el hombre hermoso, como le llamaba para sí, no despertaría jamás de su delirio, se sentó junto a él, tomó su cabeza como si levantase un plato lleno de sopa, la depositó con cuidado sobre el regazo, y, doblándose sobre el hombre, comenzó a lamerlo igual que una perra limpia a su cachorro de los restos de placenta. Lo lamió con su lengua carnosa y sin músculo, con su lengua como un alga, lamió los párpados, las mejillas, el nacimiento del cabello. Lavó con saliva el sudor de la frente. Finalmente, clavando su mirada en los ojos cerrados, depositó un beso sobre los labios temblorosos de calentura. Primero dejando los suyos allí, inmóviles, como una compresa caliente. Luego los apretó hasta que la presión abrió la boca del enfermo. Se retiró para contemplar la ranura tibia, olió el aliento febril, se rascó, presa de repentina comezón, el sexo. Y muy despacio, con la triste solemnidad de quien se despide de un difunto, introdujo la lengua en aquella ranura que le comunicaba con la vida secreta, con el último hálito del amado.

Desde el momento en que cayó de rodillas sobre el polvo del camino, Neftalí se hundió en una oscuridad blanda y tenaz, como si se estuviese ahogando en un pozo de pringue. Lo último que pensó fue que la muerte no es tan repentina como se cree, sino que uno se muere poco a poco, sentido a sentido. Sólo resucitó de aquello que era muerte u olvido cuando comenzó a percibir, muy lejos, una voz que parecía cantar. No pudo ni quiso abrir los ojos. De repente varios recuerdos nítidos y ordenados se abrieron paso entre la oscuridad del coma, entre las

nieblas de la alucinación. Recordó un mar liso y opaco como un espejo sin azogue. Y en el horizonte una ciudad que podría estar hecha de tizas de colores, una ciudad diseñada por un pastelero para la boda de un notable. Vio sus cúpulas y torres, la muralla, al otro lado del puerto, que más parecía estar allí como amenaza que para defenderla de ataques corsarios. Vio los grandes cargueros pasear su caparazón herrumbroso, su cansino cabeceo, su ruinoso aspecto de gruesos mendigos apostados ante las posadas de los ricos. Vio las grúas elevarse hacia el cielo con chillidos de ave rapaz. Vio a los hombres agolparse sobre la cubierta chorreando nostalgia, lamentos y gritos de júbilo, dando rienda suelta a todos los sentimientos que habían contenido a duras penas hasta ese instante.

Vio La Habana, igual que la vieron todas esas miradas ansiosas, y se dijo quedamente, he vuelto, mirad, he vuelto, y buscó en vano a su alrededor a quien regocijase el anuncio. El Malecón bullía con el hormigueo de familiares, amigos, curiosos, desocupados, que habían acudido a la llegada del vapor, del que todos sabían su origen y su carga, porque los periódicos habían hablado largo y tendido de la generosidad del Gobierno, que había alquilado dos buques para repatriar a los cubanos que estaban en campos de concentración en Francia. También las aguas cercanas al buque se iban llenando de pequeñas embarcaciones en las que los más impacientes se acercaban para intentar descubrir un rostro familiar. Neftalí buscó entre el gentío algún conocido, su padre, sus hermanos, un amigo de juventud. Se esforzaba por dejarse contagiar de la alegría reinante, conmovirse con los besos que se lanzaban al aire, con los gritos de júbilo con que alguien anunciaba haber encontrado a una persona querida en el barullo. Pero Neftalí llegaba arrastrando una derrota mayor que la de los demás. Él no regresaba a su familia, que estaba en otro lugar. Al menos, habría ansiado una recepción de héroe. Sin embargo, no se oían fanfarrias ni vítores, tan sólo la emoción con que se recibe a quien se daba por muerto. No eran héroes: eran meros supervivientes, los náufragos de una esperanza ida a pique.

El buque se aproximó al muelle emitiendo graves quejidos, parecía que él también sucumbiese de nostalgia. Cuando Neftalí bajó a tierra tuvieron que empujarlo, pues se quedó parado mirando atrás, como si esperase a un rezagado.

—Nombre.

—¿El mío?

—¿Qué tú crees, el de tu mamá?

—Neftalí Larraga.

Buscó el oficial en una larga lista. Sacudió la cabeza.

—El mar nos devuelve toda la escoria que se llevó —dijo y escupió una bocanada de andullo a los pies de Neftalí—. Párate ahí.

Recordó. Una fila interminable que alternaba los gestos cansados con otros de entusiasmo, el mostrador desconchado sobre el que se amontonaban los expedientes, un suelo densamente poblado de colillas y escupitajos. Más tarde se fue despejando la sala, pero los bancos quedaron sobrecargados de cuerpos insensibles, rendidos. A algunos de ellos, acaso los que se fueron de Cuba ya con algún delito que purgar, les tocó una espera de varios días en un barracón que pudo haber sido galpón donde encerraban a los esclavos antes de clasificarlos para sus diferentes destinos. A Jimeno lo perdió de vista la misma mañana de la llegada. Neftalí tuvo que ponerse en otra fila, la de los retenidos. De lejos se hicieron gestos de esperarse a la puerta, cuando hubiesen terminado las formalidades. Jimeno salió; él se quedó en ese galpón mugriento aún unos días, en los que apenas si habló con sus compañeros de cuarentena. Nadie le dio explicación alguna, ni él se atrevió a pedirla. Una mañana vio a su padre ante él, parado junto al oficial que había tomado sus datos al llegar.

—¿Es este?

—Sí, es él.

Hablaban de él como si no estuviese presente, o como si no fuese más que un loco al que no merece la pena dirigirse.

—Pues lléveselo. Pero que esté muy atento, porque ya lo conocemos. A la primera vamos a buscarlo.

—Vaya sin cuidado. Venga, Neftalí. ¿A qué esperas?

—A nada —mintió, y se puso en pie sin atreverse a mirar a su padre. Qué difícil es presentarse ante un padre cuando no se le puede contar una victoria, por pequeña, por mezquina que sea.

—Cuidado —le advirtió el oficial antes de franquearle el paso, con voz salivosa y un aliento amargo por el tabaco y la rabia.

En el tren, su padre le insistió en la necesidad de trabajar y dejarse de tonterías. En Cuba había sitio para personas trabajadoras. No para maleantes ni rifosos. También él, le contó por enésima vez, había llegado años atrás a la isla sin nada más que su determinación y sus cojones para vencer los obstáculos. Y además con una mujer que parió el primer hijo en el barco que los trajo de España. Y sin una familia a la que acudir cuando las cosas iban mal. Había trabajado duro para conseguir consideración y un buen puesto. De todo había hecho: cortar caña, pintar, carpintería; hasta que lo hicieron vigilante. Que el apellido Larraga era ya sinónimo de rectitud y laboriosidad. A Neftalí se le iba pasando la edad de jugar, y le llegaba esa en que los hombres se deciden para el resto de sus vidas. Su hermano, que trabajaba para los

americanos en Guantánamo, le había buscado un buen empleo. En la base, de conductor de camión.

—¿Con los yanquis?

—Con nuestros aliados. Así que métele.

—No quiero trabajar en la base, papá.

—Como te parezca. Ya tienes pelos en los güevos.

El resto del viaje lo pasó el padre rumiando su resentimiento, y Neftalí sus remordimientos.

Mami lo estaba aguardando sentada a la puerta de la casa que aún tenían en el Central Preston, en el barrio de los obreros cualificados. Se abrazaron bajo la mirada vigilante del padre.

—Cabalín, hijo, ya era hora —le increpó cariñosamente devolviéndole el nombre de su infancia—. Ni una carta nos escribiste en todo este tiempo.

Neftalí se dio pronto cuenta de que aquella ya no era su casa. Aunque la había abandonado cuando aún era casi un niño, entrar en las habitaciones no lo llenaba de añoranza, ni le alegraba descubrir detalles vinculados a su niñez —la tina en que lo bañaban, el olor del jabón amarillo, la imagen de Nuestra Señora del Cobre flotando por encima de lo que fue su cama—. Al contrario, en lugar de la alegría del reencuentro, experimentaba un sordo rencor hacia todo aquello que él había querido dejar atrás. La casa entera, propiedad de la United Fruit, que los despojaría de ella en cuanto lo considerase oportuno, le parecía una humillación. Y también se avergonzaba de la altanera sumisión de su padre a los americanos. No sólo los acataba, sino que además se enorgullecía de ello. También se daba cuenta de que su presencia era como la de una visita de cumplido, que llegaba inoportunamente a perturbar la marcha normal de las cosas. De mala gana, Neftalí fue a la administración del Central a buscar trabajo, pero allí ya se había corrido la noticia de que era un rojo. Ni siquiera le dieron largas. Y aprovecharon para decirle que si no lo habían echado ya a patadas de Preston era por respeto a su padre, que era un hombre decente y no se merecía a esa alimaña que tenía por hijo.

Neftalí tomó la resolución de partir. Allí no encontraría trabajo ni el apoyo de su padre. Lo mejor era abandonar cuanto antes el lugar.

—¿Adónde esta vez? —le preguntó su padre.

—A La Habana, allí hay muchas oportunidades de salir adelante.

—Y de perderse también. Eso va en cada uno.

—Bueno está, padre.

—Pues bueno estará si tú lo dices, pero a ver si vuelves hecho un hombre de ley o un rufián. Yo aún tengo mis dudas.

Pero, aunque murmurando que era dinero perdido, le dio unas monedas para el viaje hasta La Habana y un par de almuerzos.

Merodeaba Neftalí, la cabeza ya algo humillada, más de lo habitual en él, más de lo necesario, y con paso que traslucía un cansancio de numerosas noches y días sin el reposo que da la certeza, por las callejuelas de La Habana Vieja, en donde entró con la indecisión de quien sabe estar poniendo el pie en el umbral de un laberinto. Sentía aún más temor que cuando llegara a Barcelona, porque no había partido como entonces para conquistar un futuro, un mundo, sino tan sólo para resistir los primeros embates de un regreso humillante. Además, en La Habana no podía justificar su indigencia con la aventura o la novedad; allí, en esa ciudad en la que embarrancaban cada día guajiros desarraigados, ambiciosos pueblerinos, adolescentes a quienes no podían mantener sus familias y los enviaban lejos no tanto para que encontrasen un porvenir como para alejar sus estómagos, estafadores que siempre medran cuando coinciden la miseria y la esperanza, y gallegos que llegaban con ademanes de buey y desconfianza de lagarto, Neftalí era un paria más, un desgraciado, un mendigo.

Neftalí, durante sus torpes gestiones, quedó rápidamente atrapado en innumerables trayectos, que se ramificaban sin orden aparente, pero que siempre terminaban o nacían en uno de los dos extremos del laberinto: el Parque Central y el puerto. A este se llegaba cada mañana, atraído por la actividad que se desperezaba allí desde el alba, con el deseo de encontrar una labor que le devolviese al hábito del orden, los planes, las aspiraciones. No tenía, sin embargo, fuerzas para acometer la tarea de reiniciar su vida, solo, lastrado por el peso de sus recuerdos y del tardío arrepentimiento por haberse separado de Amparo. Cuando se decidía a acercarse al patrón de un buque, a un capataz de estibadores o al administrador de un almacén, lo hacía en tono tan apático y abatido que apenas si le escuchaban. Con el deber cumplido, Neftalí regresaba al irregular extravío de las callejas, rondaba las abarrotadas tabernas, seguía, con la constancia desconfiada de un perro callejero, a los vendedores de mameyes y mangos, como si aguardase a que se percatasen de su indigencia y le arrojaran alguna fruta en mal estado. Hundido en la suave transición del atardecer entre las angostas calles, olisqueaba los aromas de gas, aceite de coco, picadillo no siempre fresco, vapores de cocina, orín de perro, el polvo de los patios y el sudor de ropas mal o nada aireadas. Hasta que se convencía de que la jornada tocaba a su fin y, como si tan sólo en ese instante recobrase el recuerdo de rumbos y trayectorias, retomaba su camino, normalmente por Obispo u Obrapía, hacia el Parque Central

para dormir en uno de sus bancos o bajo los portales, al no poder pagar los diez o doce pesos que le habría costado un mes de pensión.

Tumbado en un banco del parque y atento al prolongado trajín de figuras indescifrables en la oscuridad —que no comenzaban a ralearse casi hasta el amanecer— no porque temiese por su bolsa, que no la tenía, sino por su vida, Neftalí velaba contemplando la luna, cuando la había, las palmeras, los escasos y ruidosos automóviles o la ronda de la policía, que ignoraba a los vagabundos hasta que empezaba a clarear, cuando los requería para que abandonasen el lugar, clavándoles la punta de la porra en las costillas.

Durante esas noches sin reposo, Neftalí pensaba en Amparo, imaginaba conversaciones imposibles con ella, diseñaba negocios y empresas que les permitirían reunirse, y que, al llegar el alba devolviendo a las cosas y las ideas sus contornos más sólidos, se revelaban siempre fantasiosas divagaciones sin sustancia. Perdido en impotente estupor, paralizado por los muchos obstáculos que se interponían entre sus proyectos y la realidad, no fue capaz de reaccionar hasta una mañana que se descubrió parado a unos pasos del Hotel Plaza, con la mano temerosamente extendida ante sí, los dedos lánguidos ligeramente curvados hacia arriba y musitando sumiso una súplica a los transeúntes. Imaginó entonces que Amparo lo miraba desde el otro lado de la calle y se vio a sí mismo convertido en un hombre del que ella jamás se habría enamorado.

Se enderezó, picado por la escena que le pintaba su imaginación, guardó la mano pedigüeña en un bolsillo, miró con altivez a su alrededor y echó a andar hacia el puerto, donde en cuestión de horas, pues, en realidad, sobraban los empleos mal pagados, consiguió enrolarse en un buque que lo llevaría hasta Santiago a cambio de ayudar unos días con el trabajo de carenado y luego, a bordo, sustituir al pinche enfermo.

Su hermano Miguel lo recibió en Guantánamo. Tenía poco más de veinte años, que encajaban mal con sus aires de terrateniente o dueño de garito respetable. Llevaba un flus de color crema, un tabaco con aroma de dinero, ademanes de quien tiene un gran futuro por delante. Pero Miguel, al menos, sí lo abrazó efusivamente.

—Bienvenido, hermano.

Enseguida lo llevó a la base, para que firmase un contrato de trabajo.

—El viejo está enfadado. Dice que te echaste a perder. Ya sabes cómo es el viejo. Tieso como una vara de jiquí. Pero se le pasará en cuanto vea que te haces a esto. Es la preocupación.

Neftalí se escudó en el cansancio del viaje para no conversar. Aceptó el empleo que le dieron sin fijarse en las condiciones.

Trabajó con el camión varias semanas o varios meses. Primero desplegando un entusiasmo artificial y sonriente con el que se esforzaba por mantener la ilusión de que hacía lo conveniente. Pero pronto volvió al estupor y a la penosa certidumbre de estar cometiendo una imperdonable traición. De nuevo lo invadían recuerdos de cadáveres con la quemadura indeleble producida por el tiro de gracia; los miembros, cubiertos por el polvo de la cal y el ladrillo, asomando bajo unos tabiques derribados por las bombas; las heridas y las vendas ensangrentadas, el pus y el espanto, la mirada insolente de los vencedores, y la última, confiada, de Amparo en el momento de despedirse. Tanto sufrimiento para esto, se decía, y volvía a extraviarse en un laberinto, que esta vez no estaba hecho de calles angostas, sino de pesares, de los que decidió ocultarse en el agotamiento.

Se levantaba por la mañana a toda prisa, y a toda prisa iba a recibir la carga. La llevaba donde le decían. Se afanaba por cumplir la tarea cuanto antes para recibir una nueva. Era como un boxeador grogui que sigue dando puñetazos al aire por mera inercia, buscando a un rival al que no ve, agarrándose por fin a las cuerdas, pues aunque ignora dónde se encuentra y para qué, sabe que no debe caerse, que el contacto con la lona habrá puesto fin a todos los sueños.

Comenzó a vivir sin recuerdos ni planes, como si el pasado y el futuro hubiesen sido definitivamente desplazados de su cerebro. En un manicomio no hubiese llamado la atención. Tampoco la llamaba mucho entre obreros que trabajaban hasta doce horas diarias y no tenían ni tiempo para alegrarse del final de la jornada. Hubiese podido morir allí, sin historia ni proyectos, aplastado por una grúa, estrellado contra un pretil. O acaso hubiese podido prosperar, pues desprovisto de pasiones o reivindicaciones era el obrero ideal. Sumiso, no por complicidad sino por descuido. Trabajador, no por entusiasmo ni ambición, sino para anestesiar su corazón, ese despojo.

Hasta que una noche se abrió la puerta del barracón que compartía con otros obreros. Los perros, acostados a la puerta, no ladraron; huyeron a rastras para achantarse en alguna sombra. Alrededor de Neftalí enseguida creció el vacío como crece un fluido. Voces ebrias invadieron su sueño.

—¡Comunista de mierda! ¡Hijo de puta! Te vamos a joder.

Cayeron golpes, insultos, escupitajos. A la suya se acercó una cara enrojecida, de ojos desbordados, de saliva blanquecina. Lo golpeaban para que respondiese, buscando la excusa. Pero Neftalí no tenía respuesta. Le retorcieron los miembros, lo restregaron por el suelo, cuyas astillas se le clavaron en las piernas. Lo sacaron del barracón a rastras, eligiendo siempre el barro y las piedras. Oyó el chirriar de la verja, algo más lejanas las maldiciones en inglés, y luego su eco esclavo en español, convertido en lengua de trepas y lameculos.

—¡Pira de aquí!

—Como vuelvas te la vamos a cortar.

—*You can't, you ass. There is nothing to cut there* —afirmó la voz del amo.

La noche lo recibió a regañadientes, como una patrona de burdel a un cliente borracho o harapiento. La luna boqueaba en el cielo, una luna mofletuda y con cara de estúpida. Sólo la vegetación, a lo lejos, se dirigió a Neftalí con ternura de mujer. Ven, le susurró e hizo ondear sus brazos, parecía llamar a un buque lejano. Ven, ven; el monte se abría ante él igual que un cuerpo para el abrazo.

Neftalí se incorporó como pudo; arrastrando una pierna entumecida por la paliza y un pavor en el que se agolpaban los rostros de los muertos y todos los alaridos que había escuchado en días ya tan lejanos, echó a correr hacia las siluetas de las palmeras. Agachó la cabeza, seguro de que en cualquier momento lo alcanzaría el disparo y, con un rugido, se adentró rabiosamente en la demencia de una fiera herida. Caminó, perseguido por la luna, la delatora, buscando un refugio que lo protegiese de tanto odio. Aprovechando las noches para avanzar, tal como había hecho en España, atravesó valles y collados, vadeó ríos, remontó lomas cubiertas de faragua, insensible a las ampollas y llagas de sus pies, sin pararse ni a tomar alimento, y sólo a beber de los cursos que cruzaba, hasta que, tras penetrar en la linde umbría de un manglar, decidió que aquella oscuridad sería su abrigo: los confusos edificios de lianas, troncos y raíces extraviarían a sus perseguidores. Y después todo fue un murmullo de sombras, un mundo sin contornos ni direcciones. Caminaba sin rumbo por el laberinto de las aguas bajas, en el que perdía la poca orientación que le quedaba, ya que no había caminos ni accidentes, encrucijadas ni lomas por las que guiarse, sino una inacabable sucesión de troncos, que tendían sus ramas retorcidas hacia cualquier hueco en la vegetación propicio para recibir la luz del sol, de forma que sus largas, leñosas extremidades se alejaban del tronco hasta distancias inverosímiles, y acabarían quebradas por su propio peso si el árbol no edificase arbotantes para garantizar la estática del edificio vegetal. A Neftalí le parecía que aquel espacio donde los reflejos de las aguas aumentaban la confusión de rumbos, proporciones y distancias, ofrecía un refugio ideal, una maraña de sombras en que ningún enemigo encontraría su rastro. Cuando se cansaba de caminar por la húmeda espesura, harto de escuchar los ruidos inexplicables, los chapoteos que a él se le antojaban amenazantes, como si aquellas aguas inofensivas estuvieran pobladas de saurios al acecho, o de nidos de reptiles disimulados entre las raíces, se trepaba a un frondoso mangle y buscaba acomodo entre sus ramas. Allí aguardaba —con la inquietud y resignada certeza de quien revisa en su cuerpo los primeros síntomas de una peste declarada en la vecindad— los zumbidos, casi inaudibles al inicio, que anunciaban la invasión de los ejércitos crepusculares, el ataque plural, inquieto, lacerante de los millones de mosquitos que se desplegaban sin aparente estrategia por el manglar, a la ansiosa búsqueda de la sangre

que les permitiría procrear, multiplicar su ya múltiple presencia: cuando descubrían una víctima se abalanzaban sobre ella con la codicia del desesperado.

Neftalí, enloquecido por los picotazos y el revoloteo alrededor de su cabeza, descendía nuevamente a las aguas y se revolcaba en el légamo como un animal para cubrirse de una coraza, aunque maloliente, eficaz para mellar el ataque enfurecido de los anofeles y jejenes que se disputaban la piel, y sobre todo la sangre, de Neftalí, a quien trataban como territorio sin dueño. Fue milagroso, o tal vez casual, que la malaria y el dengue no hiciesen presa en su organismo, de por sí debilitado por el temor y el hambre. Neftalí, sintiendo que ya no podía aguantar el asedio, se hundía hasta los ojos en el barro, y se quedaba allá durante horas, tendido como un caimán, oliendo el verdín de las aguas, los relentes de podredumbre y arcilla, escupiendo el sabor dulzón, denso, concentrado, que le dejaba en los labios esa agua a la que iban a morir vegetales, bacterias, insectos, acaso aves y mamíferos, acaso el mismo Neftalí, que, cuando en su memoria oscurecida reaparecían las imágenes de su cuerpo ahogado, se levantaba chorreante y dando gritos, y corría, perseguido por los incansables insectos, hacia cualquier promontorio que le asegurase una cierta indemnidad ante la amenaza de las aguas.

El hambre, por fin, lo expulsó del manglar, devolviéndolo a las lomas y la selva, y, cuando se ocultaba el sol, a la proximidad de los bohíos.

Mientras yacía en la cama, Neftalí se esforzaba por recordar qué había pasado después, qué acontecimientos cabían en esa sima de la memoria que abarcaba semanas o quizá meses. Escuchaba a su alrededor el trajinar de una persona a la que no reconocía e intentaba relacionarla con el pasado. Pero sólo cuando unas manos lo tocaron, apartaron su cabeza de la almohada, la pusieron en contacto con un regazo que olía a mujer, Neftalí creyó recordar algo, un dolor difuso, una desgracia quizás ajena. Luego notó que le besaban el rostro, que sus labios se humedecían con el aliento de una hembra. Sintió esos labios sobre los suyos, labios blandos, sin músculo, como besar un filete crudo, y Neftalí despertó a la realidad que no se había atrevido a ver desde su llegada a Cuba. Eran otros labios los que él anhelaba, más tersos, y una lengua poderosa con la que entrelazar la suya, no ese trapo húmedo. Se defendió de la lengua que lo invadía, la escupió fuera de sí para poder gritar esta vez no un aullido, ni un rugir de alimaña, ni el gemido de un doliente, sino una palabra que era a la vez talismán, añoranza, deseo, medicina, salvación, y, por primera vez en mucho tiempo, alegría.

—¡Amparo! —gritó Neftalí.

Entonces abrió los ojos. Ante sí vio un rostro de mujer joven: su frente era amplia, sus facciones sin ángulos, la cabeza particularmente redonda, con los cabellos mal recogidos en un pañuelo no muy limpio, morenos e hirsutos; los ojos de ternera dócil, la nariz ancha y carnosa,

labios tímidamente sonrientes, la piel prieta y sin brillo. Una desconocida.

La mujer le devolvió sólo un instante la mirada. Puso las manos recogidas sobre el regazo con un ademán humilde. Bajó la vista en alarde de modestia, hizo lo que pudo por contener la sonrisa, enrojeció, volvió a mirarlo subrepticamente, y luego, como avergonzándose de su falta, lo corrigió con dulzura:

—Fermina.

II

En el pueblo fue muy comentada la salvación del extraño gracias a las artes de Fermina. Como pestes y epidemias arreciaban en la isla sin que hubiese medios para combatirlas, la mayoría decidió poner fin al ostracismo de la mujer pensando que sus habilidades podrían ser de ayuda en caso de necesidad. Además, el hecho de que el enfermo no fuese un mendigo cualquiera, sino joven, fuerte y hermoso, aumentó aún más el prestigio de la curandera, como si fuese más difícil sanar a un hombre apuesto que a un adefesio. Las vecinas le llevaron frutas y carne ahumada, casabe y frijoles negros, leña seca de cuaba para el hogar, agua hervida para calmar la sed insaciable del enfermo; le ayudaron a lavar la ropa que Neftalí encenagaba cada día, pues la fiebre y la diarrea lo devolvían a una condición de recién nacido en que las funciones corporales se ejercían con una urgencia que no sabía de controles ni demoras. Se quedaban ratos perdidos conversando con Fermina, sobre todo las mujeres jóvenes, que rondaban la casa como gallinas hambrientas, imposible ahuyentarlas. Apenas se las había acompañado a la puerta, ya volvían con cualquier pretexto, cuello algo extendido para captar alguna mirada del enfermo, pasos poco resueltos, intuyendo que no eran del todo bienvenidas.

Fermina, que acogía los donativos con naturalidad de monja, velaba celosamente sobre su enfermo. No dejaba a nadie acercarse a la cabecera con la excusa de que el daño —y lo decía con voz misteriosa, dando a entender que la enfermedad era consecuencia de un hechizo— no se transmitiese al visitante. Continuó su arbitrario programa curativo, esforzándose en dilucidar cuál de los remedios tenía efectos positivos y cuál pernicioso. Así, decidió poner fin al tratamiento con leche de jagüey, que no parecía tener efecto alguno, y prescindió de la resina de almácigo, que hacía sudar abundantemente al enfermo, sin duda bueno para expulsar la fiebre, pero a Fermina le parecía que tal profusión de líquido traería también consigo una pérdida de flujos necesarios para la vida.

También, justificándolo con la necesidad que el hombre hermoso tenía de descanso y de recuperar fuerzas, impuso, aunque él se resistió al principio, un tratamiento nocturno con jugo de bejuco, que espanta a los jejenes mejor que el humo. Fermina cocía el fruto rojo hasta formar un unto del mismo color que utilizaban los tainos para embadurnarse el cuerpo. Al anochecer, cuando lo avanzado de la hora no dejaba ya excusa a las visitas para demorarse más tiempo, Fermina desnudaba a Neftalí y le frotaba pecho, cara y extremidades hasta darle el aspecto de indio caribe que sólo sus ojos claros desmentían. Fermina realizaba la tarea con auténtica devoción, no dejando un solo centímetro de piel sin embadurnar, salvo la escasa superficie que cubría el calzón, murmurando que no había que dejar al malvado jején y al cruel corasí minar con sus picotazos las fuerzas del enfermo, pero secretamente

excitada con la visión y el tacto del único cuerpo masculino que había tocado en su vida, excepción hecha del cadáver de su padre.

Una noche que la fiebre recrudeció en el cuerpo de Neftalí y este tenía una expresión más ida, más inerte que de costumbre, Fermina decidió que el cruel corasí, con su acerada trompa, podía picar también a través de la ropa, por lo que despojó a Neftalí de su calzón y comenzó a extender el unto rojizo muy lentamente, como si no se atreviese del todo, por la delicada piel que rodeaba los órganos genitales. Luego, tras reírse ella sola del curioso contraste que ofrecía sobre el cuerpo rojo de indio selvático el apéndice blancuzco y como cadáver que aún no se había atrevido a tocar, pensó que había que hacer las cosas bien hechas, tomó entre sus manos la carne desvaída y se entregó a la tarea de teñirla minuciosamente. Cuando el miembro cobró vida propia y se irguió con todo su color de hierro incandescente, Fermina se quitó la camisa, arremangó la enagua, se abrió en cuclillas por encima del hombre hermoso. De un violento empujón, introdujo en su cuerpo el ídolo palpitante y derramó sobre el hombre unas gotas de sangre que apenas si podían verse sobre la piel enrojecida.

Neftalí, aunque abatido, fue recuperándose de la enfermedad. De la cama pasó a una silla y de allí a lentos paseos primero tan sólo alrededor de la choza y más tarde rodeando los caneyes y bohíos vecinos. Fermina le hacía la comida recibida en donativo, le ayudaba a asearse, lavaba sus ropas, vigilaba cada uno de sus movimientos con solicitud, más que maternal, de monja de lazareto. Hablaban poco. Las conversaciones eran sobre todo soliloquios de Fermina que permitieron a Neftalí comprender la vida de paria que la mujer había llevado hasta ese momento y cuántas esperanzas ponía en el futuro que ella imaginaba ya a salvo de la soledad, protegida de la marginación y la miseria por las sólidas columnas del edificio matrimonial. Neftalí, mientras escuchaba los desvaríos, permanecía silencioso, parapetándose tras monosílabos y gestos, no por debilidad, que iba poco a poco disipándose, sino porque no se atrevía a desbaratar las ilusiones de Fermina. ¿Cómo explicarle que en cuanto cobrase fuerzas las dedicaría a recuperar a su mujer y a su hija?

El día que Neftalí se sintió en condiciones de emprender la marcha, bajó hasta Moa, donde apalabró un transporte para Mayarí; acompañaría a un carretero que hacía esa ruta una vez al mes llevando carbón y trayendo de regreso algunas maderas sustraídas en los aserraderos de Mayarí Arriba. Prefirió guardar el secreto hasta poco antes de la partida. Las últimas semanas fue particularmente amable con Fermina, como para indemnizarla de antemano por los días de soledad que la aguardaban. Incluso intentó ayudar a hacer la comida, cosa que ella rechazó con firmeza.

—Quita, quita. Qué tú vas a hacer. Esto no es cosa de hombres.

Y se reía de la ocurrencia que tenía Neftalí, mira tú, ponerse ahí a cocinar como una recién casada, como si ella no fuese una mujer hecha

y derecha capaz de cocinar como los ángeles, mira tú, ¿te fijaste?, este Neftalí.

Por las noches, a Neftalí se le hacía cada vez más difícil rehusar el blando ritual que ella recomenzaba con tesón de bibijagua en cuanto se acostaban: primero Fermina acostumbraba a aplicarle los untos, que él había dado en detestar; estos hombres no saben lo que es bueno para ellos, se decía Fermina, y aunque noche tras noche los había rechazado permitiéndole apenas robar un par de caricias supuestamente terapéuticas, ella había seguido insistiendo y sorprendiéndose y rezongando, todas las noches lo mismo, y se prometía que a la siguiente no valdrían excusas. Tras el fallido intento de extender el unto por el cuerpo de Neftalí, ella, como la primera vez, se remangaba el camisón y montaba a Neftalí —cuando se dejaba, aunque solía oponerse con menos convicción que a las friegas— sin más caricias ni prolegómenos, lo manipulaba como si estuviese inválido, tomaba las disposiciones y hacía los movimientos precisos para el acoplamiento. Después era ella quien, con un cariño que no dejaba transparentar, pues hacía el amor con la misma ceñuda solicitud con que ejercía de enfermera, llevaba a Neftalí a la excitación y luego a la calma. A continuación, tras desmontar del cuerpo exangüe, lo limpiaba meticulosamente, lo arropaba y se dormía plácidamente a su lado. A Fermina, que no había conocido el amor y mucho menos la pasión, el roce físico y la callada complicidad que entrañaba le bastaban para ser feliz.

Desde que Neftalí decidió marcharse, el remordimiento por el daño que iba a causar a Fermina lo empujó también a volver a aceptar sin defenderse tanto las friegas como el amor que le ofrecía la mujer. Ella, acostumbrada a interpretar a los demás no mediante sus palabras sino a través de silencios, gestos y miradas, comenzó en secreto a coserse un tocado de novia con unos tules que guardaba en un baúl, que, por desgracia, no daban de sí para un vestido, y esperaba con sonrisa maliciosa la declaración de Neftalí, de forma que dio en espiar cada movimiento de sus labios, convencida de que en cualquier momento le anunciaría su decisión.

Cuando Neftalí le comunicó que se marchaba, al rostro de Fermina no asomó ni un reproche, ni siquiera un gesto de ira o desengaño. Escuchó sus planes, interpretó sus silencios, comprendió rápidamente que no le iba a permitir acompañarlo. Como la vida le había enseñado a emplearse a fondo sólo cuando había probabilidad de éxito, decidió callar. No estalló en llanto ni se humilló con súplicas, no lo insultó ni agredió. Así le remordería más la conciencia. Tampoco le reveló un secreto que guardaba. Había aprendido a usar sus armas con la circunspección de quien se encuentra rodeado y sin posibilidad de recibir refuerzos. Asintió con la cabeza a las promesas que le hacía Neftalí de ocuparse de ella y se limitó a hacerle breves preguntas.

—¿Adónde te vas?

—A Preston, al lado de Mayarí.

—¿A casa de tus padres?

—Al principio sí. Hasta que haya encontrado un buen empleo.

—¿Me escribirás?

—Pues claro. En cuanto llegue. Y te contaré cómo me van las cosas. Tú me escribes también, ¿eh?

Fermina no le recordó que era analfabeta. En realidad, había perdido interés por la conversación.

En cuanto llegó a Mayarí, Neftalí comenzó a buscar empleo. Explicó su larga ausencia, y su palidez, afirmando que había pasado varios meses en una mina, tendiendo en las galerías raíles para el trasiego de material. Así, de paso, se atribuía una experiencia profesional que podría serle útil. Esta vez no se dirigió a las empresas controladas por los americanos o el Gobierno; prefirió ofrecer sus servicios a tenderos, albañiles y pequeños transportistas. En pocos meses Neftalí había ayudado en la construcción de dos viviendas, transportado carbón vegetal, vendido frutas por las calles, descargado serones en el mercado. No tardó mucho en darse cuenta de que todos esos trabajos eventuales, aunque le permitieran pagar la comida que le servía Mami, nunca rendirían lo suficiente como para sufragar el coste de dos billetes de barco. A pesar de que no pagaba renta porque vivía en casa de sus padres, que lo recogieron en la familia con la suficiencia de quien hace una obra de misericordia a quien no la merece, ni siquiera era capaz de ahorrar unos pesos que habría deseado enviar a Fermina: aún le remordía la conciencia por abandonar a la mujer que lo había cuidado durante su enfermedad. Confiaba en que, remitiéndole dinero regularmente, saldaría la deuda moral que había contraído con ella.

Se aficionó a apostar a la bolita y a la china, aunque nunca antes había sido dado a juegos de azar ni loterías, porque le parecía que esos eran remedios de gente enferma o sin cojones para ganarse la vida por sí mismos. Se justificaba diciéndose que no perseguía la suerte para sí, sino como forma de mejorar la de Amparo y Lidia. Evitaba, sin embargo, el Marión, el club galleril, consciente de que allí se perdían muchas más fortunas de las que se amasaban.

Sí acudía con frecuencia al bar del Continental, no porque necesitase la compañía de otros, y tampoco el halago de las mujeres en busca de marido o manutención, sino con la esperanza de dar con alguien que le ofreciese un trabajo de más mérito y rendimiento. Creyó haberlo encontrado el día que conoció a Julio Lanza, sentado a una mesa en el fondo del café, al lado de un ventanal que daba al río.

—Compay, ¿tú no te acuerdas de mí? —le abordó Julio cuando lo vio pasar a su lado.

A Neftalí le resultaba vagamente familiar su cara de actor de teatro, con el cabello engominado y acaso teñido, un bigote fino trazado a tiralíneas, los rasgos delicados, de hijo de buena familia, y sus ademanes amistosos.

—Julio, socio. Soy Julito.

Neftalí lo recordó; se trataba del hijo de un pintor que había trabajado en el Central y vivido en la calle A, en otro de los adosados de madera en que habitaban los obreros cualificados. No hacía mucho le habían hablado de él. Circulaba el cuento de que se había marchado a La Habana años atrás y regresó, con saco de rayas y sombrero de pajilla, afirmando que en la capital había aprendido la imposición de manos y la ciencia de la curación por la sugestión. Todos le concedían, porque le vieron aplicarla, la rara habilidad de adormecer gallinas con la mirada y, mediante extraños susurros y gestos, conseguir que se echasen los puercos. En cuanto a sus cualidades de curandero, poco tiempo pudo ejercer el oficio. Cierto es que varias mujeres del pueblo acudieron a él, no se sabe si por fe en su ciencia o atraídas por el buen tipo del taumaturgo, y todas coincidieron en declarar el inmediato alivio de males de muy diversa índole. Sin embargo, la incipiente carrera encontró un fin abrupto después de un trabajo que a él le pareció particularmente logrado: en cuestión de pocas horas consiguió disipar una persistente jaqueca que, según afirmación de la propia enferma, torturara durante años a una negra frutal y estrepitosa que se presentó en la consulta bañada en sudor y despidiendo un inconfundible olor a celo y ron.

—¡Cúreme! —le instó, después de explicarle sus males, y se tumbó en su cama con gemidos de posesa a la vez que, como el aire parecía faltarle, se aflojaba a tirones el cuello del vestido, que se abrió dejando asomar sus enormes tetas de obsidiana. Tras la curación, de la que no dio a conocer los detalles pero que sin duda había que computar como uno más de sus éxitos, Julio quiso salir de su casa para celebrar el trabajo bien hecho. A la puerta, recostado sobre la baranda del portal se encontró con un negro, jabao y con un ojo gacho, que, a todas luces, lo aguardaba.

—Vuelve luego, socio, que hoy ya cerré.

El negro no se dio por aludido y se acercó a él hasta que Julio pudo oler su aliento de casabe, picadillo y ron de garrafón.

—¿Curó a mi mujer?

—¿Era su mujer? Pues sí, la curé de sus males. Se fue ya para casa. Como nueva. Vaya, vaya con ella compay.

—¿Y cómo usted la curó, doctor?

A Julio le pareció que la insistencia no respondía a curiosidad ni a interés científico, pero no supo resistirse al interrogatorio.

—Imponiéndole las manos. Es una ciencia.

El tono se volvió más amenazante cuando el negro volvió a preguntar:

—¿Dónde tú se las impusiste?

En ese momento, quizá porque el movimiento que hizo la mano del marido buscando la empuñadura señaló su presencia, Julio se percató de la mocha que colgaba a la cintura de su interlocutor.

—En la frente, amigo. Sólo en la frente.

—¿Y le tocaste el pelo?

—¿Cómo?

—Ya me escuchaste. Que si le tocaste el pelo al imponerle la mano en la frente.

—No sé, chico, no, no creo que se lo tocara.

La mano se volvió a retirar de la empuñadura.

—Qué suerte tú tuviste, mi amigo. Porque si alguien toca un pelo a mi mujer, yo lo mato con esta. —Y señaló innecesariamente la herramienta.

Julio, desde ese día, abandonó su recién abrazada profesión y nunca llegó a averiguar que había sido víctima de una broma urdida por maridos celosos: el negro jabao era guardia rural en Sagua de Tánamo, y la negra una prostituta ampliamente conocida en la misma localidad, que acabaría sus días, dilatado su cuerpo por un parásito, con una cierta apariencia de morsa achocolatada en la que casi no era posible distinguir los miembros enterrados entre los pliegues de la carne, cantando con voz podrida por el aguardiente en un rincón del bar del prostíbulo que abriría poco más tarde en la Curva de Nicaro para distracción y empobrecimiento de los obreros del níquel.

Después de unos meses de malvivir mediante otras chapuzas y urdimbres, andaba maquinando un nuevo artificio con el que no sólo deseaba limitarse a ir tirando, a entretener el hambre y los pequeños vicios de todos los días, sino que pretendía, de una vez por todas, montar un negocio para pronto vivir de los réditos de su inteligencia y no del sudor de su frente. Aunque la empresa ya estaba perfectamente trazada en su mente, necesitaba un socio que aportase al negocio el buen nombre que él se había ido dejando por los vericuetos de la

subsistencia. Tras charlar unos minutos con Neftalí y apreciar su medida en la bebida y la palabra, concluyó haber dado con el hombre apropiado.

Con gran desparpajo y sin ocultar el origen de sus apuros, Julio le contó a Neftalí sus proyectos.

—Yo no soy mala gente, pero mala suerte tuve un rato. Lo único que quiero es poder trabajar, pero, chico, la vida cuando no quiere, no hay quien la haga torcer.

Neftalí, que sabía de mala suerte y de la terquedad de la vida, se avino pronto a experimentar la empresa que le proponían, y que no sonaba descabellada.

—Mi papá, como sabes, era pintor. Murió pronto de una pelagra que le entró; mi viejo se nos fue, negro como la tizne, porque, aunque el doctor le advirtió que le saldrían manchas allá donde le diese el sol, a él, en los últimos días, se le metió la manía de salir a la calle desnudo como un lechón, porque la pelagra le atacó también a la cabeza, y decía que se iba a hacer negro, porque todos somos negros demasiado lavados, y no me preguntes por qué, pero eso es lo que se le había puesto en la cabeza. Antes de que lo chivase la enfermedad, a mí me había contado un proyecto que él tenía de vender un invento. Porque él trabajaba para la United Fruit de pintor, y veía que cada dos años, porque los americanos serán lo que sean, pero mantenían todo el batey bien cuidado, había que pintar las viviendas, todas del mismo color. En los últimos años les dio por ese amarillo pálido tan fino, tan limpio. Bueno, pues él era medio socio de un administrador que se quejaba cada día de lo cara que era la pintura, que al Central se le iban los dineros con esa manía de tanto pintar, que era un despilfarro muy triste. Al administrador le dolían aquellos dineros como si se los quitasen a él de la bolsa. Así que mi padre le hizo la propuesta de venderle él una pintura más barata y repartirse la diferencia. El viejo le aseguró que la calidad sería irreprochable, pero el precio la mitad, porque era una invención que había hecho para bajar costes, y llevaba años ensayando hasta dar con la calidad adecuada, porque el cubano no será gente disciplinada, pero emprendedor sí es, siempre fue bicho, y a inventar y resolver no hay quien le gane. —Julio hizo una pausa, acaso reflexionando sobre cuán justa era esa descripción de su propia vida, pero ante el gesto impaciente de Neftalí decidió no perderse en más consideraciones generales sobre el alma cubana.

»Óyeme, el administrador dijo que sí, pero cuando vino a la casa a ver una prueba de la pintura, el viejo estaba ya medio tocao por la pelagra y lo recibió en pelotas y lleno de manchas negras: una auténtica aparición. El administrador salió corriendo, lo mismo creía que se iba a contagiar, como si se contagiase la desnutrición, que eso era lo que tenía de verdad el viejo, porque mi madre estaba enferma y no ayudaba, y con el sueldo de mierda no era capaz de dar de comer a toda la caterva que éramos..., sí, sí, ya me apuro. Antes de enfermar, como si

presintiese la cercanía de la pelona, óyeme, como si me quisiese dejar algo más en herencia que mis muchos hermanos y mi madre enferma, me llamó al patio, donde estaba parado con una brocha en la mano, y removiendo con la otra en un cubo de pintura.

»“Esto”, me dijo, “es tu futuro”, y me obligó a mirar en el cubo una especie de lechada en la que iba vertiendo un sobrecito de polvos amarillos; mientras removía y removía en el balde para mezclar bien el pigmento, me repitió y me hizo repetir varias veces la receta que había descubierto. Y aquí está la receta —dijo Julio señalándose la frente y se quedó aguardando la reacción de Neftalí.

Pronto se pusieron de acuerdo en el procedimiento. Primero elaboraron la pintura a base de agua, cal, azúcar —«¿azúcar?», se sorprendió Neftalí, y Julio lo miró con orgullo, «para aglutinar»— y pigmento comprado en la tienda. Más tarde, cuando el negocio comenzase a marchar, se fabricarían sus propios pigmentos con huevo, sangre de puerco o gallina y jugos de plantas. Antes de ponerse a recorrer el pueblo y los bohíos cercanos, decidieron hacer una prueba de la pintura y vieron que no cubría lo suficiente.

—Me lo temía —indicó Julio—. El viejo ya me había dicho que había que espesar la mezcla.

—Ya no tenemos casi pesos.

—¿Para qué tú los quieres si tenemos esta? —Y volvió a señalarse la cabeza.

En una máquina que Julio consiguió prestada, se fueron hasta cerca de El Culebro, en la sierra. Neftalí, que no había vuelto por allí desde los tiempos de su alucinada fuga, sintió una breve acometida de pánico cuando se adentraron en los bosques; los olores de manigua; los cantos del pitirre y la risa alocada de la guacaica le devolvían a una memoria de horror y desconcierto. Julio notó que algo le pasaba a su compañero, le dio más de una palmada en el hombro para animarlo y no le hizo preguntas, sino que lo acompañó con ese silencio solidario con que los hombres acostumbran a confortarse.

Dejaron la máquina a la orilla del Cabonico, antes de cruzarlo, porque el cielo estaba cargándose de lluvia, y si caía un turbión y la corriente se hinchaba, luego no podrían vadearlo con el carro. Caminaron hasta llegar a una zona abundante en magueyes. A golpe de guámpara, cortaban las gruesas hojas, que caían con la pesadez de la carne, y, por divertirse, tumbaban de un tajo el enhiesto escape, el delgado tronco que, desde el centro de la planta, protegido por la firme y espinosa corona que formaban las hojas a su alrededor, se elevaba, fálico y excesivo, un par de metros por encima de sus cabezas, llevando tan arriba como podía su cobertura de flores amarillas para atraer los insectos a gran distancia. Hicieron un hato con las hojas y emprendieron el camino con ellas a la rastra.

—¿Tú crees que con esto vamos a espesar la pintura? —Neftalí, que sólo conocía las virtudes de las plantas a través de las terapias inconstantes y confusas que le aplicara Fermina, desconfiaba de sus propiedades.

—Mi viejo sabía más que nadie de plantas. Para lo bueno y para lo malo. ¿Tú has visto alguna vez un peo de chino?

—Verlo no, pero olerlo, más de lo que yo hubiese querido.

—No, chico, digo la planta. Mi padre había plantado una en un bosque cerca del Central, en casa no, porque eso suelta una peste que no se aguanta. Pues cada vez que alguien le chivaba, él se lo guardaba. Y cuando le tocaba ir a pintar su casa, cogía unas hojas de la planta y las metía bajo el suelo del cabrón. Levantaba una tabla, la volvía a clavar y nadie notaba nada. Pues aquelloapestaba una semana. Y la gente se volvía loca. Y mi viejo, para joder, no hacía más que decir, coño, cómo hiede en esta casa, ¿enterraron aquí a algún pariente? Valía mucho, mi viejo.

—Tú lo apreciabas a tu viejo.

—No tenía otro. Todo el mundo quiere a su papá, ¿verdad?

Neftalí no respondió. Las nubes, que unos momentos antes parecía iban a pasar de largo sin descargarse, se viraron y cubrieron el cielo, ennegreciéndolo. El chaparrón cayó violento y ruidoso sobre Neftalí y Julio. En cuanto comenzaron a tocarle las primeras gotas, Neftalí se paró en medio del camino, y se dispuso a escuchar ese milagro que tantas veces le había fascinado durante su enfermedad, y que le procurara los únicos momentos felices, la sola alegría de tantos días de espanto.

Empapado, hincándose poco a poco en el barro arcilloso que se iba formando bajo sus pies, escuchó el choque del agua contra las hojas, que ahogaba el murmullo del río. Los colores de las cosas cercanas se iban saturando y oscureciendo, mientras que la lluvia, como una neblina, difuminaba los montes, los caminos lejanos, el perfil de las palmeras que antes se recortaban rotundas contra el cielo. Neftalí aguardó con alegría infantil. Al oír el primer grito alzó un dedo para señalar a Julio lo que se iba a producir. De pronto, en medio de la lluvia, se levantó un estrepitoso vocerío, que primero vino del fondo de la manigua, para luego ir elevándose, concretándose sobre la parte más expuesta de las copas de los árboles, a medida que decenas de pericos se encaramaban allá donde la cálida lluvia del trópico pudiera azotarlos, y parecían reír y alegrarse y enzarzarse en amistosas discusiones, revoloteando inquietos, zigzagueantes, perturbando la densa paz del chaparrón, agradecidos por esa agua que les iba a liberar de sus parásitos. Neftalí se oyó reír, y casi se le saltaron las lágrimas con su propia risa, e incluso se volvió a Julio para decirle:

—Coño, que hacía tiempo que yo no me reía así.

—Pues compay, la vida es corta.

—O larga pero cabrona.

—Eso también puede ser.

Riendo cada vez que perdían el equilibrio e iban a parar al barrizal, atravesaron las lomas que los separaban del auto, vadearon el río, que aún no bajaba muy crecido, y se refugiaron bajo la escuálida protección ofrecida por la lona, que habían tenido la precaución de alzar antes de emprender la caminata. Mientras aguardaban a que escampara, Neftalí habló a Julio de la mujer y la niña que se había dejado en España. En pocas palabras, pues Neftalí no era hablador ni en esos momentos de confianza a que lo empujaban los recuerdos y la frágil unión que había nacido del mero hecho de empaparse juntos y tenderse la mano para levantarse del barro, le contó sus peripecias en España, el regreso a Cuba, su breve incursión en la locura, la deuda contraída con Fermina, su firme decisión de reunirse con su familia.

—Si no lo consigo, se me va a romper el corazón.

Julio asintió cabizbajo, como se aceptan las cosas dolorosas pero irremediables. Sin saber qué responder, puso en marcha el motor.

Neftalí pronto encontró el primer cliente. A través de un conocido del Continental consiguió el encargo de pintar una casa que quedaba al final de la calle Maceo, de camino al cementerio. Realizaron el trabajo con entusiasmo y cuidado, conscientes de que de la satisfacción del primer cliente dependía buena parte de su futuro. Cobraron lo convenido y se fueron al Continental a gastar el salario en ron.

—Pero hoy nada de porquerías. Una botella de Matusalén, que nos lo hemos ganado. —No sintieron remordimientos por el dispendio: estaban sellando el nacimiento de una sociedad que debía permitirles realizar sus sueños.

El segundo encargo les llegó enseguida, ya que pronto se corrió la voz de que los pintores eran buenos, diligentes y limpios. Tres días después de acabar la primera tarea ya debían pintar otra casa, esta vez una que daba al río. Incluso el dueño del Continental les pidió precio para remozar el interior.

—Vamos mañana para lo suyo —gritó Neftalí al farmacéutico, a quien pertenecía la casa donde debían trabajar, cuando lo vio pasar por delante de su ventana.

—Pal cará, chico. Por mi casa no quiero verlos —respondió, sin siquiera pararse a dar explicaciones.

—Óigame, teníamos un trato.

—¿Pasaron a ver su obra?

—No. ¿Qué tiene?

—Pasen entonces. Pero por mi casa ni en broma.

Neftalí se apresuró a encontrar a Julio, y ambos corrieron a la calle Maceo, sin imaginar cuál podía ser el problema. Muy cerca de la casa se toparon ya con el dueño, quien los recibió malhumorado.

—Pues iba a buscarlos a ustedes.

Los llevó sin decir palabra hasta su puerta. La abrió y, con gesto más imperativo que cortés, los invitó a entrar. Julio, al traspasar el umbral, inició una risita nerviosa. Buscó complicidad en la cara de Neftalí, pero no la encontró: en su expresión se había instalado el desaliento. Las paredes, que ellos habían pintado de un amarillo pálido, igual que los adosados del Central, eran un bullir como de mohos, un raro agitarse de manchas oscuras que iban cambiando de contornos con lentitud de nube; miradas más de cerca, las paredes se revelaban cubiertas de insectos, la mayoría hormigas, auténticos ejércitos atareados en un inquieto y arbitrario vaivén.

—No lo entiendo —dijo Julio y quiso volver a reírse, pero no le salió.

—El azúcar —constató Neftalí esforzándose por contener la ira contra Julio, contra el loco de su viejo, contra la puta mala suerte—. No se preocupe —añadió, recuperando el aliento, dispuesto a que ese no fuese más que uno de los contratiempos que habría de vencer para merecer el reencuentro con Amparo—. Nosotros lo arreglamos.

Les costó dos días de trabajo sacar los insectos, rascar la pintura ya recomida por la plaga y dar una nueva mano con pintura adquirida, al fiado, con el buen apellido de Neftalí. La empresa se disolvió sin discusiones innecesarias y Julio tomó la resolución de marcharse a Santiago, donde estaba seguro de encontrar la fortuna que hasta ese día le había sido negada.

Decidido a salir de su indigencia, sabedor de que después del cuento de la pintura no le sería fácil encontrar rápidamente un empleo en Mayarí, y deseoso de abandonar la casa paterna en la que le pesaban ya demasiado reproches y discusiones, Neftalí resolvió marcharse a Holguín tras comprar una bicicleta y un remolque con el dinero que le prestó su hermano Miguel a escondidas de los padres, que no aprobaban los proyectos del hijo, dolidos de verlo regresar al estrato social del que ellos habían logrado salir con tanto esfuerzo.

En Holguín buscó una pensión muy barata, que resultó estar habitada por delincuentes, chucheros, enfermos abandonados por sus familias, coimes de caras zurcidas, prostitutas de infrecuente y calamitosa clientela, fugados que le describirían con precisión el interior del Castillo del Príncipe, y chinches que parecían ser las únicas bien nutridas en la pensión. Todos ellos compartían las colchonetas tiradas por el piso de tres o cuatro cuartuchos por los que se extendían la humedad y el orín.

Al despuntar la mañana Neftalí se montaba en la bicicleta aparejada con el remolque e iba calle por calle repitiendo el pregón que él había escuchado tantas veces desde la cama en la casa de Mayarí: ¡Botellero, caramelo por botella, caramelo por botella...!

Las botellas que conseguía, a veces a cambio de un kilo, las más canjeadas por un blando caramelo de miel, las iba echando a la carreta hasta que se llenaba. Luego iba a revenderlas al depósito; allí, tras un mostrador con patas de latón dorado y tabla llena de inscripciones obscenas, una chica bajita, de ojos huidizos y grises, labios tímidos, pelo pajizo recogido en una trenza, manos llenas de pequeñas heridas, y voz que oscilaba entre la seducción y la vergüenza, iba clasificando por tamaños, formas y colores los frascos que Neftalí depositaba sobre el mostrador; finalizada esa operación, hacía las sumas sobre un resto de papel grasiento, con un esfuerzo que le obligaba a mostrar la punta de la lengua —gesto que sugería una propuesta de besos y amores— y pagaba a Neftalí con monedas tan desgastadas que hubieran podido provenir de un tesoro de bucaneros enterrado durante siglos. Al pagarle, iba depositando sobre la mano abierta de Neftalí cada moneda, enunciando en voz alta el resultado provisional de la suma y, aunque turbada y con la mirada escondida, rozando con el índice la palma de Neftalí. Si no hubiese contado con traerse pronto a Amparo y a Lidia, sin duda habría acabado entre los brazos de la frasquera. Neftalí, sin embargo, se limitaba a ser amable con ella, a hacerle chistes inofensivos, a devolverle miradas dulces pero fugaces, a no herirla con un rechazo brusco.

Su actividad y su nueva vivienda lo volvieron a poner en contacto con delincuentes y parias, entre los que fue aceptado, no como uno de ellos, pero sí como un compadre del que podía uno fiarse, acaso porque Neftalí no sólo era de constitución fuerte —lo que por sí solo hubiese incitado más a la competencia que al respeto—, sino porque, estragado de la moral envarada y clasista de su familia, tendía a ver en todos esos marginados seres oprimidos por una autoridad sin corazón. Neftalí siempre prefirió el mendigo al caritativo, el obrero al patrón, incluso el ladrón al policía, pues muy pronto se dio cuenta de que los mayores delitos se cometían no en la calle ni en la taberna, sino desde respetables despachos. Así, sin desear convertirse en uno de ellos, idealizaba a prostitutas, carteristas, jugadores y atracadores, y bebía con ellos a pico de botella sin limpiar previamente el gollete; ellos, acaso porque no estaban acostumbrados a ser mirados con simpatía por nadie

que no fuese de su medio, se comportaban con Neftalí como si de verdad poseyesen todas esas buenas cualidades que él les atribuía.

Aunque ganaba más dinero que con sus actividades anteriores, no porque obtuviese más ingresos por jornada, sino porque los obtenía todos los días, Neftalí no conseguía ahorrar lo suficiente. Entre el alquiler del cuarto, los impuestos exigidos por los hampones, la deuda que tenía con su hermano y los gastos diarios en alimentos y alguna que otra botella de cañambrule para convidar a sus amigos, poco quedaba para dedicar a objetivos a largo plazo. Apenas unos pesos que servían de reserva para el caso de enfermedad o de que se le rompiese alguna pieza de la bicicleta. Es verdad que más de una prostituta de la pensión le insinuó la posibilidad de asociarse con ella, o, más bien, de ser su chulo. Pero Neftalí siempre poseyó un reflejo que le impedía caer más bajo de lo necesario a pesar de los ambientes que frecuentó durante algunas fases de su vida. Aun a riesgo de que le creyesen pendejo, Neftalí rechazó amablemente la oferta, así como también declinó la invitación, cursada en muy diferentes tonos y situaciones, a acostarse con alguna de ellas, lo que llevó a un homosexual que vivía en la pensión a probar suerte, pero tampoco este la tuvo.

Con mucha frecuencia Neftalí pensaba en escribir a Amparo. Incluso compró papel y un lápiz con la intención de relatarle sus desventuras hasta la fecha y asegurarle que, en cuanto le fuese posible, se reuniría con ella. Pero el pudor le impedía una y otra vez poner manos a la obra. Ni siquiera llegó a escribir una de esas cartas nacidas de un impulso, que luego se tiran tras releerlas. Neftalí aguardaba el momento en que pudiese prometer sin mentir que el reencuentro estaba cercano. En realidad, le daba vergüenza decir a Amparo que, después de un año y medio que llevaba en Cuba, aún no tenía dinero para pagar un pasaje de barco. Tampoco quería contarle su enfermedad ni las humillaciones sufridas. Temiendo que el tiempo y la distancia hubiesen enfriado el amor de Amparo, prefería no contarle cosas que pudiesen hacerle dudar de su cariño ni de su hombría, y soñaba con narrarle una historia que reviviese en ella la pasión o, cuando menos, la admiración. Neftalí callaba pensando que el silencio era mejor que el desengaño.

A pesar de su fuerza de voluntad, Neftalí habría acabado quizá por delinquir; a sus amigos no les cabía en la cabeza que alguien de su estampa estuviese dispuesto a pasarse la vida voceando por las calles a cambio de una miseria sin probar suerte en negocios más rentables y dignos. Ya comenzaban a hacerle comentarios como para picarlo, y la palabra pendejo cayó más de una vez aunque de manera amistosa. Neftalí, que iba desesperando con su negocio, al tiempo que veía cómo sus compañeros de cuarto cada vez le perdían el respeto con más frecuencia, igual que a un hermano chico que no muestra el arrojo que de él se espera, estaba ya a punto de salir a asaltar a algún señorito en cualquier noche de alcohol. Aunque en el momento no lo sintió así, probablemente fue una suerte que le robaran la bicicleta con la carretilla.

Por más que sus amigos indagaron, sonsacaron a conocidos, amedrentaron a unos, engatusaron a otros, la bicicleta no reapareció jamás. Chingo, un jugador bastante respetado en el barrio, a pesar de su estatura de liliputiense, porque no se recordaba que hubiese regresado nunca a casa con menos pesos de los que llevaba al salir, emitió un juicio que a todos pareció convincente.

—Muchacho, esto no es hurto de hombre. Te jodió una jeva. Si no hay una mujer aquí por medio, que me lleve Satanás arrastrándome por los güevos. —Y escupió por el colmillo para subrayar lo solemne de su afirmación.

De lo que dedujeron que el vehículo no andaba por otras calles con una mano de pintura encima, no era un robo para medrar, sino que estaría desguazado o enterrado en algún hoyo. El odio de las mujeres, como todos sabían, no busca beneficio ni compensación, sino mera venganza.

—Alguna que no has querido satisfacer —concluyó, poniendo cara de saber más de lo que decía, pero eso era habitual en él y su profesión—. Si yo soy tú, me iba a buscarla y le metía el hierro hasta donde dice *trade mark*.

Neftalí, superados los primeros momentos de desesperación, decidió no dejarse hundir por lo sucedido; si era necesario para recuperar a Amparo, estaba dispuesto a humillarse. Su orgullo lo dejaría para cuando estuviesen juntos. Regresó a Mayarí tras pagar su deuda en la pensión y acostarse con dos de las prostitutas, que se le volvieron a ofrecer como consuelo: Lucía de la Madre de Dios, una prieta gordita y cantarina que le recordó a aquella otra con la que se estrenó muchos años atrás, y Mercé, trigueña huesuda, algo estrábica y sin embargo hermosa, más pensativa de lo habitual en su profesión; el día que Neftalí iba a marcharse, le dijeron aguarda un poco, papito, echaron a todos los demás del cuarto compartido y le anunciaron: como regalo de despedida, corazón. Lo desnudaron entre las dos con muchas risas y observaciones tiernamente obscenas, se quitaron mutuamente las ropas, acostumbradas a trabajar en dúo desde hacía años, e hicieron el amor a Neftalí con una solicitud más maternal que meretriz, como si hubieran adivinado la necesidad que tenía de consuelo. Neftalí, conmovido, les dejó hacer: a punto de partir como estaba, ya no corría peligro de enamorarse ni de enredarse en historias sobre las que podía perder el control.

Mami lo recibió con silenciosas lágrimas de reproche. El padre no hizo gesto de sorpresa al verlo entrar en la casa. Por primera vez el viejo tenía más cara de preocupación que de reprimenda.

—Me salió mal. Me robaron la bicicleta —informó Neftalí.

—Ya —repuso el padre, con una sequedad que era más automática que sentida. Eran muchos años de controlar los sentimientos como para que ahora se perdiese en comprensivas condolencias.

»¿Y ahora qué?

Neftalí le miró casi suplicante. Era tan duro decirlo, que esperaba una ayuda. Mami dijo, «siéntate niño, que vendrás cansado», sin darse cuenta de la importancia del momento. El viejo aguardó mirando a la calle, sin pronunciar palabra. No le iba a facilitar las cosas, el cabrón. Quería una rendición completa.

Neftalí se dijo que tendría que nacer otra vez, porque se iba a ir de este mundo sin cumplir con su tarea. De no haber existido Amparo, habría regresado a Holguín para convertirse en un bandido: sería más fácil volver a intentar la revolución desde la ilegalidad que desde el sometimiento y la concesión.

Amparo, coño, te voy a traer conmigo. Luego Dios dirá, y si tengo que morir como un pendejo, qué le puedo hacer. Imaginó que Amparo le perdonaba la cobardía. Niña, no puedo hacer otra cosa. De verdad.

Con la cabeza gacha, afirmó quedamente.

—Necesitaba un empleo en el Central.

Al padre le costó ocultar la sonrisa. Estuvo a punto de levantarse a abrazar a su hijo, pero ganó la circunspección. Además, la victoria aún no era completa.

—Tú sabes que si pido ese favor, quedo en deuda. Con tu historial...

—Sí, padre. Ya lo sé.

—Pues tú verás. Te quedas con mi fama en las manos.

Se levantó el viejo, ajustó la cartuchera, se puso el sombrero, lanzó una última y severa mirada a Neftalí. Salió, derecho como un poste. La madre sollozaba en pie, con las manos en el regazo. Por fin la familia volvía a la normalidad.

Esa misma noche el padre se acercó a Neftalí para comunicarle el éxito de sus gestiones, e incluso se avino a ponerle una mano en el hombro, acaso como primer intento de generar complicidad entre padre e hijo.

—Mañana te presentas al capataz Florindo. Aún no tienes el empleo, pero he dicho que respondo de tu comportamiento.

Neftalí se limitó a asentir con la cabeza. Judas, se dijo a sí mismo. Judas de mierda.

A la mañana siguiente se dirigió al ingenio del Central, preguntando por el capataz Florindo. Era un hombre de unos cincuenta años, rechoncho, de cabeza desproporcionadamente grande asentada sobre un cuello que parecía hundido por el peso entre las clavículas. No tenía fama ni de muy bueno ni de muy malo. Por lo menos no jodía a nadie si no era necesario. Y aunque se decía que andaba metido en política, nadie le recriminaba ningún delito. Recibió a Neftalí con un saludo algo distante.

—¿Tú eres el hijo de Larraga?

—Sí, señor.

El capataz asintió como diciendo, ya, ya sé tu historial. Pero no le reprochó nada ni le hizo advertencia alguna. Sencillamente preguntó:

—¿Qué tú sabes hacer?

—Meterle duro.

—Pues tienes cara de caerte desmayado —repuso con encogimiento de hombros algo escéptico.

Era verdad. Neftalí había conservado cierto aspecto fantasmal, grandes ojos en un rostro demacrado y manos que hasta meses más tarde no perdieron del todo el temblor. Aunque se adivinaba su fortaleza, también se veía a la legua que Neftalí no estaba en uno de sus mejores momentos.

—Lo que importa no es la cara, sino los huevos.

El capataz se rio.

—En eso tienes razón. Fíjate: vas a trabajar en la reparación y mantenimiento de las vías. El empleo es tuyo hasta que termine la zafra. Cuando deje de llegar la caña no se necesita tanta gente. ¿Me sigues?

Neftalí asintió.

—Si le metes bien, te daremos otra cosa. Si no, a la calle. Y que no se moleste tu padre en venir. A mí tus políticas me dan igual. Lo que me importa es lo que tú me dices: tus huevos.

El trabajo en las vías era duro, pero soportable, y no exigía una cualificación que no se pudiese obtener rápidamente con la práctica. Los primeros días su principal tarea era acarrear y repartir de manera homogénea el balastro sobre el que se tendían los rieles de las nuevas líneas, pues el Central seguía ampliando su radio de acción a otros cañaverales, apremiado por el monstruoso estómago del ingenio que se iba dilatando en nuevos compartimentos y exigía cada vez mayores raciones de caña que luego deglutía estrepitosamente. Observando el

trabajo de los demás, pronto aprendió a fijar él mismo los rieles y a reparar desperfectos en las vías.

Era una buena zafra la de ese año. Neftalí se alegraba como un niño cuando veía llegar los vagones rebosantes de caña entrando al ingenio y con el olor de melazas y el trepidar de los trapiches; en sus ratos libres, se acercaba a los hornos, para escuchar sus suspiros y el borboteo en tachos y pailas. La época de zafra era un tiempo de frenesí, agitación y, a pesar de lo duro del trabajo, alegría. Como la caña comienza a fermentar pocos días después de cortada, llegaban los trenes pidiendo paso, se volcaba la caña con estruendo y polvareda de alud, se apresuraban los obreros a empujar el nuevo material hacia las trituradoras, mientras en las oficinas sudaban los contables preparando pagarés, calculando participaciones, consignando libranzas, al tiempo que los mecánicos y obreros se afanaban en que nada impidiese el funcionamiento sin trabas del proceso: unos controlaban la presión de los trapiches, otros velaban por la alimentación de carbón y bagazo para las calderas, desatascaban válvulas, reparaban bombas, engrasaban émbolos, sustituían raíles defectuosos, tendían traviesas o nuevos tramos donde hacía falta, removían el guarapo, cargaban los sacos del producto aún húmedo, se afanaban, en fin, con movimientos precisos a cumplir la tarea que tenían asignada, exhaustos a la vez que satisfechos, y bañados en un denso y pegajoso sudor, en un almíbar que les escurría lento por sus torsos desnudos. Durante un tiempo parecía que trabajaban en una empresa común, como campesinos que trillan juntos el grano de todos. Sólo a la hora de recibir el magro salario y, sobre todo, al final de la zafra cuando se despedía a buena parte de los obreros, que tenían que vivir todo el año con la paga de esos cuatro o cinco meses de trabajo, quedaba claro que el beneficio no se repartía de acuerdo con el esfuerzo. Para los yanquis, todo para ellos, se decía Neftalí, y casi se arrepentía de haber trabajado con tanto entusiasmo para los capitalistas. Le alegró y dolió a un tiempo cuando Florindo se le acercó y le dijo:

—Te vas a quedar una temporada. Haciendo transportes. Óyeme. ¿Sabes algo de electricidad?

—Algo sé.

—Pues a lo mejor pasas pronto a cosa de más rendimiento.

Neftalí consiguió ahorrar lo suficiente para pagar sus deudas. Aunque el salario era de miseria para cualquiera que tuviese que alimentar una familia, a Neftalí, que hasta entonces vivió bajo techo paterno y a menudo comía lo que le servía la madre, le fue posible enviar a Fermina unos pesos y una carta en que le prometía más hasta que ella encontrase ocupación o marido. A pesar de que le seguía reconcomiendo su vida de vasallo sumiso —por no desacreditar a su padre no había entrado en las asociaciones obreras—, Neftalí era casi feliz. Pagada la deuda, satisfechos en parte sus deberes para con Fermina, podía ya empezar a ahorrar para financiar el pasaje de

Amparo y Lidia. Además, con ayuda de unos amigos, había comenzado a construir una casa de madera en un pedregal sin dueño aparente, que antes había sido albañal, donde iban apareciendo viviendas de obreros sin cualificar que trabajaban temporalmente en el Central o en las minas.

En menos de dos meses terminó la casa; aunque disponía de poco tiempo libre, la cabaña no era una construcción ardua. Sin baño, zaguán, cocina ni alacena, con un mero fogón en la misma sala, constaba de cuatro paredes de tablas, piso del mismo material, montado sobre travesaños a su vez clavados sobre pilotes de madera para reducir la humedad, un techo de zinc, sujeto con tornillos, y una separación también de madera que delimitaba el dormitorio. El techo lo cambiaría meses más tarde por uno de guano, más engorroso en su cuidado y de menos prestigio que el material importado, pero mucho mejor adaptado para soportar los calores del verano.

Por modesta y endeble que fuese, sin agua corriente e invadida a veces por el hiriente hedor de las letrinas colectivas, la nueva casa le parecía a Neftalí el primer paso material hacia la vida con Amparo. Incluso comenzó ya a escribir la carta en que le comunicaba que, tras numerosos apuros que ya le contaría, había conseguido asentarse y en breve les enviaría el pasaje. Por primera vez desde la caída de Madrid, Neftalí experimentaba algo parecido a una sensación de victoria. El trabajo de transportista en el Central le había permitido hacerse con los materiales prácticamente gratis, a cambio sólo de favores y servicios. Como en el transporte estaba mejor pagado —y aprovechaba el camión para hacer repartos ajenos al azúcar si le cogían de camino—, Neftalí veía cercano el día del reencuentro.

—Extremeña, ven a mis brazos —se repetía en medio de cualquier son que andaba tarareando durante el trabajo, adelantándose al día en que podría decirlo mirando los ojos negros, los labios duros y dulces a la vez, el cuerpo firme y dispuesto. En esa época Neftalí recuperó la facultad de recordar sus sueños. A veces se trataba de pesadillas en las que Amparo se despeñaba por un empinado farallón gritando su nombre y él no podía salvarla o en las que era él quien no acudía a la cita porque le ponían a trabajar en una prisión con guardianes cuyo idioma no entendía. Pero también soñaba dulces reencuentros, ardientes coitos sobre la finísima arena de playas desconocidas. Y también a veces mezclaba pesadilla y placer, triunfo y desastre en secuencias interminables de las que Amparo casi nunca estaba ausente.

Por fin se mudó a la cabaña. Sus padres le regalaron un colchón de crin, una colombina que había perdido todos los ángulos rectos pero aún se tenía en pie, una mesa cuadrada de caña y dos taburetes, así como algunos platos y cubiertos. El resto ya se lo haría él. Lo primero que construiría sería la camita para la niña. Para lo demás había tiempo. Se prometió terminar pronto la carta para Amparo y enviar más dinero a Fermina.

Neftalí Larraga no fue un hombre afortunado. Hubiese podido serlo, pues tenía una voluntad que en otro habría atraído la suerte. Era un hombre al que no ladraban perros que con cualquiera se volvían locos de rabia. Niños temerosos y enmadrados le sonreían y querían irse a sus brazos. Le apreciaban los hombres por su buen humor y su disposición solidaria y servicial. Las mujeres, por no sé qué ternura de su voz combinada con un cuerpo fuerte pero no brutal, no temían su abrazo aunque respetaban su ira. Debería haber sido un hombre feliz.

Pocas semanas después de instalarse en su nueva vivienda, lo despertaron ruidos que venían de fuera de la cabaña. Primero creyó que lo que había oído, un susurro, un rascar contra las maderas, eran los retales del sueño del que acababa de despertar. Procuró recordar lo que había estado soñando, pero sólo recobraba el desasosiego con que despertó. Los ruidos volvieron a sonar, confirmando su realidad. Se quedó quieto un instante intentando identificar su procedencia. A la memoria se le vino la noche en que lo expulsaron a patadas de la base naval de Guantánamo. De debajo del colchón sacó la pistola que le había prestado su padre cuando Neftalí comenzó a realizar transportes para el Central, con la idea de que no fuese desprotegido por esos caminos y porque para el viejo un hombre sin pistola era un mequetrefe indigno de tenerse en cuenta. Neftalí creyó que iban de nuevo por él, pero esa vez lo encontraban prevenido y con otro ánimo. Se apostó detrás de la puerta. Incluso consideró la posibilidad de disparar a través de los maderos en cuanto oyese a alguien del otro lado. Siguió los pasos sigilosos, rodeando la cabaña, de alguien que no se decidía a entrar a buscarlo.

—Neftalí —oyó, un susurro irreconocible que le provocó un escalofrío. Luego alguien sacudió sin convicción la puerta. El susurro entró otra vez por entre las rendijas de las tablas. Se dijo que no tenía fuerzas para emprender otra huida. Que habrían de matarlo allí mismo, a la puerta de su casa.

—Neftalí. Ábreme.

Entonces comprendió. De pronto le pareció que la existencia era tan sólo una sucesión de derrotas y renunciadas. Guardó de nuevo la pistola bajo el colchón. Abrió la puerta con la morosidad de un huido que se entrega a sus perseguidores después de años de andar fugado, incapaz de soportar por más tiempo el miedo al momento de la captura. En la oscuridad oceánica de la noche vio ante sí la silueta de quien lo llamaba. La luna parecía una moneda desgastada, como aquellas que le pagaran por las botellas.

—He venido —le dijo Fermina—. Vamos a tener un hijo.

Neftalí le franqueó la entrada.

—Tus papás me indicaron dónde vives. Y a ellos los encontré por tus cartas.

Fermina respondía a todas las preguntas que él se iba haciendo.

Neftalí encendió una vela y reconoció esa cara redonda y cansina, la mirada ojijunta, mansa, obtusa. Se fijó en el vientre abultado sin querer creer lo que significaba. Sintió ira hacia esa mujer que venía a poner fin a sus esperanzas. También sintió remordimientos de conciencia: Fermina le había salvado la vida. Además, el hijo que llevaba en su seno se lo había hecho él. Él era por tanto responsable de ambos.

—¿Te alegras? —preguntó Fermina implacable.

—Sí, claro —respondió Neftalí, incapaz de encontrar otras palabras. En la cara de Fermina se extendió una sonrisa que abrió paso a una risotada.

—Y en el caserío me decían que no viniese. Que no ibas a querer saber nada de mí. Putas envidiosas. ¿Tienes algo para comer?

Fermina dio a luz pocas semanas más tarde. Ya conocía su estado cuando Neftalí la abandonó en la Sierra de Cristal, pero entonces pensó que si el niño era un obstáculo para los planes de Neftalí, podría haberla obligado a abortar. Por eso dejó crecer esa semilla, de la que esperaba naciese un vínculo insuperable entre ambos.

Desde el momento en que recibió la primera carta de Neftalí, y con ella las señas que no le pidió en su momento para no ponerle sobre aviso, Fermina se puso a empacar los enseres que deseaba llevarse y a vender los que no necesitaba o eran demasiado voluminosos como para transportarlos a tan larga distancia. No le resultó fácil separarse de sus pocas propiedades y de la cabaña. E incluso fue incapaz de contener las lágrimas a la hora de despedirse de sus vecinos, aunque no la unían a ellos recuerdos agradables. Fermina habría preferido permanecer en su aldea porque, a pesar de no haber sido feliz en ella, no se imaginaba que en otro sitio la vida pudiese ser mejor. El mundo, en definitiva, es un lugar cruel. Y a Fermina le parecía que su cabaña era un refugio en el que el mundo no habría podido encontrarlos. Así que aceptó de mala gana abandonar su hogar, desplazarse a una región para ella remota, ser arrancada de la tierra en que por fin había conseguido enraizarse, superficialmente, es cierto, pero Fermina nunca tuvo la pretensión de ser árbol; sí contaba con que Neftalí lo fuera, con que sus raíces leñosas y viriles se extendieran, apropiándose lentamente del terreno circundante. Él crecería firme y poderoso, y ella se arrollaría a él como un bejuco, pero sin llegar jamás a asfixiarlo. No obstante, Fermina sabía que no había nacido para exigir, sino para amoldarse.

Sentado en el taburete de caña, Neftalí presencié la escena del parto con la extraña sensación de asistir a un acontecimiento que nada tenía que ver con él, como un viajero que llega a un pueblo en el momento que

se está celebrando un entierro. Las mujeres —vecinas y familiares de Neftalí, y alguna que no era ni lo uno ni lo otro— iban y venían, con un excesivo trajín de agua y paños humeantes, cada una esforzándose por desempeñar un papel protagonista en el parto, y deseosa de encontrarse al pie de la parturienta en el momento cumbre, al que estaban dirigidos el sudor, el ajeteo, los gritos y la excitación. Los gritos también le parecieron excesivos a Neftalí, pues el vientre de Fermina se había dilatado tan poco durante el embarazo que su estado quedaba casi camuflado en la voluminosa cintura y sólo fijándose bien era posible apreciar la preñez, por lo que había tenido la impresión de que el parto iba a ser un mero trámite, cuyo resultado sería un feto raquítrico deslizándose entre las piernas de Fermina.

Los berreos del niño —es una hembra, Neftalí— lo despertaron de su ensueño de espectador involuntario. Una hija. La segunda de su vida. A pesar del estupor en que se sumió Neftalí desde la llegada de Fermina, era plenamente consciente de que lo que estaba sucediendo iba en contra de sus deseos. Él nunca quiso tener mujer e hijos en Cuba. Sólo estaba allí con el fin de conseguir el dinero para los pasajes de Amparo y Lidia, nada más. Esas eran su mujer y su hija. La otra, la que yacía en la cama entre vapores, gemidos y un sudor acre nada agradable, y la niña que le enseñaban de lejos como un animal desollado, eran meros accidentes, una casualidad de la que él no era responsable, por lo menos no del todo. Una de las comadronas se acercó a él y lo sacudió por el hombro, como hubiese podido hacerlo con un borracho para sacarlo de su somnolencia.

—Eh, Neftalí. ¿Cómo se va a llamar la niña?

Neftalí levantó la cabeza y apenas acertó a mover los labios.

—¡Se ha quedado de piedra! —gritó jubilosa la mujer, haciendo aspavientos a las otras e inundando a Neftalí de un vapor de axilas.

—Como que es primerizo.

—Además una hembra. Lo tiene ya embrujado.

Estalló un coro de risas rematado por una pregunta que fue extendiéndose por el grupo como la estrofa de un canon.

—Eh, Neftalí, ¿cómo se va a llamar?

—¿Cómo se va a llamar tu hija?

—¿Cómo se llama la niña?

—Bidasoa —dijo Neftalí, y el coro se quedó callado como para dar paso al solista.

—¿Cómo? —preguntaron por fin tras intercambiar miradas de desconcierto.

—Bidasoa —dijo Neftalí escueto y huraño.

—¿Y eso es nombre de qué? —se adelantó una que vivía con su marido y media docena de hijos en una cabaña contigua a la de Neftalí.

—De río. Bidasoa es un nombre de río.

Neftalí tomó en ese momento dos firmes determinaciones: la primera, trabajar aún más duro para reunir cuanto antes el precio de los pasajes; la segunda, no volver a tocar a Fermina. Se prometió, para aliviar los remordimientos de conciencia inspirados por el intenso aborrecimiento que comenzaba a profesarle, seguir manteniéndola mientras fuese necesario. Podría quedarse a vivir con él hasta que llegase Amparo. Entretanto le buscaría un empleo. A pesar de sus manos regordetas, quizá podría entrar en una tabaquería como despalilladora o torcedora. Se propuso escribir a unos parientes que tenía en Pinar del Río, a ver si ellos le resolvían un trabajo, pues por Mayarí había poco tabaco. Secretamente deseaba verla marchar a otras regiones, lejos de él y su felicidad con Amparo. El llanto de la niña, que llegaba al mundo disconforme y vocinglera, irritaba a Neftalí como una crítica permanente a la que no sabía qué oponer.

III

Los hijos de Neftalí viven en El Cotorro, un pueblo en las afueras de La Habana con casas diminutas, en general de una planta, rodeadas por un huerto de pequeñas dimensiones y con frecuencia bastante descuidado. Las casas están hechas de ladrillo o madera, casi todas necesitadas de una mano de pintura. No hay suciedad, sólo pobreza. Dicen que se vive allí mejor que en La Habana, a pesar de los frecuentes apagones que impiden ver la televisión y convierten los frigoríficos en cachivaches inútiles. Tienen, ellos también, un pequeño terreno que no cultivan; lo utilizan como corral de gallinas y de un puerco que pertenece a un vecino. Son tres las familias que viven en esa casa que en su momento sólo albergó una.

—Esta la construyó tu abuelo cuando se vino para acá —explica Darío, el marido de la hija menor de Neftalí, Mercedes.

—Es todo lo que dejó al morir —apunta Mercedes. No lo afirma lamentándose, sino con un deje de orgullo—. Mira que no pasaron pesos por sus manos después de la revolución. Estaba encargado del saneamiento de no sé cuántas industrias. Otros bien que se habrían aprovechado. Pero a papá no se le quedó ni un peso entre las uñas.

Hace un calor pegajoso en el que flotan nubes de mosquitos. La tormenta amenaza una y otra vez con descargarse, pero no hace más que amagar. El viento la acerca y aleja sucesivamente, tiende sobre las cabezas un pesado cielo de metal, que enseguida se disuelve, fundido por los rayos del sol. Es un poco pronto para las tormentas. En mayo sí las hay buenas. Y unos rayos que no quieras ver, dicen riéndose. En realidad ríen, o al menos sonrían, cada vez que cuentan una desgracia, como quien ha aprendido que las quejas que no hallan oyente tan sólo sirven para perder la dignidad. Por eso ríen y de todo hacen chistes, algunos en voz baja, porque el vecino es policía; nunca se sabe.

Después de escuchar varios chistes, llama la atención una ausencia.

—¿No sabéis uno del Che?

Primero se miran como si no hubiesen comprendido. Luego como si su interlocutor se hubiese vuelto loco. Después con la comprensión condescendiente de algunos adultos hacia la pregunta tonta de un niño.

—No hay chistes del Che. Ni uno —dice Darío.

Antonio, el único hijo varón de Neftalí, asiente con la cabeza, y clava en Ramón dos ojos cargados de significado. En realidad, siempre que mira parece querer decir algo más de lo que sale de su boca. Es delgado

como un don Quijote; El Greco podría haber inventado sus rasgos, pero no sus ojos, pues Antonio no tiene dos ojos borrosos de apóstol ante el martirio, sino dos claros ojos de hielo, que ni siquiera se entibian cuando ríe. Las raras veces que se decide a hablar, hace bromas crueles, chistes amargos. «¿Tú te sabes ese de los dos esqueletos tumbados en la playa de Varadero?» Es acaso el único que ha perdido la esperanza. La otra hermana que vive en la casa, Isabel, tiene los labios volcados hacia abajo y la mirada implorante de quien todavía sufre. También delgada, tímida pero entrañablemente cariñosa, aún alberga esperanzas: algún día irán mejor las cosas. Fuma sin parar, con el gesto impaciente de quien espera algo que debería haber llegado hace ya mucho tiempo. Anda siempre un poco ausente, entra en las conversaciones pero se sale enseguida, dando la impresión de que sólo está allí circunstancialmente. Cada vez que apaga un cigarro con la punta del zapato, parece que se va a levantar, que aún no se ha ido por cortesía, pero un asunto importante la aguarda en otro sitio. Se queda sin embargo sentada, suspira, sonrío a ese sobrino a quien acaba de conocer, enciende el siguiente.

Mercedes y Darío parecen los más satisfechos. Darío no tiene empleo, pero no le preocupa.

—El cubano es imaginativo. Si hay forma de resolver, él resuelve. Yo siempre estoy inventando. La semana pasada me fui con mi hermano a Oriente y compré un puerco para vender aquí; una libra de puerquito está allí a veinte pesos, y aquí a cincuenta o más. Por chico que sea el puerco, saca la cuenta, es el salario de Mercedes de varios meses.

—Pero no es legal, ¿no?

Darío se ríe como si hubiese escuchado una broma. Se sirve un vasito de ron, antes de responder.

—Aquí lo único legal que hay es morirse. ¿Tú sabes que han robado la cebra del zoológico? Se la han comido.

Ahora es Ramón quien se ríe.

—Qué exagerados sois los cubanos.

—Óyeme, que te digo la verdad. Ha desaparecido. Para comer, tú dime para qué van a robar una cebra.

Ramón se siente un poco incómodo. Como quien husmea en la miseria de los demás para sacar un beneficio. Intenta quitar dramatismo a la situación.

—Bueno, en Madrid durante la guerra civil la gente se comía los gatos.

Darío apura el vaso y sacude la cabeza.

—No compares. No es lo mismo comerse un gato que una cebra. No es igual. Qué tú vas a esperar de un país que se come los animales del zoo.

Y se queda un momento sumido en su amarga reflexión sobre el futuro de Cuba.

Después de la cena, Mercedes y Ramón hablan de Neftalí. Ella fue su preferida. Sus padres se llevaban ya mal cuando era todavía muy niña, y Neftalí volcó en ella todo su cariño. La educó en los ideales de la revolución, la hizo su cómplice, su confidente. Incluso compartió con ella sus recuerdos y añoranzas de Amparo y Lidia. Fue Mercedes la que llamó a España para comunicar la muerte de Neftalí. Es la primera que, hablando de su padre, rompe a llorar.

—Tú no sabes lo que sufría —dice—. Fue un hombre desgraciado. La vida pudo más que él.

Saca de un cajón todos los documentos personales de Neftalí. Desde el permiso de armas hasta las bajas médicas. También una carta de Lidia.

—¿Qué pasó con las cartas de Amparo?

—De ella no queda ninguna. Antes de morir hizo un paquete de papeles y nos pidió que los quemásemos después de su muerte. Así que hicimos una hoguera con ellos, ahí en el patio. Las cartas debían de estar ahí.

Fermina estaba dando de mamar a la niña sentada en el balance del portal que Neftalí había improvisado con dos postes y unas yaguas cuando se dio cuenta de que la mudada se haría esperar. Era su lugar predilecto, en el que permanecía mañanas enteras, colocada siempre de frente a la calle de tierra, de forma que todo el que pasase tuviera que saludarla o, si se hacía el distraído, responder a su inevitable saludo. Era su manera de participar discretamente en la vida social de la población, sin correr el riesgo que habría entrañado visitar a una vecina: como nunca se sintió bienvenida en casa ajena, se había acostumbrado a conformarse con las breves conversaciones que hilvanaba con la ayuda de su hija, pues pocos eran los que no se sentían obligados a acercarse para admirar a la niña, comentar su crecimiento y robustez, interesarse por su salud, e incluso encandilarse con las sonrisas que, como si fuese consciente de su papel, la niña prodigaba a cualquier extraño.

Parado en el umbral de la choza, Neftalí, recién levantado y aún en calzoncillos, contempló la escena sin sentirse conmovido. Ver a Fermina entregada a su labor nutriz lo llenaba de desasosiego o, más bien, de una variable mezcla de ira y remordimientos. Desde que nació Bidasoa se le hacían insoportables los olores a jabón y a leche que destilaba el cuerpo de Fermina, repulsiva la dureza de los pezones hinchados, de los que incluso a veces colgaba una babilla blanquecina, como el néctar con

que algunas plantas atraen a sus víctimas. Había dejado de ver en Fermina a una mujer; la veía como vaca nodriza, cuya existencia pastosa sólo se justificaba a través de sus ubres desbordadas y su pacífica actividad amamantadora. Aunque sintió que cometía una injusticia, pensó que Fermina tampoco tenía tetas de mujer. Sus pechos voluminosos, macilentos, lánguidos, surcados por venas azuladas, no hablaban de noches de amor y pasión, no prometían ni exigían, sino que se limitaban a una triste condición de recipientes de glándulas, sangre y grasa. No eran, en realidad, pechos ni tetas, sino blandas ubres; ni siquiera parecían pertenecer a un animal carnívoro: simples y cansinas mamas de herbívoro. También sus nalgas carecían de vida; podrían haber estado hechas de masa de pan sin cocer. No expresaban deseo, tan sólo resignación, renuncia. Todo era blando en Fermina, falsamente sumiso. Hasta su alma debía de estar hecha de trapo.

Fermina levantó la cabeza y le sonrió, empeñada como siempre en ignorar sus gestos mohínos, su resentimiento silencioso pero patente.

—Ah, estás ahí. —Y miró llena de orgullo la boca ávida que le roía el pezón con afán de cachorro.

Neftalí no respondió, sino que entró de nuevo en la habitación, de la que salió con un cigarro encendido.

—Fermina, atiéndeme un momento.

En el rostro de Fermina cundió la alarma. Neftalí tenía una expresión seria como si fuese a tomar una gran decisión. Fermina temía las grandes decisiones, los cambios bruscos; la felicidad para ella era algo que se amasa poquito a poquito, sin sobresaltos ni precipitación. Sólo la desgracia llega trastocándolo todo.

—Óyeme, quiero que te olvides de tus santos y tus hierbas. —Y luego añadió, quizá para disculparse—: Eso aquí no lo entienden. Les parece cosa de embaucadores y tramposos. Esto no es el monte.

Esa sí que era una injusticia. Debía la salud y la vida a esos que llamaba despectivamente sus santos y sus hierbas, como si se tratase de cachivaches que se pueden tirar al tacho sin más. ¿Qué le quedaba a ella si tenía que desprenderse de sus poderes y sus protectores? ¿Con qué se defendería del mundo cuando Neftalí se fuese a trabajar y la dejara sola, quizá durante semanas? ¿Qué le quedaba?

—¿Oíste? No quiero que vuelvas a hablar de ellos.

Fermina asentía, como asentía siempre que le parecía necesario, aun sin intención de obedecer. En general era una esposa sumisa y hacendosa. Pero las hierbas y los santos eran su vida. Practicaría el culto en secreto. Fermina se estremeció al decirse esa última frase: sonaba a brujería, persecución y sangre.

De hecho, nada más parir, había comenzado a tomar infusiones de artemisa, a la que, como era buena para las reglas, suponía la capacidad de favorecer un nuevo embarazo; y todas las semanas encendía una vela ante el altar casero de Yemayá —quizás el único orishá cuyos poderes y nombre no confundía—, que sacaba de un baúl cuando Neftalí se iba a trabajar, y se arrodillaba ante él hasta que la vela se consumía; Yemayá se ocuparía de que el embarazo diese fruto; incluso se entusiasmaba fantaseando un parto de trillizos, que probaría a Neftalí lo afortunado de su unión. Aunque Neftalí no se acercaba a ella y ni siquiera le permitía acariciarlo, Fermina consideraba que su marido tenía celos de la niña y por eso le hacía morros, pero debía estar preparada para cuando se le pasase el enfurruñamiento: no quería dejar nada al azar. ¿Olvidar sus hierbas, su ciencia, sus poderes? Nunca, Neftalí Larraga.

El padre de Neftalí interrumpió la conversación llamando desde la calle. No era frecuente que se acercase a la casa de su hijo: seguro que no llegaba sin motivo preciso.

—Entre, papá.

El viejo se quedó parado ante el portal a pesar de la invitación, contemplando a Fermina y su hija con expresión no muy dispar de la de Neftalí. Tampoco él apreciaba a esa mujer, que le parecía un recordatorio del poco fuste de su hijo. No les perdonaba el vivir amancebados ni comprendía qué podía unir a su hijo, descarriado pero con carácter, y a esa mujer de barracón, a la que ni siquiera le habían presentado.

—Pase, papá, no se quede ahí. —Y Neftalí se apresuró a retirar una silla del camino, que no era un obstáculo de verdad a la entrada, con una premura y solicitud que delataban su mala conciencia. Hacía semanas que no había ido a visitar a su familia.

Se sentó a la mesa de la que aún no se habían retirado los restos del desayuno y aguardó envuelto en un sombrío silencio a que su hijo se pusiese una camisa. Llegaba vestido con una dignidad que no anunciaba buenas noticias, como un alguacil que lleva una notificación de desahucio. Pidió un vaso de agua, que apuró a sorbos breves y conscientes. Por fin, se aclaró la garganta, miró a su hijo con una conmiseración y severidad que parecían indicar conocimiento de todos sus pecados y debilidades.

—Neftalí. Tenemos que hablar. —Lanzó una mirada significativa a Fermina, quien la ignoró con sonrisa beatífica, metió a la niña en la cuna y tomó un paño cuyo remiendo había interrumpido para amamantar. No continuó sin embargo la labor, sino que concentró su atención en los labios de ese anciano enjuto, como hecho de palo y tierra, que se aprestaba a realizar un anuncio de magnífica importancia. Otra gran noticia más. Cocuyún, protege a tu sierva.

Neftalí intuyó de pronto el motivo de visita tan solemne y decidió que era un buen momento para aclarar las cosas.

—Hable, papá. Fermina puede escucharlo.

—No creo que deba, pero allá tú. Has recibido una carta de España.

Fermina retomó su labor, algo decepcionada por la noticia. Aunque temerosa, había esperado algo más decisivo: una defunción, una herencia, cuando menos una enfermedad grave. Poco podían afectarla sucesos de lugar tan lejano.

El viejo sacó del bolsillo trasero un sobre doblado y se lo tendió a su hijo. El sobre estaba abierto. Esa primera carta que recibió Neftalí era en realidad la tercera que le escribía Amparo, habiéndose perdido dos en el largo trayecto de Madrid a Preston. Así, Amparo, que no había recibido respuesta en más de dos años, había comenzado a pensar que Neftalí estaba muerto. Por ello había dirigido la tercera a sus padres, incluyendo para él unos renglones, por si estaba vivo, a la vez que pidiendo por favor a los padres que le comunicasen lo que le había sucedido a Neftalí.

—Creo que debes una explicación tanto a una como a otra. Sobre todo, es una vergüenza que no hayas escrito a esa mujer y a su niña.

Fermina volvió a prestar atención. ¿Por qué hablaba de ella como si no estuviese presente? ¿Y para qué le iba a escribir? Sería bonito, recibir carta de Neftalí, aunque tuviese que leérsela alguien. La que recibió en la aldea se la había enseñado a todo el que se puso a su alcance. Y la llevó en el pecho hasta que acabó por olvidarla y luego por perderla. Daba mucho gusto recibir noticias de alguien que vivía lejos, pues era como salir del caserío, casi como emprender un viaje del que luego se cuenta al regresar y todos se mueren de envidia. Pero qué le iba a contar ahora Neftalí, si se veían todos los días.

—Yo no puedo escribirle. ¿Qué usted quiere que le diga?

—Yo le diría la verdad, que te has casado y tienes una hija.

—No me he casado.

—Que tienes una mujer y una hija.

Neftalí no insistió. No quería decirle a su padre que contaba con traerse a Amparo y la niña a Cuba. Tampoco quería decírselo aún a Fermina. Se volvió hacia ella.

—Fermina, nunca te he dicho que tengo una hija en España.

Ella agachó la cabeza compungida. O sea, que no había sido su primer amor. Hubo otra. Una extranjera le había escarbado en la hombría antes de que ella lo reanimase para el amor. Siempre había querido pensar que fue ella la primera, creyendo que sólo gracias a sus desvelos el sexo de Neftalí había despertado al placer y la fuerza. Pero enseguida se consoló. España estaba muy lejos.

—Pues ya va siendo hora entonces de que te llegue un varón.

El viejo miró a Fermina con incredulidad, pero prefirió no decir nada. Se dirigió a su hijo.

—¿Vas a escribir?

—Sí, sí, sí —estalló Neftalí—. Voy a escribir. Vaya sin cuidado.

—El cuidado es tuyo.

El viejo, misión cumplida, dignidad de la familia recobrada, se levantó y partió sin más palabras.

Neftalí salió inmediatamente para sentarse en el portal a leer la carta: «Queridísimo Neftalí».

La situación económica de Neftalí empeoró tras la llegada de Fermina, pero no sólo a causa de ella. Su salario alcanzaba justo para alimentar a los tres y únicamente mediante trabajos adicionales podía obtener unos pesos de remanente que guardaba celosamente de Fermina. La compra de los dos pasajes parecía un lejano y casi irrealizable proyecto. Algunos meses más tarde ya no sólo era lejano, sino utópico. La Segunda Guerra Mundial hizo que el mercado europeo para el tabaco torcido, la piña, el plátano y otros productos cubanos desapareciese en su casi totalidad. Las materias primas importadas en Cuba se encarecían progresivamente, y la inflación se iba comiendo los salarios de las masas trabajadoras. Además, cuando Estados Unidos entró en la guerra tras el ataque japonés a Pearl Harbour en diciembre de 1941, arrastrando consigo a sus aliados cubanos, la Confederación de Trabajadores de Cuba y el Partido Comunista decidieron renunciar provisionalmente al derecho de huelga, considerando más importante la derrota del fascismo internacional que el poder adquisitivo de los trabajadores, el cual se podría mejorar una vez ganada la guerra. Por primera vez desde la guerra de independencia coincidían los intereses estadounidenses y del pueblo cubano.

La entrada de Cuba en la guerra tuvo para Neftalí consecuencias positivas al principio. Cuando estaba a punto de perder su empleo de transportista debido a la escasez de combustible y piezas de repuesto, le ofrecieron una colocación en mantenimiento eléctrico. Sin que él lo

supiese, su fama de izquierdista inactivo le valió para conservar el empleo en Preston. Si un año antes Neftalí hubiese sido uno de los primeros en ser despedido en momentos de crisis, a principios de 1942, cuando el Gobierno de Batista necesitaba la colaboración de la izquierda para mantener el esfuerzo bélico, se intentó satisfacer a los comunistas dándoles dos ministerios —sin cartera— en su Gobierno de circunstancias y componenda, se suavizó la persecución de la izquierda y se tomaron medidas que no costaban demasiado, pero que servían para mantener la precaria concordia. Así, Neftalí, que era un izquierdista poco molesto, se encontró con un empleo seguro, al menos hasta que terminase la guerra, cuando el Gobierno ya no necesitase apaciguar a los trabajadores.

Paradójicamente, fue entonces cuando Neftalí volvió a la actividad política. El mismo día que sacó de su escondite los últimos pesos que tenía ahorrados, para comprar leche a Bidasoa, Neftalí tuvo plena conciencia de que todas sus ilusiones podían quedar destruidas por la carestía y el acaparamiento. Tuvo conciencia también de que no era sólo él, sino centenas de miles de personas las que vivían esa vida sin perspectiva. La conciencia de clase en Neftalí no tenía que ver con un lejano futuro de paraísos terrenales para los obreros, sino con la ilusión que se desvanecía día a día junto con unas monedas casi herrumbrosas, pues habían dormitado, aguardando tiempos mejores, en hoyos excavados tras la miserable cabaña o bajo el suelo de tabla. Supo que su padre nunca le perdonaría la traición. Para consolarse, se dijo que eran otros tiempos, que incluso el Gobierno pactaba con los sindicatos. Además, él no era comunista ni quería derrocar a nadie. Lo que quería era sobrevivir dignamente. Como todo el mundo. De camino a las oficinas de la Federación Nacional de Trabajadores del Azúcar, Neftalí se sintió casi feliz. Quizá no tendría que morir ahogado en un pantano. Tras esos años que él calificaría más tarde «mi vida de cebú», intuía ante sí una existencia de lucha y esperanza. Por lo menos de lucha.

Fermina notó muy pronto el cambio operado en Neftalí. Acostumbrada a no pedir razones, vigilaba sus idas y venidas intentando hacerse una idea de las actividades, sin duda secretas, de su hombre, así como evaluar el daño o beneficio que les podrían aportar. Neftalí había contado con tener que escuchar una insípida letanía sobre lo arriesgado que es ir contra los patronos y las ventajas del buen empleo, acompañada de lamentaciones sobre el futuro incierto, las estrecheces pasadas, lo mucho que consumen los hijos, la poca cabeza de Neftalí. Por ello dejaba pasar el tiempo sin explicarle en qué andaba metido, aunque a menudo aparecía por casa acompañado de algún obrero con el que se entregaba a largos conciliábulos en voz baja. Fermina continuaba realizando sus tareas caseras, pero alerta y vigilante, con la esperanza de poder comprender lo que allí se barajaba. Por fin, pensando que ponía a Fermina en cierto peligro al convertirla en testigo, y por tanto cómplice, de sus quehaceres políticos, Neftalí se decidió a explicarle la situación.

Fermina, que había aprendido a recelar de todo aquello que no comprendía, lo escuchó con su habitual expresión de esfuerzo y desconfianza, como si intentase desentrañar un significado oculto tras las palabras de Neftalí. Este le habló del sindicato del que formaba parte, del papel que estaba desempeñando en las movilizaciones para obtener aumentos de sueldo y por el descanso retribuido de los obreros agrícolas.

—Haces bien. Yo, lo poco que pueda..., nada más me lo dices —fue la respuesta breve y confusa de Fermina.

Neftalí, después de meses sin tocarla, conmovido por la sencilla convicción que mostraba esa mujer a la que había creído incapaz de lucha o sacrificio, le pasó cariñosamente la mano por la mejilla. Ella, turbada, con lágrimas en los ojos, y como razonando para sí misma, continuó:

—Yo ya sé que no soy muy lista. Pero soy dura, Neftalí, te lo juro, como un mulo viejo. He aguantado mucha baqueta. Sufrí más que Cristo. — Hizo una cruz en el suelo con la punta del pie, tomó resuello, se atrevió a llevar una mano hasta el brazo de Neftalí—. Yo no digo nada, pero para mí pienso que esto no está bien. No somos animales, digo. Putos yanquis, Ochunchún los castigue. La caña es cubana, ¿no?, y el trabajo también. Que paguen, Neftalí. O que se vayan. Que de los de aquí ya nos ocuparemos.

No fue amor lo que Neftalí sintió. Y, de haberlo sentido, habría hecho lo necesario para reprimirlo, pues era esclavo de una promesa. Pero sí un nuevo respeto: llevaba tanto tiempo viviendo con ella y jamás se le había ocurrido pensar que Fermina tuviese algún interés diferente de la comida o la comodidad. «Me porto igual que los ricos con los pobres. Óigame, no hay que despreciar a nadie.» Como pedir disculpas hubiese exigido demasiadas explicaciones, para hacerse perdonar, volvió a acariciar a Fermina.

—El problema —decía Neftalí a un grupo de obreros del azúcar reunido bajo su portal— es que estamos divididos. Hay sindicatos azucareros, los del textil, los portuarios. Los patronos son menos bobos: ellos sí luchan juntos. Si alguien se revuelve, le echan encima a la misma policía. ¿Que hay una huelga?, van todos a protestar ante el Gobierno porque nuestras reivindicaciones amenazan la estabilidad de la producción. ¿Me siguen?

Hubo un murmullo de aprobación, aunque más de un asentimiento era cabizbajo, indicando que se aprobaba también por solidaridad, no hacía falta entenderlo todo. Neftalí, que había asistido a numerosas asambleas durante su vida en España, tenía una facilidad para hablar en público de la que carecían la mayoría de sus compañeros. Además, su prestigio de excombatiente antifascista hacía que, cada vez que surgía un problema,

muchas cabezas se volviesen hacia él para averiguar su opinión. Poco a poco, Neftalí Larraga, casi sin quererlo, pero también sin oponerse a ello, iba convirtiéndose en un líder obrero. Había ayudado a coordinar la campaña de apoyo a la Unión Soviética, que exigía el envío de azúcar y tabaco a ese país para compensarlo por su esfuerzo bélico.

—El primer saco del día para Rusia. El primer tabaco que se tuerce, para Rusia. El primer día de salario en la zafra, para Rusia. Yo no soy comunista —aclaraba Neftalí—. Soy un obrero, como ustedes. Pero tenemos que colaborar todos. Porque somos aún débiles —y lo decía con un tono impaciente que animaba a la audiencia con ese presagio de futuras acciones.

Cuando llegó la amenaza de huelga de 1945 para exigir que el diferencial azucarero fuese a parar a manos de los obreros y no de los patronos, la FNTA pidió a Neftalí que, si se llegaba a la acción, él se ocupase de disuadir a los rompehuelgas. Era el primer paro previsto en el sector desde que comenzó la guerra mundial y no se sabía muy bien cómo iban a responder los patronos. Le pusieron una pistola en la mano y le dijeron los nombres de otros que también estaban armados.

—Sólo si no queda otro remedio. Para defenderte de la policía.

El Gobierno de Grau San Martín aprobó un decreto en el que se recogían las reivindicaciones de los trabajadores. Sin embargo, la mayoría de los centrales azucareros decidieron hacer caso omiso.

Pero es la ley, gritaban algunos sin llegar a creérselo. ¿Cómo no van a cumplirla? Los representantes de los trabajadores fueron a ver a los capataces, y estos los acompañaron a las oficinas, rechinando los dientes, escupiendo de lado, restallando uno de ellos las trallas del látigo contra la bota polvorienta. Mal acostumbrados tienen a estos maleantes. Cuanto más tienen, más quieren.

Los recibieron dos jefes sentados en sillones de cuero; entre ambos, a sus espaldas, un retrato del fundador de la United Fruit, que frunce el ceño y mira desde una altura inalcanzable, como Dios Padre, a los obreros, quienes se quedaron respetuosamente a la puerta, con miradas humilladas al suelo, respetuosamente, Mamita Yunai, venimos a pedirte aumento de sueldo, lleva el sello del Gobierno, Mamita, y el de nuestro respeto, además, nuestros hijos pasan hambre...

—A ver esos sellos —lo exigió un caballero de terno color café con leche, que fumaba un tabaco que olía bueno; lo había encendido unos segundos antes de abrirse la puerta, al escuchar los pasos, como una mujer se pintaría los labios o alisaría su cabello con la mano; echó un vistazo sumario al documento y se lo entregó a otro caballero, vestido este con un temo gris perla, y que leyó el documento con extremada atención; no, jamás había oído hablar de lo que allí venía, un invento de esos zánganos.

—No sirve —certificó, meneando la cabeza y mirando a los ojos a los obreros, a ver si se atrevían a rechistar.

Los capataces ya comenzaban a empujarlos hacia fuera con malos modos.

—Pero señor —se adelantó un obrero zafándose de uno de los perros guardianes, que quedó aguardando una seña del amo—, señor, es una ley del excelentísimo Gobierno de Cuba.

Se miraron el hombre del tabaco bueno y el del temo gris perla. Sacudieron la cabeza confirmándose mutuamente su interpretación de la situación. Se volvieron hacia los obreros como si verdaderamente lamentasen que las cosas no fuesen de otra manera.

—Señores, la United Fruit Co. es una compañía americana. No estamos sometidos a las leyes cubanas, sino a las de nuestro país.

—Pero nosotros somos cubanos.

—¿Qué quieren que les diga? Váyanse a trabajar a una empresa cubana, si así lo prefieren.

—El azúcar también es cubano, comebolas —gritó uno protegido por las primeras filas de la comitiva, los gruñidos aumentaron su volumen, y los capataces se lanzaron entre los obreros, buscando el origen del insulto.

—Fuera de aquí. Ya oyeron.

Los obreros se retiraron con energía de oleaje. Se iban, pero volverían. En suelo cubano han de aplicarse las leyes del país. Mamita, hechicera, vendida, puta de los yanquis. Vas a enterarte de la ira de tus hijos.

No sabían que en el despacho, ese sitio que parecía un islote alejado de los vendavales del mundo, una región donde sólo había espacio para el movimiento pausado y reflexivo, para una vida que se consume a caladas despaciosas, nada más cerrarse las puertas, los dos caballeros, antes estatuas esculpidas en dignidad, se abalanzaron sobre el teléfono y empezaron a dar órdenes: despedir a cualquiera que se erija en representante de los obreros; pagar espías para que descubran los planes de los revoltosos; reclutar más rompehuelgas de otras regiones; hablar con los demás centrales de la UFCO, que estén atentos, por si el movimiento se extiende. Para cuando quieran reaccionar esos zoquetudos, la defensa estará ya montada. Una madre conoce bien a sus hijos.

Neftalí, al frente de una comisión de estaca, fue a parlamentar con los rompehuelgas. Los habían llevado al Central escoltados por los

soldados de la United Fruit y por un destacamento de policía. Nada más llegar los encerraron en barracones, para evitar el contacto con los obreros del Central. A las puertas pusieron guardias.

Neftalí llegó a la cabeza de una muchedumbre irritada y armada con las herramientas que normalmente empleaban para trabajar: machetes, martillos, llaves inglesas; hubo quien tomó una caña de las más robustas y le afiló la punta; mamita, con la caña nos matas, con la caña vamos por ti.

Neftalí conversó con los guardias, que estaban tensos pero debían de tener órdenes de no provocar a los obreros. Aunque acostumbrados a disolver manifestaciones y cargar contra obreros, esa vez eran los patronos quienes estaban actuando contra la ley. Además, eran muy pocos y mal armados para defenderse de tanta ira. Le permitieron acercarse al barracón a parlamentar. Pero él solo y sin amenazar a nadie.

—Salgan, que tenemos que hablar con ustedes.

Asomó una cabeza timorata. Clavó sus ojillos desconfiados en la muchedumbre. Sólo con la cabeza fuera de la cabaña, dando la impresión de ser una marioneta que alguien manipula desde el interior, afirmó con una voz que fingía convicción:

—Nosotros no queremos riña. Sólo hemos venido a trabajar.

Ante el murmullo de protesta de la masa, la cabeza se retrajo. El odio iba buscando salida en insultos, en las primeras pedradas que restallaban contra la barraca. Neftalí, que sabía que la victoria rendiría más si se evitaba la sangre, se mostró conciliatorio.

—No hemos venido a reñir. Hemos venido a explicarles. Porque ustedes no saben.

La cabeza volvió a asomar. Miró con desconfianza sobre los hombros del parlamentario, tal vez intentando evaluar hasta qué punto las palabras razonables que le dirigían expresaban el sentir de aquella muchedumbre. Tras un momento de duda, sus rasgos se relajaron ligeramente.

—¿Qué dice que no sabemos?

—Los yanquis los están utilizando para romper nuestra huelga. Los han traído de lejos. Intentan dividirnos, pero nuestra lucha es la suya, si no hoy, mañana.

Al final no hubo que utilizar la fuerza. Los rompehuelgas accedieron a volver a sus casas sin trabajar, e incluso prometieron descargar los costales que ya habían subido a las carretas.

—Por eso no se preocupen, que ese trabajo lo hacemos nosotros con gusto.

Los obreros del Central empujaron las carretas hasta el borde de una loma, desde donde las despeñaron en medio de un festivo griterío. Algo tenía que costarle a la Yunai su desvergüenza. Los guardias, que observaban la escena montados y en actitud amenazante, decidieron no intervenir. Pero el capitán sí anotó cuidadosamente el nombre de los cabecillas.

Fue Florindo, el mayoral que le consiguió el puesto en el Central, quien le avisó. Un día que se encontraron en el almacén del batey, Florindo lo convidó a un vaso de ron como excusa para charlar con él un momento.

—Larraga, no sé si tú sabes lo que se dice.

—¿Dice quién?

—En las oficinas.

—No, no lo sé.

—Dicen que te has hecho comunista.

—Que digan.

—Pero ¿es verdad?

—Qué va a ser. Estoy en el sindicato, como tantos otros. Pero no milito en ningún partido. Además, carajo con los comunistas. En cuanto te destacas en alguna reivindicación ya eres comunista. Eso lo dicen los patronos para engañar.

—Yo es que temo por tu empleo.

—No se quejará de mi trabajo. Le meto como acordamos.

—Son otros tiempos. Los patronos temen la huelga.

—Eso está bien.

—No para ti.

—¿Qué quiere que haga?

—Yo nada.

Se habían terminado el vaso de ron y Neftalí no apreciaba la conversación como para querer devolver el cumplido. Florindo ya había dicho lo que quería decir. Se dieron la mano y se despidieron a la puerta de la tienda. De allí, Florindo fue derecho a ver a los jefes para informarles de su conversación. A pesar de que hizo hincapié en que no consideraba a Larraga particularmente peligroso, se adoptó el enfoque pragmático de que vale más prevenir que tener que lamentar.

Esa misma noche, al regresar a casa tras una junta del sindicato, en un descampado que separaba su casa del batey, Neftalí se topó con tres sombras. Ya los había visto de lejos, temerosos quizá de acercarse a la luz que inundaba las calles donde vivían los trabajadores cualificados. Sí se aproximaron cuando Neftalí alcanzó la zona de casuchas de tabla levantadas aprisa y mal para los cortadores y estibadores jamaíquinos, haitianos, sirios, y también cubanos casi indigentes, a lo largo de caminos de tierra a los que aún no había llegado la luz eléctrica, privilegio que se guardaban los americanos para sí, para sus cuidados chalecitos, para los colegios de sus hijos, para sus clubes de recreo, y que cedían, condescendientes, a los cubanos más aplicados, pero no a toda esa chusma de la que se prescindía en los tiempos muertos. Pero tampoco allí lo abordaron, temerosos quizá de la solidaridad de los parias. Sólo cuando Neftalí salió, ya corriendo, a la oscuridad de los campos se decidieron a abordarlo. Una media luna anaranjada ardía como un rescoldo en la noche de ceniza. Las sombras eran sombras, los rostros manchas de las que provenían voces amenazantes. Vio Neftalí, mientras escarbaba entre sus ropas buscando un arma que sabía en otro sitio, los brazos prolongados por bates de pelota.

—¿Qué carajo quieren? —inquirió, intentando sonar guapo.

—Tú eres de los que no aprenden.

Los bates fueron tomando posiciones. Uno se acercó a tantearle el estómago, aún buscando achantar, humillar, sin deseo de destrucción. Neftalí le dejó hacer.

—Hasta un huevón como tú tiene mujer e hija.

Otro bate bufó junto a la cabeza de Neftalí. El tercero comenzó a tentarle los testículos, muy despacito, como calentándole.

—Dinos una cosa, consorte, ¿vas a dejar de joder con sindicatos y con mierdas?

Un bate se le clavó varias veces en el pecho, como un dedo índice particularmente conminatorio.

Neftalí asintió con la cabeza y los bates se relajaron un poco. Una de las tres sombras se le acercó, parecía querer decirle algo al oído, cuando Neftalí, al oler el aliento sucio del esbirro, fue presa de un pánico repentino que no atendía a razones. Acompañado por un alarido, cuyos

ecos le devolvían a alucinaciones que le regresaban como retazos de sueños, atropelló en su carrera al matón, abalanzándose hacia la profunda noche. Aunque sintió un fuerte golpe contra el omóplato izquierdo, no se detuvo. Corrió sin dirección precisa, perseguido por gritos, por recuerdos, por fantasmas.

Aaaaaaaah. Gemía, una vez más, y en sus ojos se formó una réplica de antiguos pánicos. Las voces de los perseguidores quedaban lejos, ahogadas por el tupido rumor con que se iba llenando el cerebro de Neftalí, que parecía volverse más pesado, más denso, como si se estuviese inundando de pus.

Neftalí no volvió la cabeza una sola vez. Recorrió a trompicones las calles hasta que el mar le cortó la retirada, bronco, él también conchabado con los enemigos. Reanudó la carrera, y no se detuvo hasta llegar a la puerta de su casa. Se fue hacia ella mascullando súplicas y amenazas. Arrancó la puerta de sus goznes con una patada. Ante el espanto de Fermina, se abalanzó sobre el revólver escondido bajo el colchón y regresó a la calle enarbolándolo furioso.

—Vengan ahora, vengan. —Y apuntó hacia la oscuridad, hacia ese mundo hostil que siempre se aliaba con las sombras para acecharlo.

Con el arma en la mano, Neftalí se perdió por calles sin iluminar, profiriendo insultos que no obtuvieron respuesta. Vagó por el batey durante horas, buscando a los agresores bajo las sombras de árboles y vagones, ocultos entre los hornos, agazapados en los almacenes. Y también acechó, pero acobardado por la luz, la ajena alegría de los obreros en el club del Central. A medida que caminaba iba recuperando la lucidez, como si todo hubiese sido un sueño del que despertase lentamente. Habían huido, los cabrones. De madrugada, agotado y confuso, regresó a casa. Sintió un temblor que lo llenó de aprensión y creyó que también la fiebre había vuelto.

Fermina lo había esperado, sentada ante la puerta, con la otra pistola en la mano. Cuando vio llegar a Neftalí, se adelantó a recibirlo.

—¿Los viste?

Neftalí pasó a su lado sin responder, ocupado con la reaparición de sus síntomas, vigilando cada uno de los temblores, estimando la temperatura de su cuerpo. Tras comprobar que la niña dormía, indemne, se tendió en la cama, se dejó acariciar la frente por Fermina. Ella lo atendió como meses atrás, con una equilibrada mezcla de entrega y cálculo. No le cabía duda de que esos eran los momentos que sellarían un pacto indisoluble. Apaciguó sus temores con frases simples, no siempre adecuadas a la situación, pero pronunciadas con la confiada sabiduría de una madre que conoce la duración de los dolores y la volatilidad de los miedos. Le secó el sudor con un paño limpio, susurró en su oído una insólita mezcla de canciones de cuna, encantamientos, cómplices promesas, jaculatorias, obscenas propuestas. Lo desnudó con

sumo cuidado, como si Neftalí aún estuviese enfermo y, sonriéndose a sí misma al sentir el regreso del placer a su cuerpo descuidado por el amor, secó el sudor de cada uno de sus miembros, para luego, tras humedecer el paño en una loción aceitosa con olor a azucena y miel que guardaba en un pomo de cristal, aplicar friegas de deliberada lentitud sobre el pecho y el vientre de su hombre amado. Tras asegurarse de que Bidasoa estaba dormida, y mientras continuaba entonando el ensalmo, montó como antaño sobre Neftalí, manipuló entre sus piernas hasta quedar satisfecha con la dureza del miembro, y, con una precisión aprendida durante la convalecencia de Neftalí, se acopló a su carne; dando leves empujones armónicos con el ritmo de su canción, fue sumiéndolo en ese blando placer que su cuerpo parecía aún capaz de ofrecerle. Neftalí, que se sentía como si hubiese tomado una droga, agradeció esa suave manera de conjurar los fantasmas. Y Fermina, orgullosa por la habilidad adquirida en su amor somero, sin más expectativas que la satisfacción que podría ofrecer un sol templado sobre el cuerpo desnudo, anotaba calladamente el momento en el haber de su convivencia y en el deber de ese hombre que, si no presentía la muerte, se olvidaba empecinadamente de la tierna ofrenda que su esposa estaría dispuesta a entregarle cada noche.

IV

Un ancho y umbrío zaguán, al que los ruidos de la calle llegan siempre amortiguados por el sólido portón, que ella atravesaba a la carrera si estaba sola, pues sabía que tiempo atrás, antes de que naciese, habían matado allí a un hombre de una puñalada. Eso fue antes; cuando los abuelos aún tenían una fonda. Luego, durante la guerra, el frente se estableció en Valderríos, de tal manera que cada vez que un ejército retrocedía o avanzaba había un nuevo saqueo del pueblo: lo primero que requisaron fueron las bestias de carga, salvo un burro medio lisiado y lleno de mataduras, por miedo a que contagiase a los demás de lo que parecía sarna; luego, enseguida, las gallinas y los cerdos. Cuando acabó la guerra, también les arrebataron la huerta.

—Nada, ni el alma nos van a dejar esos cuervos —se quejaba Juliana, antes de suspirar—: ¡Ay, Bendito! ¡Qué penitencia!

Los suspiros precedían a Juliana, heraldos de su llegada: antes de escucharse sus pasos, de perfilarse su figura saliendo de una de las oscuras habitaciones, llegaban ellos, ya que Juliana se abría camino en la vida con tristísimas jaculatorias y piadosos lamentos, rematados por una larga exhalación que parecía llevarla al límite de sus fuerzas. Lidia, cada vez que oía a su abuela suspirar, sentía que se le encogía el corazón, como si intuyese la llegada de una irreparable desgracia.

Lidia recuerda el hambre, la debilidad, las fiebres, que le asaltaban en cualquier momento; y las imágenes imposibles que se formaban ante ella en medio de los temblores, o incluso antes, anunciando el mal: la imagen tremenda de abuelo Emilio con una espantosa cabeza de toro, como un cabezudo de verbena; hombres que susurran diabólicos mensajes asoman de las esquinas estorbándole la carrera a la casa; peces reptando por los prados, mamá allí abajo, ahogándose en la acequia. La carrera alocada, torpe, temerosa, con que atraviesa el zaguán, llega a la cocina, anuncia, como quien constata lo evidente.

—Abuela, que ya están ahí otra vez.

Y cómo yacía cubierta por todas las mantas de la casa, con abuela Juliana sobre ella, intentando aplacar la tiritona, abuela Juliana llorando, como siempre.

Los guardias civiles, que entraban hasta la cocina sin tocar a la puerta, preferentemente en la noche, y hablaban con abuelo Emilio aparentando mal humor, mientras se tomaban el vino ofrecido, y fumaban junto a la chimenea apagada. En cuanto los veía entrar, Lidia corría a rebujarse en las faldas de su abuela, y desde allí escuchaba conversaciones que no acertaba a entender, aunque sí discernía la amenaza que encerraban.

—Ya se lo hemos advertido, Emilio.

—Yo sólo hago lo que dice la Biblia.

—Son rojos, cojones, cómo se lo tengo que decir.

—Los muertos no tienen color, cabo.

—No me joda con colores que ya me entiende. Los deja donde están. La próxima vez, no respondo.

—El cura dice que es una obligación cristiana.

—El cura que diga misa. Y yo digo lo que digo. Usted —volviéndose a Juliana— mejor no le deje salir por esos caminos, porque lo mismo no vuelve.

Cuando el cabo apura el vino, su compañero se apresura a hacer lo mismo; dan las gracias, cierran bien el capote, se ponen el tricornio, cogen las escopetas que habían apoyado contra la pared seguros de que en esa casa no hay peligro, y se alejan dejando tras de sí olor a sarro, correaes y ropa sudada. Juliana corre a trancar la puerta tras ellos.

—Mala peste los lleve —dice al volver—. ¿Qué vas a hacer?

Emilio pone a la niña sobre sus rodillas y juega a comerse sus manos. Lidia ríe, olvidada ya la aparición de los civiles.

—¿Tú qué crees?

—Pues entonces sal sólo de madrugada.

Los recuerdos de Lidia son vagos y precisos a la vez. Algunas cosas las sabe porque alguien se las contó años después, y ella las fue entretejiendo con las que ya conocía. Y hay cosas que aún ve ante sí, no como si ocurriesen en ese instante, sino con perfiles aún más afilados, pues el tiempo se ha encargado de borrar todo lo accesorio. Otras se han quedado grabadas más en su cuerpo que en su memoria, sensaciones que ella asocia con hechos concretos, aunque desdibujados. Recuerda, Lidia, como recuerdan los niños, que no saben distinguir lo que fue realidad de lo que fue sueño. Acaso porque durante los primeros años de su vida la desnutrición y la fiebre debilitaban o intensificaban su percepción: al pensar en algunos momentos de la infancia parece regresar a ella, dejarse invadir por los terrores de entonces; y sin embargo, otros momentos los siente como si le hubiesen ocurrido a otra. O acaso la soledad y el abandono la llevaron a forjar tantas aventuras imaginarias que hoy la mujer adulta ya no consigue separar lo inventado de lo sucedido.

Un círculo negro desvaído, como pintado con hollín mucho tiempo atrás, en una de las paredes del cuarto de los santos. Una argolla para el roncal de los animales, decía Germán. Una mancha de humedad, decía Emilio. Pero Justo abría mucho los ojos, bajaba la voz, espiaba a su alrededor para asegurarse de que ningún extraño escuchaba la revelación y afirmaba: una olla.

—Anda, chiflao, para qué van a meter una olla en el muro —le reponía cualquiera.

—Para esconder un tesoro —era la respuesta impertérrita de Justo, que sólo conseguía despertar el interés de Lidia. Esa casa, como todos sabían muy bien, había pertenecido antes a tío Eudes y tía Bisoja, que poseían muchísimas fanegas de tierra, y las malvendieron al irse a Madrid cuando les nació el niño tullido, aunque otros decían que el niño nació con dos cabezas, y que una de ellas se parecía a la del tío Eudes, y la otra era clavadita a don Jesús, el párroco, que por eso se fueron tan deprisa del pueblo. Y todos sabían que durante años habían escondido dinero en los tabiques de la casa, que luego, con las prisas, seguro se les quedó allí.

Durante meses hicieron bromas sobre el tesoro oculto en la pared, en las que Justo, con gesto enfurruñado, no participaba. La familia se lo tomó a risa cuando Emilio se levantó una tarde de la mesa, se fue al cuarto de los santos y se puso a arañar con un cuchillo haciendo una honda incisión sobre todo el perímetro de la circunferencia: lo miraban divertidos desde la puerta —salvo Justo, que adoptó una expresión hosca intuyendo alguna burla—, y aguardaban el chiste de Emilio. Este estrujó entre los dedos la broza que cayó de la pared, al parecer una mezcla de yeso y óxido.

—Cerrad la puerta y atracad el postigo, que vamos a investigar. Justo, acércame una piqueta.

A la luz de los candiles, Emilio se puso a arañar la pared en una amplia circunferencia alrededor de la mancha. No picaba para no llamar la atención con el ruido, por eso tardó horas en profundizar lo suficiente como para descubrir que, en efecto, se trataba de un caldero empotrado. La boca, orientada hacia el interior de la habitación, estaba taponada por mortero. Justo buscaba la mirada de los otros para triunfar ante ellos, pero ya nadie se acordaba de la incredulidad con que lo habían escuchado previamente, sino que seguían fascinados la labor de la piqueta. Juliana se santiguaba cada dos por tres, Germán revoloteaba alrededor de su padre, imaginando ya succulentas comilonas que le producían una mezcla de placer y náusea, Emilio continuaba el trabajo, deteniéndose a veces para sonreír a los demás.

—No, si este joío bergante va a tener razón —decía, señalando a Justo, quien acogía ufano el dudoso cumplido.

Por fin arrancaron el caldero de la pared, lo pusieron de pie en el suelo. Se trataba de un pesado recipiente de hierro, sólo oxidado en la boca, con el relieve de un cordel rodeando la panza ligeramente abombada. Emilio se arrodilló, lo limpió con mimo y continuó su labor de vaciado sujetándolo entre las piernas. Cada vez que su mano entraba en el orificio para sacar cascotes, los cuerpos de los espectadores se estiraban con el ansia de distinguir las primeras monedas. Emilio siguió sacando yeso y piedra del vientre de metal hasta que sus manos llegaron al fondo. Parsimoniosamente, dio la vuelta al recipiente ante los ojos decepcionados de su familia, que no acababa de convencerse de que esa nube de polvo y suciedad fuera todo lo que iba a escupir el caldero.

Emilio se incorporó. Se sacudió las manos con la satisfacción del obrero que termina un trabajo fatigoso, echó una última y displicente mirada al caldero y dijo, zanjando la cuestión para siempre:

—Los cojones, un tesoro.

Juliana, que sólo sabía una respuesta a sinsabores y emociones, rompió a llorar y entre hipos se fue a recoger la broza del suelo. San Antonio guiñaba los ojos como molesto por el polvo sin hacer ni caso a la desgracia, y Lidia le increpó por lo bajinis que era un santo con bien mala leche. Pero de inmediato temió ir al infierno de cabeza y rezó un padrenuestro.

A veces Amparo volvía de Madrid, a donde se marchó con Paula poco después de que Neftalí huyese, ya que Valderríos quedó convertido en un poblacho miserable y en ruinas donde no era ya posible sobrevivir para una familia numerosa y sin tierras. La niña se quedó con los abuelos, que la atendían con más ternura de la que habían dado a sus hijos, y también con menos severidad. Lidia se alegraba de la visita de su madre, aunque pronto descubrió que prefería soñar con sus visitas a recibirlas. Amparo no era la madre que Lidia deseaba: tenía el pelo revuelto, y no recogido en un moño, extraños vestidos, no olía a campo, sino a ciudad, sus labios pintados le hacían avergonzarse, al saber lo que se decía de las mujeres de labios carmín. Tampoco apreciaba que enseguida la casa se llenase de hombres, que iban más por Paula que por Amparo, pero el resultado era el mismo, y ella veía cómo Juliana se refugiaba para llorar en el cuarto de los santos, y al abuelo Emilio le volvía al rostro esa expresión de amargura que casi se le había olvidado.

A Paula acabaron casándola a la fuerza con un carbonero tartamudo y simple de Valderríos, con la vana esperanza de meterla en vereda, después de que uno de sus hermanos la sorprendiese arrimada a un hombre en un callejón. Como el carbonero se ausentaba a menudo, Juliana iba a espiar por la noche a su hija desde detrás de un portillo en la tapia trasera del patio al que daba la casa de Paula. Lidia, que dormía con ella, enseguida sentía si su abuela se levantaba, se iba pegada a sus faldas, y Juliana lo permitía pensando que la niña no sabía de qué iba aquello. Recuerda Lidia los llantos noche a noche, las

invocaciones a los santos, las oraciones, la desesperación de su abuela, que ella escuchaba acurrucada entre sus piernas, mirando las estrellas, escuchando también los grillos, el viento, los propios dientes entrechocándose. Harta de aquella vergüenza, Juliana decidió que Lidia durmiese con Paula las noches que se quedase sola.

Noches interminables, el asqueroso olor de aquellas sábanas, cuando ella yacía a los pies porque su tía decía que la cama no era muy grande y así tenían más sitio, y cuando ya estaba cogiendo el sueño oía unos golpes a la puerta, el roce de las ropas, el chirriar de los goznes, los susurros de Paula, sentía cómo el peso de los dos cuerpos se instalaba sobre el colchón, y ella se quedaba con los ojos cerrados, con un pico de la sábana metido en la boca, mordiéndolo para no hacer ruido alguno, ni un gemido, ni un hipo, deseando que aquello acabase pronto.

Lo que no recuerda, pero le han contado tantas veces, es que la Guardia Civil se presentó una vez a la puerta de la casa preguntando por Amparo y Paula. Ellas, que ese día se encontraban allí, salieron a regañadientes.

—Tienen ustedes que acompañarnos.

—¿Adónde?

—Tengo órdenes de llevármelas a la cárcel de Herrera del Duque.

Es Amparo, quien, como siempre que se trata de enfrentarse a una autoridad, interviene.

—Nosotras no hemos hecho nada, cabo. Será la mentirosa esa que nos enviaron hace unas noches que le habrá contado algún cuento.

Noches atrás había llegado una mujer diciendo que traía recuerdos de Angelita, una amiga de Amparo que esta sabía en la cárcel de Madrid y que le había dado unos panfletos llamando a la resistencia antifascista. Después de intentar con todo tipo de preguntas y adulaciones descubrir la relación de Amparo con Angelita, la mujer se fue dando las gracias por la acogida. Ni siquiera se dio cuenta de que Amparo la siguió de lejos hasta el cuartelillo.

—Mire, mi orden es de llevarlas a Herrera. Si no han hecho nada, las dejarán libres.

Amparo se echó una toca por encima, salió con paso decidido, con andares no de reo, sino de persona que va a exigir sus derechos.

—Andando. A ver de qué coño quieren acusamos.

Paula se subió a la mula que habían traído los civiles para las dos mujeres. Amparo, antes de montar, se fue hacia el cabo.

—Yo quería pedirle un favor.

—A ver.

—Pues que salgamos por el camino de las huertas, no por el de las eras.

El cabo puso cara de taimado, como oliéndose una traición.

—¿Y eso?

—Porque mi niña está en la era con el abuelo, y yo no quiero que vea que me llevan a la cárcel.

El cabo, que era de un pueblo de al lado y conocía un poco a los Pinzón, se ablandó.

—Venga, vámonos por las huertas, pobre criatura.

Amparo se sentó delante, llevando las riendas, con el cabo a caballo abriendo la marcha, y dos números montados detrás.

—¿Por qué haces eso? —le susurró su hermana.

—Tú cállate.

Atravesaron las calles del pueblo bajo la mirada atenta de los vecinos. Algunas mujeres se santiguaban, mientras que otras, las menos, asentían satisfechas. El cabo miraba al frente en silencio. Cuando salieron del pueblo su cuerpo se relajó un poco, hizo señas a los números de acercarse a él, sacó de un bolsillo papel y picadura. Les tendió el librito y el tabaco.

—Tomad, que hay que entretener el camino.

Charlaban ya animadamente cuando escucharon el primer grito. Y tardaron unos segundos en comprender. Lidia bajaba una cuesta gritando que se llevaban a su madre, con una chica algo mayor detrás de ella pero sin poder atraparla, llorando y dando trompicones hasta ponerse en medio del camino, hacer frenar la comitiva, lanzarse por entre las patas de los caballos hasta prenderse de las piernas de su madre.

—Mi mamá, que se llevan a mi mamá. —Y ponía en su llanto ese escándalo ajeno a la resignación del que sólo los niños son capaces—. ¡Ay, Dios, ay, Dios! —gritaba, empleando esas quejas que tantas veces había oído a su abuela—. Ay, Dios, que se la llevan los guardias. —Y viendo que sus llantos no surtían efecto, que esos hombres sin corazón no se avenían a razones, les gritó su último argumento.

»¡No se lleven a mi mamá, que no tengo padre!

El cabo tuvo que apearse, por miedo a que los animales pegasen a la niña una coz, la arrancó a tirones de la pierna de su madre, se la dio a la otra chica, intentando aplacar el llanto incontenible.

—Muchacha, no llores, que no es para siempre.

El cabo sudaba, no sabía adónde mirar, joder, qué trabajo de mierda, hay que joderse, en lo que tiene que andar uno. Amparo contemplaba a su hija como si asistiese a su suplicio, con lágrimas contenidas, pero sin apearse de la mula.

Por fin consiguieron dejar atrás a la niña, aunque su llanto aún les acompañaba. El cabo, sudando todavía, se fue hacia Amparo con ganas de pegarle una bofetada.

—No tiene usted corazón. Hacerle eso a la niña.

Amparo se volvió con un relámpago en los ojos, con la rabia y el orgullo de toda una vida de soportar insultos.

—¿Soy yo quien no tiene corazón? ¿Soy yo la culpable de que me separen de mi hija?

—Pero me engañó con el camino que debíamos coger.

—Mi hija tiene que saber dónde está su madre y quién se la lleva. No quiero yo que luego le cuenten mentiras si no vuelvo.

Y arreó el mulo con gesto altivo, como para ponerlo de perfil en los libros de Historia.

Pero Lidia no olvida las visitas a la cárcel, el miedo a traspasar esa verja que podría cerrarse tras ella, los encargos que le susurra Amparo al oído cuando la tiene en su regazo («mi niña, te vas a ir a visitar a tía Liberta, y le dices que he dicho que los papeles nos los encontramos en un hatu junto al río, ¿me has entendido?, pero no le digas a nadie más nada de esto, anda, mi vida, corre a hacer el recado»), el carcelero ese desdentado y que huele a taberna, al que una vez oye amenazar a su mamá, Amparo, como no laves las sábanas de la galería la niña no vuelve a entrar aquí, ¿me oyes?, que ya estoy hasta los cojones de que me tomes el pelo. Y ella llorando de miedo de no poder volver a visitar a mamá, al escuchar la respuesta descarada de Amparo: yo estoy aquí de invitada, no para trabajar. Y escúchame bien, como le pongas alguna traba a la niña no sólo te denuncio sino que te saco los ojos con una aguja. ¿Tú también me oyes, no?

También recuerda los largos trayectos, en burro, hasta Herrera del Duque. Juliana a mujeriegas sobre el animal, ella metida en un serón

que huele a goma y a grano. Van al dispensario a que le hagan las curas, porque una de las perforaciones para los pendientes no sana, suelta pus sin parar, y se le ha hinchado un ganglio del cuello. Casi todas las semanas tienen que ir, le hacen un daño enorme, pero aquello no mejora. A veces, cuando pasan por delante del practicante, que ya no ejerce porque fue rojo, y bien claro le han dicho que como se le ocurra ponerle la mano encima a un cristiano lo van a colgar como una breva, él sale a la puerta, mira a la niña con cara de lástima y susurra, Juliana, yo sabría curarle eso. Pero Juliana sacude la cabeza, que no, don Gaspar, que si luego le pasa algo a la niña, cómo lo explico yo. Pobre criatura, murmura invariablemente don Gaspar y se vuelve a la penumbra de su zaguán, a la obligada sombra de su existencia. Hasta el día que Lidia está jugando en el corral, y un gallo, atraído por la costra que cuelga tras la oreja, pega un picotazo a la niña, abriéndole una herida que se pone a sangrar abundantemente. Y recuerda Lidia, con una mezcla de escalofrío y satisfacción, cómo abuela Juliana deja un barreño en el suelo, busca decidida a su alrededor, me cago en tu alma, va a ver este joío pollo, se va sin titubeos al gallo, al que no valen los chillidos ni el aparatoso aleteo, ni la repentina sumisión, y, poniéndole la cabeza sobre un tocón, le corta el cuello de un limpio hachazo. Luego, apenas termina de lavarse las manos de la sangre, coge a la niña de la mano, vámonos tú y yo, mi alma, que te va a curar don Gaspar si Dios quiere. Y entran al oscuro recinto en la hora más tórrida de la siesta. Sujétala bien, dice don Gaspar, pobre criatura. Y Lidia de pronto siente un hondo temor, porque las manos de abuela Juliana se vuelven duras como argollas, y, lo mismo que al gallo, de nada le sirve gritar, ni intentar zafarse, ni suplicar, ni someterse. Nitrato de plata, dice don Gaspar, un conjuro, antes de aplicarle tras la oreja un agujón de fuego. Lidia se resiste como una res, suelta un alarido que aún hoy escucha dentro de sí cuando recuerda la escena, entre lágrimas ve a Juliana y al practicante que miran hacia la puerta, temerosos de que el grito atraiga a algún curioso. Pero la puerta está trancada. No la atraviesa ni un hilo de luz. Pobre criatura, vuelve a afirmar don Gaspar, y para apaciguar el miedo de Lidia, que se encrespa cuando ve otra vez acercarse al practicante, le susurra: no te preocupes, Lidita, que ya te he curado. Se acabó para siempre.

Y fue verdad.

Mayarí, a veinte de julio de mil y novecientos cincuenta y uno.

Querida Amparo:

Estaras enfadada conmigo por lo poco que te escribo. No es que yo no me acuerde de ti. Al contrario todas las noches pienso en ti y en mi querida hija que se quedaron allá tan lejos y yo a pesar de mis promesas, nunca fui a buscarlas. Pero si escribo tan poco es porque ya no se que decirles. Aquí las cosas están duras, y la vida se me va en ganarme el sustento y en luchar, y yo ya lo he intentado todo para

traérmelas para acá, si incluso me metí en un partido gansteril, porque uno del partido me dijo conocer a jente del Gobierno que puede ayudarme a traerlas, también dos amigos míos, Jorge Luis y Armando, que ya los conocerás si por fin se logra mi sueño de que vengan para acá. Pero luego fue mentira, como todo lo que prometen los partidos de la derecha en este país, y sólo querían mi boto y que yo les consiguiese otros botos porque aquí la gente me respeta y me quiere, así que nos salimos del partido, que menos mal, porque yo me moría de vergüenza, pero a ti sí te lo cuento para que sepas que por bolverte a ver yo no reparo en nada, ni en vergüenza ni en trabajos.

Pero las cosas están mal. Ni yo puedo ir, ni ustedes pueden venir. Pero yo créeme que no me arrimo a otras mujeres, ni me casaré nunca, porque yo ya tengo esposa, aunque no pueda verla. No hay que desesperar. Cualquiera día cambian aquí las cosas, o allá, y podemos volver a abrazarnos, que es lo que más deseo en este mundo. Escríbeme pronto, para que yo sepa que están bien, porque eso es lo único que aún me importa en esta vida.

Te abrazo con todo mi cariño.

TU NEFTALÍ

Cuando nació una nueva hija, a la que llamaron Ángela por insistencia de Fermina y desinterés de Neftalí, este no se refugió en lentas noches de alcohol, ni en el relato recurrente de un pasado heroico, ni en la autoconmiseración, ni en el agobio. En lugar de dejarse avasallar por la desgracia —y para Neftalí el nacimiento de otro hijo rozaba la catástrofe— ni amedrentar por las amenazas de pandilleros a sueldo de los patronos, Neftalí, en esos años particularmente confusos y oscuros, redescubrió las torturas y promesas de la ilusión.

A pesar de que la inflación y las ávidas bocas de sus hijas iban comiéndose los magros ahorros, Neftalí no perdió la esperanza. Seguía viviendo con Fermina porque la vida les había empujado a juntarse, igual que reúne los perros abandonados en desordenadas jaurías, pero a casi todas horas tenía algún pensamiento para Amparo, e incluso dio, las muy raras veces que buscaba el cuerpo de Fermina, en recordar el tacto de Amparo, su manera de gemir, las palabras tajantes con que antaño le apremiara.

Fermina, por su parte, sabía que Neftalí aún no le pertenecía, y escrutaba su rostro en medio del amor, o en cualquier momento que lo descubría absorto, buscando alguna señal que le confirmase el fingimiento, la doble vida que suponía en su marido, porque para ella era su marido, y aunque le habría hecho ilusión vestir los velos de novia, contemplarse en un espejo adornada y protagonista, los altares y las bendiciones formaban parte de una ceremonia tan ajena como las Navidades o los cumpleaños. Había vivido al margen de las celebraciones de sus vecinos, a las que nunca fue invitada, y se había acostumbrado a inventarse sus propios ritos para conceder la necesaria

solemnidad a los actos importantes. Y fue solemne la forma en que selló su estrategia para atraerse a Neftalí: una noche alquitranada de luna nueva, amparada por las oscuridades de arrabal en que se sumía el barrio de barracones cuando no lo iluminaban los astros, salió al monte, llevando una jaba de yagua; al llegar al pie de una ceiba que ella apreciaba particularmente, pues, desgajada una de sus ramas más pesadas, parecía doblarse para tocar el suelo, como si señalase aquel lugar con algún poder superior, Fermina se desnudó; extrajo de la jaba una caja atada con cinta amarilla que contenía diminutas y toscas figuras de barro y las depositó al pie de la ceiba santiguándose tres veces; luego se tumbó bajo la rama vencida y estrujó entre sus manos las hojas que estaban a su alcance; con el jugo de la ceiba se frotó pausadamente el vientre, en una ceremonia lustral que se le ocurrió tiempo atrás, y después se mordió un puño para contener la risa que se iba abriendo paso en ella: debía acostumbrarse al secreto, al disimulo, para que Neftalí no venteara el plan. Pero no le era fácil dominar aquella risa triunfante. Ah, ya verás tú. Engendraría tantos hijos que a Neftalí no le quedaría otro remedio que reconocer el vínculo que les unía. Se vería obligado a quererlos, pues no era un desalmado, y su agradecimiento por la descendencia —qué es un hombre sin hijos más que el anticipo resignado de un cadáver— iría tornándose en afecto y, más tarde, en amor sincero. Y es verdad que Fermina, durante los años que pasaron juntos, jamás perdió un niño ni la oportunidad de quedarse embarazada: como si todas sus hormonas estuviesen permanentemente al acecho y su cuerpo entero sólo palpitase por el ansia de procrear.

Neftalí, sin embargo, experimentaba un tibio desapego hacia su mujer e hijas. Las toleraba a su alrededor como a parientes pobres a los que estaría mal repudiar, y soñaba con el día en que no tuviese que aguantarlas junto a sí. Procuraba no serles en exceso arisco ni injustamente severo, a sus preguntas respondía ausente, cuando respondía; dejaba que las ocupaciones y afanes pusiesen un límite justificable al cariño que le profesaban. Bidasoa y Ángela nunca le perdonarían tanta distancia.

—Mi papá no era bueno —diría Bidasoa muchos años después—. Ustedes no lo conocieron. Les dirán que era un gran hombre, valiente y cariñoso. Será verdad, si lo dicen, que era generoso o corajudo. Pero a nosotras nos jodió la vida. Nos la jodió pero bien.

Eso lo diría años más tarde. Antes, cuando era niña, se esforzaba en recibir de su padre una caricia, una atención, aunque sólo fuese una regañina. Neftalí, sin embargo, no tenía tiempo para su familia, entregado como vivía a dos sueños: reencontrarse con Amparo, y —el más acuciante— reformar la sociedad.

Tampoco le disuadió el incidente con los tres matones, ni el gato que encontró a la puerta de la cabaña con la cabeza aplastada y chorreante, ni las monedas que alguien dejaba sobre el poyete de la ventana con una nota bien visible —sin duda para desprestigiarlo— agradeciéndole sus informaciones. La primera vez que las encontró las llevó al sindicato

junto con la nota y las desparramó sobre una mesa en la que se andaban apurando unos tragos.

—Eso me dejaron hoy en mi casa. Ayer un gato despanzurrado. Las monedas las repartimos. Los gatos me los quedo yo. O si lo prefieren lo hacemos al revés. —Hubo risas y palmadas y juramentos de confianza mutua. Más nada.

Neftalí se habituó a ir siempre armado, a mirar a todos lados al acercarse a un cruce, a intentar reconocer de lejos a quien avistaba, a no andar solo cuando anochecido, a cerciorarse de que la puerta estaba bien trancada. La otra pistola se la dio a Fermina tras instruirla sumariamente en su manejo.

Se convenció de que no bastaba exigir aumentos de sueldo, sino que era necesario acabar con la presencia americana en la isla y extirpar la corrupción, con la seguridad de que ambas cosas ocurrirían parejas. Eran los años en que las multinacionales andaban deseosas de recuperar lo perdido durante la Segunda Guerra Mundial y dar marcha atrás en las concesiones realizadas para contar con la colaboración de los obreros. Menudeaban las palizas en calles oscuras, las oficinas sindicales reventaban aquí y allá con olor a gasolina, los diarios conservadores farfullaban peroratas encendidas en las que nunca faltaban las palabras patria, progreso y muerte, las dos primeras como justificantes de la tercera. Se sucedían las huelgas, los días de luto, los días de entusiasmo, los de impotencia. Aunque a Neftalí le asaltaban a veces breves ráfagas de pánico, aprendió a controlarlas, al menos durante el día. También en este punto Neftalí pensaba a largo plazo: en lugar de abandonar la lucha para perder el miedo, decidió que sólo la victoria le permitiría vivir sin temores. Se entregó, entonces, a la tarea ingrata y peligrosa de la subversión.

Para quitarse de encima la fama de comunista, que le hacía acreedor a la tortura y el asesinato en cualquier disturbio, se afilió al Partido Ortodoxo. Además, un comunista jamás habría encontrado trabajo en las compañías americanas. Como ortodoxo, no le pusieron pegas cuando solicitó el empleo de chofer en los carros que llevaban a los trabajadores de Mayarí a Nicaro. Al mismo tiempo que se creaba una existencia política de disidente respetable, comenzó a entrar en contacto con grupos clandestinos, de diferentes filiaciones, pero que no pretendían llegar al poder mediante las urnas, sino a través de la revolución. En febrero de 1953 se integró en el grupo de apoyo a Fidel.

La barraca de Neftalí pronto se convirtió en lugar de reunión para conspiradores. Allí se decidían acciones de sabotaje, como tirar miel y petróleo en las vías del Central. En esas reuniones Neftalí aprendió a fabricar bombas simples, poco eficaces, pero lo suficientemente ruidosas para salir en el periódico, recordando la omnipresencia de la lucha. Un dinamitero que había trabajado en las minas de Ocuja les instruía en el arte de los explosivos, describiéndoles con mimo cada una

de las bombas de artesanía que estaban al alcance de un grupo poco versado en la subversión y con recursos escasos.

Neftalí, a pesar de las lecciones recibidas, nunca llegó a ser un gran artificiero. Su autoridad y su prestigio de excombatiente en la guerra española lo convertían necesariamente en un organizador del Movimiento 26 de Julio, que contribuyó a formar en Mayarí, bajo las órdenes del joven revolucionario Frank País.

Fermina, mientras tanto, se pasaba los días pegada al radio. Se levantaba en camisón, porque Neftalí le había prohibido tiempo atrás dormir desnuda —y ella, que aún parecía inmune a todo desaliento, consideró que lo hacía porque su carne le tentaba, porque ese hombre tonto e iracundo amaba tanto el cuerpo de Fermina que la obligaba a ocultarlo para no distraerse de esas tareas con que los hombres, pobres, no pueden parir, justifican sus estériles existencias—, y sin pararse a cambiar de ropa, se iba al radio, lo encendía y escuchaba, hipnotizada, ausente aún del mundo, las breves informaciones de Radio Reloj y, a cada minuto, el anuncio de la hora precisa, dicho con esa voz profunda, calma, exenta de emociones, que marcaba el misterio del paso del tiempo, y fascinaba a Fermina, acaso por esa combinación de su hipnótica regularidad y por la afirmación de un transcurso en el que nada cambiaba, sólo pasaban las horas, pero nada en la propia vida. Parada, al pie del aparato, con la mirada ausente, Fermina escuchaba el soniquete, las absurdas noticias, los anuncios leídos también con el mismo desapego del mundo con que se comentaban catástrofes o chistes: Pedimos un minuto de silencio. Ha muerto... el jabón de lavar. Arrímese a Candado para que usted y su familia empiecen el año con dinero. La calidad se destaca en las camisetas Taca. Radio Reloj, son las ocho y veintidós minutos. Ayer el presidente Batista recibió al embajador de Estados Unidos en el palacio...

También era adepta al Suceso del Día, en el que escuchaba —con la mano sobre el selector para cambiar de canal si el dolor allí relatado se volvía excesivo o le recordaba dolores propios— los terribles destinos, los sangrientos finales, los bárbaros afectos de cientos de personas a las que no conocía, pero que hubieran podido ser sus vecinos. No oía aquello para consolarse pensando que a otros les iba peor que a ella: se limitaba a constatar que el mundo es un lugar horrible y el hombre una fiera. Y casi se reía luego escuchando cómo las enormes desgracias iban ordenándose, haciéndose comprensibles, despojándose de misterio, a medida que la voz de Joseíto Fernández las cantaba con hermosas cuartetos acompañado por la música de «La Guantanamera». Entonces Fermina se levantaba casi feliz, y entonaba con entusiasmo rimas que imitaban las que acababa de oír: Ahora les voy a contar / la muerte cruel y malvada / de un padre sin corazón / de una madre desalmada.

No escuchaba noticias —salvo las breves y opacas de Radio Reloj, que no ofrecían contexto alguno, y por eso eran tan banales como sus anuncios o como las anécdotas científicas que Fermina enseguida olvidaba, pues nada le importaba cuál era el animal más longevo ni el

período de gestación de las ballenas—, y tampoco esos programas cómicos, plagados de negritos vagos, mulatas sonsas y gallegas obtusas, en los que las voces eran siempre demasiado agudas y las risas sin justificación. Lo real, la vida misma, no se encontraba allí, ni siquiera en los terribles sucesos de «La Guantanamera», que eran como deformidades de la existencia, acontecimientos sorprendentes, pero ajenos, lejanos, excesivos. La vida, la auténtica, pero dicho de modo más bonito que lo que se suele decir en las calles, se escuchaba en las novelas radiales. En *Yo amo a un canalla* Fermina descubría que su soledad era menor de lo que ella pensaba. Había más mujeres a las que su propia bondad, la calidez de sus sentimientos, les llevaban a amar a un hombre indigno. Y Fermina escuchaba, fielmente, ordenando sus actividades cotidianas alrededor del horario de la novela, que era el núcleo inamovible de sus días, aquel cúmulo ordenado y perfectamente distribuido de esperanzas, pasiones, engaños, delitos, reconciliaciones, que poco a poco iban encaminando al oyente hacia un final, que podía ser feliz o triste —por suerte, muy a menudo feliz—, pero siempre comprensible, necesario.

V

Para Lidia, hasta que fue allí, cuando ya había cumplido once años, y tuvo que enfrentarse a la mugre cotidiana, al olor a col flotando pesado y rancio sobre los exiguos patios, a la estrechez de callejas y futuros, al orín que se iba comiendo la cal de las paredes, a las noches sin estrellas —ocultas tras el resplandor de las farolas—, a la soledad en la habitación de la calle Zurita en que aguardaba que Amparo regresase del trabajo, Madrid no era más que un nombre, el de un mundo del que sabía su existencia, pero que nunca había intentado imaginar. Amparo trabajaba de chacha para una viuda que tenía casa en la calle Menorca. Para conseguir un trabajo en esa España ruin de la posguerra había tenido que alterar su documento de identidad. «C» ponía ahora tras las palabras «Estado civil»; porque quiénes eran las madres solteras, sino las barraganas de los milicianos. A esa escoria no se le daba empleo en la España de Franco.

A pesar de la soledad de los primeros tiempos, Lidia disfrutaba las tardes en que tenía a su madre para ella sola. La veía llegar desde la ventana, bajaba de un salto a recibirla, se dejaba besar y acariciar, consciente de su propia importancia. La vivienda era pequeña y había que entrar en ella batiendo palmas para espantar a las ratas; el patio, maloliente; los vecinos, a menudo malhumorados, sobre todo los hombres; pero, aunque echaba de menos a sus abuelos y tíos, el privilegio de estar con su madre parecía a Lidia un bien incomparable. A veces, raras veces, Amparo le hablaba de Neftalí, de lo mucho que lo quería, de su huida, y, aunque con menos convicción, de su vuelta próxima. También, ya metidas en la cama para protegerse del frío, entonaba canciones que siempre hablaban de separaciones y ausencias, o le contaba historias de cuando Lidia nació, de los años de la guerra. Aun con los horrores descritos por su madre, aquellos años parecían a la niña raramente felices, una época en que, a pesar de las constantes amenazas, la vida de Amparo se parecía a la de otras madres, la suya propia a la de otras niñas.

Durante el día, hasta la llegada de Amparo, Lidia llenaba su tiempo con las faenas caseras, satisfecha de ser útil. Bajaba a fregar los cacharros sucios a la fuente del patio en un barreño de zinc, normalmente espiando hasta que la fuente quedaba libre para no tener que entablar conversación con las vecinas. Hacía las camas, quitaba el polvo con un plumero que provenía ilícitamente de una de las casas en que sirvió Amparo, fregaba los suelos economizando al máximo el agua y con ello los trayectos a la fuente. Lidia acababa ya a media mañana de asear la misérrima vivienda, que no constaba más que de una habitación en la que apenas cabía una sola cama, y una cocina sin más espacio que el estrictamente necesario para albergar el fogón, una mesa y dos banquetas, una de las cuales se metía bajo la mesa cuando no se utilizaba, porque de lo contrario no era posible abrir la puerta.

Terminadas sus tareas, se iba a la entrada de la casa de vecindad, desde donde observaba el ir y venir de la vida en la céntrica calle madrileña: la conocían los buhoneros, el afilador del barrio —quien a veces le hacía guiños mientras tocaba con su caramillo una y otra vez la misma melodía, primero ascendiendo y luego descendiendo sin prisas por la escala—, los lañadores, los pedigüeños y sus cabras o monos amaestrados, los carboneros, a los que temía un poco por sus ojos refulgentes tras las caras tiznadas y que le traían a la memoria cuentos que los mayores relataban junto a la lumbre, incomprensibles en gran parte para ella, pero salpicados de sugerentes y terribles palabras que recurrían en sus sueños y atemorizadas vigiliadas: la mano negra, el sacramantecas, el hombre del saco. Acaso no era el saco en que metía a los niños el que le daba nombre, sino ese saco abierto que los carboneros se ponían por un pico en la cabeza, dejándolo caer sobre los hombros para protegerlos del roce de los serones. Las vecinas, cuando se cruzaban con la niña agazapada en el portal, la saludaban con la pregunta rutinaria:

—Lidia, niña, ¿aún no llegó tu mamá?

—No, todavía no.

—Pues si subes luego a mi casa te daré un caramelo.

—Luego iré —respondía Lidia, sin intención alguna de cumplir su palabra. Prefería quedarse acurrucada en el portal, a caballo entre dos mundos: el bullicioso de las calles, que temía pero al mismo tiempo se sentía atraída por él, y el umbrío, recogido, familiar del patio, donde nada podía ocurrirle. Y para matar las largas horas también soñaba con su padre y con la lejana región en que se le había perdido: allá, del otro lado de un mar inmenso sacudido por peligrosísimas tormentas, en la otra orilla, estaba su papá Neftalí, y queriendo hacerse una idea de la enorme distancia que les separaba, había imaginado un día, tras un chaparrón al que siguió un frío sol de otoño, que ella se encontraba en un extremo del arco iris; y si siguiese la maravillosa curva, allá, detrás de los tejados, de las montañas, de las nubes, al otro lado del mar y del mundo caía el segundo extremo del arco e iba a apoyarse sobre la isla en que vivía Neftalí, acaso a sus pies.

Quizá los mejores tiempos llegaron cuando una de las empleadoras de Amparo insistió en meter a la niña en el colegio. Amparo, aunque se resistía a compartir a su hija con otros e intentó contentar a su señora con afirmaciones poco comprometedoras, acabó cediendo. Lidia, muerta de vergüenza los primeros días, pues era con mucho la mayor de la clase, sentada en uno de los bancos traseros, fue iniciándose en los secretos mensajes de la escritura, en la pertinaz precisión de los números, en las románticas espesuras de la Historia. En cuanto se sintió capaz, escribió una carta no muy larga pero sí insistente a Neftalí, en la que le relataba las últimas incidencias escolares a la vez que le pedía que regresase a vivir con ellas.

Quien sí se instaló en la habitación de al lado fue Paula, que dejó a su marido en Valderríos con la excusa de que ella podía ganar más dinero en Madrid. Lidia comprendió inmediatamente que la vida estaba a punto de cambiar, para mal. Efectivamente, poco después de la llegada de su tía, a quien el tiempo había hecho aún más escandalosa, más obscena, más despreocupada, la casa de la calle Zurita se convirtió rápidamente en un lugar de encuentro de todos los desharrapados del barrio: prostitutas, lerdos, afeminados, infelices, huérfanos, lisiados, alcohólicos se reunían en la casa para sus destempladas farras, a las que Amparo no siempre era capaz de sustraerse.

—Amparo, ¿qué haces? —le gritaba Paula desde el corredor.

—Nada.

—Coño, pues vente para acá en lugar de quedarte encerrada como una polilla.

—Estoy aquí con la niña.

—Joder, pues que se baje ella también, que no sea rancia.

Paula, suponiendo que su hermana aún vivía entregada a los recuerdos, a la espera de Neftalí, a quien ella, con su sentido práctico, había dado por muerto, ignorando que Amparo mantenía correspondencia con él, se esforzaba en sacarla de su encierro y acercarla a otros hombres. Como no había conocido el amor ignoraba la fidelidad y la añoranza. No podía concebir que su hermana extrajese más satisfacción de la soledad y el cariño de su hija que de las caricias de otros hombres.

Lidia acabó por sentir rencor no sólo hacia su tía, sino también hacia su madre, que la dejaba sola a cambio del ruidoso consuelo de esos hombres de aliento apestoso.

—Niña, ¿llegó ya tu mamá?

—No, todavía no.

—¿Y tú qué haces?

—Los deberes.

—Eso está bien. Ven, siéntate aquí en mis rodillas, que te voy a ayudar.

—No, si puedo yo sola.

—Que sí mujer, déjame que te coja.

—No...

—No seas tonta, ven aquí, a mis rodillas, que te voy a decir una cosa al oído. —Él sonríe mientras la coge por las axilas para levantarla de la silla, pero ella se aferra a la mesa, protesta, aún con más tono de fastidio que de miedo —hostia, si no te voy a comer—, la zarandea, acerca sus labios a la cara de la niña —ven aquí, buena pieza—, que es cuando Lidia comienza a gritar, y él sigue allí, llenándola de babas, hasta que se asusta también por los gritos, y muy digno, ofendido, la suelta —pues no tienes tú remilgos, cagüendiós— y sale dando un portazo.

Lidia, al llegar Amparo del trabajo, le gritó que no aguantaba un minuto más en esa casa de putas.

Como nunca había escuchado ni una mala palabra de su hija, como jamás la había sentido levantar la voz para quejarse ni exigir, Amparo se quedó tan impresionada que esa misma noche anunció a su hermana que se mudaba con la niña.

Desde ese día algo se mudó también en el carácter de Amparo. A partir de entonces, se arrogó un gesto contrito y sereno que guardaba tanto para su hija como para sus patronas, del que sólo se desembarazaba durante sus frecuentes, pero secretas, visitas a Paula. Allí, al abrigo de miradas de reprobación, Amparo perdía su aire adusto, reía más alto de lo habitual, se enzarzaba en ariscos coqueteos con cualquier recién llegado, aunque para el amor se reservaba únicamente a uno de ellos, de forma que el dinero, escaso, que este dejaba a veces en su bolso, o la comida y las chucherías para la niña con que la obsequiaba, no le parecían pago por su cuerpo, sino una parte más de su irregular convivencia, como los saludos o las conversaciones. Aunque a Paula llegó a sorprenderle la frecuencia con que la veía desaparecer en la alcoba con ese parroquiano más bien feo, ya casi calvo y que tenía una sonrisa desportillada y cubierta por una densa capa de nicotina, se tranquilizó diciendo que era el necesario desquite tras tantos años de guardar ausencias.

—Ahora dicen que no. Que nadie sabía, salvo el grupo de Fidel en Santiago, que se iba a montar el ataque al Moncada. Es mentira, como tantas otras cosas.

Jorge Luis lo dice contrariado, harto probablemente de intentar que se recuerde la historia de la revolución. Pero no con la rabia con la que lo había comentado otro clandestino, Manzano, verdaderamente desesperado: chico, yo me desangré por esto, yo era revolucionario de verdad. Y lo soy aún. Pero se han olvidado. El que no estuvo en la montaña parece que se anduvo tocando los huevos. Pero en la montaña, sin nosotros, sin el apoyo del movimiento clandestino, se habrían ido a la mierda. El mismo Neftalí les llevaba medicinas, armas, comida. Mira, si cuando quiso alzarse le dijeron que no, que preferían que se quedase en la clandestinidad, consiguiéndoles lo necesario. Neftalí y yo

trabajamos duro. Y mírame, sin trabajo. Y cuando voy a pedirles algo, ni se me acercan, coño, no más les falta que salir corriendo al verme. Sin trabajo, y no me lo darán. A mí, que les di la sangre.

Jorge Luis, por el contrario, parece creer que se trata de un mero error histórico que se subsanará con el tiempo.

—Yo, y también Isidro, y Eugenio, los que quedamos del Movimiento aquí en La Habana, estamos escribiendo la historia de aquellos años. Porque no es como dicen. Se olvidan de muchas cosas.

Jorge Luis vive en un apartamento miserable a dos calles del río Almendares, en una zona de La Habana a la que nunca llegó la opulencia colonial ni la riqueza del comercio. Allí no son palacios los que se derrumban, no hay columnas desintegrándose en escombros. Su pobreza no habla de historias más gloriosas. Es una pobreza vulgar, desnuda. En la calle, grupos de jóvenes negros dejan pasar el tiempo sin proyectos y sin esperanza. Son la semilla de la delincuencia que algún día, no muy lejano, asolará el barrio.

La casa de Jorge Luis es un lugar sucio, en el que la grasa se ha ido pegando a las paredes durante años.

Cacharros sin fregar de varios días se apilan en la cocina. Un montón de verduras se va pudriendo en la mesa del salón. Él está sentado a esa misma mesa, sin afeitarse, la portañuela abierta dejando ver el calzón, con la camisa manchada de sangre —chico, esta mañana, qué susto me pegué, empecé a orinar sangre, y la hemorragia no se cortaba; ya me dieron algo en el hospital—. Tras una puerta cerrada, se oye un llanto adulto, un lamento inacabable. Cuando Jorge Luis se levanta a preparar un café para la visita —ustedes los españoles lo toman con poco azúcar, ¿verdad?—, la puerta se abre y sale de ella un anciano esquelético, deshecho en lágrimas, con ojos que se posan acusadores sobre el visitante, y afirma, con convicción y espanto, yo me voy a morir. ¡Yo me voy a morir! Y se deshace en un confuso gimoteo.

—Coño, viejo, ya cállate, porque no puedo más, o me vas a dar el espectáculo de ayer, que vinieron todos los vecinos a ver qué te estaba haciendo. Porque si lo vas a repetir yo me marchó. Y ahí te quedas. Está así —le aclara a la visita— porque está arrepentido, quiere que le perdone lo de ayer. Anda, acuéstate, que te voy a dar un calmante dentro de un momento.

Pero el viejo no quiere calmantes. Lloriqueando, se sienta al lado de su hijo. Musita desconsoladas protestas ante el gesto de impaciencia de Jorge Luis, que acaba por interrumpirlo.

—Mira, el compañero ha venido del hospital a ver cómo tú te portas, y te mete allá adentro para siempre si yo le digo lo que me haces. Tú verás, viejo.

El anciano vuelve hacia el visitante unos ojos llenos de rencor y pánico. Se frota inquieto el pecho esmirriado, se limpia las lágrimas, calla, aunque queda con la boca abierta, aún dispuesta al grito o al llanto. Durante la conversación que reanudan Ramón y Jorge Luis, se mantiene al acecho, intentando descubrir si se habla de él. Ramón, sudando, con el estómago revuelto, con el deseo de escapar de tanta miseria cuanto antes, escucha los recuerdos de Jorge Luis mientras siente sobre sí la mirada que condena sin paliativos su presencia, que le convierte en un extraño, en un entrometido, como las damas de la buena sociedad que iban a casa de los pobres para, mediante esa buena obra, alcanzar la salvación.

—Pues sí. Neftalí era un hombre bueno. Y también violento. Podía ponerse violento como nadie. Una cosa no quita la otra. Hay quien es así, que le hierve la sangre ante la injusticia. No se quedaba quieto si las cosas estaban mal hechas. Pero era muy cariñoso y amable. La gente lo quería. Además, como era chofer de alquiler, lo conocía todo el mundo. Fumaba mucho, de eso sí me acuerdo. Pero no tomaba. Ni era mujeriego. Él fue quien nos enseñó a conspirar. Era algo mayor que nosotros. Tenía la experiencia de la guerra. Imagínate que quiso abrir él el segundo frente en Sierra Cristal, ya cuando Fidel estaba en la montaña, porque se daba cuenta de que era necesario un segundo frente para acosar a la dictadura. Pero Fidel no le dio permiso. Envió a su hermano. Fidel desconfiaba ya de quien no conocía. Pero Neftalí era un hombre con visión, con estrategia. Nosotros éramos unos niños. Y me dices que ya murió. Coño, yo ni lo sabía. No lo volví a ver. Como a tantos otros. ¿Dónde andarán? El tiempo nos fue desperdigando. De aquí para allá. O de allá para aquí. A esta mierda.

La caña ardía en densas humaredas cargadas de olores de azúcar, paja y tizne. Sólo era caña. Y sin embargo, qué estruendo de crujidos, de chispas que restallaban como tablas quebrándose. Se oían también gritos, a lo lejos, que atravesaban los nubarrones de ceniza. Gritos, el juramento airado de alguien a quien el espectáculo dolía particularmente, la caña que chascaba a ráfagas, el jadeo de quien huía. Ladridos. Iban con perros, pero no se atrevían a soltarlos por miedo a que se les perdiesen en el incendio. ¿Y el mar? ¿Dónde está la orilla? No se escuchaba su murmullo, ni olas rompiendo, ni se distinguía por ningún lado la fragilidad del aire, esa particular transparencia que adquiere sobre la vasta superficie en la que los sonidos no encuentran obstáculo contra el que chocar, desviarse, regresar a su punto de origen. El único mar era de caña en llamas. ¿Disparos? También: el constante crepitar, los crujidos como los del maderaje de un navío batido por una tempestad, venían puntuados por el sonido más seco de los disparos. Pero el peligro no venía de ahí.

«No ven nada. Disparan a ciegas.»

El verdadero peligro provenía de los miles de teas que iban encendiéndose sobre la punta de las cañas.

Sin saber dónde estaba la costa —tenía que haberlo previsto, haber trazado una línea entre su posición, la del sol y la del mar, pero se había desorientado en el vasto laberinto de la caña—, lo más seguro era correr de cara al viento. Así se alejaría del incendio que acababa de provocar. A no ser que se estuviese dirigiendo hacia algún otro fuego prendido por Jorge Luis. Lo había perdido de vista hacía ya lo menos media hora. Si Jorge Luis había seguido dando candela, lo mismo se iba derechito hacia ella. Pero no se podía quedar quieto.

—Mátenme a ese cabrón. No, no lo maten. Cójánmelo vivo. ¡Te los voy a arrancar! ¡Te voy a romper los tarros!

Si no sabían ni dónde estaba. Chillaban de rabia. Porque les dolía ver los cañaverales inflamados, todos esos penachos de candela, el arma de los pobres. Les dolía como si fuesen suyos. Pero eran de Mamita Yunai.

Si fuesen cubanos no les habría prendido fuego. «El suelo es cubano. La caña es yanqui. Pues toma candela, que eso no hace daño al suelo.»

Las voces sonaban cada vez más cercanas: iba en mala dirección. Cambió el rumbo para no darse de cara con ellos. Si lo cogen allí, con ese calor y esa rabia, adiós Neftalí.

«Ni al cuartel te llevan. Te despellejan.» Le resbalaba el sudor sobre los labios. Sabía a salado. En medio de tanta caña y ese gusto a sal en los labios. El humo se revolvía con el viento como una polvareda. No sabía ya Neftalí adónde ir. Le parecía que el fuego se había dividido en varios focos y no encontraba el camino entre ellos.

«Como se junten todos, te jodiste.»

Respiraba mal, agotado por la carrera, la ceniza, el polvo, el miedo. Fue mala suerte que los guardajurados anduviesen tan cerca cuando empezó a pegar candela a los campos; no le habían dado tiempo a alejarse. Así que tuvo que ocultarse entre la caña y ahora tenía la piel llena de rasguños, de pequeños cortes que le habían hecho hojas y astillas.

Cuando, inesperadamente, salió a una guardarraya al fondo de la cual se veía el mar, cayó en que la vía de escape también tenía su riesgo. Pero si no se tiraba al agua acabarían cogiéndolo en la batida. Atravesó dos líneas de cañas para ocultarse, y caminó paralelo a la guardarraya, en dirección a la costa. Por allá tampoco había visto humo. Los últimos metros, al descubierto, los atravesó a rastras. Y sin embargo lo vieron. Entonces sí soltaron a los perros. Y arreciaron los tiros. Para asustarlo, porque estaban casi a medio kilómetro.

—Párate ahí, cabrón. Párate o te mato.

«Si me paro es cuando me matas.»

Neftalí echó a nadar alejándose de la costa. Ahora sí que llevaba miedo. Porque las aguas de la bahía de Nipe, cálidas y ricas en peces, estaban llenas de tiburones y barracudas. No había año que no lisiaran o mataran a alguno. Cuando se accidentaba un transbordador eran más los que se comían los escualos que los que se ahogaban. Además, a Neftalí le daba vértigo el océano, esa enorme profundidad bajo sus pies. Nadaba con los músculos contraídos, como quien cuenta con tropezar en cualquier momento o aguarda un golpe repentino. Mientras braceaba, miraba hacia la profundidad buscando la sombra del tiburón. Se acordó de su antiguo sueño: morir ahogado. Y también recordó que para Jimeno —¿qué habría sido de Jimeno?— no era una premonición sino la memoria de otra vida. Estaba ahora en esa para cumplir su tarea.

Buscaba, para salir del agua, una zona boscosa, seguro de que irían tras él. Pero ya no había casi manigua tan cerca de la costa. El Central Preston, Felton, Nicaro, habían ido desmontando la región. Buena parte de los manglares que cubrían Lengua de Pájaro y el cayo de la Madama fueron talados para construir la factoría de Nicaro, las viviendas de los trabajadores, el aeropuerto y las escombreras. «Nos vendimos por níquel, ni siquiera por plata.» Ahora la región era una sucesión de cañaverales y yermos. Y allá por Nicaro el paisaje incluso había cambiado de color: el verde del mangle había sido sustituido por el óxido. El polvo entre rojo y negruzco se depositaba en los campos, en las calles, en los tejados, sobre las ramas de las palmas; las ropas y la piel de los obreros se cubrían de polvo, hasta en el alma debían de llevar el óxido aquel. Incluso en la superficie del mar los reflejos antes luminosos del sol tropical quedaban velados por el óxido.

Aguardó la noche acurrucado en un estero cubierto de juncos y macío; al caer la oscuridad se fue a recuperar el camión, un Ford color vino que había dejado en una hondonada oculta a las vistas. Lo manejó hasta la casa buscando a cada instante en el retrovisor y a los lados del camino señales de alguna trampa o patrulla. Lo parqueó a unas cuerdas de la casa y, antes de abrir la puerta, pegó el oído a la madera con aprensión. Fermina no dijo palabra al verle entrar, pero guardó bajo las tablas del suelo la pistola que estaba sobre la mesa, al alcance de su mano. El regreso de Neftalí parecía conjurar cualquier peligro.

—Estuvieron aquí —le informó al cabo de un tiempo en que aguardó alguna palabra de su hombre—. Lo revolvieron todo.

—¿Y qué pasó?

—Nada. Que se fueron babeando espuma. Los bonos no los encontraron.

Se acostaron acompañados por el incómodo silencio de quien debería romperlo y no sabe cómo. Fermina hizo el habitual intento de arrimar el

cuerpo a la carne ansiada de su compañero, que, como de costumbre, reaccionó volviéndose hacia el borde de la cama.

—Buenas noches, Neftalí —dijo aún, antes de que los ronquidos de Neftalí apagasen las quejas de Fermina, que, como cada noche, arrullaba su sueño despechado con leves gimoteos y pucheros invisibles en la penumbra del cuarto. Ese hombre últimamente ya no quería ni rozarla. Bien se lo había advertido Hija de Yemayá, que solía rematar sus cuentos de antiguos enamoramientos con idéntico y pesaroso refrán: «El amor es como el flamboyán; primero todo son flores, pero luego todo son vainas». Era tan triste noche a noche tenderse junto a aquel cuerpo y noche a noche quedarse, como un mendigo, a la puerta del banquete. Algún día volverás a desearme, le decía cejijunta y con las pupilas húmedas, y no preparaba planes de venganza ni la devolución del despecho, sino que se sabía dispuesta, llegado el momento, a olvidar las heridas y abrirse generosa, complacida, al ansia de su hombre.

Las palpitaciones crecidas hacia las sienas. Las manos como de hielo. El vientre entregado a mil movimientos y ebulliciones. La saliva ausente. El sabor de la boca a moneda vieja. La frente afiebrada, y a la vez recorrida por la frialdad de un sudor espeso. El aire, alrededor, detenido. La respiración somera e irregular. Olor a orín y a cerrado, a pozo, a mohos oscuros. Las paredes salpicadas de manchas cuyo origen no quiere suponer. La luz, turbia, se cuele insuficiente por las maderas agrietadas que apenas tapan un ventanuco alto, casi pegado al techo. Las manos, voluntariamente crispadas. Un borrón ennegrecido allá en una esquina, donde acaso fue uno inútilmente a refugiarse de la fusta, el garrote o la tenaza. La espera larga, poblada de aprensiones, de todas las historias oídas con la sensación de que no le podía pasar a él, pues con frecuencia se había imaginado muerto, atravesado por una bala o abiertas sus venas, desgajados los miembros por un golpe de machete, pero jamás en esa espera humillante, que le convertía ya en víctima, en vencido, antes de que nadie acudiese siquiera a hacerle los cargos.

En las filas rebeldes era, en momentos de desaliento, tema predilecto la crueldad de los soldados de Batista. Al parecer —pues le había ocurrido a un pariente lejano, o al amigo de un amigo—, gustaban de arrancar la piel al prisionero en ciertas partes escogidas: en la planta de los pies, para dificultar la huida; en la palma de las manos, para estorbar la defensa o el ataque; en las mejillas, con la intención de quebrar el orgullo; en las nalgas, pues así el descanso era una tortura. Luego, a veces, permitían al desollado una breve huida, que acababa siempre en nueva captura, a cuya humillación se sumaba la del castigo subsiguiente; la castración, que terminaba de quebrar el poco fuste que conservase el prisionero: y por fin le dejaban huir, ya qué más daba, o lo mataban con indiferencia —ya qué más daba—. Exageraciones, sin duda. Pero le desasosiegan aún los ruidos del pasillo.

El arrastrar de pies. El canto burlesco atiplado que atraviesa la pared, un guardia, sin duda, matando el tiempo. Lentas idas y venidas. Un sonido seco, un chasquido que se repite, quizá fichas de dominó. Bultos arrastrados —¿cuerpos exánimes, cadáveres, uno de esos despojos sin voluntad que produce la tortura?— cuyo susurro se va acercando y luego alejándose, seguido de un traqueteo de puertas, un correrse rechinando de muebles, un motor fatigoso de automóvil. Lejos una discusión, desganada. Los desplazamientos y voces, toda la actividad desplegada tras la puerta parecen sometidos a un ritmo particularmente cansino; no hay allá premura ni urgencia, como si la vida en el cuartel se hubiese adaptado a una larga espera de algo que quizá nadie desea; o como si, excluida la sorpresa, el imprevisto, de aquella rutina cuartelera, nadie viese la necesidad de apresurarse para acercar un desenlace que, de todas formas, es inevitable.

El sudor, a chorros, que ya no absorben las ropas empapadas. Un temblor instalado, desde hace minutos, en una pierna. La garganta dolorida, como tupida de mendrugos. Cuesta tragar, pero tiene que hacerlo una y otra vez, en seco.

—¿Quién está ahí dentro? —pregunta alguien desde el exterior, parado ante la puerta cerrada, con la mano ya presionando el pomo. La pregunta no se dirige a él.

Las palabras, ya dispuestas, ponderadas, humildes y a la vez ofendidas. La mirada, ensayándose hacia la puerta cerrada en un intento de parecer firme, calma. Una cierta vergüenza por el charco de orina junto a la pared, pero nadie acude a abrirle cuando chilla una y otra vez su necesidad. Un charco que inunda de amoníaco el aire y le acusa y le rebaja.

—Larraga —responde una voz cercana después de un bisbiseo de papeles.

—Jodido Larraga. ¿Desde cuándo está dentro?

—Temprano. Esta mañana lo trajeron.

—¿Y el otro?

—Igual.

Los pasos que se alejan. Una puerta, cuyo estruendo se acrecienta en un largo eco, atraviesa las rendijas y llega al prisionero. ¿Fue eso un grito?

La sangre, agolpada en la cabeza. Los ojos, escocidos por el sudor. Helados los pies, con ese calor. La noche ya desplegada allá fuera, pues las rendijas no traen luz, sino oscuridad. La noche, que será aún más temible que el día. A Ernesto lo sacaron de noche, lo transportaron de noche, lo mataron, al borde de una cuneta, con las manos atadas a la

espalda, de noche. Su situación era diferente: a Ernesto lo cogieron regando grampas en la carretera para recibir a la tropa. Un trabajo inútil, lo tenía dicho Neftalí. Las máquinas del ejército llevan ahora unos escobones que van barriendo por delante. Son ganas de arriesgarse tontamente.

—Algo hay que hacer, ¿no? No nos vamos a quedar quietos. Por lo menos que sepan que existimos.

—Vender bonos. Eso ya ayuda. Captar gente.

Pero no le hacían caso. Eran jóvenes. Y soñaban con una muerte de héroe.

—Morir no es heroico. Lo heroico es vivir.

Les tuvo que convencer para que, cada vez que se reunían en el Hotel Saratoga a conspirar, acordasen en primer lugar una versión que contar a los guardias si los detenían. Antes que nada eso. Ponerse de acuerdo en el cuento. Y, como un padre severo, les conminaba al silencio cada vez que empezaban a presumir de una de sus hazañas.

—¿Para qué tú cuentas eso? A nadie le importan tus petardos. Si un día me torturan, yo no quiero hacer caer a nadie más de lo imprescindible.

—Pero ¿es que tú vas a cantar si te cogen? —le respondían entre escandalizados y despreciativos.

—Qué niños son ustedes.

Por eso no les había contado aún que estaba preparando una tropa para asaltar el cuartel de Preston. Con Orejón y Ramos. Ahora que Fidel había desembarcado en Oriente y el ejército estaba rastreándolos por la sierra, era urgente hacerse con armas y atosigar desde otro frente para aliviar la presión sobre los alzados. Pero se tenía callada la noticia, y su discreción era lo único que aliviaba al prisionero. Los demás estarían seguramente repartidos por las aulas del colegio que había sido habilitado, sin necesidad de grandes cambios, como cuartel de urgencia.

Y también era noche cuando llegaron los casquitos, arrebuajados en un yipi que paró a la puerta sin detener el motor. Le conminaron a salir con dos ladridos que quisieron ser su nombre y él asomó fingiendo inútilmente cara de sorpresa.

Lo pasearon por la sierra, acaso porque aún buscaban a otro, acaso por el simple gusto de estirar su miedo, hasta que comenzó a clarear. Entonces lo llevaron al colegio, lo empujaron a un aula vacía y, antes de cerrar la puerta, un cabo que era ya conocido allí por sus muchas muertes y más de una violación, y de quien se decía que mataba a los hombres por el gusto de verlos caer, le dijo:

—Ni te muevas, ni hables, ni pidas ni preguntes. Y como respires muy alto, vengo yo y te voy a pisar los cojones hasta que te salga la leche por los ojos.

Y se cerró la puerta.

Ahora se abre, pero no es el cabo. Un sargento que había llegado a Holguín con el destacamento del coronel Cowley, principal responsable de la represión batistiana en la región.

—¿Neftalí Larraga?

—Sí, señor.

El sargento se queda mirando el charco de orines y pone gesto de desagrado.

—¿Qué hacías ayer en el Hotel Saratoga?

—Preparar un candidato para las próximas elecciones.

—Eso me ha dicho tu amigo.

—Será verdad.

—¿De qué partido eres?

—Del ortodoxo. Del de Chibás.

—Chibás reventó.

—Ya.

—Ojalá fueran todos como él.

Neftalí no entiende, y aguarda la explicación.

—Si se metieran un tiro en las tripas como hizo el jefe de ustedes, no tendríamos nosotros que hacer ese trabajo de mierda.

—No hacemos nada ilegal.

—Y que no se les ocurra.

Se levanta y deja a Neftalí solo, pero la puerta queda abierta. El soldado que entra no levanta la vista del papel, que tiende a Neftalí.

—Toma, firma esto. Hay un policía que ha respondido de ti. Estás libre.

Esa fue la primera vez. Pero hubo más registros. Desde que Fidel se había internado en el monte, las tropas andaban inquietas, con ganas de hacer un escarmiento entre la población civil, que comenzaba a simpatizar más de la cuenta con el insurrecto. El cabo aquel, cabo Mas se hacía llamar o se llamaba, un día se apeó a la puerta de Neftalí, y no encontrándolo en casa, arrastró a Fermina por los pelos hasta la calle. Y le dijo que la próxima vez iba a pegar fuego a la casa, porque sabía que allí había armas escondidas. Y como en el fuego estallase un solo cartucho, acababa la familia entera en el cementerio, los niños también, porque todos los cachorros acaban por volverse perros.

Llegaba el final de diciembre y crecía la revolución: se extendían los cuchicheos, las miradas de soslayo, los bultos que pasaban en silencio de una mano a otra, secretos trasiegos en la noche, que poblaban caminos, trochas y guardarrayas, llenaban de desconfianza las tabernas, en las que ya no entraba un extraño sin que se amortiguasen las conversaciones.

Neftalí salió con Ramos hacia Nicaro. Había que recoger a otros dos, luego a Orejón que les saldría al camino, y después, por separado, varias máquinas tomarían la dirección de Preston, donde asaltarían el cuartel. Dejó a Ramos en La Curva de Nicaro, parqueó en una sombra y sacó ya dos revólveres que iban atados al bajo de un asiento. En el bar de La Curva vio rostros conocidos, oyó comentar los últimos sucesos, se habló de la quema de caña, unos a favor, otros considerándola un desprestigio para los obreros.

Neftalí prefería no destacarse en esos debates de taberna, donde uno no sabía quién estaba allí ni con qué intención. Se limitaba a hacer alguna observación que lo situase en la oposición moderada y escuchaba, también ponderando las afirmaciones de los otros para descubrir algún revolucionario en potencia. Apuró un ron y rechazó el siguiente. No necesitaba embotar sus sentidos para la lucha sino, al contrario, tenerlos claros y presentes. Luego se fue hacia las habitaciones que habían puesto en la trasera, según decían, a beneficio de un jefe del ejército, que complementaba su salario con los ingresos del prostíbulo.

—Ábreme, Chicha.

Chicha era una habanera llegada a Mayarí meses atrás huyendo de un político que se había cansado de que lo chantajease, y encontró refugio en el prostíbulo abierto recientemente para acoger a los obreros de Nicaro, donde, en los primeros tiempos de la fábrica, no se permitió el aposento a las mujeres. Los cuerpos de las prostitutas debían servir de alivio, desahogo y recompensa a esos hombres que acudían de todas partes de la isla a la busca de un empleo. Neftalí la conoció en un festejo en honor de no recordaba qué padre de la patria. Le hizo gracia su descaro, y también a él le sirvió de desahogo el cuerpo de la mujer. Cantaba Beny Moré, no el de verdad, qué iba a hacer Beny Moré con su

big band en Mayarí, «pueblo sin sopa», en Mayarí, «me cago en ti / y en tu puñetero río / y en el cabrón de mi tío / que fue quien me trajo aquí». Por allí no pisaría ya Beny Moré, ni su *big band* que apenas si cabría en el poblacho, aunque sí se oía su voz, algo carrasposa por la mala recepción del radio y que desaparecía de cuando en cuando a causa de un golpe de viento, no el de la orquesta, sino de la brisa abroncada que llegaba del Central con olores de melado y grasa sacudiendo la antena que permitía el prodigio de escuchar la voz de Beny Moré en Mayarí.

Y ella se arrimó a Neftalí con un vaso vacío en la mano y una mirada soñadora, lo tomó por un brazo y le dijo:

—Papi, baila conmigo este danzón, mira qué lindo es. —Y no volvió a decir nada hasta pasado un buen rato, sino que dejó caer su cabeza sobre un hombro de Neftalí y cerró los ojos, adoptando un aire inofensivo de paloma dormida, hasta que alguien hizo desde lejos una broma a Neftalí y ella salió del ensueño, besó la barba de su compañero, y preguntó estrechándolo un poquito, casi nada, contra su pecho expectante:

—¿Cómo te llamó?

—Era mi hermano.

—Ya, chico, pero que cómo te llamó. No te dé pena.

—Cabalín. Me lo decían de niño. Y ¿cómo tú te llamas?

—Chicha, para ti. Alicia por ahí.

Cuando aún resonaba la voz aguda e inflamada de Beny Moré, Chicha lo fue empujando, pasito a pasito, con la irresistible presión de sus senos recorridos por palpitaciones, por delicadas crecidas de la carne, acorralado por sus piernas, que entre contoneo y contoneo le frotaban los muslos y lo buscaban, como sin quererlo, la dureza soliviantada del miembro. Se lo llevó así, preso entre sus olorosas extremidades y atontado por su aliento, hacia el puente de madera. Lo cruzaron abrazados, y, cuando el viento casi líquido les acercaba aún un crescendo de trompeta, o un alegre redoblar de tambores, simulaban unos pasos de baile, fingiendo que todavía era la danza y no el deseo lo que los unía. Bajaron a la otra orilla del Mayarí y buscaron cobijo entre los helechos.

Neftalí se fue con ella pensando en Amparo, casi sorprendido también de que su cuerpo aún reaccionase al calor de una hembra, después de tantos meses de esa languidez del deseo a que se había habituado para defenderse de los acercamientos de Fermina.

—Ay, Cabalín —dijo ella—, mi Cabalín —y descendió ramoneando por la espesura de vello hacia los latidos del vientre—, ay —añadió, bebiendo el sudor y el rocío—, Cabalón —y se despeñó por una risa loca mientras

se apoderaba de lo que ya era suyo—. ¿Qué tú me diste?, papi, que me hierve la sangre. —Para demostrárselo llevó su seno hasta el oído de Neftalí, pero no se escuchaba hervor sino latido y jadeo amoroso, y se olía la humedad del sexo y el jugo de los helechos machacados.

Neftalí se estremeció. Sacó la cabeza de aquella hondura buscando aire, venteando, añorando otros olores, no de trópico, sino de secarral, los aromas de la higuera y la jara, del romero y el espliego, y se abalanzó sobre la carne abundante de la habanera volviéndose a hundir en ella para hurtar el rostro a los ojos de Chicha. Coño, si estoy llorando, se dijo. Neftalí, chico, estás llorando.

—Ábreme, Chicha.

Chicha abrió la puerta con cara adormecida que se iluminó primero y luego se inundó de asombro al ver a Neftalí.

—¿Estás sola?

—Yo siempre estoy contigo, papito.

Tiró de él hacia el interior, pasó el pestillo. Sin explicaciones, se abrió para él sobre una cama que olía a humedad vieja, al sudor de tantos otros. Sólo cuando Neftalí se destensó con un gemido, Chicha hundió los dedos entre el cabello encrespado y le susurró:

—Van por ti. Estás en la lista.

Neftalí se separó de ella y le buscó los ojos.

—¿Y cómo tú sabes?

Chicha se encogió de hombros antes de volver la cara hacia la pared. Entonces a Neftalí no le quedó ya ninguna duda. Premió con una bofetada insegura la confianza. Porque a él lo salvaba, pero qué haría Chicha con los impotentes, con los feos, con los flojos. Se vistió de prisa y, antes de salir, se fue hacia ella, deshizo el ovillo de sus miembros, para encajar, ahora sí, un rotundo zarpazo que hizo añicos la mirada resentida.

Al salir, Neftalí se dijo que no debía enredar con mujeres mientras estuviese conspirando. No porque fuesen menos de fiar que los hombres, sino porque con ellas bajaba la guardia.

Un mecánico de Nicaro que andaba también implicado en lo del asalto estaba ya en la puerta del bar. Se paró un rato junto al traganíquel, fingió buscar a alguien y no hallarlo, y volvió a salir. Neftalí aguardó unos minutos. Lo encontró sin dificultad junto al camión.

—Mataron a Orejón. Pararon su máquina y lo acribillaron. Se ha suspendido la acción. A Ramos lo hemos puesto a salvo. Ahora quieren pelarte a ti.

—No creo. Me cogieron anteayer y me soltaron sin cargos.

—Neftalí, estás en la lista. Cowley ha decidido acabar aquí con la insurrección. Sabe que Nicaro y Mayarí apoyan la lucha.

—¿Qué quieren que haga?

—Me han pedido que te lleve a La Habana. Vas a tener que meterte en el baúl de mi carro, por lo menos hasta Las Tunas, porque si te reconocen nos matan. El tuyo se queda aquí.

—¿Y mi familia?

—Nos ocupamos de ellos. En cuanto estés instalado, les mandas aviso.

—Entonces vámonos. Oye, compay, cuando vayas a abrir el maletero, da antes tres golpes seguidos.

—¿Y para qué?

—Porque al primero que abra sin la contraseña le meto un tiro.

Neftalí casi se avergonzó del placer que le producía la idea de abandonar Mayarí, a Fermina, a sus hijos, con excusa suficiente para no sentirse en falta. En la oscuridad, sacudido por la suspensión herrumbrosa del Packard y los baches del camino, Neftalí se fue quedando dormido, arrullado por vagas fantasías en las que se inventaba una nueva vida, allá, en la gran ciudad, como activo revolucionario, solo, sin compromisos ni otra responsabilidad que la lucha, hasta que, al triunfo de la revolución, mandase a buscar a Amparo.

En La Habana le habían encontrado habitación en un solar del misérrimo barrio de Las Yaguas, entre casuchas escoradas, construidas sin escuadra ni plomada, levantadas apresuradamente para albergar las oleadas de miserables que buscaban en la ciudad no ya riqueza, sino mera esperanza, pues en el campo la pobreza adquirió la condición de eterna, mientras que de las ciudades se escuchaban rumores sobre tremendos golpes de suerte, prometedores empleos o sabrosos chanchullos. Ya no asustaba a Neftalí vivir en aquella pobreza: las calles sin asfaltar, las casas de llegaipón sin agua corriente, la suciedad, el insoportable olor a sudor rancio en el solar, la llana grosería de sus vecinos —casi todos negros, muchos delincuentes, bastantes adeptos a los cultos abacua—, el saberse entre lo que sus padres habrían llamado chusma, en lugar de inspirarle animadversión le convencían de la necesidad de seguir trabajando. Cada vez más dispuesto a que fuera esa

su última vida, aquella de la que podría despedirse cumplida la tarea sin encontrar una nueva muerte en las profundidades de un pantano, enseguida se aplicó al sabotaje, la venta de bonos, y la propaganda clandestina que confeccionaba en un taller de la calle San Carlos, donde, hasta que lo desmanteló la policía, también se imprimía *Revolución*, el primer periódico del Movimiento 26 de Julio.

Pasaron las Pascuas de 1956 en una Habana en la que competían la oscuridad con la luz, el silencio y el estallido, la alegría de los clubes nocturnos con el horror y la queja tras las bombas que comenzaron a explotar en ellos. La consigna exigía que esas Navidades no se encendiesen los arbolitos, que la Navidad enlutada recordase, a quien no quisiese darse por enterado, que la represión cada vez se cobraba más víctimas.

Amparo había gritado, aunque el daño aún no era para tanto. Sí dolía, claro está, y se sentía mareada, con un raro vértigo como de anestesia, pero ella gritaba por otra cosa. Su hermana le tenía cogida la mano e intentaba consolarla, aunque ella no le prestaba atención. Y la partera, la vieja que le había recomendado Paula para la operación, andaba manipulando en sus entrañas y causándole ese dolor que casi agradecía.

—Es lo mejor —le susurró Paula—. ¿Qué ibas a hacer con otro hijo? De hambre se nos iba a morir la criatura.

Mientras la partera se llevaba discretamente los restos a otra habitación, Amparo quiso decir a su hermana que ya no podría ver nunca a Neftalí, pero se sintió sin fuerzas para responder a las probables protestas de Paula. Ya entonces se dio cuenta de que no sería fácil volver a encontrarse con él y silenciar lo que había hecho. Y para contárselo no tendría valor.

Pero de eso hacía tanto tiempo. Apenas acababa de marcharse Neftalí, enfrentada a la tarea de sobrevivir en la España rabiosa, a devorar sola la amargura de servir a quienes les habían vencido, Amparo decidió abortar. Luego fueron transcurriendo los años, no deprisa, al contrario, lentos, correosos. Y, sin embargo, Amparo miraba hacia atrás y se sorprendía de que se le hubiese pasado media vida, o más, cuando creía que sólo había estado atravesando un breve paréntesis. Luego las cartas fueron marcando el transcurso del tiempo. Las cartas que recibía de Neftalí, informándole de su vida solitaria, de su lucha, de su esperanza, y que le ayudaban a soportar esa humillación, esa miseria de vivir como derrotada, casi como esclava. Y acosada por la policía.

—¿Es usted Amparo Pinzón? —le preguntó el hombre aquel en lo alto de Zurita. Ella lo miró como si lo viese por primera vez, pero ya le había visto parado ante un escaparate, observándola en el reflejo.

—Sí, señor. Yo soy.

Él sonrió, hizo un gesto de alivio y le tendió la mano.

—Pues yo soy un amigo de Neftalí.

«Ya te veo —dijo Amparo para sí—, una sanguijuela es lo que eres.»

—Ah, pues encantada —le dijo—. ¿Y qué se le ofrece?

—La estaba buscando a usted, porque hace mucho que no tengo noticias de Neftalí, y a mí me gustaría escribirle, o verlo, porque yo le tenía mucho afecto. Y otro amigo me dijo que usted podría decirme dónde está.

«Muchos amigos tienes tú, esperpento.»

—Pues no sé si le voy a poder ayudar. Porque no he tenido carta suya.

—Ah —dijo el hombre, sorprendido y apenado—. O sea que se fue. Yo creía que él se había quedado con usted, bueno, ya me entiende —y puso gesto y voz de conspirador—, oculto.

Como Amparo no respondió, el hombre comenzó a sentirse incómodo.

—Ya veo —dijo, por decir algo.

«Y yo a ti también te veo, joío por culo.»

—Bueno, si no se le ofrece nada más, yo tengo que irme a trabajar.

—Claro, mujer, no la entretengo, pero si tuviese noticias de Neftalí, o si él regresa, no deje de avisarme. —Sacó del bolsillo de la americana una tarjeta y se la dio, al tiempo que decía:

—Señora, ha sido un placer.

—Vaya sin cuidado, que yo le aviso en cuanto sepa algo.

No era el primero; ya en la cárcel de Herrera habían querido sonsacarle el paradero de Neftalí. «Pobrecito mío, anda que si se queda aquí, estos canallas me lo fusilan. Cuánta gentuza. Cuántas desdichas.» Trabajar por una miseria, la niña enferma cada dos por tres, la familia en Valderríos, los fascistas mangoneando. Pero sobre todo la desgracia de verse obligada a depender de la voluntad de los hombres para sobrevivir. Que eso era lo que la mataba, lo demás podía aguantarlo, pero cómo se lo iba a decir a Neftalí cuando volviesen a verse. Aunque le explicase que su salario era igual al alquiler de esa cueva en que habían vivido, y aún había que pagar la ropa de la niña, la comida, ella se habría arreglado aún con menos, pero Lidia había estado tan raquítica, que pasó sólo Dios sabe cuántas enfermedades, al perro flaco todo se le vuelven pulgas, y aunque él lo comprendiese: a Amparo le

costaba imaginar una vida asentada sobre tal miseria. No sería fácil soportar la mirada de Neftalí, que ya no sería de admiración, sino de lástima. Y callaba todo aquello en sus cartas aun a sabiendas de que tanto silencio los alejaba.

Pero no había dejado de escribirle y planear el reencuentro. Aunque Amparo cada vez pensaba menos en Neftalí, no por falta de amor, sino de tenacidad, cuando le escribía sacaba a relucir las pocas y torpes palabras de amor que conocía. Y cuando le dijeron que el Gobierno de Franco había promulgado una amnistía a los combatientes del bando republicano, Amparo escribió una larga carta a Neftalí, pidiéndole que volviera. De repente le pareció que aún estarían a tiempo de ser felices, y no sólo eso, también de redimir con el reencuentro todos esos años de derrotas.

Únicamente se derrumbó la hasta ahí inexpugnable fachada que Amparo había levantado y mantenido celosamente una mañana de abril de 1954. Cuando Lidia regresó de su trabajo en una zapatería cercana, se la encontró, sentada en un borde de la cama, en una postura que tenía algo de provisional, como si fuese a incorporarse de un momento a otro pero algo, un recuerdo, una duda, le impidiese poner los músculos en movimiento. Ni siquiera miró a Lidia cuando entró.

—Mamá, ¿qué pasa? —Lidia vio la carta que Amparo sostenía con una mano casi exangüe e intuyó una desgracia—. ¿De papá?

Amparo, como si su tragedia necesitase de un testigo y hubiera resistido a duras penas para derrumbarse hasta que alguien lo presenciase, se deslizó como un trapo de la orilla de la cama al suelo, hizo aún un intento de levantar la cabeza, quizá para dar una explicación, y se resolvió, por fin, a llorar boqueando dolorosamente: parecía asfixiarse.

—¿Ha muerto? —preguntó Lidia, que no podía imaginar otra causa para tanto dolor.

Amparo acertó a negar con la cabeza. No había muerto. Pero le decía que él no podía acogerse a la amnistía, además de que estaba comprometido en una lucha que no podía abandonar, porque quería que Amparo estuviese orgullosa de él, y cómo presentarse ante su hija derrotado nuevamente. Pero sí pedía a Amparo que se casaran mediante un poder notarial, y así sería más fácil que a ella le permitiesen reunirse con él en Cuba.

Y a Amparo no le quedaban fuerzas, ni valor. Acaso en Madrid se habría atrevido a volver a verlo, pero no en Cuba. Ella no era la mujer que fue. Cómo iba a estar segura de que Neftalí podría querer lo que el paso de los años había ido dejando de ella. Aunque su cuerpo era aún joven, ágil, incluso hermoso, sentía el alma como roída de ratones. Lo hubiera podido recibir en su casa de la calle Zurita, enfrentarse a la decepción, y luego seguir viviendo igual que siempre. Pero viajar a Cuba, dejar ese agujero en que aún se defendía de los embates del mundo y enfrentarse

a la decepción de Neftalí, era demasiado pedir. Al menos en Madrid tenía a su hija, que no la dejaría sola. Y a él le diría que sí, que se iba a casar con él, porque le seguía queriendo y por si un día ella estaba en condiciones de marchar para Cuba, pero que Lidia, a sus dieciocho años, aunque también iba pronto a contraer matrimonio, todavía la necesitaba a su lado.

—¿No va a volver? ¿Se ha casado con otra?

Amparo se dio cuenta de que si decía la verdad, Lidia no podría comprender su tragedia. Tampoco podría justificar ante ella su matrimonio con Neftalí. Lo guardaría en secreto. Porque Lidia hacía tiempo que ponía gesto mohíno cuando oía hablar de su padre, harta de esperarlo y de creer las fantasías de Amparo, harta también de que no parase de excusar el descuido con que las trataba. Amparo supo que sólo mintiendo conseguiría la compasión, la amorosa complicidad que tanto necesitaba en ese momento en que empezaba a percibir su vida como un desperdicio, una ininterrumpida sucesión de oportunidades malgastadas.

—Ya no quiere que vayamos —afirmó.

VI

Bregaban las olas con estruendo de tormenta al pie del Malecón, lanzaban sus incansables acometidas de falange infinita, como dispuestas a derrumbarlo, y Neftalí, sentado sobre el pretil, contemplaba los embates con el desapego de un marino asomado sobre la borda tras meses de navegación sin puerto. Roían las olas los pies de la roca, voraces y pacientes, un bullir de lomos grises, la espuma cálida y densa como saliva. La brisa se iba hinchando en cortas ráfagas que anunciaban violencias de huracán.

Sobre el Malecón no brillaba ya el sol, la noche se avecinaba sin prisa, había un trasiego de mercadeo, amor venal y aburrimiento compartido a lo largo del paseo. Neftalí aguardaba la hora temida de regresar al cuartucho, ocioso y más desfallecido que asustado, ahora que su grupo había sido desarbolado por la policía. Aunque se sabía perseguido, no rehuía la visibilidad del Malecón; a esas horas ya serían conocidas sus actividades y sus señas, era mejor ocultarse entre la gente que buscar cobijo en casa de amigos. Además, prefería una detención notoria al probable disparo en la nuca. No veía la forma de recuperar el contacto con las células subversivas, ya que todavía ignoraba cuántos eran los detenidos y quién el delator. Le había despertado de madrugada para avisarle un compañero al que conoció en la imprenta clandestina.

—Neftalí, sal corriendo que vienen por nosotros. A Ramiro lo cogieron en un café, y a Marisa la buscaron en casa. Iban de paisano, mala cosa.

—¿Y dónde voy?

—No sé, muchacho. Pero donde no te encuentren.

Así que se fue a vagar todo el día por las calles, pero salió tan de prisa que olvidó llevarse material comprometedor.

Valiente revolucionario estás hecho, se decía, mirando un mar aterciopelado por las luces de los grandes edificios levantados en los últimos años para acoger turistas adinerados, jugadores, políticos, putas y hombres de negocios.

No supo si alegrarse o preocuparse cuando vio que, por segunda vez, pasaba a su lado un negro escuálido, de cabellos y dientes ralos, con un sombrero de pajilla en la mano, que servía de mensajero a quien le pagase por ello y tenía fama de saber las noticias antes de ocurrir los hechos que las originaban: conocía la existencia de cadáveres aún calientes, desfalcos sin asentar, amores ilícitos todavía no consumados. Su principal defecto como mensajero, aparte de que la fama de rufián disminuía la credibilidad de sus afirmaciones, era su pronunciación casi

inaccesible, debida a la pérdida de la punta de la lengua: se la comió, contaban, una fletera en circunstancias que no pudieron ser muy honrosas para el herido, pues las silenciaba cuando interrogado, pero no podía acallar el brillo torvo que prestaba a sus ojos el recuerdo de la hazaña.

A la tercera vez que pasó junto a Neftalí, resolvió pararse un metro más allá, contempló el horizonte, se rascó inquieto y vehemente los testículos, escarbó con la uña el ala recomendada del sombrero, escupió varias veces a través de una mella en la dentadura, miró a su alrededor, volvió a escrutar el horizonte, buscó en sus bolsillos algo que no encontró, se decidió, por fin, a cumplir su misión.

En las confusas vocales que pronunció, Neftalí reconoció su propio nombre, luego las palabras «tu hijo» subrayadas con particular dramatismo.

—Ubo akiee —fueron los siguientes sonidos de su babélico mensaje.

Neftalí tardó algunos minutos en averiguar que el niño había tenido un accidente de consecuencias imprecisas, pero lo suficientemente graves como para exigir que Neftalí se desplazase a Mayarí. Cumplida la tarea, el mensajero continuó su camino simulando un intenso soliloquio.

Neftalí durmió esa noche bajo un vagón aparcado en una vía muerta, hasta que lo fueron despertando lejanos ladridos y acabó de despabilarlo un estrépito de calderas y el agudo bostezo de bielas oxidadas. Se sacudió él también el sueño; había amanecido tormentoso y áspero, con olor a hojas secas y a polvo húmedo. Un día desapacible, mal augurio para quien creyese en ello. Neftalí compró un billete para el primer tren que salía hacia Santiago y fue a resguardarse de miradas o encuentros inoportunos tras una carga de maderas. En el tren fingió dormir nada más sentarse, aunque la mano derecha quedó bien despierta empuñando el revólver bajo la guayabera. Si le pedían que se identificase les habría de responder con un tiro.

Sólo el revisor se dirigió a él para pedirle el billete.

Durante el trayecto, Neftalí recordó la sonrisa de triunfo con que Fermina le había mostrado el niño; nada más parir, se zafó de la solicitud de la comadrona y, aún sangrando, pues el parto le rasgó el vientre, salió al portal, donde aguardaba Neftalí, le tendió el niño berreante, chorreando aún placenta y sangre, y le anunció:

—Es un varoncito. Se va a llamar Antoñín.

Neftalí no lo tomó en brazos. Viendo la cara de Fermina, que lo miraba con el orgullo de quien hace una ofrenda tan copiosa a una deidad que da por descontado el cumplimiento de sus ruegos, se dio cuenta de que esa entrega era la trampa definitiva. Fermina no le estaba ofreciendo un hijo, sino un futuro que él aborrecía.

—Ya. Estarás contenta.

Fermina sintió el impulso de arrojar al niño contra la pared. Para qué todos sus rezos, esa larguísima y penosa gestación, su sangre, sus vómitos. Para qué quería ella otro hombre en la familia, que sólo saben mandar y presumir, llevarse los mejores trozos de carne del plato, pegar a sus hermanas, insultar a su madre, ir a la escuela en lugar de ayudar en la casa. Lo había hecho para Neftalí, pues ella ya tenía bastante.

—Es nuestro hijo. Un varón.

—Espero que sea el último —repuso Neftalí.

—Maldito seas, Neftalí Larraga. Tú no eres un padre. Tú no eres un hombre. Una fiera no haría eso. Maldito seas para siempre.

Fermina se volvió al interior de la cabaña, cerró la puerta tras de sí, estalló en un llanto plagado de blasfemias y amenazas.

Neftalí fue a emborracharse a la bodega del batey. Invitó a beber a los presentes, hubo felicitaciones, parabienes, canciones ebrias al poco, y Neftalí, en medio de un corro, vociferaba ya frases inconexas con un frenesí que nadie le conocía, cuando entró su padre en la bodega, miró con disgusto a los borrachos, venció su repugnancia y se fue al hijo tambaleante. Incluso le abrazó.

—Enhorabuena, Neftalí. Por fin un varón.

Neftalí lo contempló como si no lo reconociese. Sacudió la cabeza.

—No es hijo mío.

Su padre se quedó confuso, las manos sobre los hombros de Neftalí parecían haber dejado de pertenecerle. Ensayó un esbozo de sonrisa como para celebrar la broma, escrutó la cara de bobo que se le había quedado a Neftalí, lo derribó al suelo con un mugido y lo golpeó hasta que los separaron, mientras le recriminaba:

—Ni siquiera eso, cabrón. Ni siquiera eso.

El viejo se incorporó resoplando y abandonó la taberna sin decir más. Pasarían años antes de que volviesen a dirigirse la palabra.

Neftalí se apeó en la estación de Alto Cedro tras comprobar que no había soldados en el andén. El tren hacia Antilla tardó poco en llegar, aunque sus resoplidos parecían indicar que estaba agonizando. Se quedó junto a una de las puertas platicando con un muchacho que se dirigía a Guaro. En Cueto se apearon los dos para coger la guagua de la

línea Bermúdez. Una vez en Guaro, Neftalí fingió dirigirse a los omnibuses del Central, pero se escabulló por una calleja y salió a paso vivo de la población. El resto del viaje tendría que hacerlo a pie, bordeando la bahía de Nipe, pues le rondaba un vago temor a la emboscada.

Neftalí llegó a las inmediaciones del Central a medio día. La prudencia le dictó quedarse escondido hasta la noche. Después de robar unas frutas se fue a tumbar tras una valla de atajanegros, desde la que se veía el camino. Aguardó a bien entrada la noche para abandonar su abrigo. Sólo se encontró con gente que lo conocía poco, para los que un mero movimiento de cabeza bastaba como saludo. Al ir llegando a la calle donde se encontraba su casa escuchó una detonación, luego un silencio, por fin dos disparos más, aparentemente de la misma arma. Neftalí sacó el revólver, se aseguró de su carga, y se obligó a continuar la marcha, aunque su primer instinto fue salir huyendo.

De lejos vio un corrillo de personas paradas en medio de la calle. Le pareció, aunque la distancia y el hecho de que se hubiesen construido más viviendas desde que él se marchó le hicieron dudar, que estaban reunidos ante su casa. Se acercó cuanto pudo sin llamar la atención, pero no lo suficiente para averiguar lo que sucedía. Se preguntó, con temor que él intentó exagerar para no ser consciente del alivio, si le habría ocurrido algo a Fermina y la buscó entre el gentío. No estaba allí.

Cuando observó que el grupo comenzaba a disolverse, se escondió tras una esquina. Cuatro hombres que él no conocía, pero tenían aspecto de obreros, se desgajaron pronto del grupo y se fueron hacia donde estaba Neftalí.

—Óiganme, vaya que lo despalillaron.

—Eran tres. Vinieron para tumbarlo.

—Qué tres. Cinco eran, mi hermano. Dos se quedaron vigilando. Tres se fueron por él.

—Imagínate.

—No iban a asustar, no, que querían partirle el carapacho. Cuando cayó lo remataron.

—¿Dónde quedaron?

—¿Y dónde iban a quedar? Salieron huyendo en un carro.

—Esos no eran de aquí. Gángsteres de La Habana. Maleantes. Gentes del Gobierno.

Neftalí salió pausadamente de su escondite tras ocultar el revólver, y se acercó a ellos.

—Compañeros, ¿qué ocurrió ahí?

Lo miraron con cierta desconfianza, porque no lo conocían, pero pudieron las ganas de comentar.

—Tumbaron a uno a la puerta de su casa.

—Ahí mismo —se apresuró a completar otro—. Primero lo derribaron de un disparo, luego se acercaron a terminar.

—Como un caballo herido —reflexionó un tercero.

—¿Y qué había hecho?

Los cuatro se miraron significativamente.

—Andaba en política. Había vuelto porque su hijo estaba enfermo.

—Para mí que lo engañaron.

—Estaba parado en el portal, encendiendo un tabaco, y ahí lo jodieron.

Neftalí les dio las gracias y siguió su camino. La intuición de lo sucedido le hacía temblar. Cuando llegó junto al cadáver sólo quedaban allí tres o cuatro hombres, aguardando la llegada de la guardia rural. A uno lo conocía del sindicato.

—Nicolás, ¿qué pasó?

Nicolás se fue hacia él en cuanto lo reconoció.

—Iban por ti. Tuviste tremenda suerte.

—Y él mala. ¿Quién era?

—Uno de ahí de Levisa. Estaba de visita. Se ve que quiso resguardarse en el portal de tu casa para encender el tabaco. Creyeron que eras tú. Nosotros no dijimos a nadie el error. Nos quedamos junto al cuerpo para que no se acercasen mucho. Así no te buscarán unos días.

—¿Y mi chico?

—Se dio un buen corte en la mano. Pero no es nada. Creo que está con tus padres. Yo que tú me iba cuanto antes.

Neftalí se fue hasta el cadáver. Buscó su rostro, y casi le sorprendió no reconocerlo. Le habían metido un balazo en el pecho y dos en la sien,

pero ni con eso habían conseguido borrar de su expresión un cierto aire de júbilo. Observó el rostro ya pensando en cómo llevar a término lo que acababa de decidir. No se parecía a Neftalí salvo en el porte y en el bigote. Cuando estuvo seguro de no olvidarlo, porque quería acordarse bien del muerto si le flaqueaba el ánimo, se aprestó a huir nuevamente.

Tras unas pocas instrucciones que incluían mantener silencio salvo para informar a Fermina de los hechos, ya que Neftalí quería beneficiarse del indulto momentáneo que le garantizaba el error de los verdugos, emprendió el viaje de regreso. El trayecto fue largo, estorbado por una avería de la locomotora y el desconcierto de los horarios. Neftalí no se sintió incomodado por el retraso, pues no temía llegar tarde. La convicción lo volvía paciente.

Tardó aún varias noches en cumplir su tarea. Al oscurecer se iba hacia alguna de las zonas en que presumía la presencia del soplón. Recorría La Rampa, Infanta, sus numerosos afluentes que aportaban un incesante flujo de gentes aparentemente despreocupadas, que, al inicio de la noche, rebosaban frescura, como si sus vidas sólo constasen de días de descanso y noches de alegría. Se asomaba a las pistas de baile, presenciaba, sin interés, los shows del Pigalle o del Las Vegas. Montaba prolongadas guardias a la salida del Shangai. Se detenía en los aires libres del Prado. Patrullaba incansable los burdeles, tabernas y garitos del barrio de Colón; entraba incluso en las playas privadas amparado por su estampa, que podría haber sido de rico, y su mirada altiva. Se extraviaba siguiendo los confusos caminos de los ebrios y los delincuentes. Vigilaba de lejos los discretos encuentros de los traficantes. No preguntó por él a gente de su calaña que seguramente conocería su paradero para no levantar sospechas y porque sabía que acabaría por encontrar lo que buscaba, pues las noches de La Habana estaban trazadas por veredas en las que los caminantes terminaban siempre por encontrarse.

Por fin dio con él en un fumadero de opio que disimulaba su actividad tras un escaparate atiborrado de medicinas y remedios orientales; estaba en una calle angosta y con olor a basuras y orín de gato que iba a desembocar en medio de Zanja. Allí, rodeado de chinos ensimismados, de cuerpos en ruinas, de mujeres que parecían no haber vivido jamás sino en esa densa condición de estatuas soñadoras, sin historia ni pasión, descubrió la figura encorvada del traidor. No aceptó la invitación de la patrona a aspirar el humo del sosiego ni a subir al altillo donde de ordinario aguardaban los cuerpos sin voluntad, incapaces de entusiasmo, de lo que alguna vez fueron mujeres. Prefirió abandonar el fumadero antes de que lo descubriesen los ojos ensimismados del rufián.

Se apostó en una sombra hasta que lo vio salir, con lentitud fantasmal, a la húmeda noche. La cara de susto con que descubrió a Neftalí en su camino confirmó a la vez la culpa y la sentencia. Neftalí descerrajó un tiro en la boca presta para el grito y huyó hacia las multitudes del Malecón. Nunca había matado a nadie a sangre fría, ni lo volvería a

hacer, aunque más de una vez se lo ordenaron. En realidad, hasta ese momento, no estaba seguro de haber matado a un hombre.

Padre:

Le escribo después de que mi madre me ha dicho lo que usted ponía en su última carta. Yo hasta ahora no me he metido en sus cosas ni en las de mi madre, porque cada uno vive su vida como Dios le da a entender, y yo no pido explicaciones de nada, allá cada cual con su conciencia. Pero si yo lo hago así, también espero que los demás respeten mi vida. Me dice mi madre que está usted preocupado por mi matrimonio y que tiene dudas de que haya elegido bien. ¡Qué desvergüenza! Usted que jamás se ocupó de mí (y aunque haya buenas razones y justificaciones, en las que ni entro ni salgo) viene a estas alturas a darme consejos. Hasta hoy he tomado mis decisiones sin un padre que me ayudase, y ahora que soy ya casi una mujer adulta, ninguna falta me hace cambiar. Y si elijo o no bien a mi marido es cosa mía, y desde luego no elegiré mucho peor de lo que eligió mi madre.

Así que le pido que no dé sus opiniones, porque, aunque nunca volvió usted a ocuparse de nosotras, salvo enviándonos promesas que luego no se cumplían, a mi madre siempre le afecta mucho lo que usted diga o piense. Así que como, ¿para qué engañarnos?, usted no va a volver nunca, sería mejor que nos dejase tranquilas y ya no siguiese torturando a mi madre con ilusiones que luego resultan todas vanas. Yo creo que el favor más grande que podría hacernos sería no escribir más.

Atentamente,

LIDIA LARRAGA

VII

La huelga del 9 de abril de 1958, en la que Neftalí participó en tareas de organización y en el asalto de una armería en La Habana, resultó un claro fracaso. La represión fue brutal y eficaz. La participación popular modesta. Fidel se convenció entonces de que la revolución no iba a triunfar mediante un movimiento de masas, sino gracias a la actividad guerrillera, que debía tener prioridad absoluta.

Siguiendo las instrucciones del Movimiento, Neftalí comenzó a recorrer la isla en busca de armas, dinero y medicamentos para los alzados. Sobre todo lo enviaban al norte de Oriente, ya que conocía la geografía de sus sierras y tenía los suficientes contactos como para seguir en la clandestinidad.

Las nuevas subidas a la sierra permitían a Neftalí volver a recorrer, de forma consciente, todos aquellos espacios que había surcado durante sus delirios. El fatigoso trayecto le devolvía la sensación de ejercer un cierto control sobre su existencia, como realizar con éxito una acción en la que ya se fracasó en otra ocasión. Cada ascenso, cada regreso tras cumplir su labor, ayudaban a enmendar un pasado que, de haberse quedado estancado en aquella fase de locura, no hubiese sido digno de ser vivido. Recorriendo la región, Neftalí descubría que su historia estaba constituida por una serie de actos que tal vez un día podría recordar con orgullo y no, como llegó a temer, por una mera sucesión de días y noches en los que tan sólo podía constatar repetidamente la propia impotencia.

La mirada de Neftalí, cuando se detenía en una altura, discurría pausada sobre aquella geografía imponiéndole un orden, o tal vez descubriéndolo, allí donde tiempo atrás únicamente había encontrado un mundo desorganizado e incomprensible.

Incluso cuando abandonaba las zonas abiertas y elevadas para penetrar en la espesura, Neftalí se maravillaba de los horrores pasados. Con la ayuda de la memoria y la conciencia del rumbo, así como de un pesado machete, le parecía que no había jungla o manigua capaz de resistirse a su avance. Nada había de tenebroso entre las sombras del guásimo y el jagüey, nada amenazante en las espinas de la maya o la ayúa para el hombre avisado; al contrario, la naturaleza se volvía aliada: ofrecía orientación mediante musgos, vientos y estrellas; protección en su espesura, alimento en sus suelos y aguas. El monte dejaba de ser mero refugio para el perseguido y se convertía en base para el ataque, para recuperar aquellas tierras sometidas desde hacía siglos a la voluntad y el capricho de extranjeros. Abarcando con la mirada aquellos territorios sojuzgados, exprimidos de sus riquezas minerales y vegetales, donde la fuerza de bestias y hombres no servía para la construcción de un

paraíso, sino que el sudor y la vida de los habitantes se disipaba sin fructificar, Neftalí, aunque era blanco, se sentía heredero de los desnudos tainos y siboneyes que recibieron asombrados las grandes canoas y sus marinos rudos y malolientes; de los indios diezmados por las enfermedades o el acero que acompañaban a los españoles; sucesor de los lucumíes, yorubas, congos, carabalíes que asomaban de las bodegas, tras compartir el oscuro espacio con enfermos agónicos y cadáveres apestosos, y eran empujados a tierra, sin que muchos de ellos llegasen a saber que habían abandonado su continente originario; aquellos negros que confundieron la ceiba con el baobab africano eran también los antecesores de Neftalí; y también lo eran los guajiros, pacientes como bueyes, que, a golpe de machete, derribaban árboles y despejaban el terreno de maleza, para levantar en ese espacio conquistado su humilde bohío, y labrar la tierra con la esperanza de recoger la cosecha antes de la llegada de lejanos dueños que jamás trabajaron el suelo, quienes, acompañados de hombres armados, blandían papeles que aparentemente legalizaban el desahucio y el robo del fruto de su trabajo; en la herencia de Neftalí se mezclaban así los dolores de las guajiras violadas, de sus hijos torturados, de negros marcados a hierro, de indios empalados, de toda la historia del pueblo cubano.

Armado con un Smith & Wesson, calibre 38, Neftalí subía hacia Los Mulos, El Ocujal o cualquiera de los campamentos que había montado la guerrilla en Sierra Cristal. Allí aguardaban los sublevados el momento oportuno de lanzar el ataque contra Mayarí, Nicaro y Preston, pues hasta entonces sólo habían sido capaces de ocupar bohíos, cotas de escaso valor estratégico y poblachos que el ejército abandonaba de buena gana para ir a reagruparse y hacerse fuerte en las poblaciones de mayor importancia, y que les ofrecían mayor seguridad ante un ataque relámpago, ya que en zonas despejadas podían contar con el apoyo eficaz de la aviación y, sobre todo, con la rápida llegada de refuerzos en caso de apuro. Neftalí, desde que regresara a la región por orden del Movimiento, era uno de los encargados de suministrar medicamentos y comida a los alzados, sometidos a miserables dietas de majá, las raras jutías que atinaban a cazar y las pocas viandas que pudiesen cederles los de por sí miserables guajiros.

Neftalí iniciaba su recorrido en las primeras horas de la madrugada, cuando los controles del ejército eran más escasos y sus patrullas menos nutridas, y solía llegar a la sierra ya amanecido. En realidad era un trabajo menos arriesgado que el de captar afectos a la sublevación y vender bonos del Movimiento 26 de Julio, con cuyo dinero se financiaban los alimentos y medicinas tan necesarios para los alzados. En las sendas de los montes más cercanos a la carretera contaba con la complicidad de numerosos guajiros, que le informaban de movimientos de patrullas y tropas y le ofrecían refugio si acechaba algún peligro.

A Neftalí le hubiese gustado quedarse en el monte y sumarse a los alzados. No tanto por amor al combate como por vivir de nuevo en la manigua, protegido por la vegetación y acompañado por las aves.

También por envidia del prestigio de los guerrilleros. Ya había intentado alzarse una vez, pero la dirección del Movimiento le instó a continuar con su tarea de avituallamiento para las tropas. A Neftalí, que siempre cultivó una cierta vanidad —aunque, como no se desbocaba en bravuconadas, rara vez se lo percibían los amigos—, se le hacía arduo saber que, a pesar de todo su trabajo, no pasaría a las páginas de la historia de la revolución, pues las fotografías de los héroes exigían el arma en la mano, el uniforme, los galones.

Sólo una vez había participado en un asalto a un destacamento de casquitos recién llegados para reforzar un apostadero de guardias rurales, donde se conservaban algunas armas y explosivos para las minas cercanas. El objetivo era hacerse con todo el material útil para la guerrilla. Salieron para el cuartel Neftalí, armado con una escopeta de un solo tiro cuyo cañón estaba reforzado con alambre para que no se desprendiese del culatín; un tal Pedrín, que mandaba el asalto y portaba un Garand robado al ejército; y dos campesinos que empuñaban sendas pistolas Browning con tal impericia que daban la impresión de querer utilizarlas como maza y no como armas de fuego.

La empresa fue mal desde el principio. Habían salido de noche a acometer la tarea, lastrada por la confusión de la jerarquía, pues si Pedrín era el capitán según el rango otorgado por el mando revolucionario, sólo Neftalí tenía experiencia en la zona y en la toma de decisiones. Pedrín, molesto con subordinado tan superior, imprimía a sus órdenes una rotundez innecesaria, que no admitía réplica ni consideración, aun en situaciones en que hubiese necesitado consejo. Empezaron el camino recién anochecido, y fue Pedrín quien manejó los mapas y se avanzaba a otear encrucijadas y repechos, cargando sobre sí toda tarea que pudiese entrañar responsabilidad. Despuntaba ya casi el alba y había un fresco de amanecer invernal alimentado por brisas racheadas, cuando, casi con rabia, y a Neftalí le pareció que hasta con los ojos húmedos, reconoció:

—Compañeros, nos hemos perdido.

Neftalí, a quien interesaba más el cumplimiento de la tarea que la satisfacción personal, omitió indicarle que era él quien les había perdido. Asintió y aguardó, temiéndola, una nueva orden.

—Hay que buscar un bohío y preguntar.

—Podríamos dar con algún colaborador de Batista —objetó Neftalí—. O podrían tomarnos por un grupo de alzados por la libre. Aquí hay mucho bandido que se ampara en la revolución para saquear y hacer daño.

—Tenemos que correr el riesgo. En este oficio hay que correr riesgos.

—Entonces habría que dejar a alguien luego en el bohío para evitar que vayan a delatarnos.

Pero Pedrín quería ser implacable en su autoridad.

—No podemos prescindir de nadie.

Siguieron una vereda que los llevó a un campo cultivado y a un redil, donde dos vacas, que parecían pellejos tendidos a secar, los recibieron con resoplidos disconformes. Ni siquiera se dieron cuenta de la presencia del campesino hasta que casi se toparon con él. Lo encontraron plantado en medio del camino, orinando. Él sí los había visto venir; por eso no dio muestras de sorpresa, sino que los miró indolente y desentendido, como pudiera mirar una de sus vacas.

Pedrín se adelantó a hablarle, dejando tras de sí a la breve tropa, que verdaderamente más parecía de bandoleros sin suerte que de revolucionarios.

El guajiro, mientras sacudía parsimoniosamente las últimas gotas, sonrió, dispuso con particular mimo sus genitales en los calzones, hizo un cuidadoso lazo en la soga que le servía de cinturón, atildó el pantalón con unos manotazos y tirones, y aguardó el parlamento que sin duda iba a ser pronunciado.

—Buenos días. Queríamos una indicación, si nos la puede dar, compañero.

—Compañeros son los güevos.

Pedrín se volvió a sus huestes, que luchaban allá detrás con la risa.

—Compay... —ensayó Pedrín titubeante.

—Hermano. Díganme lo que buscan.

Por fin les indicó el camino sin recelo y les ofreció cobijo en caso de necesidad. Para desesperación de Neftalí, cuando reemprendieron la marcha ya asomaba el sol por el reborde de los cerros.

Llegaron temprano a las cercanías del acuartelamiento, y se apostaron en una loma a aguardar la noche. El edificio era una construcción de madera por tres lados, con un único muro de mampostería y un techo de zinc. Apenas diez sacos de tierra fortificaban el frente. No había nido de ametralladoras ni se veían trincheras en la cercanía. Sin embargo, con sólo cuatro hombres mal armados no era prudente atacar de día.

Les sorprendió no descubrir en toda la tarde ningún movimiento, aunque sí se oían voces en el interior. A pesar de la estrategia acordada, aún no había anochecido cuando Pedrín, impaciente, decidió que debían acercarse a ver qué ocurría. Cuando por fin entraron de improviso en el cuartel, se encontraron tan sólo con cinco hombres jóvenes parados en calzones en medio del cuarto y con las cabezas tapadas con toallas, de

las que asomaron con más sorpresa que espanto. Les arrinconaron contra la pared con gestos imperativos y nadie dijo una palabra hasta que uno de los guardias, esforzándose sin éxito por contener un temblor, les rogó:

—No nos maten, compañeros.

—¿Dónde están los demás? —interrogó Pedrín.

—Salieron esta mañana.

—¿Y las armas que custodiaban?

—Se las llevaron ya, mi comandante —repuso uno, probablemente con sorna.

—¿Y se puede saber qué estaban haciendo cuando entramos? —indagó Pedrín.

—No más jugábamos —respondió un negro de mirada humilde y cabeza minúscula, como prematuramente envejecido—. Sírvanse si quieren. —Y señaló una botella medio vacía que parecía de aguardiente.

—¿A qué jugaban?

El primero que había hablado pareció animarse, acaso creyendo que quien se interesaba por tales minucias no tendría la mala baba de matarles después.

—Es un juego de muchachos, para matar el rato, porque si no, aquí arriba todo el tiempo, se pierde la chaveta. La manigua te come —dijo, ensayando una sonrisa.

Un ruido en el exterior que delataba un ser vivo interrumpió la conversación. Neftalí, entreabriendo la puerta con cuidado, descubrió que dos auras se habían aventurado hasta el portal, atraídas por unos despojos sanguinolentos que se pudrían al lento sol del atardecer.

—Auras —anunció Neftalí.

—Son más listas que estos. Ellas sí saben lo que va a pasar.

Neftalí quiso decir a Pedrín que no tenían que matarlos. Bastaba con maniatar bien a los casquitos y llevarse sus armas. Pero se le adelantaron los gritos enloquecidos del negro, que, tras entender él también, embistió con la cabeza gacha hacia los asaltantes. El primer disparo le entró por la misma coronilla levantando una breve humareda y le hizo perder el rumbo. Mientras el negro iba a estrellarse contra la pared, Pedrín acribilló a los otros, aún de rodillas e incrédulos.

—A qué coño estarían jugando estos sonsos —fue lo único que dijo cuando los soldados dejaron de moverse y gemir. En pocos minutos registraron el cuartel e hicieron dos hatos con los cinco Springfield de los soldados, un fusil ametrallador Madsen y varios parques de munición. Luego se adentraron a toda prisa por un sendero empinado que se perdía en la selva, por el que avanzaron hasta encontrar el camino hacia un puesto rebelde. Neftalí aprovechó el primer alto para enunciar su rabia.

—Tú eres un cabrón, Pedrín.

El aludido ni levantó la cabeza. Con la punta del machete se sacaba el barro de las botas.

—Había que matarlos, Neftalí.

—Estaban jugando, concho. Ni se defendieron.

—Tú no eres un revolucionario. Tú eres un niño.

—Para ser revolucionario no hace falta ser cabrón.

—Si tienes quejas se las transmites al comandante Aníbal. Que yo ya transmitiré las mías.

A raíz de ese incidente le ordenaron trasladarse definitivamente a La Habana, donde se dedicaría a actividades de sabotaje y propaganda.

Sería injusto decir que Neftalí se había olvidado de Amparo. A cualquiera que le preguntase le describía no sólo el color del pelo o de los ojos, su estatura y cutis, sino que podía detenerse minuciosamente a precisar los movimientos tajantes de sus manos, la leve inclinación de su cabeza, la elegante manera que tenía de quedarse dormida, sin ruidosos resoplidos ni movimientos bruscos. Iba, sin embargo, olvidándose de acordarse de ella. Ya pasaban semanas, incluso meses, en que la urgencia de los asuntos cotidianos lo solicitaba de tal manera que no había espacio para recuerdos ni melancolías.

Además, desde que Lidia le escribió con tanta severidad, Neftalí había ido espaciando sus cartas y la ficción de que aún había entre ellos una vida compartida se desmoronaba poco a poco. Por ello prefería sacar de sus recuerdos ese estorbo, esa frustración. Optaba por extraviarse en un presente dilatado y concreto, en las sensaciones intensas de la clandestinidad. Había dado en preferir el miedo a la añoranza: el miedo permite al menos vivir hacia el futuro, mientras que la añoranza era un mero revolcarse en un pasado que ya no se podía corregir; además, en ese momento las circunstancias impedían pensar que Neftalí jamás pudiese volver a enlazar con aquel tiempo del que le separaban diecinueve años, un océano, cinco hijos y un sinfín de mentiras y silencios.

Neftalí comenzó a trabajar en la refinería Belot, de ESSO, junto al puerto de La Habana, donde enseguida entró en contacto con los líderes sindicales. Ni siquiera a Jorge Luis, que trabajaba con él de electricista, le reveló que pretendía poner una bomba en la refinería.

Hasta que se asentó definitivamente en La Habana, Neftalí, a quien la soledad pesaba casi tanto como sus remordimientos de conciencia por no tratar a sus hijos decentemente, sólo había visto a Fermina esporádicamente: sabiéndose perseguido, evitaba las visitas a Mayarí y a Preston. A lo sumo, cuando en sus recorridos a la busca de armas pasaba por algún lugar cercano, mandaba aviso a Fermina de que fuese a esperarlo a un punto fijado de antemano. Fermina, dócil, resignada, cogía a alguno de los hijos, cuyo poder sobre la conciencia de Neftalí sabía mayor que el propio, y se iba a ver a su hombre allá donde la llamase. En esa época frecuentaron hoteles, habitaciones de desconocidos relacionados con la subversión, e incluso cuartos de bayú, donde pasaban alguna noche juntos, hasta que la misión de Neftalí o la prudencia exigían un nuevo cambio de aposento. Pero ese hombre con el que se citaba Fermina no era su Neftalí. Es verdad que recibía a los niños con abrazos e incluso alguna lágrima mal disimulada. Que jugaba con ellos hasta que los vencía el sueño y les contaba aventuras e inventaba promesas para tranquilizar su inquietud. Es verdad también que, cuando se habían dormido los niños, Neftalí se sometía a las caricias y besos de Fermina, a su manso acoso de mujer insatisfecha. Pero mientras le oía jadear e incluso musitar alguna palabra amorosa, Fermina palpaba aquella carne, olía el sudor y el aliento del hombre, escrutaba su rostro, pretendidamente cariñoso al principio, agitado y vuelto hacia sí mismo después, y por fin relajado, casi infantil al dejarse conquistar por el sueño, y Fermina se decía, incluso susurraba al dormido, Neftalí Larraga, bandido, tú a mí no me engañas, y lloraba calladamente.

Fermina conocía a la perfección las argucias de la desgracia, sus disfraces. Se daba cuenta de que Neftalí se aprovechaba de su fidelidad ahora que necesitaba un apoyo, un puerto seguro donde descansar del acoso y la amenaza. Neftalí usaba su regazo, sorbía sus besos, se confortaba al calor de su cuerpo, pero con un secreto desapego que le revelaba que el amor de Neftalí habría podido ser para cualquier otra. Una puta de La Habana, la primera campesina que abriese para él sus piernas habría dado a Neftalí tanto como él tomaba de Fermina. Neftalí Larraga, mal hombre, pirata, gallego de mierda —este era el supremo insulto con que culminaba la ira de Fermina, marcando rotundamente la distancia que la separaba de quien siempre sería un forastero—, a mí no me engañas. Si estás conmigo es sólo porque sabes que no corres peligro, porque Fermina no es una de esas que te denunciarían o robarían. Porque soy buena, por eso tú me mientes.

Y la embargaban secretas fantasías de delación, en las que Neftalí pagaba su doblez en oscuras y húmedas mazmorras, se quedaba tirado como un animal moribundo y con una tremenda cara de sorpresa, él que se creía saberlo todo y que la pobre Fermina no se enteraba ni de sus

pedos, allí iba a estar, podridito en el barro del calabozo, que estaría cundido de niguas que se le irían metiendo por bajo las uñas de los pies, anidando en bolsas de pus y sangre, ni caminar podría, con los dedos infestados y doloridos, y Neftalí se desesperaría y lamentaría sus errores, la dureza de su corazón, hasta que ella, finalmente, se apiadaba y lo sacaba del encierro, lo devolvía a la luz y la vida, aunque no lo mereciese, pero qué iba si no a hacer ella, Fermina, sin el amor, o al menos la compañía del mal hombre.

Cuando le llegó la noticia de que Neftalí quería que se mudasen a La Habana, Fermina se alegró tanto como el día que escuchó por primera vez el grito de Neftalí, su llamada de socorro. Preparó el equipaje con la ilusión de quien realiza un viaje transatlántico con la creencia de que del otro lado aguarda una nueva vida, nuevas promesas y posibilidades. Partía sin dejar atrás nada que de verdad le importase. Sus niños los llevaba consigo. Su hombre estaba en La Habana. Nada había en Mayarí que pudiese echar de menos: ni el río traidor, que se iba comiendo año a año el pueblo, ni la familia de Neftalí, esos Larraga altaneros que no la habían invitado ni una vez a un dulce, ni los vecinos, ni el sol brutal de Oriente. Allá en La Habana, decían, hacía más fresco. Y había edificios más altos que la torre del Central, y las calles estaban repletas de autos tocando la bocina, y la noche estaba tan llena de anuncios luminosos que uno ni se enteraba de que el sol se puso. En La Habana, asentados por fin como las personas decentes, en un apartamento de un alto edificio desde el que se vería el mar, podrían volver a aprender a quererse. Y los niños irían a un colegio de ricos. Y Neftalí, que acaso ya había comprendido el error que cometió abandonándola por segunda vez, no se separaría nunca de ella. Porque si no, para qué la llamaba a vivir con él. Por amor, sin duda.

La decepción de saber que no vivirían en uno de los altos edificios con elevador y que en Cerro, el barrio popular donde Neftalí tenía entonces su casa, los anuncios de luz fría estaban tan ausentes como en los barracones de Preston, no pesó en exceso sobre el ánimo de Fermina. Tampoco se veían el mar ni los transatlánticos de que ella había oído hablar y que imaginaba surcando las aguas frente a la ciudad, como blanquísimos edificios adornados con luces y guirnaldas de colores, de cuyas ventanas sin duda escapaban músicas alegres. Pero al menos vivían todos juntos como las familias de verdad, en una casa que, sin ser cómoda ni espaciosa, tenía luz eléctrica y agua corriente. Y Neftalí había cogido un buen trabajo en una petrolera, y regresaba a casa a sus horas, y, aunque no era cariñoso, buscaba con regularidad su cuerpo y sus abrazos. Era cuestión de tiempo, de que se le espantasen los pájaros que le quedaban aún en la cabeza, hasta que Neftalí se decidiese por fin a ser el hombre que ella podía hacer de él.

Por eso, cuando una mañana Neftalí le dijo hoy los niños no salen de casa, Fermina sintió que el mundo se tambaleaba.

—¿Por qué, Neftalí?

—Porque nos vamos. Prepara las cosas.

—¿Adónde?

—Ya veremos. Tú haz lo que te digo.

Fermina, que nunca supo rebelarse a una orden, metió la ropa en varias bolsas de tela, vistió a los niños y se sentó con ellos en la sala, a esperar la siguiente instrucción.

Estaba claro que Neftalí aguardaba algo o a alguien. Miraba el reloj, se asomaba a la ventana, recorría la casa como si buscara algo que no hallaba. Para engañar el tiempo se puso a afeitarse.

Daba miedo. Neftalí, tan callado y ceñudo, siempre como insatisfecho, rumiando agravios y distancias.

Como un volcán, se decía Fermina, que se va a poner a escupir candela. Y pensaba con aprensión que Neftalí pudiera ser uno de esos de los que hablaba Bohemia, que en abril, porque abril desata las maldades y aviva las locuras, tumbaban a quien se ponía por delante, o descuartizaban a su esposa, a sus hijas, y hasta al caballo, sin razón aparente, si no es porque el mes era propio para enconar las inquinas, para azuzar las venganzas. Como aquel que salió a la calle preguntando a los que se encontraba por el camino si eran felices. Y al pobre desgraciado que respondía que no le pegaba una cuchillada en el cuello, y decía que para poner fin a su infortunio. Neftalí, ahí tan silencioso, afeitándose como el que no quiere la cosa, pero roído por una rabia, por un rencor contra el mundo que no tenía justificación alguna, desagradecido, que podía presumir de una mujer que lo quería y aguantaba sus humores, que estaría dispuesta a trabajar por él si se lo pidiese y lo acompañaba como un músico de feria a donde la llevaba, sin preguntar, y varios hijos sanos, que querían a su papá más que nada, pero él ni los miraba, era ella la que tenía que consolarlos cuando les entraba el miedo por la noche, y preguntaban por pipo, mamá, por qué se ha ido pipo, y cuándo va a venir, que qué les iba a responder ella, sino una mentira, pipo va a venir bien pronto, pero ella ni sabía si iba o no a venir el mal hombre, porque la revolución está bien, lo que es justo es justo, pero no lo es olvidarse de su sangre, despreciar su descendencia. Y lo veía ahí, afeitándose como si nada, pero más ceñudo que una lechuza y callado como una culebra, qué tramarás, Neftalí, qué nueva maldad, qué gusano te anda en el corazón.

Cuando se escucharon las sirenas, allá a lo lejos, hacia el mar, Neftalí consultó el reloj e hizo un gesto a Fermina.

—¿Qué fue?

—Nos vamos. Vivo.

—¿Y tu empleo, lo dejas?

—Voló por los aires. —Y Neftalí se rio con esa risa malvada que se le ponía a veces, cuando se reía de cosas que él solo sabía.

La mañana siguiente, ya mudados a una casucha de Luyanó, Fermina oyó en la radio que en la refinería de ESSO, junto al puerto, una bomba había provocado una grave avería en la instalación eléctrica. ¿Por qué no le había dicho nada Neftalí? ¿No se fiaba de ella? ¿Aún no se había dado cuenta de que era la única persona en la que podía confiar? Los hombres son así, ensorbidos siempre con lo que no tienen. Y lo que tienen, hasta que no lo pierden, ni lo miran.

Cuando el 8 de enero de 1959 el comandante Fidel Castro entró victorioso en La Habana, Neftalí regresó a casa agotado, sucio, feliz, después de varias semanas de ausencia, en las que Fermina sólo supo que se encontraba bien por recados que le llegaban de vecinos y desconocidos, y porque más de una vez entró la policía en la casa y la interrogó, poniendo más énfasis en los porrazos que en las preguntas y amenazando con regresar a matarla como supiesen que le ayudaba. En esos momentos, a pesar de los golpes y humillaciones, Fermina experimentaba la libertad de Neftalí como una secreta venganza, y en lugar de guardarle rencor por los dolores que le causaba, agradecía esa humilde participación en el poder de los rebeldes. «A mi Neftalí no lo van a coger nunca, huevones. Es mucho hombre para ustedes», decía en voz baja, mientras aguantaba los empujones, las bofetadas y los insultos.

Desde el momento en que Batista perdió el control de la ciudad, Neftalí se sumó a los grupos del Movimiento que se esforzaban, sin demasiado éxito, en mantener un orden mínimo en las calles, desarmando a los contrarrevolucionarios que aún defendían la República cuando su jefe ya había huido con todo el dinero que pudo llevarse, y también para evitar, ya que no los saqueos a que se entregaron quienes consideraban llegada la hora inaplazable de la redistribución de la riqueza, sí al menos los asaltos a que se dedicaban con cierta impunidad los delincuentes comunes aprovechando la desbandada de una policía inoperante. También encontró tiempo Neftalí para ir a buscar al cabo Mas, trasladado a La Habana, donde continuó en la policía sus actividades de interrogatorio, tortura y eliminación de disidentes. Alguien consiguió su dirección en una callejuela de La Víbora. Acompañado de Jorge Luis y de otro compañero que tenía motivos para odiar al cabo, fueron a su casa una noche resueltos a matarlo. Pero sólo encontraron a su esposa: nada más verlos llegar con las pistolas ya preparadas, se abalanzó sobre ellos ignorando el riesgo y llamándoles asesinos, chusma, maricones, acaso las palabras que su hombre había utilizado tantas veces en su presencia. El cabo Mas había huido ya,

previendo lo que le aguardaba al triunfo de la revolución, y atrás dejaba a aquella mujer que probablemente pensó que la llevaría consigo a un exilio, si no dorado, sí al menos protegida de las humillaciones y venganzas de las que sin duda sería víctima en la isla. Pero no volcaba su rencor sobre el hombre que la engañó, sino sobre esos otros que amenazaban su vida, atribuyéndoles a ellos la culpa de la traición. Allá la dejaron, llorando de rabia, como si en efecto hubiesen matado al hombre.

Cuando llegó Fidel, aunque todos los amigos de Neftalí se unieron a las masas en su júbilo revolucionario, él, que nunca fue dado a exaltaciones ni excesos, consideró que era el momento de irse a descansar. La victoria lo alegraba, pero no le incitaba al entusiasmo y el grito, a la risa y el coreo de consignas, a la venganza personal ni al odio contra los vencidos. Una vez conseguido el triunfo de la revolución, los soldados debían replegarse para dejar paso a los tribunales.

Neftalí regresó a casa, donde Fermina casi había dejado de aguardarlo, y al verla, magullada, tan cerca del llanto y la renuncia, tan conmovida por el regreso de su hombre, tan entregada con su disposición de res fiel, Neftalí, por primera vez en muchos años, se sintió reconciliado con ella y con la vida. Entró al único cuarto de que disponían y comprobó que todos los niños dormían, a salvo, en un apretado racimo de miembros lánguidos. Eran ya cinco los hijos que había tenido con esa mujer. Y ahora que resbalaba de sus hombros la responsabilidad histórica, recaía sobre él la carga más modesta de la paternidad. Salió de la habitación sin hacer ruido. Se fue hacia Fermina y la abrazó, mientras ella, con la respiración contenida, desconfiada, con ese ademán de perro apaleado que le había enseñado la vida, aguardaba las palabras de su hombre, que se anunciaban solemnes.

—Hemos vencido, Fermina, coño, ganamos. Ahora todo será diferente.

Y Fermina rio feliz, se apretó al cuerpo de su hombre, maloliente tras tantos días de afanes y temores pero firme, y creyó, una vez más, la promesa.

Es cierto que en esa época las cosas parecieron cambiar para Neftalí y su familia. Terminada la revolución, conjuradas las primeras amenazas de agresión por parte de Estados Unidos, Neftalí obtuvo un puesto de Inspector de Industria Maquinaria Textil y una vivienda en El Cotorro, un pueblo cercano a La Habana, donde se le nombró responsable de vigilancia del CDR. La nueva casa, de ladrillo, constaba de dos dormitorios, un baño, una cocina y un salón, y estaba rodeada de un pequeño huerto. No les preocupaba la exigüidad de sus dimensiones para tan nutrida familia. Cuando se fuese consolidando la revolución, pensaban, se podría soñar con viviendas más espaciosas.

Tumbado por el suelo del salón cuando su empleo se lo permitía, sumido entre manuales y cuadernos, Neftalí fue mejorando sus difusos conocimientos de la aritmética y la gramática; para realizar su trabajo

más eficientemente, se instruyó en contabilidad y aprendió rudimentos de economía y tecnología. No sólo aprendió a escribir correctamente, consolidando su ortografía, sino también una cierta habilidad retórica y la lógica justa del lenguaje revolucionario. «La revolución es un árbol. La inmensa ceiba de nuestros antepasados, el árbol al que se acogen los esclavos, los parias, los explotados. Sus ramas nos protegen de la intemperie. En su ancha copa anidan las aves. Su tronco poderoso es como el pecho del revolucionario, una columna que se alza orgullosa ante el enemigo. La revolución es un hermoso árbol, que no está en un patio ni en la propiedad de nadie; no hay a su alrededor cercas ni guardianes. Es el árbol del pueblo. A todos nos cobija y protege. Pues somos nosotros quienes lo hemos plantado. Ahora nuestra obligación es cuidarlo para que lo vean nuestros hijos, para que ellos recojan los frutos...» Sus breves pero intensos discursos en las reuniones del CDR recogían siempre el aplauso de los vecinos, sobre todo el de las mujeres. A pesar de que Neftalí tenía casi cincuenta años, seguía siendo un hombre atractivo, de mirada amable pero que sabía ser firme, cabellos ondulados y abundantes, un fino bigote de galán cinematográfico de aquellos años, y una voz convincente, clara, directa. No se sabe, sin embargo, si los romances que se le atribuyen fueron ciertos o meros rumores de vecindario.

Pronto nació Mercedes, la última hija de Neftalí y Fermina, y la única que consiguió empañar los recuerdos y añoranzas de su papá; resignado a que ya nunca sería el padre que quiso ser para Lidia, decidió serlo para esa hija que le nacía después de la gran victoria, en ese mundo que él estaba ayudando a construir. Aunque jamás llegase a ser feliz —cómo iba a serlo, convencido ya de que jamás recuperaría a Amparo y Lidia—, sus hijos lo serían por él. Si en esos tiempos no llegó a sentir pasión por Fermina, al menos se apagaron en él el odio y el rencor. Eran también los años en que Cuba parecía reconciliarse con la historia, si no con la geografía.

Mercedes, que fue la primera en pedir, eligió un pollito.

Belita, después de mucho pensárselo, porque primero se iba a pedir un gato, pero el pollito de Mercedes le dio envidia, se decidió por una pareja de patos.

—Eso es hacer trampa, Belita. Yo les dije un animal. Pero bueno está. Dos patitos. ¿Antoñín, por qué tú te decidiste?

—Yo el último. Yo me pido el último.

—Dale, Cindi, qué tú quieres.

—Ay, un perrito, pipo, pero chico, no crecido.

Neftalí anotó la petición: un perro chiquito para Lucinda.

—Ángela, mi amor, tú ya estás bien mayor, pero aquí se aplica la ley revolucionaria: todos tienen los mismos derechos.

—Un gato jabao.

Fermina, sentada un poco fuera del círculo que formaban Neftalí y sus hijos, apenas podía contener su alegría, se daba a cada petición sonoras palmadas en los muslos, reía cada ocurrencia, restregaba los pies presa de la impaciencia y la excitación.

—Esta casa va a ser como el arca del Jaco —dijo Fermina, incapaz de seguir en silencio el desarrollo del reparto.

—Antoñín, dime.

El niño contenía la risa y negaba con la cabeza.

—Yo el último, pipo, el ultimito.

—Niño, si Bida no está el último eres tú.

—Falta Mima, ella no ha pedido.

Fermina lanzó una gran carcajada. Qué ocurrencia, ella un animalito, como si no tuviese bastante trabajo en la casa. Negó con la cabeza incapaz de hablar por la risa.

—Es la ley revolucionaria, mamá —apremió Ángela.

—Vamos, Fermina, ¿qué animal tú quieres?

Fermina pasó, casi sin transición, de las risas a las lágrimas. Con una punta del delantal trataba de enjugarse los ojos y la nariz, pero sin hacer su petición.

—Ay, mima, pero ¿qué te pasa?

—No sé qué me dio —explicó, aún lloriqueando.

—Dale, Fermina. Tú pide lo que quieras.

Fermina dejó pasar un rato antes de hablar, aunque sabía perfectamente lo que iba a pedir. Pero era una sensación tan rica que alguien se interesase por sus deseos, que no quería malgastarla demasiado deprisa. Aprovechó el buen humor de la familia para hacerse de rogar.

—No sé...

—Apúrate un poquitico, mima —rogó Antoñín.

Fermina se acordó de cuando aún vivía en Oriente, antes de conocer a Neftalí; y de cómo, cuando mendigaba la comida de cada día, se paraba ante los corrales de los vecinos imaginándose propietaria de los animales. No podía haber mayor felicidad: escuchar por la noche su ajetreo, saber que estarían allí al día siguiente y que se irían multiplicando con el paso del tiempo. Darles de comer con la seguridad de que la basura se volvía alimento, reserva, la promesa de una vida sin hambre ni temores. Fermina levantó su cara reluciente, y, sin atreverse a exigir, a pesar de sus derechos revolucionarios, suplicó:

—Por favor, Neftalí, regálame un par de puerquitos.

A los niños les hizo tanta gracia la petición, que hubo que interrumpir el reparto mientras unos reían, otros gruñían, y Fermina lloraba entusiasmada.

Neftalí apuntó ecuánimemente la petición y se volvió a Antoñín.

—Ahora sí que eres el último.

Antoñín se levantó de un salto, se plantó ante todos con las piernas separadas y moviendo los brazos enfrente de la cara, que hubiese parecido un perrito nadando si sus manos no hubiesen estado crispadas, con los dedos curvos y muy separados. Entonces dio un tremendo rugido y gritó:

—¡Yo quiero un tigre! —Y se quedó sorprendido cuando todos, incluido su padre, rompieron a reír.

»¡Yo quiero un tigre! —insistió, repitiendo el temible rugido, y no resultó fácil convencerlo de la imposibilidad de tener un tigre en corral tan chico, aparte de que se iba a comer los puerquitos, los pollos, el gato y hasta a Fermina cuando fuese a echarles de comer. Ni fue fácil consolarlo de la pérdida; porque él había dejado pasar las mejores peticiones, el perro y el gato, para conseguir su tigre, y ahora todo estaba ya pedido.

—Tú piensa otro animal, el que sea, que pueda estar en el corral y no se coma a los otros, y yo te lo compro —ofreció Neftalí.

Antoñín, enfurruñado, dando a entender con su labio inferior adelantado y su frente fruncida cuánto salía perdiendo con aquel cambio, concedió:

—Pues, por lo menos, regálame un potrico.

Todos se volvieron hacia Neftalí, aguardando la nueva negativa y temiendo el reinicio del llanto, pero Neftalí se limitó a apuntar, mientras leía en voz alta, «el potrico más bonito que tengan para Antoñín».

—Papi, hay alguien en la puerta de la cerca, yo creo que te busca —le anunció Lucinda.

—¿Quién es?

—No sé.

—Una mujer —le explicó Ángela, que, siendo la más mayor en la casa después del matrimonio de Bidasoa, se había dado cuenta de que a su padre a menudo no le interesaba la identidad sino el sexo de los visitantes.

Neftalí se levantó de la silla, fue al espejo a comprobar el buen estado de su atuendo, pasó apresuradamente la mano por los cabellos y salió a la calle.

A Fermina no le importaba. No tenía celos de todas esas flores de un día, picúas y puercas que revoloteaban alrededor de Neftalí buscándole el palo. Aunque Neftalí quisiese a Fermina, esas mujeres le rondarían como gallinas al gallo, y él qué iba a hacer si se le entregaban así, si le daban jamón por nada, pues haría con ellas lo que los hombres hacen cuando les pica. Era la otra, la de lejos, la que se lo arrebataba. Había leído sus cartas a escondidas y soportaba en silencio el insulto de su casorio, del que Neftalí nunca le dijo nada. Sin embargo, no se atrevía Fermina a quejarse de su suerte en aquellos años en que Neftalí se comportaba como un verdadero padre y a veces, raras, pero le bastaban, se avenía a compartir con ella su carne y sus ansias. Lo demás, sus repentinos malos humores, sus ariscos silencios, todas esas noches en que no era de ella porque no era de nadie más que del pasado y la distancia, se había acostumbrado a considerarlo el precio que tenía que pagar por minutos como los que acababan de transcurrir, en que los Larraga parecían una familia como cualquier otra.

Esa misma tarde Neftalí reapareció al volante de un camión, del que fue bajando, para asombro y jolgorio de los vecinos que se arremolinaron a la puerta, unos pollitos y dos patos diminutos en una caja de cartón, un gatico de pelo rojizo y un perrillo de raza indefinible en un cesto; luego, atados a una cuerda, dos ruidosos lechones, y, por fin, un potro zaino de patas delgadísimas, que descendió tambaleándose del camión, atontado por los bamboleos del viaje.

—Pipo, qué pena —dijo Cindita esa noche dejando la cuchara en el plato, y todos entendieron a qué se refería, aunque Neftalí hizo como si no escuchase. Llevaba ya rato oyendo los golpes que el potro daba contra la puerta de la casa, sus resoplidos, su disconforme piafar.

—Pobrecito el potrico, seguro que tiene miedo.

—Yo creo que echa de menos a su mamá.

—Qué lástima da separar a un niño de su madre.

—Hay que tener poco corazón para hacer una cosa así.

—A mí me parece que llora, ¿no lo oyen?

Neftalí decidió interesarse por las noticias que traía *Granma*, pero no conseguía concentrarse, acribillado por las miradas acusadoras de toda su familia.

—Un niño, si se lo quitan a su mamá muy chico, se muere.

—Pues al potrigo le pasará igual.

—Es un crimen lo que estamos haciendo.

Al día siguiente, cuando Neftalí entró hasta el salón tirando de una yegua descomunal, Fermina volvió a estallar en un llanto cuya causa nadie comprendió.

—Como entre otro animal en esta casa, yo los dejo. Así que ustedes verán —dijo Neftalí con severidad, pero secretamente disfrutando los mimos que los niños empezaron a repartir entre él y la yegua.

TERCERA PARTE

I

La Habana se desmorona como la esperanza. Hubo tanta hermosura en esas calles, tanto orgullo. Cuando marcharon los Cadillac y sus dueños, cuando las putas se hicieron amas de casa, guerrilleras o maestras, cuando la firma del Che autentificaba, casi purificaba, los billetes de banco, cuando se enseñaba el alfabeto en barrocos palacios, cuando las palabras de Martí aún sonaban a nuevas, cuando los lemas revolucionarios pintados en las paredes eran obra de campesinos y conductores de guagua, cuando los uniformes no evocaban vagas amenazas, sino que apaciguaban.

Ramón está asomado a una ventana del Hotel Inglaterra. El Parque Central, en la madrugada, va quedándose desierto. Ya no duermen en él borrachos ni mendigos. La policía hace su desganada ronda. Las jineteras sólo aguardan hasta haber encontrado un cliente o hasta haber desesperado de encontrarlo; y quienes merodean alrededor de las billeteras también van desapareciendo hacia calles peor iluminadas. Sigue un breve momento de calma, acaso a lo lejos el ulular de una perseguidora o el petardeo de un motor. Quedan los pomposos edificios en silencio, iluminados por los focos excesivos, rodeando la estatua de Martí que arenga a una multitud inexistente. Las charangas de los hoteles se han ido a dormir con su fingida alegría; se acabaron los contoneos rituales, los ritmos sabrosos por obligación, la celebración festiva de lo hermosa que es la vida en el trópico. «Ay, papi, esto es Cuba; aquí viene uno a divertirse», le había espetado una mulata algo avejentada a la que no quiso sacar a bailar. Y los turistas ya no ensayan con sonrisa boba los ritmos de salsa en las terrazas, sino que resuellan en medio de su amor recién adquirido, disfrutan del *lifting* para el alma que les entregan, casi gratis, muchachitas tostadas, las cuales simulan ardores y pasiones que ellas mismas parecen creerse. Hay en La Habana, a esas horas, un silencio de escenario abandonado. Hasta que, a la primera claridad, va despertando el parque con los cantos de gallos prisioneros, los balidos de las cabras que comienzan a triscar entre los escombros, el chillido de los puercos disconformes con el exiguo corral improvisado en el balcón. Se levantan humarrones de las chimeneas del puerto, aparecen los primeros ciclistas, se abren contraventanas y cierres metálicos, por las arcadas lentas figuras se asoman al nuevo día con desgana. La Habana resurge de sus ruinas con estupor de ciudad recién sacudida por un terremoto. Y esas ruinas en la luz primera de la mañana parecen casi hermosas, como si fuesen testigos no de un pasado irremediamente destruido, sino de un futuro de reconstrucción y entusiasmo.

Pero es un espejismo, que se disipa a medida que avanza el día. Tal vez consigan salvar los edificios gracias a las subvenciones de la UNESCO, se dice Ramón. Reemplazarán las vigas y columnas más podridas, reforzarán dinteles, tapanán las grietas, revocarán paramentos,

alicatarán los patios, limpiarán el óxido de las aldabas y cubrirán La Habana de alegres pinturas. Pero no hay enlucido que oculte el cansancio de sus habitantes; no hay restauración posible para el edificio carcomido de sus ilusiones.

—¡Perros! —les rugió—. Perros de otra camada.

Fermina hipaba en un rincón del salón y Mercedes intentaba esconder la cara en el voluminoso pecho, mientras la madre la mecía sin verla, más por tranquilizarse a sí misma que a la niña.

—Ustedes no son míos. —Neftalí rebuscaba en la cabaña nadie sabía qué, con un papel en la mano, un papel que enarbolaba como si fuese una prueba de algo, y se lo enseñaba a su familia para que se diesen cuenta de cuán justa era su ira. Dio un empujón a Antoñín, al que persiguió con un manotazo que no alcanzó su destino. El chico se desplazó por el cuarto mirando al suelo a la vez que se rascaba perentoriamente un brazo.

—Ustedes no son mis hijos. Mi familia es otra —anunció Neftalí desafiante, y se libró del pegajoso abrazo de Belita, que quería frenar el loco deambular de papá lastrando sus piernas, buscando su ternura, golpeándolo incluso.

—Niños, vengan aquí —sollozó la madre—. Su papá se volvió loco.

—Yo no soy su papá. Son todos tuyos. Tú los quisiste, no yo. Mi familia está en España. —Y volvió a enarbolar el papel.

—Estás tomado, Neftalí, eso es lo que te pasa. O no tienes vergüenza. Tratar así a tu familia.

Neftalí se fue hacia Fermina, golpeó su rostro inerme.

—Les digo que no son mi familia.

Fermina, con Merceditas todavía en los brazos, no pudo defenderse más que a gritos. Lo cubrió de insultos, llamó a los vecinos, a las fuerzas protectoras de Yemayá. Juró que jamás volvería a mirarlo a la cara, nunca, nunca, nunca volvería a acercarse a él, y sus hijos lo odiarían por lo que les estaba haciendo. Neftalí la golpeó otra vez, ya sin ganas y casi sin ira.

—No son mis hijos —masculló.

Cuando llegaron los vecinos, Neftalí salió de la casa con la carta de Amparo en la mano, abriéndose camino entre los intrusos, que corrieron a consolar a Fermina y a Belita. El chico, sentado a la mesa, con la libreta de las tareas delante, los miró como sorprendido de su

presencia, pero enseguida volvió a concentrarse en la comezón del brazo y a fingir que estudiaba el cuaderno abierto. Limpiaron a Fermina los arañazos del rostro, a Belita los mocos.

—Antoñín, niño, trae un poco de agua.

Antoñín se levantó y salió a la calle como si fuese a cumplir el recado, pero enseguida se olvidó de él. Se echó unos gujarros al bolsillo y trepó al guayabo que crecía detrás de la casa. Desde allí arriba se entretuvo en intentar acertar a las gallinas.

—Díganme si no es un mal hombre, un loco, se lo juro. Les juro que yo no hice nada.

—Bueno, m'hija, que ya se le pasará.

—A él sí, pero a mí no —prometió Fermina. No era la primera vez. Y ella intuía que tampoco sería la última. No había abandonado su pueblo para que le diesen más golpes. Ella había querido construir una familia, y ayudar a Neftalí, que siempre necesitó su ayuda. Muerto estaría, comidito por las auras, los perros jíbaros, las polillas. Allí tirado al borde de un camino, como el pellejo podrido de una res, rodeado de moscones y otros bichos. Ella lo curó, al mal hombre. Le dio hijos, que ya quisieran muchos una mujer tan mujer, siempre dispuesta. Pero eso ya se acabó. Que se fuese a España de una vez, si es lo que quería. A ver cómo lo recibían allí. A ver si aquélla, la otra, iba a ser mejor madre y esposa, a ver si ella le aguantaba esos humores y esos tratos, que ni a un perro.

Desde ese día Fermina se enclaustró en un mutismo enfurruñado que fue alejándola de la vida del patio y de las calles, a medida que la sumía en otra vida, irreal, vicaria, trazada para su imaginación por los terribles y puntuales dramas que emitía la radio. Ella habría preferido que, al menos en la radio, nada hubiese cambiado, que los protagonistas continuasen siendo condes españoles, terratenientes, doncellas adineradas, que habitaban enormes palacios de mármol llenos de sirvientes, como antes, en lugar de revolucionarios y guerrilleros que vivían en la selva o en un mugriento cuartucho mientras se disponían a entregar sus abnegadas vidas. Pero aun así, siempre había una mujer sufriendo, eso no lo cambiaba ni la revolución, siempre alguna pobre esposa traicionada, con la que podía identificarse, o soñar con aquellas que, a pesar de la desconfianza de los hombres, conseguían hacerse un hueco en la historia heroica del país.

Ya olvidaba Fermina sus hierbas, que se le iban poniendo lacias o mohosas en sus rebujos de trapo. Ya los nombres de los santos, las jaculatorias, los insólitos conjuros que había ido acuñando con el paso del tiempo se perdían en el manglar de su memoria, se mezclaban y quebraban en retazos de frases que Fermina, cuando se sentía particularmente triste o encontraba la fuerza para desear una ventura para sí o un mal para otro, asomaban a sus labios, al principio con la

pasión de antaño, pero pronto se difuminaban, se interrumpían, se entrelazaban en una frase sin sentido que al final Fermina olvidaba concluir. Porque su cerebro y su vida andaban extraviados en el único lugar en que parecía que las cosas funcionaban con una lógica comprensible, donde premios y castigos se repartían con justicia, a veces haciéndose esperar, pero siempre, al final, recayendo certeramente sobre quienes los habían merecido.

Y Fermina lloraba, con un pañuelo mugriento en las manos sobre el que vertía toda su conmiseración, o se entregaba a violentas iras contra la maldad y la idiotez de los hombres, o se reía de felicidad, o temblaba de temor. Fermina, inmersa en los vaivenes de aquellos destinos, vivía todo lo que en su propia existencia tan sólo se apuntaba. Ella también sentía esos dolores, experimentó pérdidas, golpes, engaños, traiciones. Pero no sabía decírselo a nadie. Y las pocas veces que intentó contarle a Neftalí, él se desinteresaba, se impacientaba, hombre sin alma, que no tenía corazón, sino un leño en el pecho, desagradecido, traidor, ladrón de sus sueños, grandísimo mentiroso. Además, Fermina, mientras lloraba o se irritaba o aguardaba esperanzada el final que devolvía al mundo la justicia y a las mujeres la fe, sabía que en otras casas, en otros cuartos húmedos y estrechos como el suyo, había más mujeres que seguían atentamente el relato sintiendo lo mismo que ella. Y era como si Fermina, mientras escuchaba la radionovela, no fuese ya una paria, esa piltrafita que quedaba tras el engaño de un hombre; se convertía en una más, una mujer, el miembro de media humanidad a la que había tocado sufrir las maldades de la otra media. Fermina, entre hipos y mocos, con la boca tremendamente abierta, no se avergonzaba de sí misma: se sabía partícipe de una desgracia universal. No era ese monstruo que Neftalí se empeñaba en ver en ella. No era una mujer indigna de amor. No era culpable de su desgracia. No estaba sola. Neftalí sí.

—Pobre hombre. Qué mala suerte tuvo en su vida.

Es lo primero que espeta Pueo cuando se le pregunta por Neftalí. Vive en una casa de ladrillo en El Cotorro desde hace casi veinte años, donde aún ejerce la medicina. Conduce un carro abollado contra mil esquinas, porque la vista y la concentración le van fallando al médico.

—¡Pueo! —grita Darío por la puerta entreabierta. Aguarda un rato prudencial, pero nadie asoma—. ¡Pueo! —vuelve a gritar hacia el interior—. No está en casa —dice volviéndose hacia Ramón. En ese momento se escucha un sonido de pies arrastrándose y del fondo de la casa asoma un anciano en pantalones cortos. Estudia a los visitantes con sus ojos de un azul blanquecino, que de lejos parecen los de un ciego, pero de cerca enseguida se descubre en ellos un brillo casi entusiasta; los ojos alerta y apasionados de quien ama la vida. Las cejas pobladas contrastan con sus cabellos ralos. Está muy delgado; la piel le cuelga del pecho y los brazos como trapos húmedos; los pómulos parecen a punto de horadar las mejillas. Camina ligeramente encorvado

pero con paso decidido. Sin duda no es uno de esos ancianos que se dejan sentar en un rincón donde no molesten y llevan allí una vida lacia de planta ornamental. Escucha con la cabeza ladeada —lo que acaba de dar a su figura reminiscencias de ave— como si no oyese bien a Darío, que le explica quién lo acompaña. Primero no entiende y pide aclaraciones. Pero de repente su mirada se ilumina aún más.

—¡Coño! —exclama—. ¡Coño! —Y tiende una mano huesuda y firme. Tira de los visitantes hacia el interior de la casa—. ¡Coño! —insiste por tercera vez, probablemente porque no se le ocurre nada mejor para expresar su alegría y su sorpresa. Y entonces es cuando comunica sin preliminares que Neftalí Larraga fue un hombre desgraciado. Ofrece asiento en un sofá de piel sintética renegrida y cuarteada, a su lado izquierdo.

—De este otro no oigo ya nada —explica. Con una de sus hermosas garras se aferra al brazo del nieto de Neftalí y comienza a contarle de su abuelo, de sí mismo, de su pasado, de lo poco que le queda de futuro.

—Lo conocí a principios de los setenta. Yo me vine a Cuba nada más acabar la guerra, en realidad con la intención de continuar para México. Pero así es la vida. Me quedé aquí; luego se fueron liando las cosas y cuando ganó Fidel decidí que sería más útil trabajando por la revolución en Cuba que en México. Nunca volví a marcharme de la isla, salvo una vez, no hace mucho, para volver a Barcelona, a un congreso de médicos de mi promoción. Qué raro era estar allí, chico. Y encontrarme con todos los que se pusieron del lado del fascismo, que dirigían hospitales y clínicas. Nosotros, claro, perdimos la guerra, y tuvimos que marcharnos. Pero no me quejo. Vivo en el único país justo del mundo. Es un privilegio.

Narra sus peripecias con la prolijidad de los ancianos, sin prisas, contento de tener un oyente que se haga receptáculo de esos recuerdos que pronto no vivirán más que en la memoria de quien los haya escuchado. De pronto se interrumpe y pide a su mujer que sirva café. Como ha perdido el hilo indaga por lo que ha llevado allí, después de tantos años, al nieto de Neftalí. La respuesta le encanta. También se da cuenta de la importancia de lo que diga. Así que pasa directamente a asuntos más solemnes.

—Tu abuelo estaba muy enfermo. Venía mucho a verme. A veces sólo por conversar, para hablarme de su mujer en España, chico, no se le iba el tema de la cabeza. Nos habíamos hecho muy amigos. Y yo se lo decía. Muchacho, no trabajes tanto. Te vas a matar. Pero él se iba todos los fines de semana al trabajo voluntario. A menudo se llevaba a Mercedes con él. No tuvo mucha suerte con sus hijas. Bueno, con alguna de ellas. A Mercedes la quería mucho, porque la acabó de criar él solo. Su mujer ya se había marchado. O aún no, no me acuerdo. Pero se llevaban como el perro y el gato.

»Neftalí luchó por la revolución como nadie. Pero estaba muy enfermo del corazón. Ya cuando vino a verme por primera vez se lo dije. Tiene que cuidarse, Larraga. Pero ni caso. Dos infartos y él seguía trabajando como un animal. Tenía que pasar.

Hace un breve silencio, como para reflexionar. Se vuelve hacia Ramón con la mirada de quien acaba de descubrir algo importante.

—Claro. No podía ser de otra cosa. Un hombre así tenía que morir del corazón. —Y se lleva la mano al costado, como para apaciguar el propio.

—Perros —musitó una vez más en la calle, dejando tras de sí el estrepitoso llanto de Fermina. Pero ya no se refería a su mujer y sus hijos, sino a esos otros que fueron su familia y que ahora lo traicionaban. Cuando triunfó la revolución acudieron a él cariacontecidos para, por su mediación, poder abandonar la isla. No lo merecían, los gusanos, pero Neftalí no dudaba de que alguno de ellos podría acabar ajusticiado cuando se descubriesen sus oscuros tejemanejes con los americanos. Así que utilizó su influencia a fin de que se les concediese un pasaporte para un viaje del que no pensaban regresar. Allá se quedaron, del otro lado, rencorosos y vengativos, dispuestos a hacer todo lo posible por echar abajo la gran obra revolucionaria. Gusanos. Pero no hubiese sido capaz de denegar la huida a sus propios hermanos. Les consiguió los papeles, les abrió paso a un futuro reaccionario y plagado de inquinas y calumnias. Con lo que no contó era con que tras medrar en el capitalismo, se les ocurriría la gran idea de encontrar las raíces de la familia, como nobles que buscan legitimación en la historia, ya que el presente, se la niega. Y fue su hermano Samuel quien, como decía la carta de Amparo que acababa de recibir, había visitado a Amparo y Lidia.

Aaaaaah. Neftalí estuvo tentado de echar a andar hacia las afueras de El Cotorro, perderse en sus arrabales, recorrer las empinadas callejas de tierra bordeadas de cabañas y pequeños huertos donde nadie lo conocía, acaso ocultarse en alguna zanja o espesura, donde podría entregarse a su desesperación sin dar explicaciones a nadie. Pero terminó optando por la dirección contraria. Se encaminó hacia el centro por las calles más iluminadas. Él no tenía por qué ocultarse allí donde era apreciado.

—Eh, Neftalí.

—Dime algo.

—Bárbaro. ¿Tú?

—Tremendo.

Llevaba ya seis años viviendo en El Cotorro, desarrollando allí su labor revolucionaria. En el CDR, donde preparó a los vecinos para la defensa en el caso de una agresión yanqui, explicándoles cómo convertir cada casa en un núcleo de resistencia: bastaban unos sacos terreros, un depósito de agua y concertinas de alambre de púas. En las milicias, donde se integró desde su creación. En su trabajo diario, esforzándose por que cada industria cumpliera con los objetivos fijados sin despilfarros ni chapuzas. Así que podía ir hacia las calles más concurridas con la cabeza alta. Nadie le reprochaba nada.

—¡Larraga! ¿Dónde te metiste?

—Compañero, pasé ayer a llevarte los planos, pero ya te habías marchado.

—Mañana a las cuatro en el CDR. ¿Estás bien?

—Bárbaro.

Se había guardado la carta en el bolsillo de la camisa, procuraba olvidarla, al fin y al cabo él no tenía ya nada que ver con aquel mundo, al que nunca regresaría. No era su culpa. Hizo lo que pudo, pero la vida lo llevó a empujones hacia otro lado. Seguro que su hermano lo había hecho a propósito. A la familia siempre le molestó que Neftalí guardase la fidelidad a la gente española, más que a la cubana, le reprochaban. Pobre Amparo, pensó. Eso es lo que le roía el corazón: la pena de Amparo. Se la imaginó al recibir la noticia. El mundo se le caería arriba. Y en Lidia no quería ni pensar. En su rencor triunfante, en cómo miraría a su madre, como diciéndole, ¿ves?, ya te decía yo que no era de fiar. Pero se equivocaba, a pesar de las mentiras, les había dicho la verdad en lo más importante. Siempre quiso volver a reunirse con ellas. Por eso les mentía. Pero Samuel no sería capaz de comprenderlo. Prefería caer sobre esa pobre familia y disipar sus ilusiones de un manotazo. ¿Cómo lo hizo? ¿Mediante una revelación solemne: Miren, yo lo siento de verdad, pero tengo que revelarles que Neftalí es un canalla?

No. Samuel llegó a Madrid en 1965, con la intención de conocer a esa familia de la que su hermano tanto había hablado. Le pareció que era deber del primogénito llevarles unos regalos, unas palabras amables para que no pensasen que todos los cubanos eran unos desconsiderados. Llegó vestido con un traje gris claro, que le hacía parecer aún más corpulento de lo que era. Estaba calvo y lo que antaño fuera músculo se había convertido en grasa. Era ya una persona mayor, que gastaba ademanes de hombre de negocios, vividor sin ser un calavera, experto en vinos y buenos hoteles, pero también laborioso y disciplinado. A los niños de Lidia los encandiló doblando chapas de cerveza entre dos de sus poderosos nudillos. A Amparo hablándole de Neftalí y de la mucha miseria que debía de estar pasando en una Cuba que se había decantado claramente por el comunismo, como era de esperar, pues las buenas palabras de Castro no le habían engañado a él ni por un momento. Quien se apoya en la escoria para triunfar no puede

sino acabar siendo escoria. A Lidia no consiguió encandilarla: ella recibía cortésmente, pero con gran distancia, cualquier manifestación directa o indirecta de su padre; no le gustaba que continuasen los cubanos metiéndose en su vida, y las lágrimas de emoción con que su madre escuchaba noticias de Neftalí le hacían hervir la sangre.

Fue después de un paseo por La Rosaleda del Retiro, cuando, sentados en uno de los quioscos junto al estanque Samuel dejó caer las palabras definitivas.

—Yo sobre todo lo siento por los hijos de Neftalí.

Amparo se quedó mirando a Lidia, quien rehuyó su mirada. Porque a Lidia también le dolió, aunque fingiese estar por encima de todo aquello, y no quería que su madre descubriese sus ojos húmedos. Ya hacía tiempo que decidió no verter una lágrima más por aquel individuo. Y si las vertía no las vería nadie, y su madre menos que nadie: buena gana de apoyar esa tendencia que de por sí tenía a la tragedia y la añoranza.

Samuel aún hizo unos comentarios a los que nadie prestó atención, hasta que se distrajo de su soliloquio y descubrió que Amparo tenía una cara tan compungida que podía romper a llorar en cualquier momento. Repasó mentalmente lo que había dicho, para averiguar la causa del pesar.

—¿Ustedes sabían que Neftalí tenía seis hijos, verdad?

—¿Seis? —indagó Amparo, aunque, o quizá porque el número era lo de menos.

—Y que vive con una mujer, les habrá escrito sobre Fermina.

Amparo se limitó a negar con la cabeza.

Aaaaaaaah. Neftalí gimió sólo para sí: nadie le iba a notar nada. Porque su vida privada estaba ya destruida, pero aún le quedaba el nombre, el prestigio que se había ganado poco a poco, luchando. En la carretera de La Habana había un bar en el que a veces se detenía. Nada más entrar en él le llamó la atención, acodado sobre la barra, solo y con la mirada enrojecida del borracho habitual, un negro larguirucho que le recordaba a otro, a uno que él mató años atrás de un disparo en la boca. No me vas a asustar, le dijo sin decir, y atravesó la sala para buscar una mesa al fondo. Respondió a los saludos usuales con sonrisa segura, estrechó algunas manos, aceptó un cigarro. Se sentó bajo un cartel desde el que Fidel, con el puño en alto, parecía dirigirse a la muchedumbre. Se esforzó en no ser más callado ni más ruidoso que de costumbre. El ron lo tomó con la medida que se le conocía: no pensaba embriagarse para anestesiar el dolor. Cuando nadie se dirigía a él, permanecía silencioso, pasando revista a los últimos años: coño, qué

vida de lucha. Ya desde joven, desde los dieciséis años en aquello, en Cuba, en España, otra vez en Cuba. Eso sí que era una vida irreprochable de revolucionario. Y no había cejado. Ni cejaba aún, porque no todo estaba hecho, como creían algunos. A pesar de la luz mortecina, por culpa de los bombillos fundidos y del humo que envolvía los cuerpos como una niebla, distinguió la cara del negro vuelto hacia él. El muchacho ese lo estaba jodiendo con tanto mirarlo.

—Larraga, el fin de semana vamos un grupo de voluntarios para la zafra, ¿qué me dice?

—Ni se pregunta.

—Pues lo apunto.

—Y para el otro fin de semana también, si hay camión.

—Y, si no, vamos caminando, mi hermano. Con Fidel al fin del mundo.

—Mejor aún al principio.

Lógico que su vida privada no fuera como él había querido. ¿Quién se lo iba a reprochar? ¿Qué comebolas le iba a decir, oiga, Larraga, usted no fue correcto con su familia? Los habría, sí. Porque a él lo habían perseguido siempre. Desde que tenía dieciocho años, si no antes, andaban tras él. Eso sí, habían tenido que correr. Porque coño, en Mayarí lo siguieron a tiros, y en España lo buscaba el paredón, y luego fueron la jungla y las fiebres, y más tarde otra vez, por toda la isla, todita la isla la había recorrido con alguien a la espalda, que en cuanto se descuidaba ya los tenía arriba. No le habían dejado parar, ni respirar, ni vivir. Le comían la existencia con sus persecuciones. ¿En cuántos sitios había vivido? Si se le había olvidado ya, que cualquier agujero era bueno para esconderse y seguir luchando. Más noches había visto que días. Si lo paren siguapa atinan mejor. ¿No iban a parar nunca? ¿No lo iban a dejar reposar, ocuparse de su familia, al menos de esa niña que les había nacido hace pocos años, que era ya casi su única ilusión? Porque a las demás las había perdido, con culpa o sin ella, no eran casi sus hijas, si apenas las había visto crecer. Pero Mercedes aún era suya y él se quedaría con ella. Fermina que se fuese al carajo con sus reproches. Él no había elegido. No podía aguantarla, con tanta crítica, tanto rumiar ofensas. Eran ellos, concho, no se daba cuenta de que eran ellos los que lo perseguían donde quiera que se parase. Mira el negro, ¿qué pasa, no me has mirado bastante?, será de ellos también, otro que me echan detrás. Se creerán que me voy a rendir. No me rendí en el monte, casi muerto por la fiebre, comido de bichos, lleno de heridas y calenturas. Si no se paró ahí Neftalí Larraga, no lo van a parar ahora. Ni aunque le pongan detrás un ejército. Chico, que todo tenga que ser pelea en esta vida. Pero, óigame, que el negro no se cansa de mirar. Ese me está esperando a que salga de aquí para asaltarme por un camino, que no es el primero que me acecha en una senda oscura. Pero el que

sabe caminar vigila su sombra. A mí ya esas astucias no me sirven. Bien sé yo lo que se hace con gente así.

Los que lo vieron cuentan que Neftalí se levantó despacio. Aún se paró a comentar con uno los detalles de una reunión que tenían prevista los días siguientes para mejorar el tendido eléctrico en una de las calles del reparto. Por lo visto apuró el cigarro, haciendo un chiste, algo así como que todo lo bueno acaba en ceniza y humo. Se fue poco a poco —al principio no se dieron cuenta, sólo cuando ya no tenía remedio comprendieron que lo tenía ya en la cabeza minutos antes— hacia la barra, dio conversación al camarero y le pidió una botella enterita, diciendo que era para una ocasión muy señalada. Por eso lo vieron todos los que estaban en el bar. Aguardaban un brindis o una explicación del acontecimiento. Pero cuando Neftalí Larraga cogió la botella, se plantó allí, alto como una torre, porque todavía, con más de cincuenta años, era un hombrón tremendo se volvió al pobre negro que estaba a su lado, un negro bembón y medio calvo, emborrachándose pacíficamente, que por mucho que uno aprecie a Neftalí, hay que reconocer que el negro no le chivó ni dijo una palabra con la que pudiese insultarse, y le dijo: ¿Tú me buscabas a mí? Pero al pobre muchacho no le dio tiempo ni a responder, se volvió como buscando al interlocutor de Neftalí y cuando se enteró de que hablaban con él, abrió la boca, sólo eso, tremendo botellazo le estalló en la frente, y el negro, que tampoco era chico, se derrumbó como una piedra, y cuando los que estaban cerca se abalanzaron a sujetar a Neftalí, ya era más que tarde: el negro estaba tendido en el piso, no se sabe si murió, probablemente no, porque no encarcelaron a Neftalí, y él, Larraga, ni se movió, se dejó arrebatar el cuello de botella de la mano, y mira que podía haberlo utilizado como arma, y sólo dijo:

—Vean ustedes. Y al próximo que me manden le va a ocurrir lo mismo.

El hombre nuevo. Esa era la parte que más le gustaba de los discursos del Che. Era una gran verdad: había que crear al hombre nuevo para que se consolidase la revolución. Esto no se conseguía con todos esos que salían a manifestarse pidiendo paredón para gente de la que no sabían más que el nombre y los cargos que les hacían. Ni podía vivir una revolución de verdad de hombres y mujeres que salían corriendo a saquear las casas de los que se fusilaba o de quienes huían de la isla. Ni siquiera estaba seguro de que fuesen auténticos revolucionarios quienes habían pedido la muerte para Hubert Matos, y tampoco los que lo habían condenado a veinte años de cárcel: para Neftalí, alguien que había luchado fielmente en la Sierra Maestra no podía ir a la cárcel. Si había extraviado el camino, se le debía enviar al exilio, para que no estorbase, pero compay, meter en presidio a quien había arriesgado la vida, o sea todo, por pensar de manera diferente, eso no; otra cosa sería si se hubiese enriquecido, como hizo alguno, utilizando su influencia. No es que estuviese desilusionado con la revolución: le parecía que se estaban cometiendo errores, pero también le parecía imposible

evitarlos. Además, muchos de esos errores se explicaban por el asedio injusto a que les sometían los vecinos. Los sangrientos sabotajes yanquis, las incursiones aéreas, el intento de invasión, sus continuas amenazas llevaban a pensar que era preferible pecar de severos que de ingenuos. Las luces del buque espía *Oxford*, que reaparecían regularmente en el horizonte ante la capital, recordando a los cubanos que el poderoso vecino no los olvidaba ni por un momento, lo convencían de la precariedad del triunfo. Se encontraban en una época de certezas, cuando el escepticismo era privilegio de señoritos, y la animosidad frente a la revolución el signo inequívoco de la maldad o la estupidez. No era el momento de hacer la crítica; había que seguir sacrificándose sin perder tiempo en preguntas.

Neftalí se consolaba pensando que su trabajo permitiría implantar definitivamente la justicia y el bienestar del pueblo. Al menos se iría de este mundo con el deber cumplido, y se sonreía pensando que así no tendría que volver a él. No había jornada que no le diera la noche en sus quehaceres, ni fin de semana para el que no encontrase ocupación revolucionaria; queriendo compaginar sus tareas con el cuidado de su familia, se llevaba a los hijos al trabajo voluntario. Después del incidente en el bar no dio otras muestras de la confusión y los pánicos que a veces lo asaltaban, salvo con esporádicos y bruscos cambios de humor que afectaban más a su familia que a los extraños. Las noches, sin embargo, se volvieron para él vigiliadas plagadas de fantasmas.

—Pipo no dormía casi nunca. Se quedaba sentado en un balance, y así se le pasaban las noches. Todavía lo veo, ahí sentado, en esta postura.

Ángela, que también está sentada, coge un cigarrillo, lo coloca cuidadosamente entre los dedos, apoya el codo del mismo brazo sobre la rodilla, inclina el tórax hacia delante hasta que su frente roza el dorso de la mano que sostiene el cigarrillo. Con el nudillo del pulgar se acaricia la frente, como sumida en recuerdos tristes.

—Noches enteras —insiste—. Yo, cuando lo oía levantado, me iba a la sala y me sentaba junto a él.

»“¿Qué tienes, pipo? ¿No duermes?” Él a veces ni me miraba. Se señalaba la frente y me decía: “Hoy los muertos no se me salen de aquí. Los tengo aquí todos”. Papi era un hombre destruido. Los recuerdos de la guerra de España lo habían trastornado. Y luego lo de Amparo y Lidia. A mí me lo contaba todo, porque yo era su preferida, su confidente.

Ángela lanza una mirada de soslayo hacia su hermana Mercedes, sentada al lado, que hace un esfuerzo por no decir nada. Hay, entre esas dos hermanas, alguna rencilla antigua, probablemente una rivalidad por la predilección de su padre que ni siquiera ahora se ha desvanecido.

Convencida ya de que Mercedes no va a interrumpir la narración, continúa.

—A mí me llamaba «mi reina». Cuando era pequeña, me daban mucho miedo las tormentas. También la oscuridad. Hoy es al contrario, las tormentas me gustan, y la noche. Pues cuando había una buena tormenta, pipo me cogía en brazos y salía conmigo al portal. Se sentaba, y así, teniéndome bien abrazadita, me contaba historias de España, de cuando anduvo huido, bueno, de antes, que a mí me encantaba oírlas.

»Era muy cariñoso. Bueno, se ponía bien bravo a veces; también era violento, es verdad. Pero muy cariñoso. Cuando nacieron estas —lo dice señalando a Mercedes e Isabel, sus dos hermanas pequeñas—, ya no tenía tanto tiempo para mí. Yo les tenía algo de celos, porque no hacían más que llorar y hacer monerías. Y pipo, a veces, cuando pasaba a mi lado, se agachaba y me decía bajito en el oído: “Pero tú sigues siendo mi reina”. Nada más. Y yo creo que lo seguí siendo hasta su muerte. Que fui yo quien decidió que pipo muriera, pero cuando ya estaba destruido. ¿Tú sabes lo que acabó con él? La llamada de Lidia. Eso fue la puntilla. Ya nunca se recuperó.

Los muertos. Invadiendo sus noches, haciéndose dueños de sus pánicos y sus penas. El soldado que se suicidó en el bosque, abriendo con un estampido una brecha en la neblina en que vivía Neftalí, llegando hasta él con dos ojos que habían franqueado la barrera, ya invidentes, velados, materia sin conciencia. Incluso el gato, también él acudía puntual a remover la angustia de Neftalí, recordándole el inevitable proceso de la putrefacción y el olvido. Los cadáveres que hallara a veces en el monte, algunos con las uñas y los ojos sacados; uno, hinchado y deforme, que habían atado al pie de una mata y le habían echado encima tres colmenas. La chica cuyas piernas desnudas asomaban de entre un zarzal, y él no quiso acercarse a ella para no ver lo que le habían hecho. Y sobre todo los otros, los de más allá del océano, los muertos primeros que vio Neftalí: los caídos en el Parque de la Montaña, el falangista que había visto gesticular desesperado en la ventana y a cuya muerte había contribuido, los cadáveres que una vez cargó en la trasera de un camión.

Todos iban a agolparse ante su recuerdo, cegándolo para memorias más felices. Neftalí, sentado en el balance del salón, si no lo sacaba al portal cuando el calor se le volvía incómodo, agradecía a los mosquitos su incansable ataque, que le permitía olvidar por algunos instantes las imágenes de las guerras en que había participado. También los cigarros le ayudaban. Encendía uno tras otro. Y al llegar el amanecer, anunciado antes que por el sol por los transeúntes y los vehículos que emprendían el camino hacia la ciudad, Neftalí se levantaba, se lavaba con agua fresca, reconfortado por la limitada duración de las noches, y se preparaba para afrontar el nuevo día y sus tareas, que todavía

permitían al futuro imponerse al pasado. Entre ambos el presente se volvía insignificante.

Los años transcurrían iguales a sí mismos. Se mantenía, tanto en la isla como en la vida de Neftalí, una perpetua sensación de acoso. Cuba se deslizaba hacia la retórica y el nacionalismo, mientras Neftalí, como se puede ver en las fotos de la época, en las que siempre mira a la cámara arrogante y con cierta desconfianza, posando con el pecho excesivamente hinchado, se refugiaba en una imagen de hombre de una pieza, orgulloso, sólido, autoritario.

Sólo hubo dos cambios importantes para Neftalí en aquella época. El primero fue el inicio de la separación de Fermina.

Cansado de la convivencia con esa mujer, que ya casi no hablaba salvo para chillarle alguna queja, dar instrucciones a los niños o conversar con los personajes radiofónicos, construyó una habitación adosada a la casa para no tener que seguir compartiendo el dormitorio con ella. Durante todo el trabajo Fermina se limitó a observarlo en silencio con mirada cargada de resentimiento. No se quejó ni pidió explicaciones; lo había entendido nada más verle llevar los ladrillos detrás de la casa. Aguardó a que estuviera terminada la obra y sólo entonces rompió su silencio. Se quedó parada en la puerta, como si inspeccionase el lugar, pero sin decidirse a entrar; se volvió hacia Neftalí, que aún estaba limpiando unas manchas de cemento.

—¿Esto qué es, Neftalí Larraga? ¿Qué tú me haces?

—Es mejor así, Fermina. Entre tú y yo ya no hay acotejo. Así cada uno tiene su sitio.

Fermina hizo ademán de entrar, pero se arrepintió, como si no pudiese dar ese paso, someterse una vez más sin dejar las cosas claras. Se abalanzó sobre Neftalí, que no se defendió de sus golpes ni de sus insultos. Luego, llorando a gritos, con la cara tan deformada como la de un recién nacido al berrear, Fermina fue trasladando sus pocos objetos personales a la nueva pieza, de la que en adelante saldría casi únicamente a cocinar, hacer la limpieza —para lo que aguardaba a que Neftalí se hubiese marchado de paseo— y a ocuparse de los animales o del huerto que había comenzado a cultivar desde que se hicieron sentir los efectos del racionamiento de alimentos: en el reducido cantero plantó malangas y frijoles, unas pocas cañas de azúcar y varias tomateras, que les ayudarían a sobrellevar la escasez provocada por el embargo americano.

El segundo cambio fue de orden político. Fidel Castro había decretado la unificación del PSP con el Movimiento 26 de Julio y su integración en el Partido Comunista de Cuba. Sin embargo, eso no cambió la desconfianza profesada por Neftalí a los comunistas desde la guerra española, que se había visto reforzada cuando se dio cuenta de que precisamente los comunistas, quienes no habían apoyado la revolución

salvo cuando estaba claro su triunfo, iban acaparando más cargos y responsabilidades en los órganos revolucionarios. Pero tenía que enfrentarse a la insistencia de sus amigos, que no acababan de entender que se demorase tanto en solicitar la afiliación al partido.

—Yo no he sido nunca comunista. Coño, antes eran unos los que me ponían la etiqueta, y ahora son los otros los que quieren que me la ponga.

—Es que tú ya no puedes quedarte al margen. Hay que unirse para ganar esto.

—Miren, no me jodan, que yo llevo luchando desde que me salió la barba.

—Los tiempos han cambiado, Neftalí. Hay que tomar partido. Para que vean los de fuera que en esta isla todos somos hermanos.

—Muy deprisa van ustedes.

—Tú quieres saber más que Fidel. Eso es soberbia, Neftalí. A ti te come la soberbia. Así no llegas a ningún sitio. Tú podías estar ahora mismo haciendo cosas de más prestigio. Viejo, solito te estorbas.

Sólo cuando se dio cuenta de que se había quedado solo, de que todos sus antiguos compañeros estaban ya en el partido, se decidió a dar el paso.

II

Fermina escuchó largo rato las voces que la llamaban, pero no quiso salir. Había oído desde su cuarto el camión de los voluntarios pararse ante la casa y no quería encontrarse con Neftalí a la puerta; aún le dolía que, ante extraños, la tratase con el desapego de un desconocido. Las rencillas de la familia no son cosa para el vecindario. Sin embargo, cuando alguien golpeó la puerta al tiempo que gritaba, Fermina, mujer, que se muere tu Neftalí, se levantó de un salto de la cama, donde solía refugiarse en el sueño de la monotonía de los días, y corrió a la calle ignorando las palabras que acompañaban su paso como abriéndole un túnel. Lo vio tendido en el suelo, respirando trabajosamente, y pensó sin amargura que eran momentos como ese los únicos que justificaban su convivencia. Neftalí volvía a necesitarla.

La ambulancia se ceñía a las curvas con énfasis innecesario, ya que su velocidad no era proporcional a los decibelios y sacudidas con que avanzaba. Con los ojos cerrados para no ver los párpados enrojecidos, el color azul que le iba tiñendo el rostro, el aparato transparente, aunque con cercos blanquecinos, como residuos de cal seca, fijado sobre los labios de Neftalí, las manos, ahora tan pálidas, el cabello, encanecido pero abundante, pegado al cráneo por el sudor, Fermina respondía con monosílabos a las observaciones de los camilleros, hechas más por sentido del deber que por compasión, en las que se referían a casos similares, sorprendentes curaciones, las virtudes de la esperanza, mientras uno de ellos accionaba el fuelle, fluf, fluf, fluf, bombeando aire a los pulmones de Neftalí.

Cuando llegaron al Hospital Naval, Fermina se sintió como si acabase de sacar la cabeza del agua después de aguantar la respiración hasta justo antes de desvanecerse. Habían atravesado la ciudad perseguidos por el ulular afónico y el metálico martilleo en el motor de la ambulancia desvencijada, cuyo interior estaba comido por costras de óxido y tapizado de sospechosas manchas, en las que Fermina intuía el residuo de vómitos, sangres, contagiosos esputos, agonías y muertes que no pudieron ser evitadas a pesar del impaciente aullido de la ambulancia.

Durante el trayecto, Fermina quedó replegada, ausente, extraviada en su estupor. El mundo era un lugar amenazador, al que Fermina se negaba a regresar: allá afuera la aguardaba un dolor insoportable, la respiración aterrada de Neftalí, sus ojos idos, su muerte acaso próxima. Quedarse ahí, como una niña terca que se niega a abrir los ojos, que dice no voy a respirar más hasta que no se hayan cumplido mis deseos, era también aceptar que no podía hacer nada para salvar a Neftalí. Quizá por primera vez en esa vida en que nunca recibió un regalo, en

que cada segundo de felicidad se lo arrancó a golpes a las avarientas garras de la fortuna, Fermina estaba a punto de resignarse.

Sólo cuando la ambulancia se detuvo con un violento frenazo, calló por fin la sirena y las puertas se abrieron dejando entrar una bocanada de aire que se llevó el olor a alcohol, medicina y muerte, Fermina abrió los ojos, aspiró hondamente, tomó la mano inerte de Neftalí y, con voz estrangulada, se dirigió a los camilleros como si los viese por primera vez.

—Ay, que se nos muere Neftalí.

Empleó el plural como si la cercana pérdida fuese una desgracia que no sólo afectaría a Fermina y su familia, sino que también los camilleros, enfermeras, médicos y acaso todos los habitantes de La Habana habrían de lamentar ese fallecimiento. Para Fermina, Neftalí aún era el mundo, la vida, el único pasado que contaba, y el único futuro que podía merecer la pena conquistar.

Uno de los camilleros frotó afectuosamente un hombro a Fermina y sacó del bolsillo de la camisa un tabaco a medio fumar que dejó apagado entre los labios tras afirmar:

—Por nada tú te preocupes, mamita. Ya las vimos peores.

Bajaron trabajosamente la camilla por la portezuela, con una enconada sucesión de tirones y juramentos debida a que no había elemento móvil que se deslizase como debiera, ni una rueda que girase con la regularidad que cabría esperar de su función, pues hacía tiempo que los equipos estaban sometidos al sabotaje del óxido, las tuercas sueltas y la desidia de los encargados del mantenimiento. Luego, seguidos de cerca por Fermina, quien, en ese momento de suma necesidad volvía a acudir a la sabiduría olvidada, entretejía con sus gemidos encantamientos y rezos, promesas y amenazas a los dioses yorubas y a los santos cristianos, empujaron la camilla hasta una puerta lateral del hospital y entraron en un largo pasillo que los llevó al Cuerpo de Guardia.

Hubieron de emplearse a fondo dos enfermeros para separar a Fermina de la camilla, que se perdió tras una puerta batiente. Fermina, luchando aún por deshacerse de quienes la estorbaban en su fidelidad, vio la camilla con el cuerpo de Neftalí, empujada por un enfermero tan raquítico que parecía paciente antes que empleado, deslizarse a la izquierda, probablemente en otro pasillo, y luego ya sólo oyó el rechinar de las ruedas mal engrasadas, el sordo batir de la puerta, la respiración, cercana y con olor a tabaco rancio, de quien la sujetaba por la espalda, presionándole con mano grosera uno de sus pechos, las palabras que aparentemente le dirigían, y su propia voz, estridente y entrecortada durante el forcejeo, un grito prolongado con que rogaba el regreso de la única persona a quien, a pesar de sinsabores, agravios, olvidos, humillaciones e injurias, había amado con toda la pasión que le permitía su carácter receloso y tímido.

—¡Devuélvanmelo, cabrones! ¡Devuélvanmelo aquí, que sin mí se muere!

No la soltaron hasta que Fermina hubo comprendido la futilidad de su resistencia. Cuando dejó de golpearlos e insultarlos sus manos quedaron libres, aquella que le oprimía el pecho la abandonó, se esfumaron el olor a tabaco, las voces apaciguadoras, el propio gemido. Fermina se había quedado sola ante la puerta por la que desapareciera Neftalí. Se giró en redondo buscando a aquellos que hasta hacía un instante la habían sujetado. ¿Dónde estaban esos cobardes que le robaban a Neftalí? Unos segundos atrás la vida era más soportable, pues aún no parecía todo perdido. Hubiese podido vencerlos, derribarlos, recuperar a su hombre, mantener, al menos, esas mínimas esperanzas que permiten resistir al dolor unos segundos más. Pero ahora, los pendejos, los carroñeros, se habían ido. Y Neftalí acaso estuviese muerto. Y ella, ¿dónde estaba?, ¿por qué se había quedado parada en medio de un pasillo, ante esa puerta que aún batía recordándole la pérdida, que era como el brocal de un pozo al que cayó su tesoro, y por qué el mundo perdía sus contornos, se apagaba, como si fuese ella la muerta?

Habría caído desvanecida si una enfermera no la hubiese abrazado vigorosamente al darse cuenta de la situación. Fermina la contempló sin entender de dónde salía. Tenía cara de puta, con el pelo teñido y ondulado, como las putas, y tenía un pecho voluminoso y rebosante, apenas contenido por la bata que parecía varias tallas demasiado pequeña. Y llevaba labios pintados de puta y un lunar y una sonrisa de lo mismo. Pero también tenía la suficiente fuerza como para sujetar a Fermina, cuyas piernas ya no la sostenían, y unos pechos de puta, unos pechos para meter la cara en ellos y ponerse a llorar, poniéndola perdida de mocos, a esa desconocida tan cálida, que acariciando la cabeza a Fermina, escuchaba su llanto ronco y, al oído, como a una niña enferma, le susurró una pregunta llena de comprensión.

—Tu hombre, ¿verdad, mi niña?

Fermina asintió y se lanzó a una nueva andanada de llanto con el rostro hundido sin contemplaciones entre los olorosos senos, que ya no eran de puta sino de madre, con olor a sábanas limpias y a jabón y a sudor fresco.

—¿Qué le pasó a tu amor, mi cielo? ¿Un accidente?

Fermina levantó la vista hacia la hermosa, compasiva sonrisa de la enfermera.

—El corazón —balbuceó, y su voz se desgranó en hipos y sollozos.

—Ay, el corazón. Jodido corazón.

Se sentaron en un banco cercano a aguardar la noticia, Fermina con la cabeza apoyada sobre el poderoso hombro de la enfermera. No hablaban más que cuando la enfermera preguntaba algo con su voz

maternal, tan comprensiva, que cuando Fermina la oía volvía a sentir la necesidad de llorar. También le enternecía que su aliento no oliese a tabaco sino a carmín.

—¿Cómo se llamaba?

—Neftalí.

—Neftalí, qué nombre más lindo. Tenía una cara también bien hermosa, que lo vi yo al entrar. Mira, si incluso con la máscara se le veía.

Fermina se estremeció de placer. Todavía les gustaba a las mujeres, su Neftalí. Sólo después de unos instantes Fermina se dio cuenta de que la enfermera hablaba en pasado, como certificando la defunción, y recayó en su pena. Decidió matarse nada más salir del hospital. Se arrojaría delante de una máquina. Imaginó la escena, como si la viese desde el cielo. Ella tumbada en medio de la calzada, más muerta que nadie, y todos los que por allí andaban, parados en derredor, y explicando que se había tirado al carro sin dudarle, diciéndose respetuosamente que seguro había sufrido un gran dolor. Cuando oyó el batir de la puerta, se negó otra vez a abrir los ojos.

—Dónde está papi, dime.

Ángela zarandeo a su madre, a la que encontró medio dormida sobre el hombro de una enfermera. Fermina miró a la enfermera como si ella estuviese mejor informada.

—Síntese con su mamá. A su papá se lo llevaron para intervenirlo, pero ya no puede demorarse mucho.

Ángela había tardado sólo media hora en llegar desde que la avisaron. Un cliente, con el pelo a medio rapar, la llevó en moto hasta el hospital. Aún tenía puesta una bata de peluquera con manchas de tinte. En cuanto se sentó con su madre encendió un cigarrillo.

—¿Cómo está?

Fermina se encogió de hombros con resignación.

—Se está muriendo, y a mí no me dejan ir allá.

Estaba convencida de que Neftalí, solo, sin la protección de su amor, no viviría mucho tiempo. Ella le había salvado la vida, muchos años atrás, cuando la muerte ya comenzaba a roer su alma. No es que se lo hubiese agradecido Neftalí, pero si estaba con vida era por ella. Había sido una buena esposa. Seis hijos le había dado, uno de ellos varón, y no como la otra, la de allá lejos, que sólo le pudo ofrecer una niña raquítica, que no valía nada. Seis, y lo había escondido cuando lo buscaban para matarlo. Y le había cocinado y limpiado la casa. Y los había protegido de daños y encantamientos con esos mismos rezos que Neftalí le prohibía, por lo

que los tuvo que mantener en secreto y nadie supo que había sido ella, Fermina, la artífice de la buena fortuna de la familia. Neftalí era un envidioso, que no quería que se supiese la fuerza de Fermina. Y un mal marido, que le había pegado, insultado, engañado. Y que tenía la memoria comida por la otra, por la mujer de allá, y por esa niña llena de enfermedades y de rabias contra los Larraga. Para ella ni una sola palabra de cariño, ni agradecimiento alguno. Lo que más le había dolido era que gritase a sus hijos que no eran suyos, que su única hija estaba en España. Eso ella lo había tomado muy mal. Peor que los golpes y los rechazos, ¡como si ella le quisiese hacer mal!, cuando sólo quería abrazarlo, mimarlo, protegerlo del malvado mundo, como años atrás.

A Fermina le quedaban hermosos recuerdos de la enfermedad de Neftalí: nunca sería más feliz que aquellas lejanas noches cuando embadurnaba su cuerpo con bálsamo de bejuco, estremeciéndose al contacto con la piel ardiente por la fiebre, y luego, bien refrescado y protegido por el unto, lo acariciaba aún, lo cubría de besos, reconstituía sabiamente su hombría casi desvanecida. No se lo merecía, el muy caifás, pero, si san Lázaro le concedía su salvación, volvería a ocuparse de él, a cuidarlo, a curarlo con sus poderes y sabidurías.

Fermina, con sus caricias, volvería a hacer de Neftalí Larraga un hombre, se lo arrebataría aún por un tiempo a los males de la edad, a la mano avariciosa de la huesuda.

El enfermero reapareció empujando penosamente la camilla vacía, con la misma expresión con que Cristo pudo arrastrar la cruz. Hizo una seña con el dedo indicando el camino por el que desapareciera Neftalí.

—Vayan, que al final fue más susto que otra cosa.

Fermina y Ángela corrieron a buscar a Neftalí. Alcanzaron una puerta a medio entornar tras la que una enfermera las detuvo con ademán imperativo de guardia revolucionaria. Desde ese límite escucharon la voz cansada de Neftalí, medio oculto tras un parabán. Fermina, a través del tul blanco veía el perfil de su hombre y los lentos movimientos de una de sus manos; por encima del parabán sobresalía el recipiente de un gotero, conectado sin duda al otro antebrazo.

—Fue al bajar del camión, doctor.

—Usted no debía ya ir al trabajo voluntario, compañero. La revolución hay que dejársela ahora a los jóvenes. Nosotros ya luchamos lo nuestro. A ver, que le hagamos la filiación. Neftalí Larraga, me dijo.

—Sí, doctor.

—¿Dónde usted vive?

Fermina escuchaba dócilmente desde la puerta, cohibida por la mirada severa de la enfermera. Habría querido irse hasta Neftalí, abrazarlo y

llevarse de ese lugar que no era el suyo. Qué iba a hacer Neftalí en esos camastros roñosos, entre extraños. Ella lo cuidaría mejor que esos médicos que aprendieron la vida en los libros y no son capaces de leer las entrañas de los animales, ni tienen fe, ni supieron, ni sabrán, conchabarse con las invisibles fuerzas del mundo para curar los daños. Ella, Fermina Sanjuán, sí podría sanarlo, hacer de él otra vez un hombre; si antes no pudo fue porque andaba embebido en tareas revolucionarias, con el alma infestada de recuerdos tristes, pero ahora, que debería quedarse en cama, ella tendría maña y ganas de devolverle la alegría y, si Yemayá lo permitía, de hacerle otro hijo más que lo anclase a la vida.

—¿Su esposa vive?

—Sí, señor.

—¿Cómo se llama?

—Amparo Pinzón —repuso sin dudar Neftalí.

—Papá, por Dios —protestó Ángela desde la puerta y se llevó la mano a la boca para no llorar o para no insultarlo.

El médico corrió la mampara para ver lo que allí pasaba, desvelando a la mirada de Fermina el rostro pálido, avejentado, la expresión triste, definitiva, de su hombre. Nada en el gesto de Neftalí reflejó contrición ni embarazo. Acaso un cierto dolor; sin duda convicción. Fermina comprendió que Neftalí siempre había dicho la verdad. Él no tuvo otra esposa que Amparo, y su única hija, salvo en los escasos instantes que necesitaba con urgencia el consuelo de la ternura infantil, fue la que abandonara en España. Aquellos fantasmas de su memoria eran la familia de Neftalí, y el remordimiento por haberlos abandonado tantos años atrás fue su único sentimiento auténtico. Fermina se acercó a la camilla a pasos lentos. Algún día, años después, contaría que le pareció que el mundo se había parado, y que todos los que estaban allí se quedaron callados, aguardando sobrecogidos la catástrofe. Pero no ocurrió nada. Fermina se llegó hasta Neftalí, buscó en su mirada algún signo de vida, pero sólo vio un rostro inexpresivo, una cabeza que parecía vaciada en yeso. No lo golpeó. Ni siquiera rompió a gritar. No sintió ganas de llorar. Se palpó, confusa, el corazón.

—Neftalí Larraga —le dijo—. Te vas a morir solo como un perro.

A pesar de que había perdido la esperanza de recuperar el amor, siquiera el aprecio, de Neftalí, Fermina fue a recogerlo el día que le dieron de alta en el hospital. Casi no hablaron de regreso a casa en la ambulancia. Al llegar, acompañó a Neftalí a su cuarto, le dio una sopa y, en cuanto pudo, buscó refugio en la cocina. Había decidido dejar de lado el orgullo y hacerse cargo de él durante su convalecencia: no

quería tener nada que reprocharse cuando lo abandonase; le ofreció los cuidados exigidos por la enfermedad, aunque limitándose estrictamente a seguir las instrucciones de los médicos: no hubo ya para Neftalí rezos, ensalmos ni infusiones. No cuidó su cuerpo con ungüentos ni pomadas. No acompañó la terapia con amor ni entrega. Fermina lo atendía como una enfermera profesional, con idéntica eficacia y desapego.

Neftalí se recuperó rápidamente, aunque no logró librarse de un ánimo melancólico que a Fermina le llevó a pensar que ya nunca volvería a ser el hombre enérgico de tiempo atrás. Era una sombra, una cáscara, un remedo desvaído de quien fue. A veces daba algún paseo cansino, se esforzaba en reír una broma de Mercedes, discutía por hábito con Ángela cuando pasaba a visitarlo, pero no acababa de encontrar las ganas de vivir. Sin embargo, Fermina decidió que no tenía por qué esperar más: la alegría de Neftalí ya no era responsabilidad suya.

Una mañana, Fermina se sentó frente a él en el portal, espantó al perro cuando intentó tenderse a sus pies, y, con voz firme, aunque mirando al suelo, anunció:

—Neftalí, quería hablar contigo.

—¿Qué hay ahora, Fermina?

Fermina no se dejó cohibir por el tono de impaciencia con que Neftalí invariablemente respondía a sus demandas. Ya no era su hombre. Sus sentimientos y deseos le eran indiferentes.

—Quiero separarme de ti.

—Pensaba que la separación no te había gustado —dijo Neftalí, indicando con la cabeza el muro que dividía la vivienda.

—No me engañes, Neftalí. Cuando me necesitas estoy contigo. Pero no al revés.

—Ahora te necesito.

—Tú no me mientas otra vez. Necesitas una enfermera, no a Fermina. Días atrás tú le dijiste al doctor el nombre de tu esposa. Y no era yo.

Neftalí asintió. En el hospital fue la primera vez que dijo, fuera de un ataque de rabia o de pena, que su esposa era Amparo Pinzón. Y eso era lo que seguía sintiendo. Continuar engañando a esa infeliz era llevar la infamia más allá de lo soportable. Por lo menos viviría los últimos meses o años sin remordimientos de conciencia para con ella.

—Es verdad. ¿Adónde quieres ir?

—Al Norte. A Miami.

Si la respuesta dolió a Neftalí, no lo reflejaron su gesto ni su voz, que fueron más bien los de alguien ausente.

—Ahora es más fácil ir para allá.

—Me voy con Lucinda —prosiguió Fermina, por primera vez con un deje de temor en la voz. Neftalí, sin embargo, asintió sin una palabra. Acaso era Lucinda la que menos le importaba de sus hijas. Llegó cuando él ya no tenía tiempo para su familia, tercera hija no deseada. Tampoco deseó al cuarto, pero por lo menos fue un varón. Y aunque nunca se entendiera con él, porque no era ni lo fuerte ni lo decidido que hubiese esperado de un hijo suyo, su marcha le habría parecido una traición, una derrota para su idea de construir en Cuba un mundo mejor. Lucinda nunca quiso ese mundo. Ni le quiso a él. Y andaba por ahí con hombres, y se decía que se había deshecho de un hijo, aunque nunca quiso Neftalí averiguar si era cierto. Que se fuese también.

—¿Nos vas a ayudar a irnos?

—Haré lo que pueda. Podría conseguirles un visado para Venezuela. Más fácil que para Miami. Y me daría menos pena. Fermina, no puedo decir que mi familia se va para Miami.

—Bueno.

Fermina se levantó dando por terminada la conversación. Neftalí dudaba en añadir algo. Se daba cuenta de que Fermina estaba cada vez más trastornada, más ausente de este mundo. Y que se había avejentado aún con mayor rapidez que él: si antes no era una mujer agraciada, se debía sobre todo a su mirada bobalicona y sus andares torpes, a esa indecisión en los movimientos que revelaba su escasa inteligencia. Ahora la grasa colgaba sin músculo de sus brazos y abombaba su perfil, asomando por debajo de la blusa, que rara vez llevaba bien metida en la falda. El descuido, que se extendía a la limpieza de sus cabellos y ropas, le daba un aire aún más envejecido y trastornado. Neftalí se sentía responsable de ese trágico deterioro.

—Fermina, óyeme.

Ella se dio la vuelta y Neftalí vio que estaba haciendo esfuerzos por no llorar.

—Fermina, yo también quería decir que siento mucho no haberte tratado como mereces.

Fermina levantó la cabeza, pareció titubear un momento, casi alegrarse, pero enseguida humilló nuevamente la mirada. Conozco tus trucos, Neftalí Larraga, se dijo. Conozco tus mañas. Ahora empezarás a lamentarte, a quejarte de que la vida no fue como tú quisiste, de que la Historia te empujó de un lado a otro como un viento, que no quisiste

hacer daño, pero que la vida es una mierda. Te conozco, Neftalí, porque, quieras tú o no quieras, he sido tu esposa.

—No voy a compadecerte. Ni una vez más.

Y Fermina se fue dejando a Neftalí a solas con el perro, que enseguida acudió a buscar su caricia.

Neftalí se despertó en el balance; necesitó unos segundos para darse cuenta de dónde estaba. Había soñado con la selva.

La atravesaba extraviado y hambriento, dando gritos, como tiempo atrás, pero ya no era el joven Neftalí quien recorría la manigua; era un anciano: caminaba a trompicones, casi incapaz de liberarse de las zarzas en que se enganchaba, un viejo que tenía que pararse a cada rato para recuperar el aliento. Fue eso lo que oyó al despertar: su respiración trabajosa, silbante.

Aguardó a que no pasase nadie para incorporarse. No le agradaba tener testigos de su envejecimiento. Bebió el café que, como de costumbre, Fermina había colado y luego vertido en el termo de plástico verde para que estuviese caliente cuando él lo buscase. Fermina hacía el café más dulce que hubiese probado nunca, pero al cabo de los años había acabado por habituarse a él. No había nadie en la casa. También Fermina parecía haber salido. Últimamente se iba todas las mañanas y no regresaba hasta el mediodía. Neftalí sospechaba que iba en secreto a las reuniones de la Iglesia Adventista. A Neftalí ya no le preocupaba que lo hiciese. Si quería cambiar sus santos yorubas por los cristianos, allá ella. Se dio una ducha, fría porque el calentador no funcionaba. Se afeitó y peinó cuidadosamente; también se puso una colonia que le había regalado Mercedes después del infarto. Buscó en el armario un pantalón limpio; cogió uno azul claro y una guayabera blanca, tras descartar una también azul claro en la que se veían manchas de sudor bajo las axilas. Se vistió despacio, comprobando ante el espejo su aspecto impecable, salió a la calle ya con un cigarrillo encendido —ni por un momento había pensado atenerse a la prohibición de los médicos— y acarició ausente el lomo cobrizo de *Capitán*.

—Hoy tú te quedas aquí, mi amigo.

No hizo caso a los rencorosos aullidos con que le despidió desde la cerca.

Caminó en dirección a La Habana, como era su costumbre desde que la enfermedad le obligó a coger una baja permanente en la industria. Le tomaba más de tres horas ese trayecto, que emprendía no por placer sino para ocuparse durante los días interminables. Neftalí caminaba con paso decidido, entregado a discretos soliloquios, ajeno al ir y venir de los trabajadores, al maloliente humo de los camiones, al hacendoso

estrépito de las grúas allá abajo, en el puerto, a las aves que surcaban el cielo, a la cabeza roja del aura que le observaba desde detrás de una mata, a los perros, ya se fuesen hacia él a pedirle una caricia o a cerrarle el paso, a las flores, cuyo color y aroma casi ni percibía, a las densas polvaredas que a veces se formaban por los caminos del cerro, incluso a los saludos de vecinos o conocidos. Caminaba con fingida decisión, dando a entender que se dirigía a algún lugar preciso, donde acaso le aguardaba una tarea o un compañero. Ni la enfermedad ni la amargura le habían arrebatado el porte marcial, la mirada clara, una manera de caminar que apenas dejaba traslucirse el dolor o la melancolía.

Se fue derecho al Malecón, enfrente del Habana Libre, a sentarse como tantas veces sobre el pretil y hacer tiempo hasta la hora de regresar a casa, donde ocultaría, con referencias a vagas ocupaciones, el propósito de su salida.

El mar andaba quieto y denso, no rompía contra las pesadas piedras, sino que se deslizaba entre ellas con lentitud de aceite, depositando en los recovecos multitud de inmundicias. Por allí, se decía Neftalí, por ese ancho camino arribarían los bárbaros un día, como arribaron los españoles, no para habitar ni construir, sino a conquistar, dominar y explotar. Por aquella llanura llegarían, justificando el ataque con motivos nobles, barrerían la isla, se asentarían en ella quedándose con sus mejores playas, sus más hermosas espesuras, incluso con las mujeres. «El mar, carajo, que ya ni sé si es amigo o enemigo.» Porque antes siempre había considerado que el mar protegía a Cuba. Si sólo los hubiese separado de los USA una frontera terrestre, ya haría mucho que los yanquis los habrían invadido con cualquier excusa: un incidente fronterizo, una violación del territorio, lo que fuera. Pero el mar también era una muralla que hacía casi definitiva cualquier decisión: para marcharse de la isla había que dar un gran salto; no bastaba con ponerse a caminar, sino que era necesario embarcarse, abandonar la tierra, decir adiós a tantas cosas. El Malecón era una frontera entre dos mundos: el de acá, concreto en la alegría y el dolor, y el de allá, cargado de promesas o amenazas imprecisas, ocultas detrás de ese horizonte que tantos escudriñaban con diferentes motivos.

Por allá habrían llegado también Amparo y Lidia, en uno de esos buques que entraban majestuosamente al puerto; las habría visto aún sobre cubierta, mirando a tierra, en ese momento en que dos mundos se acercan sin llegar aún a tocarse. Y él esperaría desde la orilla de uno de esos mundos. Y ahí, sentado en el Malecón, mirando un mar calmo, casi silencioso, Neftalí hizo una pausa en sus fantasías, se quedó desconcertado un instante, volvió a ver el buque atracando y a las dos mujeres, porque Lidia también sería una mujer, asomadas a la borda, y a sí mismo en la orilla, y le pareció que así había sido siempre.

«Me he pasado la vida en la orilla, esperando un barco que no llega; me he pasado toda la puta vida en la otra orilla.»

Para regresar tomó la guagua; ni siquiera se esforzó en encontrar un asiento, a pesar de que se sentía mareado por los bamboleos del ómnibus y el olor a muchedumbre y gasóleo. Nada más llegar a casa se lavó y se cambió de ropa.

—¿Dónde vas, pipo?

Mercedes había vuelto de la escuela y preparaba en la cocina algo de comer.

—Al Centro de Excombatientes. ¿Está tu mamá?

—Volvió a salir. Quita, *Capitán* —increpó al perro—. Qué pegajoso eres.

—Obedece, *Capitán*, y te asciendo pronto a comandante.

—Papá, que te van a oír.

—Pues no sería el comandante más tonto.

—Ay, pipo, calla. —Pero Mercedes se reía también de la irreverencia—. Te pusiste la colonia.

—¿Huelo muy fuerte?

—No, está rico.

Cuando llegó al Centro de Excombatientes, un compañero del sindicato estaba hablando del éxito de la última zafra y de las buenas perspectivas para la siguiente. Neftalí buscó una silla con la vista, pero no había ninguna libre. Un joven, un mecánico que vivía unas casas más arriba en la misma calle que él, fue a levantarse para cederle el sitio. Neftalí lo sujetó poniéndole las manos sobre los hombros.

—No me voy a quedar mucho rato.

Escuchó algo distraído el discurso, en el que no oyó ninguna idea nueva. La habitual retahíla de éxitos gracias al patriotismo del que habían hecho gala los ciudadanos; luego el orador empezó a enumerar brigadas cañeras que habían obtenido premios o menciones honoríficas.

—Gran cagada la política agrícola en este país —comentó Neftalí un poco para sí, pero también para los más cercanos, que hicieron como si no lo oyesen.

El orador terminó su intervención refiriéndose a la necesidad de no aflojar. Con la firme voluntad del pueblo sería posible batir nuevos récords la campaña siguiente. Hubo un breve aplauso y Neftalí se dispuso a salir.

—Estos no aprendieron aún de la zafra de los diez millones. A los tractores hay que echarles petróleo, no cojones.

—Compañero, la revolución se hizo sin medios, pero con cojones. Y ganamos —repuso el Tesorero del Centro, uno de los antiguos del PSP, a quien solían molestar los comentarios poco respetuosos de Neftalí.

Neftalí se volvió hacia él y elevó el tono para decir:

—Lo malo es que ahora hay muchos que también piensan con los huevos.

Un corro inquieto se fue formando alrededor de los dos hombres. Neftalí sintió cómo algunas manos le tocaban los hombros, no sabía si animándole a seguir o calmándolo. Se dio cuenta de que la rabia que sentía no tenía nada que ver con el discurso, ni siquiera con el arribista ese que no había movido un dedo hasta el cincuenta y nueve pero hablaba como si él solo hubiese tomado a patadas el Palacio Presidencial.

—Yo no sé si no es usted un poco derrotista, Larraga. Tanta crítica no es de revolucionario.

Hubo un murmullo inquieto.

—Déjenlo estar —dijo alguien que no pudo identificar Neftalí.

—Todos somos revolucionarios —medió otro.

—Pero alguno además es un comemierda —añadió Neftalí.

No estaba dispuesto a ceder. Tanto callar le tenía harto. ¿A qué iban allí? ¿A recordar los viejos tiempos o a seguir trabajando?

—Pues a mí que me parece que Larraga se nos hizo gusano —y se rio con un débil coro.

Neftalí fue demasiado lento. Coño con los años, se dijo, mientras lo sujetaban por la espalda. Tampoco intentó deshacerse de ellos dándose cuenta de que no iba a ser capaz. Tuvo que conformarse con responder, ya calmado, casi ausente:

—Aquí no hay más gusano que el que se arrastra, ¿me oíste?

Luego, cuando lo dejaron libre convencidos de que no iba a echársele encima al otro, salió del Centro y emprendió el camino a la casa.

III

El comandante se levanta para acercarse a recibir al recién llegado. Una vez hechas las presentaciones, se sienta tras la mesa de su despacho en un edificio de Miramar de arquitectura colonial, donde se encuentra el Instituto de Historia del Segundo Frente. La ventana da a un denso pero ordenado jardín. Para quien haya recorrido La Habana Vieja, e incluso el Vedado, resulta sorprendente encontrar esa casa de fachada limpia, que no da la impresión de estar a punto de desmoronarse.

El comandante parece una mezcla de lord y atleta: alto, de aspecto pulcro, ojos claros, brazos fuertes, cabello cano y sonrisa juvenil. Aparenta prestar gran atención a su interlocutor, pero se nota que no escucha; con frecuencia repite preguntas muy similares. A ratos habla de forma dubitativa, desordenada, como si cada palabra borrara la anterior de su memoria y no supiese muy bien por qué está diciendo lo que dice. Pero luego, sobre todo cuando cuenta historias del pasado, se expresa con la firme claridad de quien siempre supo distinguir lo bueno de lo malo, con la suave convicción —hoy ya sin la aspereza del odio— de que la historia es una línea recta de la que apartarse es una traición, o al menos una renuncia indigna. Relata con la certeza de haber luchado hasta la muerte por una causa justa; hasta la muerte aunque él mismo no muriese físicamente, pero sí vivió el fin de sus compañeros como si fuera el propio, porque sabía que la bala que a su lado destrozaba de una vez un órgano y una esperanza podría haber sido para él. Sin duda habría sido más fácil morir con el enemigo al frente, sabiendo hacia dónde se avanza y en qué dirección se encuentra la derrota. Pelear por una causa en tiempos de paz es algo más complejo, más sucio. La paz es esa época en que el enemigo te tiende jovialmente la mano e indaga por la salud de tu familia. En que los disparos no duelen en el acto. En que la Historia confunde más de lo que orienta. ¿Dónde está ahora la verdad? ¿Dónde el futuro?

Cuentan que el comandante se levantó un día con la dolorosa conciencia de que la guerra no había terminado, y de que la estaban perdiendo. Sin consultarlo con nadie, habiendo aprendido durante su fase de ministro que los consejos rara vez son bienintencionados, que el consenso es la forma civilizada de frenar a los más decididos, se vistió ante el espejo como el veterano que se prueba el antiguo uniforme, rememorando el júbilo, el amor que llevó a tantos al combate contra la tiranía. Echó al macuto unas cuerdas, una cantimplora con agua, tijeras, cuchillo de monte, un cobertor, antidiarreicos, antipiréticos. Engrasó el Smith & Wesson 45, cogió la única caja de munición que poseía. Escaso de material, como en aquellos tiempos. Si vencieron entonces, por qué no ahora. El comandante salió de su casa, en silencio pero sin ocultarse, dando humilde testimonio. Echó a andar por las calles de La Habana buscando la selva; allí encontraría a sus compañeros, porque no era

posible que todos se hubiesen rendido, que se hubiesen dejado seducir por las argucias y halagos de los poderosos. Ignoró las necias risotadas con que se topó por el camino, hasta que no se sabe quién, ni con qué razones o sinrazones, disuadió al rebelde de sus propósitos, ni tampoco se sabe quién lo llevó al Psiquiátrico para curarlo de su lucidez.

Cuando Ramón se entrevista con él, el comandante se interesa enseguida por la historia de Neftalí, un cubano que había luchado en la defensa de Madrid —«la heroica defensa de Madrid», había corregido paternal a su interlocutor— y que participó en la revolución cubana. El comandante divaga un rato por sus recuerdos; promete al visitante ayuda en las pesquisas, asegurando tener los contactos adecuados en Mayarí para reencontrar las huellas de Neftalí Larraga. Luego sigue un amable monólogo, un feliz desvarío sobre la necesidad de escribir la historia de aquellos hombres y mujeres que dieron su vida por la revolución. Parece eso sí recuperar el rumbo, la convicción, cuando, al despedirse, dice:

—No nos van a vencer. Lo estamos pasando mal, son años duros, pero sabemos por qué luchamos y lo que está en juego. Y la juventud está con nosotros.

No presta mucha atención a las cautelosas objeciones de Ramón. Parado en lo alto de la escalera de mármol, que conduce a la calle, una mano sobre la balaustrada, la otra fraternal sobre el hombro de Ramón, asiente distraído, con la misma sonrisa con que hubiese oído buenas noticias de la familia; al final, guiña uno de sus ojos claros y da una viril palmada en la espalda al visitante.

—No pasarán —le dice, antes de perderse tras la puerta del despacho.

—Oigo.

—Hola, Cabalín, cómo andamos.

Neftalí tardó unos instantes en reconocer la voz de su hermano Teté, del que no había tenido noticias desde hacía años, como no las tenía del resto de su familia de Miami. A pesar de la ayuda que les prestó para abandonar la isla, las relaciones se habían ido deteriorando con el tiempo: los exiliados no le perdonaban que hubiese apoyado a quien les despojó de sus bienes. Para evitar males mayores, las raras veces que se habían escrito esquivaban el tema político, salvo en bromas supuestamente inocuas.

—Teté, qué alegrón oírte.

—Óyeme, ¿cómo andan las cosas por allí?

—Si te digo que bien, me llamarás ñángara de mierda, así que mira, vamos tirando. ¿Y ustedes?

—Pues nosotros tenemos una sorpresa para ti.

—Coño, ya es tremenda sorpresa que me llames por teléfono.

Teté rompió a reír algo a destiempo, como forzándose a ello.

—Agárrese, compañero. ¿Tú sabes quién quiere ponerse al teléfono?

—Chico, cuánto secreto. Pareces de la CIA. Dale.

—Tu hija.

Neftalí se quedó un momento confuso. Ángela, que vivía en La Habana con su marido, llevaba tiempo diciendo que se iba a fugar a Miami, pero a él le parecía que lo decía para molestarle. Le sorprendió, sin embargo, que ni siquiera le hubiese avisado de su marcha. Aun así, no entendía que fuese Teté quien tuviese que llamarle.

—¿Está bien Cachito?

—No sé de qué tú me hablas. Es Lidia quien quiere hablar con su papá. Está aquí con nosotros. Llegó de España para conocer a la familia.

Probablemente Teté disfrutó la sorpresa de Neftalí. Se quedó callado escuchando el rumor como de océano que enturbiaba la comunicación. Lo había dejado boquiabierto, seguro. Buena sorpresa le había dado a Neftalí. Y mayor aún se la iba a dar a Lidia, que estaba conversando en el salón con sus tíos. Habían llegado, Lidia y su marido, a visitar a la familia en el exilio dorado: desde que Samuel apareciera por primera vez en Madrid, raro había sido el año que Lidia y Amparo no recibieron la visita de alguno de los hermanos de Neftalí, como si todos ellos se sintiesen en la obligación de demostrar a las dos mujeres que los Larraga cubanos eran gente decente.

—Pero oigan, ¿por qué no se vienen unos días a Miami? —propuso una vez Miguel al despedirse de Lidia—. Nos daría mucho gusto recibirlos.

Y les habían estado repitiendo la invitación año tras año hasta que Lidia, que no quería que la creyesen llena de rencor hacia los Larraga, acabó aceptando.

Entonces a Teté se le ocurrió la gran jugada. Qué cara iban a poner esos dos. La de Neftalí no la vería, pero la de Lidia... Ya era hora de que alguien pusiese un poco de orden en los asuntos familiares. ¿Dónde se ha visto que no se hablen padre e hija? Ya eran mayorcitos esos dos para seguir jugando a los orgullosos. Y el pendejo de Neftalí podía irse enterando de lo que era el mundo libre. Se puede viajar, las familias se

reúnen. Y la gente hace lo que le da la real gana sin tener que dar explicaciones, no como allá.

—No, chico, no. Qué voy yo a decir a esa niña —acertó a responder Neftalí por fin, sin atreverse a colgar, sujetando blandamente el teléfono, como si tuviese un pájaro muerto en la mano. Ah, el bandido. Qué gran actor había sido siempre Teté. Se lo imaginó con el teléfono empuñado, gesto grave, severo, de los que se utilizan para las grandes ceremonias. Jugando a reunificar la familia, buscando un protagonismo de alcahueta. El bandido. Ensayó mentalmente alguna explicación, una justificación que dar a Lidia por ese silencio que casi había durado una vida. Pero nada le venía a la cabeza que pudiese resumir esa mezcla de desánimo y vergüenza que experimentaba. Le sobrevino la urgencia de vestirse, pues estaba casi desnudo, únicamente cubierto por un calzón de rayas, pero no se atrevió a abandonar su puesto junto al teléfono. Buscó a su alrededor, como si aún contase con encontrar algo que ofrecer a Lidia; la casa mísera en que vivía era su orgullo; no tener carro ni televisión en colores —sólo un radio de mierda al que había que zarandear cada cinco minutos para recuperar la frecuencia—, no poseer más que libros y los pocos muebles imprescindibles eran la justificación de su vida, de todos sus afanes. Pero no resultaba fácil presentarse por medio de una carencia, afirmando no lo que era, sino lo que no era. Cómo explicarle a Lidia que su larga ausencia no le había servido más que para ir acumulando orgullo y amargura.

De repente se dio cuenta de que seguía pensando en Lidia como si fuese una niña, asociando su imagen a la de fotos desvaídas que conservaba desde hacía muchos años, de cuando ella no tenía más de catorce. Pero pasaba ya de los cuarenta. Ni siquiera sabía si con el tiempo sus rasgos se habían ido asemejando a los de él o a los de Amparo. Poco podía decir sobre ella aparte de que estaba casada con un hombre de mal carácter y había concebido dos hijos de los que él nunca recibió una foto por más que se la había pedido a Amparo. A una niña acaso habría sabido explicarle, contarle la historia de la revolución, de sus tareas, de sus desengaños. Pero una adulta le exigiría cuenta también de sus promesas y mentiras.

—No puedo hablar con ella, Teté. Ya no tengo nada que decirle. ¿Qué le voy a contar? Chico, es una mujer.

Nadie respondió al otro lado del teléfono, sino un silencio cuajado de interferencias. Al cabo de un momento Neftalí escuchó la voz lejana de Teté. «Lidia, véngase acá un momento.» Se oyeron también risas de adultos —quizás una fiesta— y pasos, y por fin una voz más cercana, que a Neftalí sonó vaga y dolorosamente familiar, una voz que era sonido, recuerdo, una herida en la memoria, como uno de esos olores de la niñez que, cuando años más tarde se redescubren casualmente, parecen hablar de los años perdidos, de ilusiones que nunca se materializaron, de un paraíso que acaso no existió pero de todas formas se añora.

—¿Qué quieres, Teté?

—Su papá está en la línea. Aquí lo tiene. Niña, déjense de juegos y reconcíliense.

Neftalí no escuchó el resto de la conversación entre Teté y Lidia. No oyó a Lidia balbucear, «Teté, ¿cómo voy a hablar con él? Así no es posible». No pudo ver, tampoco, su gesto de dolor y desconcierto, que él, probablemente, habría comprendido. Cómo iban a hablar, así sin más, bajo el oído fiscalizador de Teté —perro, gusano— por teléfono, sin verse, sin poder abrazarse, darse al menos la mano, buscar en el otro señas de la propia identidad.

Neftalí se sentó en la mecedora y depositó el teléfono sobre los muslos. No prestó atención a los murmullos que de él salían, sino que se quedó contemplando sus propias manos. Le llamó la atención cómo habían ido proliferando las pecas que atestiguaban el paso del tiempo, y, percibiendo el ligero temblor de sus dedos, pensó que no era la emoción la que los agitaba, sino la vejez.

—Hermano... —comenzó Teté a justificarse, pero Neftalí colgó sin aguardar más.

Enseguida se arrepintió de haber colgado tan deprisa. Neftalí volvió a coger el teléfono, por si Teté aún estaba en la línea, porque él no tenía nada que decir a Lidia, después de todas las veces que le había mentado. Pero quizá Lidia tuviese que decirle algo a él. Y era una cobardía no darle esa oportunidad. Al menos le debía eso, escuchar lo que tuviese que decirle su hija, aunque sólo fuesen reproches. Eso era lo que siempre había evitado, sus reproches. Llamó a la operadora para pedir una llamada de distancia a Estados Unidos. Por suerte ya era posible llamar, no como antes, que cualquier contacto con «el Norte» se consideraba una traición. Dio el número de Teté a la operadora.

—Cuelgue y espere un ratico.

—Es urgente.

—Ah, viejo, la vida está llena de urgencias.

—Es que tengo que llamar a mi hija, compañera. Hace mucho que no hablamos.

—Que se hubiese quedado en su patria, así podrían hablar todos los días. Cuelgue que le digo que yo lo llamo.

Neftalí se acordó de una ocasión que quiso hacer una llamada a su hermano Rodrigo, el único miembro de la familia que se había quedado en Mayarí. Cuando pidió a la operadora que le pusiese con el Central Preston, le respondió falsamente compungida:

—Ay, compañero, tengo que ponerle una multa de un peso.

—¿Y por qué delito, compañera?

—Porque está prohibido llamarlo Central Preston, eso era el nombre yanqui; ahora se llama Central Guatemala, en honor de un pueblo que vive bajo la opresión.

—Compañera, yo no lo sabía.

—El deber del revolucionario es saber. Para eso hicimos la revolución.

Neftalí se vistió como si fuese a salir de paseo: un pantalón de algodón color crema y una camisa de rayas de manga corta, ambos recién sacados del armario. Se peinó, comprobó que su barba aún no había crecido como para afeitarse otra vez y fue a sentarse en el balance. Desde allí aguardaría la comunicación con Miami. Estaba dispuesto a enfrentarse a la realidad, a escuchar las recriminaciones. Y en secreto esperaba también escuchar una absolución.

Y dicen que a algunos sus propios compañeros de trabajo, con los que se habían tomado su ron a mediodía, con los que compartían escritorio, incluso la pluma, porque con la escasez no siempre tenía cada uno su pluma, pero entre compañeros da igual, no existe la propiedad, les escupían e insultaban al entrar, no todos, claro, algunos ni escupían ni se cagaban en su madre, pero se callaban, se quedaban así, sin decir nada, y sobre todo ni siquiera miraban censurando a los de los insultos, sino que simulaban no escuchar, no estar allí, no ser testigos de la infamia. Y les quitaban, dicen, el papel, o las herramientas, o todo aquello que necesitaban para su trabajo, encontrándose que no podían hacer nada en todo el día, porque no tenían con qué, además sus compañeros no hablaban con ellos, cuando se olvidaban de insultarlos dejaban de existir, ni por casualidad tropezaba con ellos una mirada. Aire eran, cuando dejaban de ser mierda. Y a muchos también los expulsaban de sus ocupaciones en cuanto formalizaban su solicitud para marchar al extranjero; a la calle, o mejor, a su casa, en el último rincón, donde no se los vea, esta revolución la vamos a construir sin ayuda de gusanos y de imperialistas.

Y dicen, vaya usted a saber si será verdad, porque decir, se dice mucho, pero luego nadie sabe, rumores y bolas, agentes yanquis, derrotistas, traidores a la revolución salen en cuanto te descuidas, ya se vio en el programa sobre el espionaje yanqui, la cantidad de personas a las que paga la CIA para hundir la revolución, y eso sí que será verdad, porque cuando Fidel mostró las pruebas, los yanquis ni rechistaron, habrá que ver si es verdad entonces, o si sólo es verdad a medias, lo que ya estaría bastante mal, que también a los niños sus amigos les hacían el vacío en el colegio, y en los recreos les cantaban insultos, y los maestros se

olvidaban, así, como por casualidad —pero siempre les pasaba a los mismos— de darles la merienda.

Como también se dice que recibían llamadas anónimas, mire usted, en Cuba, donde el teléfono funciona cuando le parece, y les llevaban de una oficina a otra haciendo papeles ante funcionarios que no disimulaban su desprecio, y aun así, los había que soportaban las humillaciones, porque lo que querían era irse, pasase lo que pasase, aunque sabían que luego sus familiares que se quedasen iban a sufrir las consecuencias, también los insultarían, les harían la vida más imposible de lo que ya es, pero La Habana ha dejado de ser una fiesta, y ya sólo es la resaca, que sí, están los logros de la revolución, hermosísimos, pero también está lo que no logró, y, sobre todo, lo que no va a lograr porque quien debería quererlo no lo quiere, y ya lleva uno escuchando mucho tiempo el mismo discurso, la misma pejiquera, y cada vez más uniformes y más galones hablando por la pantalla, y cada vez más hermandad en la isla, pero a los maricones los envían a campos de trabajo, y a los que escriben lo que no deben se les acabó el papel, y les joden lo que pueden, y quien no está conmigo está contra mí, dime tú si luchamos para eso, o sea, que hay que salir de la isla, aun a costa de aguantar el calvario.

Y Neftalí, sentado en su balance como un vigía insomne, escuchaba lo que se decía, oía los cuentos, y pensaba para sí, la gente exagera, la mayor parte no es verdad, pero calladamente se dolía de la parte que era cierta, ante la que ya no podía cerrar los oídos. También, aunque se avergonzase de ello, imaginaba a veces que sería hermoso montar en uno de esos buques que partían de Mariel, dejar atrás la isla como se abandona un barco que naufraga, sin culpa alguna, sin remordimientos, porque ya nada se puede hacer para volverlo a poner a flote, con esa sensación de que podría uno estar muerto, y por eso la vida que aún queda es un regalo con el que uno se atreve a hacer de todo, aquellas cosas para las que antes faltaba el coraje, cambiar totalmente de rumbo, regresar, quizás, atravesar otra vez el Atlántico, buscar a Amparo, entrar a su cuarto, pararse ante ella con una sonrisa cansada y nada más decir, como muchos años atrás, cuando lo soltaron del calabozo, «niña, ya estoy aquí». Amparo lo abrazaría, despacito, intuyendo las magulladuras, le ayudaría a tenderse en la cama, se echaría junto a él. Y ya no se separarían nunca.

Fermina también se había marchado unos meses atrás, con rumbo a Venezuela, pretextando unos oscuros asuntos familiares para proteger la honra de los Larraga. A Neftalí le había resultado difícil permitirselo. Los días antes del viaje fue amable, casi cariñoso con ella, la consultaba para cualquier cosa, le decía bromas, aumentaba las alusiones a esa enfermedad que sin duda no le dejaría vivir mucho tiempo. Pero Fermina ni lo miraba, temiendo que, una vez más, las palabras mentirosas de ese hombre le devolvieran la ilusión.

Cuando llegó el día de la partida, toda la familia fue a despedirla al aeropuerto. Tuvieron que ir en dos taxis, y Fermina se las arregló para no meterse en el mismo que Neftalí. Fermina se despidió de sus hijos con

abrazos ausentes, encerrada en una ceñuda tristeza que le impedía levantar los ojos del suelo, y prometía escribir y que regresaría si las cosas le iban mal, mientras las hijas le juraban que ellas querían que volviera, porque en ningún lado estaría mejor que con su familia, y que a lo mejor, con el tiempo, todo sería más fácil. Neftalí asistía a la escena de la despedida un poco aparte del grupo de hijos, yernos y nietos que se había formado alrededor de Fermina. Al final, cuando era ya el momento de pasar los controles, todos se fueron alejando discretamente de la mujer, dando a Neftalí la oportunidad de acercarse a ella. Fermina se quedó de pie, cabizbaja, aguardando. Neftalí se paró a su lado, le dio un breve abrazo, y al oído, sin que lo escuchase nadie más que ella, le dijo:

—Fermina, yo te necesito aquí, a mi lado.

Fermina rompió a llorar tan despacito que apenas si se le notaba. Apretaba mucho los ojos para no dejar escapar las lágrimas; golpecitos de aire le salían a sacudidas por la nariz, mientras ella iba doblándose un poco y tanteaba delante suyo como para agarrarse. Ni se atrevía a tomar ese aire que a todas luces le faltaba, por miedo a dejar sitio al berrido.

—Yo no quiero que te marches. Aún podríamos arreglarnos juntos, tú y yo.

Entonces Fermina abrió dos ojos combados de espanto, el aire hizo un ruido de puerta mal engrasada al metérsele hasta el vientre, y volvió a salir de allá como empujado por los gimoteos primero, los berreos después, que siguieron borboteando de su boca hasta que quedó casi sin respiración. Levantó Fermina por fin la mirada, se limpió la nariz con la manga, contuvo un nuevo hipo y, en un susurro, pronunció las palabras con que se despediría de él:

—Neftalí, te has vuelto una mala persona.

Lo devoraban los atardeceres y las melancolías, las noches lo iban envolviendo, lentas como una suave embriaguez, y él persistía en su espera. Ni siquiera iba ya a los portales de los vecinos a conversar, ni a participar como espectador en las partidas de barajas o dominó que allí se montaban. Prefería quedarse en casa, aguardando la llamada. Su vida social se iba reduciendo a los saludos que le dirigían los amigos que pasaban por la puerta, sin hacer ademán de entrar, desconcertados por la frialdad con que él los recibía. Desde su sillón Neftalí les devolvía el saludo, sin levantarse del sitio, «más quieto que la estatua de Martí», decía uno del Centro de Excombatientes, aunque era la excepción: a Neftalí Larraga se le seguía respetando como alguien que se había entregado a la revolución sin pedir nada a cambio, ni honores, ni carro, ni casa en Miramar, ni siquiera en el Vedado. Que luego sus compañeros excombatientes no quisiesen acercarse demasiado a él era una medida

de prudencia, porque habían aprendido que las desviaciones del camino revolucionario se pagan, y no conviene estar cerca cuando empiezan a rodar cabezas.

Tampoco frecuentaba el Centro de Excombatientes. Rara vez se acercaba para comprobar que los lemas revolucionarios habían sustituido a las ideas, y que los sucesos verdaderamente graves se silenciaban como si fuese de mal gusto referirse a ellos. Sólo en timoratos conciliábulos se hacía referencia al descontento del pueblo o los errores de sus dirigentes.

«La revolución es un árbol.

»La revolución es un árbol viejo que amenaza derrumbarse, aplastando la casa a la que antes daba sombra. Sus raíces han ido desprendiéndose del suelo...»

Neftalí llevaba más de un año preparando ese discurso con el que se despediría del Centro de Excombatientes. Pero retrasaba una y otra vez la fecha de la alocución.

«Algún día tendré que decidirme —se decía—. Pero siempre tomo la decisión equivocada.»

Había intentado varias veces pedir él la llamada a Miami, pero o las líneas estaban ocupadas o se había interrumpido la comunicación. Y una vez que la telefonista consiguió línea el número era equivocado. Luego dejó de intentarlo, pensando que Lidia ya estaría de regreso en España. Pero quizá Lidia volviese a llamar. Por eso aguardaba todos los días, vestido y aseado, porque no quería que la llamada le sorprendiera de nuevo en calzones. Cuando sonaba el teléfono, se ponía en pie, tenso, asustado, pero esperaba a que Mercedes o Isabel lo cogiesen.

—¿Quién era, Belita?

—Bidasoa. Que va a venir luego. ¿Esperas una llamada, pipo?

—No. Yo no. Era sólo por saber.

Así se pasaba los días, sentado, aguardando, mientras una clara conciencia de la verdad se iba abriendo en su mente.

«Qué gran bobo has sido», se dijo una mañana, y de pronto le dolieron todos los años que llevaba mintiéndose. Y le pareció que la vida que había vivido no era la suya, sino la de alguien que se había inventado. «Pendejo —se acusó—. Nunca te has atrevido a nada.» Se palpó las ropas como buscándose, miró a su alrededor, inquieto, desconcertado. Dentro de la casa Mercedes escuchaba el radio; hasta sus oídos llegaban risas y música. Quiso llamarla. Pero renunció a ello. Qué le iba a decir.

El tercer infarto se anunció con una fuerte punzada que fue afirmándose en el pecho de Neftalí hasta hacerle saltar las lágrimas. El dolor se extendió por los pulmones, sustituyendo el aire que ya no llegaba. El pánico lo dominó un instante, hasta que se dijo que era mejor acabar de una vez por todas esa espera. Quiso distraerse de la muerte pensando en otra cosa. Olía a mar y al cuero sintético de los asientos recalentados por el sol. A gasolina, en irregulares vaharadas que empujaba el viento por las ventanillas. A un perfume dulzón que se había puesto Ángela.

Los músculos se contrajeron con rigor anticipado; estalló sobre él una oleada de calor, y Neftalí se alegró ante la idea de morir así, encajonado en el asiento trasero de un Lada entre los amplios cuerpos de dos de sus hijas, desapercibido, sin tener que dar explicaciones. Cuando se volviesen hacia él para preguntarle algo, cualquiera de esas bobadas con las que se esforzaban en integrarle en los asuntos familiares, en hacerle partícipe involuntario de las conversaciones, descubrirían el despojo de lo que fuera Neftalí, una figura sacudida por la transmisión de los numerosos baches a través de los amortiguadores demasiado viejos, a la que ya no valdría importunar con estériles conminaciones a la alegría.

Ángela había decidido que pasarían el fin de semana en las playas del Este.

—Miren qué sol más bueno hace hoy. Nos vamos a la playa.

Como de costumbre, cuando Neftalí quiso protestar Ángela barrió sus argumentos con el elevado volumen de su voz y los enérgicos ademanes de que él era ya incapaz. Sea, a las playas del Este. No porque nadie tuviese ganas de bañarse. Era una de las múltiples tretas de Ángela para intentar devolverlo a la vida; acaso también para que olvidase la llamada de Lidia, de cuyo recuerdo había quedado definitivamente prisionero.

A él lo mismo le daba quedarse sentado en el balance del portal que en una hamaca en la playa. Ya no miraba el paisaje, ni veía el saludo del vecino, ni siquiera a las mujeres seguía con los ojos. Andaba extraviado en imágenes antiguas; la vida era un álbum de fotos que repasaba con insistencia.

—Entiéndelo, yo no puedo ir a la playa. A lo mejor me llama Lidia — había querido decir a Ángela al entrar al auto. Pero no se lo dijo; nadie sabía que continuaba esperando la llamada y Ángela se irritaría con él si lo supiese. Los hijos son así, se creen que su juventud les permite comprender mejor la vida, incluso los sentimientos.

—El mar está pero que bien lindo. Y el viento se calmó. Hoy no habrá ni tormenta —comentó Ángela.

Neftalí no respondió. Ni quiso ni pudo. Apenas si podía respirar. Hubiese deseado apoyar la cabeza sobre Mercedes, para, sin tener que realizar más esfuerzos, entregarse a la muerte. Sólo temía que lo delatase su respiración fatigosa, cuyo silbido no lograba atenuar.

—Pipo, ¿qué tienes? —preguntó Mercedes con tal espanto que, evidentemente, sabía la respuesta. También Isabel, que iba sentada delante, volvió hacia él dos ojos ensanchados por el temor.

—Nada, abran más la ventanilla, que hace tremendo calor.

Ni siquiera le entendieron. Bien porque su voz salió entrecortada y silbante, bien porque decidieron que su respuesta carecía de importancia, ya que la muerte se iba perfilando sobre sus facciones.

—Vamos derechos para el hospital —ordenó Ángela a su marido, que manejaba.

—Escúchame, porque esta vez sí que me muero. No quiero ir al hospital.

Ángela se sintió en la obligación de animar a su padre.

—Vamos, viejo, que a usted no lo mata un bombardeo. Esta vez es como las otras.

A Neftalí le parecía ligeramente ridícula aquella repentina celeridad de los gestos y las palabras, la insólita urgencia de las órdenes, la insistencia en hacer de prisa cada movimiento, como si de repente todos se empeñasen en rescatar algo que llevaba décadas destruido. El tiempo había transcurrido lentamente los últimos años. Si es que podía hablarse de transcurso. Desde mediados de los setenta no había ocurrido nada que supusiese un jalón, ni tan siquiera una leve desviación de la rutina. Había sido como un atardecer que no acaba de culminar en noche. Como si estuviese muerto desde entonces.

También el primer médico que lo atendió en el Hospital Naval se había sorprendido de encontrar vida en él.

—Es un milagro que el corazón siga funcionando. Parece que han pasado por él más de cien años.

¿Por qué entonces esa desconsideración con que le robaban los últimos momentos? Se iba a morir, dijese lo que dijese los demás, y le habría gustado hacer algunas afirmaciones que despejasen los peores malentendidos de su vida. Pero no lo iban a escuchar. Cerró los ojos para evitar ver el espanto que deformaba el rostro de sus hijas. Ya no era momento para corregir sus errores. Los errores no se corrigen. Él ni siquiera conseguía olvidarlos.

Como quería reservar sus fuerzas, no se resistió cuando lo sacaron del carro tras llegar al Hospital Naval. Aguantó en silencio el traslado a una camilla y tampoco injurió a quienes lo empujaban por los pasillos con ímpetu innecesario. Después lo metieron en una cama cuyas sábanas enseguida se humedecieron al contacto con sus miembros. Escuchó, sin hacer caso, los comentarios del doctor y la voz temblorosa de Ángela, que apenas era capaz de emitir monosílabos.

Neftalí casi lamentó que aquel sueño de años atrás no hubiese sido premonición. Habría preferido morir ahogado, solo, en el fondo turbio de un pantano, a soportar la solicitud profesional de los médicos, la conmiseración, esa muerte planificada que se le venía encima. Pero Jimeno acaso había tenido razón: era un recuerdo. Le espantó la idea de que quizá volvería a nacer. ¿De qué se acordaría entonces, en la otra vida?

Aún de Amparo, se dijo en voz baja, y el susurro se le volvió un grumo de pena en la garganta.

Abrió los ojos justo a tiempo de verlos entrar empujando los diversos aparatos con que pretendían quebrar su voluntad. No estaba dispuesto a dejarse humillar una vez más, a que manipulasen su cuerpo como si se tratase de un vegetal, a que le limpiasen con una esponja mientras hacían comentarios imbéciles. Y luego, ya lo sabía, lo hicieron las otras veces, retiraban con indiferencia las bandejas de excrementos que dejaban un momento abandonadas en cualquier sitio, avergonzándolo.

El cuerpo le había sido fiel hasta esa fecha. Si su mente ya había asumido la derrota, su cuerpo lo movían músculos fuertes, cuya progresiva falta de agilidad había sabido ocultar tras maneras pausadas. Cuando caminaba parecía veinte años más joven. Las mujeres de mediana edad todavía lo miraban con deseo. No estaba dispuesto a que le conectasen las cánulas, le pusiesen la respiración artificial, lo convirtiesen en un anciano digno de lástima, cuya vida dependía de los rutinarios gestos con que un operador manipulaba llaves y válvulas.

Los dos primeros enfermeros gritaron de rabia, pero tuvieron que reconocer su derrota. Fueron incapaces de ofrecer una resistencia suficiente a la lluvia de golpes y de insultos.

—¡Déjenme morir! —les chillaba Neftalí mientras los zarandeaba con una fuerza inesperada en quien unos segundos antes había yacido sin resuello y contrayéndose de dolor. Qué alegría morir así, luchando. Luego llegaron cinco, seis, siete, Neftalí no podía contarlos, pero se debatía entre los brazos que querían sujetarlo, doblegarlo, repartiendo patadas, puñetazos, mordiscos. Primero inmovilizaron sus piernas. Luego un brazo. Por fin, el segundo. No consiguieron sin embargo apaciguar su ira ni con palabras razonables ni con recriminaciones. Lo dejaron atado a la cama, escupiendo espuma, orinando y defecándose encima, harto ya de tanta contención. Hasta que se quedó sin fuerzas y

sin ánimos. Desde ese día dejó de oponer resistencia. Tomaba las pastillas sin protestar. Les permitía escarbar en sus venas para conectar las cánulas, pegar a su pecho los electrodos, medirle el pulso. Hasta soportaba sin quejarse la dolorosa introducción de los tubos en la garganta. Era como si ya no le sucediese a él. Neftalí sobrevivía en la espera de la muerte. Sólo se reanimaba, pasajeramente, mientras fumaba los cigarros que Ángela le llevaba a escondidas. Únicamente en esos momentos recuperaba Neftalí su condición de ser humano capaz de comunicar con otros, de compartir una tristeza o un recuerdo.

—Si llama Lidia, le dicen que me he muerto.

Ángela asintió, pues se había dado cuenta de que ya no se podía razonar con el viejo. Fue la primera en asumir su muerte. También la única que comprendió que lo estaban torturando inútilmente. Comenzó a llevarle trozos de pizza ocultos en una jaba. También le habría llevado alcohol si su padre se lo hubiese pedido. Qué más daba.

—Bueno, viejo. ¿Algo más?

Que me perdone, pensó Neftalí. Pero no encontró motivo alguno para que lo perdonase. Ni siquiera, después de tantos años, se había atrevido a hablar con ella. Le había negado la última posibilidad de reconciliación. No había perdón. Prefería morir con todos sus errores a conformarse con un indulto pronunciado por lástima.

—A Isabel y a Mercedes no les dejen ver mi cadáver.

—No, viejo.

Cuando Ángela le preguntó si prefería prescindir de la ayuda médica, Neftalí rompió a llorar.

—Hija —dijo, cuando recuperó la calma. Y bastó esa palabra para que Ángela tomase la decisión. Era una mujer enérgica y contundente. No le costó demasiado trabajo convencer a los médicos, que, por otra parte, estaban escasos de material y preferían utilizarlo en quien les agradeciese el esfuerzo. Sólo uno de los cardiólogos responsables mostró ciertos escrúpulos.

—Eso es como un suicidio —repuso a la propuesta de Ángela.

—¿Y qué me quiere decir con eso?

—Los revolucionarios de verdad no se suicidan. Hay que resistir.

Los colegas, sin embargo, acabaron por convencerlo. Ese paciente ya se había rendido, para qué malgastar los pocos recursos disponibles.

Ángela se lo comunicó a su padre ese mismo día, acaso con la esperanza de que se arrepintiese.

Neftalí se quedó un rato callado, y luego, con voz sorprendentemente firme, le rogó que convocase a todos sus hijos.

Bidasoa y Antonio se quedaron a los pies de la cama. Isabel y Mercedes a un lado de la cabecera y Ángela al otro. Faltaba Lucinda, quien, después de vivir un tiempo en Venezuela con su madre, se había mudado a Miami donde enseguida le encontraron un empleo los hermanos de Neftalí. Había jurado no volver a pisar la isla pero quizás habría roto su palabra en situación tan urgente; de todas formas prefirieron no llamarla para evitarle riesgos, pues la sabían activa en grupos contrarrevolucionarios, de esos que aún no habían perdonado a Kennedy su traición y andaban presionando a congresistas y senadores sin perder la esperanza de, algún día, poder organizar el ataque definitivo a la isla. También habrían querido advertir a Fermina, pero hacía meses que no tenían noticias de ella; aunque al principio recibieron correo muy seguido desde Venezuela, poco después de que Lucinda marchase para Miami cesaron las cartas de Fermina. Y las que ellos le enviaron les fueron devueltas con la mención «señas desconocidas». En ese momento no sabían si su madre estaba viva.

Neftalí los había reunido a su lado para cumplir con un deber particularmente doloroso que llevaba posponiendo mucho tiempo. Hacía largas semanas que había decidido no morir sin alertar a su familia. No dejaba gran herencia ni había sido capaz de darles suficiente cariño, así que al menos debía decirles la verdad.

—Todos estos años les he venido mintiendo.

Hubo un gran desasosiego entre los hijos. Se buscaron las miradas, como queriendo descubrir a quien conociese ya el secreto. Varios creyeron que se avecinaba alguna confesión relacionada con esa remota familia de España que se había apropiado del cariño, los planes y la nostalgia de su padre, que se inmiscuía en cada ocasión solemne, en cada acto importante. Aguardaron, dispuestos a recibir un nuevo dolor.

—Todo esto —y Neftalí señaló a su alrededor con un gesto que atravesaba las paredes de la habitación, los límites del hospital, el perímetro de La Habana, un gesto que abarcaba hasta los confines de la isla, acaso del mundo—, todo esto es una mierda.

Se pasó una mano por la frente y se quedó mirándola sorprendido. Estaba empapada de un sudor denso y brillante.

Estoy sudando aceite, quiso decirles, pero la frase le pareció demasiado banal para morir con ella en los labios. Indagó en su memoria alguna otra frase esencial, la que no quisiera olvidar decirles antes de morir. Pero no se le ocurría nada nuevo, nada verdaderamente importante que dejar en herencia a esos hijos que lo rodeaban con gestos contritos.

Eran ya adultos todos ellos. Incluso Mercedita. Ya no eran suyos. Eran de sus vidas, de sus esperanzas y fracasos.

—Es una gran mierda —insistió—. Yo no luché para esto. Yo no he perdido mi vida para esta grandísima mierda. —Y tras una breve pausa en la que pareció estar juntando fuerzas, añadió con rabia—: Pero no se vayan ustedes. Ustedes se quedan en la isla. Que se vayan ellos. La isla es nuestra.

Neftalí se fue hundiendo en la almohada, y su mirada se quedó como prendida en el aire. Cuando ya lo creían muerto, volvió a mover los labios. Ángela y Mercedes, que se habían inclinado a recoger quizás el postrer beso de Neftalí Larraga, compitiendo una vez más por el privilegio de su amor, escucharon sus últimas palabras.

—Cuando muera, quemem las cartas de Amparo.

Entonces Neftalí cerró los ojos. Lo sacudió un ligero temblor. Abrió una vez más los labios y todos temieron que pronunciase el nombre de las extranjeras. Acaso no se atrevió. O tuvo piedad. Porque volvió a cerrar la boca, presionó los dientes, de su garganta se escapó un ruido que ya no parecía humano. Mercedes fue la primera en romper a llorar cuando se extinguió el borboteo en la garganta de Neftalí. El coma destensó sus facciones. Los leves latidos que aún se notaban en su pulso ya no se sabía si eran suyos o de la máquina. También fue Mercedes la primera en salir del cuarto, seguida de Isabel. Antonio se quedó aún un rato, sin saber si su padre había muerto.

—Vete a casa —le dijo Ángela—. Nosotras lo acompañamos esta noche. —Ni ella ni Bidasoa dijeron a los otros hermanos que iban a quitarle el gota a gota e iban a renunciar a la respiración artificial. A la mañana siguiente comunicarían el fallecimiento.

Mercedes e Isabel cogieron un taxi para El Cotorro. Isabel se acostó en silencio, aunque aún no había anochecido, mientras Mercedes arreglaba un poco la casa, pensando ya en las probables visitas. Mercedes intuía que Isabel llevaría peor que nadie la muerte de Neftalí. Isabel se quedaba vacía; ella no fue ni la más mayor ni la más pequeña, ni la reina ni el varón, ni siquiera la disidente; había pasado siempre desapercibida, incluso para su madre, que la concibió ya sin la esperanza de retener a Neftalí. Cuando Isabel aún era una niña flaca y pálida, sus hermanos acostumbraban a decirle que no era de la familia, refiriéndose a que era la única en que no se plasmó la constitución robusta, las anchas caderas y los rasgos sin aristas de la madre. Isabel había llorado mucho tiempo en secreto el chiste, que acrecentaba una sensación ya conocida, pues ella misma se consideraba una extraña en aquella familia en la que nadie le atribuyó un papel. Neftalí se moría y no le había dejado nada con lo que reemplazar la nostalgia. Ni un secreto, ni un gesto sólo para ella.

Al día siguiente, en cuanto recibió la noticia de que el corazón de su padre había dejado de latir, Mercedes fue a buscar su correspondencia. Se pasó la mañana leyendo las cartas: no pensaba estar cometiendo una traición. Había que quemarlas para que los extraños no hurgaran en aquella vida sin el respeto que merecía. Pero ella tenía que leerlas. Quién, si no, se iba a acordar de aquel amor tan infeliz como excesivo. Tras leer las cartas se acentuó la impresión que siempre había tenido: Neftalí debería haber regresado a España al triunfo de la revolución, porque, a fin de cuentas, todos habían sido desgraciados por culpa de aquella separación. Sentía también como propia la pena de la niña y la mujer que él abandonó en España. El silencio que habían guardado los últimos años, y la última carta de Lidia, llena de rabia contenida, le hacían pensar, sin embargo, que madre e hija se habían liberado de la obsesión, que acaso en sus vidas ya casi no tenía sitio el recuerdo de Neftalí.

Después de quemar las cartas en el patio, salvo la de Lidia, ordenó los demás papeles de su padre: certificados médicos, permisos de armas, historial laboral y revolucionario y los guardó en un cajón de su mesita. Buscó los números de Amparo y Lidia en la agenda de su padre. Tras pedir la llamada a ambos, se quedó al lado del teléfono. Las líneas telefónicas en Cuba estaban muy mal, así que podía tener que esperar horas. No le importó. Se pasaría allí el día, sin hacer nada, acordándose de su papá.

El teléfono sonó, pero no era lo que ella esperaba. Ángela, con la voz entrecortada, se quejaba de que había llamado a los amigos de Neftalí del Centro de Excombatientes, pero ninguno encontraba tiempo para acompañar al muerto.

Mercedes se lo contó a Isabel, quien también andaba por la casa sin dedicarse a ninguna actividad concreta. Cuando Isabel lo oyó, cogió el teléfono. De lo que dijo, más bien gritó, no se entendía la mitad. Nunca había visto a su hermana así; estaba acostumbrada a sus silencios y a verla comerse las iras y los desengaños.

La escuchó, maravillada por la transformación —y ligeramente avergonzada por no haber sido ella la que pusiese las cosas en su sitio —, gritar en el teléfono, llorar, insultar al interlocutor con palabras gruesas. Por fin, Isabel se calló un momento, no para escuchar la respuesta, sino para recuperar fuerzas.

—Esta isla merecería hundirse, ¿me oye?, hundirse en el mar, con toda su revolución y toda su mierda, si Neftalí Larraga tuviese que irse solo a la tumba.

Colgó el teléfono suavemente, apaciguada, y salió del salón tras comentar a su hermana:

—Ya era hora de que alguien se lo dijera, a esos babosos.

Mercedes continuó aguardando hasta pasado el mediodía. Ya empezaba a desesperar de conseguir línea cuando sonó el teléfono.

—Su llamada con España, mi amor. Hable.

—¿Diga?

Era la voz de una anciana. Amparo, lógicamente, ya no era esa joven cuya fotografía tantas veces le había enseñado su padre.

—¿Es usted Amparo?

—Sí, yo misma. ¿Quién habla?

—Soy Mercedita. La hija de Neftalí.

—Ay, Dios.

Probablemente la mujer había intuido ya la noticia. ¿Qué otra cosa iba a ser, sino la comunicación de una desgracia, lo que empujaba al inicio de un contacto entre dos familias que se habían ignorado tercamente durante décadas? Por eso Mercedes no se perdió en preámbulos.

—Mi papá ha muerto —y, por si no quedaba claro, añadió—: Neftalí Larraga ha muerto.

—Ay, Dios, qué pena. Ay, hija.

Mercedes se sintió tentada por un momento de responder a esa llamada y decir, ay, mi mamá. Pero le dio vergüenza. Aguardó, con curiosidad e inquietud, las siguientes palabras. Sintió un raro temor a que no fuesen las adecuadas, aunque no hubiese podido decir exactamente qué frase estaba esperando.

—¿Dijo algo para nosotras? —preguntó Amparo con entonación tan insegura que Mercedes comprendió la dificultad con que las había pronunciado. Era como pedir noticias sobre el amante a su esposa engañada. Aunque le dio tremenda lástima, no se resolvió a mentir.

—No. No dijo nada. Pero yo sé que las llevaba a ustedes en el corazón. Hace tiempo que quería llamarles por teléfono.

Mercedes aún no había escuchado lo que esperaba oír. Se tranquilizó, pensando que debía de ser muy difícil encontrar la expresión adecuada después de tan largo silencio. En pocas palabras le explicó las circunstancias de la muerte de Neftalí.

—Pobrecito —dijo Amparo tan sólo. Al escuchar el sollozo del otro lado del teléfono, Mercedes dio un suspiro de alivio. Al menos, su papá no había sufrido todos esos años completamente en vano.

Amparo colgó el teléfono y se quedó un momento parada en el recibidor.

—Lidia —llamó, pero en voz tan baja que nadie habría podido oírla. Contuvo con esfuerzo las lágrimas. Se arrebujo en la bata. Qué pena no haber vuelto a hablar nunca con él. Oyó los pasos de Lidia en el salón, pero aún no se sentía con fuerzas para decírselo. Prefirió salir de nuevo a la terraza. Sobre la mesa estaba la fuente con las judías a las que había estado quitando las hebras mientras hablaba a su nieto de Neftalí, por primera vez, pues en esa casa estaba casi prohibido pronunciar su nombre. Ahora se arrepentía de no haber tenido el coraje suficiente para seguir hablando de él, pesase a quien pesase. Incluso, de no haber temido tanto la ira de su hija, podría haber ido a verlo a Cuba. Desde la visita de su hermano Samuel ni siquiera se habían escrito. Amparo, en realidad, habría preferido mantener la correspondencia con Neftalí, pero a ver cómo explicaba a su hija que, después de tanto engaño, aún se interesaba por ese hombre. En los últimos años sólo una vez recibió carta suya; era la carta que había enviado a un amigo que vivía en Madrid, pero se notaba que quería que la leyese Amparo. Y el amigo también debió de notarlo porque se la llevó. La carta rezumaba amargura; a Amparo le había dolido mucho una frase de Neftalí: «Parece que todo lo que toco se vuelve mierda». Por lo demás, Neftalí intentaba justificar su vida, no disculpándose, sino explicando las circunstancias de sus actos. Pero Amparo no necesitaba explicaciones. Nadie actúa como quisiera, al menos los pobres; los ricos a lo mejor pueden. Ella tampoco hizo lo que le habría gustado. Al contrario: se había pasado la vida haciendo lo que no le gustaba.

Ramón tardó un rato en darse cuenta de su presencia. Amparo le vio inclinarse a coger un cigarrillo del paquete que estaba sobre la mesa y detenerse de pronto, apoyar la mano sobre el borde de la mesa, como olvidando lo que iba a hacer; se quedó mirándola con expresión algo asustada. Amparo desvió la vista y la dejó resbalar por encima de la valla de arizónicas hacia los tejados vecinos, hacia el cielo, hacia ningún sitio, allá a lo lejos; se escuchaba la habitual algarabía de los perros al atardecer.

—¿Abuela?

Amparo no respondió. Pensó que no iba a salirle la voz cuando quisiese hablar, que se quedaría ante su nieto boqueando como un pez.

—¿Abuela?

También pensó que, aunque consiguiese decir lo que había sucedido, Ramón no comprendería el alcance de la desgracia. Ni siquiera su hija lo entendería. Lidia hacía mucho que dejó de esperar, de contar con que un día se volvieran a reunir los tres. Pero Amparo, en secreto, nunca se había dado por vencida. Había consumido su vida esperando, a sabiendas de que, allá lejos, Neftalí también pensaba de vez en cuando

en ella. Se sintió cansada, vacía; y deseó que llegase de una vez la noche. Aunque no tenía ganas de hablar, se sintió obligada a responder a su nieto.

—Ha muerto —dijo sin mirarlo, eludiendo su compasión. Él se quedó callado. Parecía que la respuesta no le bastaba. Pero ella no podía decir mucho más.

»Tu abuelo ha muerto. —Y le sorprendió que en el momento de decirlo sintió más alivio que dolor.

»Voy a contárselo a tu madre —mintió. Volvió a entrar en la casa luchando por controlarse. No fue hacia el salón en busca de Lidia. Entró en su cuarto y cerró cuidadosamente la puerta.

AGRADECIMIENTOS

Este libro, como todos los libros, es una obra colectiva. El escritor tan sólo ordena una materia que le viene dada, lo que es aún más evidente en esta novela, mezcla de invención y hechos reales. Por eso quiero dar las gracias a todos los que me han ayudado con sus narraciones y con sus sugerencias. De muchos de ellos no sé su nombre —por ejemplo, el de aquel pescador que me explicó una noche en una playa cubana cómo se pescan los roncós rayados—, de otros lo conozco, pero prefiero no indicarlo para no comprometerlos; de otros sí lo sé y quisiera expresar aquí mi agradecimiento:

A Nilda, por sus informaciones y por su tolerancia, a pesar de que le pueda doler lo que he escrito. A Fidela, por contarme su historia y porque no recuerdo una sola vez que me regañase de niño —aunque me pelease con ella de adulto y tardásemos años en reconciliarnos—; a la familia de Benjamín, que tanto me ha ayudado con información, documentos y cariño; a Mercedes S. y su familia, por acogerme en su casa y por nuestras largas conversaciones sobre la novela; a José Ferreras, a quien conocí casualmente en un bar de Bruselas, y que resultó ser de Mayarí: gracias por leer y corregir la parte cubana, y por facilitarme la llegada a Mayarí; a su hermana Silvia; a José C. que me llevó en un Willys moribundo por Sierra Cristal; a Antonio Ballesteros, por sus críticas y recomendaciones. A Ana Sacristán, Elena Zubiaurre y Marta Igartua, que me ayudaron con las correcciones. Y a todos los que respondieron a mis numerosas preguntas, aunque sin duda algunos no aprobarán lo que he escrito.

